

A N A C O E L L O

Vidas
Cruzadas

Dos mundos, un destino.

Vidas Cruzadas

Ana Coello

En la vida hay existencias complicadas, almas destrozadas, situaciones que defraudan, pero nada comparado con el sentimiento y esperanza que despiertan seres que de verdad aman.

Sinopsis

Isabella; una joven decidida, fuerte y... huérfana que debe luchar por sacar a sus dos hermanos menores adelante sin la menor posibilidad de lograrlo pues siempre la vida se ha empeñado en quitarle, no darle. Sebastián; acaudalado, indiferente, frío, con el mundo a sus pies. Un hombre que lo tiene todo, pero que en realidad, no tiene nada.

Sus vidas se cruzan en un accidente que trae como consecuencia un cambio trascendental en los rumbos de sus caminos pues a partir de ese momento su futuro se unirá y nada volverá a ser igual.

Capítulo 1

—Lo siento Isabella, pero es lo mejor, yo no me puedo hacer cargo de los tres, tus hermanos aún necesitan cuidados y educación, yo nunca estoy aquí, no puedo asumir una responsabilidad de ese tamaño. Realmente lo siento, no haría esto si no estuviera convencido de que es lo mejor para ustedes.

Isabella no lo miró. Estaba muy desilusionada y herida, las personas siempre los abandonaron, pero separarlos ¡Jamás!

—¿Sabes, Sebastián? Nunca me decepcionó alguien tanto como tú lo estás haciendo hoy. Esto nunca te lo voy a perdonar, creí que eras diferente y confié... ese fue mi error —a Sebastián le dolieron aquellas palabras y sabía que de verdad las sentía.

Él no quería lastimarlos a ninguno de los tres, pero Marco tenía quince años y Dana apenas diez e Isabella... ella tan solo veintiuno, muy joven aún. Merecían una vida mejor de la que él les pudiera dar. Las empresas lo absorbían por completo, no estaba casado ni tenía interés en estarlo, iba y venía sin más ¿Cómo podría educar a ese par de chicos y darles todo lo que necesitaban, si el mismo no era un buen ejemplo de cordura y estabilidad?

Salió sofocado de la pequeña recámara de servicio que ocupaba la joven. Estaba exhausto, ese día se estaba haciendo más largo de lo que supuso. Pasó por la cocina, se sentó en el sofá de gamuza negra que se encontraba en la sala, respiró hondo, cerró los ojos y se perdió en los recuerdos.

¿Cómo era posible que su vida hubiera cambiado tanto en los últimos trece días?

Todavía podía verlos cruzando aquella calle, él en su BM W, arrancó en alto distraído y de pronto, un golpe seco le avisó que algo había sucedido. Se frenó y bajó sudando del auto, en menos de un segundo dos personitas estaban llorando y gritando horrorizadas frente al bulto inmóvil que yacía frente al carro. Había atropellado a alguien ¿lo mató?

Al mirar mejor se dio cuenta de que era una niña, delgada y pequeñita, tenía sangre en el rostro, se le revolvió el estómago. Se agachó para fijarse mejor, sin hacer caso de los reclamos que escuchaba enfrente de él. La movió un poco y la niña abrió los ojos. De repente las dos voces se silenciaron y alzo el rostro para observarlos.

Ahí fue cuando la vio.

Eran los ojos más hermoso que hubiera visto jamás; grandes como dos lunas, limpios como ningunos otros, tenía lagrimas adornándolos y lo veían con súplica y temor.

No supo cómo pasó todo, pero tomó a la niña en brazos y la metió al auto, sabía que aquellos pozos se subirían también, al igual que el tercer acompañante. En el camino llamó a Paco, su mejor amigo, era médico, le explicó lo que había ocurrido y le rogó que lo alcanzara cuanto antes en su casa.

La niña, Dana, sólo se lastimó el hombro además de algunos raspones en diferentes partes del cuerpo y la cara. Esos ojos que lo hipnotizaron no se volvieron a alejar de la pequeña herida, hasta que Paco dictaminó que todo estaba bien y que sanaría en unos tres días.

—Salgamos de la habitación para que pueda descansar —no fue hasta en ese momento que se dio cuenta de lo que había hecho; metió a tres extraños jovencitos en su casa, dos de ellos lo observaban detenidamente, callados. Estaban mal vestidos, se leía hambre en sus ojos y parecía que no se habían topado con un baño por lo menos en una semana—. ¿Qué vas a hacer con ellos Sebastián? —La voz de Paco le sonó muy lejana y a la vez lo ayudó a salir del sopor, los muchachos estaban esperando la misma respuesta.

—No lo sé —admitió turbado, sin embargo, no tenía corazón para dejarlos a su suerte—. Pero me parece que por ahora les puedo pedir algo de comer ¿No tienen hambre? Y si desean, pueden pasar aquí la noche, me imagino que no tiene otro sitio a dónde ir —y giró para verlos, los chicos eran muy atractivos, pero la mayor tenía algo fuera de lo común, no era principalmente su belleza lo que llamaba la atención, era el hecho de que parecía como un ser que no pertenecía a este planeta, sus ojos no cesaban de mandar diferentes mensajes todo el tiempo.

—Sí, la verdad yo si tengo hambre señor, ¡Auch! —La joven le dio un codazo a su hermano reprendiéndolo.

—No Marco, no podemos quedarnos aquí, Dana va a estar bien, este doctor ya lo dijo, así que nos vamos —al decir esto se dirigió a la recámara. Sebastián se colocó en medio de ella y la puerta para evitar que siguiera avanzando.

—No, no voy permitir que te la lleves, ella debe descansar, cometí un error y sólo te pido que me permitas enmendarlo —ese par de ojos se levantaron hasta él y lo observaron lo que pareció un año, buscaban algo en ellos.

—Este señor tiene razón, además ya es de noche y afuera hace frío, no podemos llevarnos así a Dany, yo estoy cansado y tengo hambre. Por favor Isabella... —esa fue la primera vez que escuchó su nombre y estaba seguro que jamás lo olvidaría.

Ella no dejaba de estudiar los ojos de su anfitrión.

—No me parece lo correcto abusar, Marco. Debemos irnos.

—¡Discúlpame Isabella pero creo que estás mal!, tan solo comamos algo —suplicó Marco. Se veía tan inocente con esos rizos enmarcándole la cara y esos ojos tan grandes como los de ella. Debían de ser hermanos, concluyó Sebastián, aquellos rostros eran demasiado similares. Isabella agachó la mirada, pensó un momento y asintió.

Sebastián pidió pizza y cenaron los cuatro ahí. Más tarde le mostró a Marco un cuarto en la parte trasera del apartamento, junto a la cocina, era el que estaba destinado para la servidumbre y se acababa de desocupar. En él, sólo había una pequeña cama individual, por lo que lo dejó dormir ahí. A Isabella ya le había dicho que lo mejor era que durmiera con su hermana en la recámara donde Dana se encontraba, la joven le dio un “gracias por todo” con la boca y con los ojos casi una alabanza mezclada con demasiada gratitud.

Después de ese día, todo sucedió demasiado rápido. Isabella comenzó a asumir los quehaceres de la casa, dándose cuenta de que no había quien los hiciera mientras sus hermanos le ayudaban.

Cuando mencionaban que tenían que irse, Sebastián ponía como pretexto a Dany para que no lo hicieran. Por primera vez en su vida no se sentía solo y consideraba que estaba ayudando sin pedir nada a cambio. No hablaba mucho con Isabella, pero Marco y Dana eran un par de soles, siempre estaban sonrientes y lo seguían para todos lados.

El sexto día Dana y Marco acompañaron a Sebastián a comprar víveres para la despensa. En el camino comenzaron a platicar y bromear.

—Sebastián, ¿tú nos adoptarías? ¡Creo que serías un papá genial! —comentó de repente Dana.

—¡Sí! ¡Adóptanos!!! Tú eres genial —Sebastián sintió que se ahogaba,

no había pensado en eso y los chicos tenían razón en algo, necesitaban una familia para que terminara de educarlos, los quisiera y se hiciera cargo de eso, debían ir a la escuela, salir de vacaciones y vivir una vida como cualquier niño normal.

—¿Yo?, ¿su papá?, no lo había pensado. Díganme algo... ¿En dónde estuvieron este tiempo? —Los dos se miraron entre sí sopesando si sería lo mejor decirlo—. Vamos ¿No confían en mí?

—En un hospicio, ahí se han hecho cargo de nosotros los últimos nueve años —le confesó Marco en voz baja.

—Oh, y ¿Por qué ya no están ahí?

—Porque... nos escapamos —contestó el adolescente apenado—. Una familia quería adoptar a Dana y otra a mí.

—Y ¿Por eso decidieron escapar?

—Sí, Isabella se iba a quedar sola y jamás hemos estado alejados, nosotros somos tres hermanos, no venimos separados —el hombre sintió un nudo en la garganta además de una infinita ternura al escuchar esas palabras tan llenas de lealtad y amor.

—Entiendo, pero es muy difícil que alguien adopte a su hermana, ella ya es mayor.

—Lo sabemos, pero ella sólo quiere tiempo para terminar su carrera y poder hacerse cargo completamente de nosotros ¿Sabes? le quedan tres años, está estudiando Finanzas y es muy buena —lo último lo dijo con un entusiasmo que dejaba ver el lazo que los unía y el orgullo que sentía por esa chica.

—Veré que puedo hacer —Sebastián no lograba entender cómo es que la vida lo colocó en esa situación, pero sí sabía que debía hacer algo y ayudarlos.

Ese día llegó a su casa, hizo varias llamadas telefónicas haciendo uso de todas sus influencias. Y lo consiguió, el plan no era ese originalmente, pero sonaba muy bien.

Marco y Dana los adoptaría un matrimonio que conocía de toda la vida, ellos ya estaban un poco mayores, pero podían y querían darles todo lo que necesitaban, además de amor. El único problema era Isabella, Sebastián le prometió al juez que la emplearía y no permitiría que interfiriera esta vez en

la adopción de sus hermanos, la mantendría controlada y la ayudaría en todo lo que pudiera.

—Isabella tengo que hablar contigo —ella lo miró con sorpresa y expectativa.

—Dígame...

—Háblame de “tú” por favor, ven siéntate —la joven le hizo caso y se acomodó en el moderno comedor justo a su lado.

—No sé cómo empezar... —la chica lo observó y esperó—. Verás... me he encariñado mucho con ustedes en estos días, así que decidí hacer algo para ayudarlos —Isabella lo miró con emoción, sabía de la conversación que sus hermanos sostuvieron con él hacía unos días y estaba segura de que se quedaría con ellos—. Tú te has dado cuenta de que soy un hombre con una vida complicada... por así decirlo, tengo negocios y muchos compromisos, pero gracias a eso también cuento con muchas influencias. Hablé con conocidos, con la responsable del hospicio donde vivían y con el juez que se estaba haciendo cargo de la adopción de tus hermanos y después de muchas llamadas y abogados logré lo que buscaba... — Isabella no esperó ni un minuto más y lo abrazó. Sebastián no podía quitársela de encima o mejor dicho, no quería. Su cálido aroma lo mareaba, así que hizo acopio de toda su voluntad y la alejó cariñosamente al tiempo que trataba de corregir la reacción, ya que algo le decía que cuando entendiera las cosas, su actitud iba a ser muy diferente—. Espera, todavía no termino. Mmm... Mira, conseguí que a tus hermanos los adoptaran juntos una pareja que conozco de toda mi vida. Es un matrimonio hermoso, sus hijos murieron en un accidente hace años, después de eso se quedaron muy solos y deprimidos, así que se me ocurrió llamarles, y proponerles esto, ellos estuvieron de acuerdo enseguida y bueno... los trámites de adopción ya son un hecho —Isabella se irguió, cambió de color rápidamente y sus ojos ni se diga, ahora lo miraban con odio y rencor, con desilusión y mucho dolor.

—¿¡Qué?! ¿Cómo pudiste hacernos esto? Ellos te dijeron cuáles eran mis planes, y yo pensé... ¡Que estúpida! Cómo se me ocurrió, no lo puedo creer. Nos vamos ahora mismo de aquí y gracias por.... ¡Esto! —le grito levantándose rápidamente de la silla furiosa. Sebastián maldijo interiormente y la alcanzó enseguida tomándola con fuerza del brazo.

—Tú no vas con ellos a ningún lado, no seas egoísta... les estoy ofreciendo un futuro mejor, tu podrás verlos todos los días que quieras, trabajaras aquí conmigo. Terminarás tu carrera, como debe de ser.

—¡Suéltame! —rugió.

—¡No! —la voz de Sebastián sonó más fuerte y molesta de lo que esperaba.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿a ti que más te damos? —Él aflojó el apretón con el que la sujetaba.

—Porque es lo correcto, ni a ti ni a ellos nunca más les va volver a faltar nada, te lo juro —afirmó con vehemencia intentando que se convenciera de que eso era lo mejor.

—Tú no sabes nada, no entiendes nada y es normal... naciste rodeado de lujos, rodeado de seguridades, tienes ¡Todo! No tienes idea de lo que hemos vivido ellos y yo, todo lo que hemos tenido que pasar —espetó Isabella con la voz quebrada de la desesperación.

—Tienes razón, no sé nada de lo que ustedes han vivido, pero tú tampoco tienes ni idea de mi vida. Lo único que quiero, y voy a hacer, es ayudarlos, incluso a pesar de ti misma. Dime una cosa ¿Qué futuro quieres para tus hermanos? ¿Quieres que un día de estos se enferme uno de ellos, no tengas ni como curarlo y puedan morir, o que sean unos niños sin educación y por lo tanto, sin oportunidades? —Isabella palideció ante esta perspectiva.

—Yo estoy dispuesta a hacerme cargo, solo debo encontrar un trabajo —murmuró.

—No, tú no vas a dejar de estudiar, vas a trabajar aquí conmigo ayudándome por ahora con el aseo de la casa en lo que encuentras algo más, como lo hiciste estos días, irás a tus clases, vas a terminar tu carrera y te graduarás, y tus hermanos harán lo mismo. Los podrás ver todos los días que quieras. Yo te pagaré, podrás ahorrar y a lo mejor, después, cuando seas mayor y veas que lo que digo tiene sentido, me lo agradezcas —gruñó Sebastián —¡Jamás! esto es un golpe muy bajo, te juro que nunca te voy a perdonar —su voz ahora estaba cargada de ira y resentimiento.

—Está bien, di lo que quieras, pero así va a ser te guste o no, porque si no me haces caso y haces las cosas como te digo, te juro que voy a conseguir una orden del juez para que no te puedas acercar a tus hermanos en mucho

tiempo y si te los llegas a llevar, te van a buscar hasta por debajo de la piedras e irás a prisión y ellos estarán solos... solos de verdad —los ojos de Isabella eran enormes por la impresión, no podía creer lo que acababa de escuchar, le había cerrado, al parecer, cualquier salida.

Respiró hondo y mirándolo con odio.

—Tú ganas, haré lo que quieres porque no me dejas otra alternativa, pero tú no me puedes tener aquí a la fuerza, yo me voy —Sebastián se inclinó acercándose tanto que podía sentir su delicioso aliento acariciándole la cara.

—Si te vas de aquí, llevaré a cabo lo de la orden de restricción y no serás libre para verlos... Así que decide, ahora —la joven lo desafió con los ojos clavados en los de él.

—Algún día vas a entender lo que me estás haciendo. Acabas de romper la poca confianza que me quedaba en la gente, pero de nuevo tú ganas. Haré todo lo que tú quieres que haga —y como una felina herida desapareció.

Sebastián soltó un suspiro profundo y pensó que eso iba a ser lo peor, pero todo indicaba que estaba mal, lo peor apenas venía.

Capítulo 2

Ahora, sentado en aquel sillón, sentía que lo que le deparaba la vida era demasiado incierto y una parte de él dudaba que lo que hizo, fuera la mejor opción. Ni en sus más remotos sueños pensó que las cosas sucederían así.

Hacía menos de una hora que Marco y Dana se salieron de allí y la casa ya se sentía vacía. ¿Cómo era posible?

Lloraron mucho cuando les habló sobre su futuro y ese día aún más. Pero ellos si confiaban en él, sabían que era lo mejor y así se lo dijeron. Carmen y Raúl, sus nuevos padres adoptivos, llegaron puntuales por ellos, les brindaron la más grande de sus sonrisas y platicaron un rato en la sala. Sebastián metió, con la ayuda del conserje del apartamento, las pocas cosas que recuperó en el orfanato al auto.

Isabella se instaló en la recámara de servicio, no era esa la intención de Sebastián, sin embargo, sabía que lo hacía para hacerlo sentir miserable con su decisión, así que no dijo nada y le permitió hacer lo que pensara que era mejor para su humor en ese momento.

Cuando estaba a punto de irse la nueva familia, Isabella salió como un rayo y abrazó a los dos chicos como una madre a la que le quitan a sus hijos. Sebastián observó el cuadro, sabía que algo así sucedería, el enojo de la joven no podía llegar hasta el extremo de dejarlos ir sin despedirse.

Carmen y Raúl entendieron enseguida que era lo que pasaba, ella debía ser la hermana mayor que estaba renuente a separarse de sus hermanos. Sebastián se acercó a la pareja contrariado.

—Lo siento, todavía está molesta conmigo por lo que hice, por eso no había salido de su habitación, pero estará bien... Yo veré que esté bien —lo último lo dijo más para sí que para ellos.

—No me los imaginaba así la verdad, se ven muy... unidos. Jamás van a dejar de estar juntos, lo prometo, ella podrá venir todas las veces que quiera. Yo entiendo muy bien la sensación de perder a alguien que amas —Carmen respondió sin dejar de observar a las tres personitas que lloraba y se abrazaban.

—Gracias Carmen, sé que así será y fue por eso que pensé en ustedes — la mujer lo miró al percibir duda y tristeza en su voz.

—Tú también estás invitado a visitarnos cuando desees, sabes que te queremos hijo —lo abrazó fuertemente mientras continuaba hablando tan bajito que solo él pudiera escucharla—. Estás haciendo lo correcto, de verdad créeme, estos tres chicos algún día lo entenderán. No eres cobarde por no quedarte con ellos, sabes tus limitantes y eso habla muy bien de ti —le dio un beso en la mejilla y se separó de tomándole ahora las manos—. Tú cumple con tu parte y cuida lo mejor que puedas a esa chica. Aunque ahora que la veo, no sé si sea buena idea que se quede contigo, se ve que tiene un carácter muy... duro y bueno, es muy bonita —Sebastián entendió perfectamente a lo que Carmen se refería, era justo la duda que estuvo rondando desde el día en que la vio, no sabía si lograría mantenerla cerca de él sin que algo sucediera, pero de lo único que sí estaba seguro, era que no la dejaría nunca sola.

—No te preocupes Carmen, sabré sobre llevar las cosas, créeme —la mujer rio al escucharlo tratando de convencerse.

—Lo harás Sebastián, sé que lo harás. ¿Sabes? En la vida nada es coincidencia, todo pasa por algo... —él sonrió con vacilación. No tenía ni idea de qué podía ser eso, pero de momento no le importó, sabía que una batalla se avecinaba.

La joven se acercó a Raúl desconsolada al tiempo que se secaba las lágrimas. La observó serio, aunque un tanto culpable.

—Soy Isabella, la hermana de Marco y Dana —extendió la mano para presentarse.

Carmen y Sebastián contemplaron la escena en silencio.

—Me lo imaginé Isabella, yo soy Raúl y ella es mi esposa, Carmen — Isabella giró lentamente sus grandes ojos enrojecidos hacia la mujer, la observó detenidamente y Sebastián se dio cuenta cómo Carmen se quedó sin habla por causa de esos estanques maravillosos. Al terminar de estudiarla, le tendió la mano en signo de aprobación, la mujer mayor la sujetó rápidamente y la rodeó con sus dos palmas.

—Es un placer Isabella —la chica dibujó una media sonrisa.

—Sebastián ya te dijo que puedes ir cuando quieras. Te juro que no miento. Dios sabe que es verdad, tú siempre serás bienvenida.

—Gracias señora —la nueva madre de sus hermanos le dio unas palmaditas con ternura.

—Llámame Carmen, Isabella. Vamos a evitar los formalismos de todo tipo para que

las cosas fluyan bien para ti y para nosotros, ¿estás de acuerdo? —El rubor alcanzó el rostro de la muchacha, al parecer se le terminaron las armas para una guerra que ella sentía, debía pelear.

—Sí... Carmen —de pronto la incredulidad la embargó y la miró intensamente—. ¿Es verdad? —la mujer no entendió a qué se refería—. ¿Es verdad todo lo que dice?, ¿Me va a dejar estar cerca de ellos?, ¿los voy a poder ver así... sin más, cuando yo quiera? —La señora la abrazó en ese instante, derrumbando todas las defensas y dudas de la muchacha. Le dio un beso en la base de la cabeza sobre sus grandes rizos oscuros, la separó un poco de ella y acunó su barbilla.

—Eso... jamás lo dudes, voy a necesitar toda tu ayuda para poder terminar de educarlos y para eso necesito que estés muy cerca Isabella, cuento con eso —la voz de la señora fue cariñosa y firme. Isabella sólo pudo asentir, ya que sentía que si hablaba lloraría desbordada.

Los chicos se fueron y en cuanto dejó de verlos, se metió a los apartamentos corriendo y sollozando.

Sebastián entró lentamente después que ella. Se sentó en el sofá y miró perdido hacia el lugar donde se refugió, quería ir a verla, consolarla, pero las palabras que intercambiaron hacía un momento le decían que debía darle su espacio. Por lo que decidió ir a su recámara y dejarla sola. Fue directo al baño, abrió el grifo de agua, tomó un poco con las manos y se lavó el rostro. Observó en el espejo la imagen que ahí se reflejaba. No la reconoció, algo había cambiado en él. Prestó atención a cada una de sus facciones, sabía que todo estaba igual. Era atractivo para la gente, tenía ojos grandes verdes, con pestañas onduladas. Una boca bien delineada, nariz un tanto tosca, pero no desentonaba en su rostro, al contrario, eso y su quijada completamente cuadrada, hacían verlo masculino. Su cabello castaño claro caía en capas no tan corto contrastando con el bronceado de su piel.

Jamás, en sus treinta y un años, se miró realmente. Quien lo viera pensaría sin dudar que era un hombre que lo tenía todo, incluso más de lo que merecía. Hasta hacía casi dos semanas así parecía.

Pero en ese momento... ya todo era diferente, se daba cuenta de la vida

que había llevado últimamente estaba llena de vacío, la intentó llenar desesperadamente con viajes, mujeres, más dinero, negocios, fiestas. Y ahora, sólo de pensar en la joven que se encontraba en la habitación a un costado de la cocina, sentía que le hervía la sangre, era como si todo cobrara otro color. Pero no era para él, ella lo odiaba y seguro que muy pronto desaparecería de su vida. El solo hecho de pensarlo, lo hizo sentir como si lo hubieran golpeado en el estómago. Agachó la cabeza y se pasó las manos por el cabello ¿Qué debía hacer? Enseguida se contestó buscando acallar su cabeza; ayudarla, eso es todo. Debía de pensar en lo mejor para ella, no en lo que deseaba, la dejó sola. Tenía que ser fuerte y lograr que esto, todo, valiera la pena, es lo único noble que había hecho en su vida y lo iba a hacer bien.

Regresó a su recámara, prendió su ordenador personal y se puso a trabajar. Era domingo y no tenía ni la más mínima intención de salir, su celular lo apagó y el teléfono del departamento muy poca gente lo sabía, así que no sonó toda la tarde.

En cuanto se metió a cuestiones de la empresa, el tiempo comenzó a volar, checó todos los correos y los respondió a conciencia uno por uno. Así lograba no ser consciente de lo que en su interior ocurría, una marea fuerte y sin precedentes se avecinaba y era mejor no darle importancia o le permitiría hacer de él lo que quisiera.

Anocheció cuando escuchó ruido a lo lejos, en la cocina. ¡Isabella! Enseguida el trabajo dejó de tener importancia y como si fuera un resorte, se levantó de la silla.

Salió sigilosamente tratando de agudizar el oído y escuchar de nuevo algún indicio de que ella seguía ahí. Escuchó el sonido del agua correr por el fregadero y sin pensarlo, ya estaba recargado en el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados y observándola. Era tan pequeña, tal ágil, tan... hermosa.

La joven parecía concentrada lavando a conciencia unos pocos platos y vasos. En la barra de la cocina se encontraba un sándwich y a lado, un vaso con leche. Eso debía de ser para él, puesto que era lo que lo vio cenar los últimos días. Cuando terminó de lavar, giró sin molestarse en mirarlo, limpió las cubiertas, lavó de nuevo el trapo, lo exprimió, lo puso sobre el fregadero he intentó salir de ahí ignorándolo en todo el proceso. Sebastián casi ríe al ver

su actitud, así que no se movió ni un centímetro de la puerta y como era un hombre relativamente grande y alto, obstruía prácticamente toda la salida.

—¿Me dejas pasar? —Le pidió sin levantar la mirada. No era una pregunta, era una orden aunque era evidente que buscó disfrazarla. Dios se veía tan linda enojada.

—No, antes debemos de hablar —expresó en tono tranquilo y dulce.

—No lo deseo —he intentó dar un paso hacia la salida, pero al ver que él no se movía, por fin lo miró. Sus ojos lucían cansados y enrojecidos, parecía que había llorado toda la tarde, pero aun así continuó firme.

—Es una pena, pero debemos hablar, Isabella.

—No veo de que debemos hablar, Sebastián —mientras lo decía curvó la boca en gesto de desprecio.

—Siéntate por favor —le exigió con dureza al tiempo que señalaba una de los bancos. Isabella se dio cuenta de que no le quedaba otra opción y a regañadientes se acomodó. Sebastián no se movió del marco—. Isabella, me imagino que pronto regresas a la universidad ¿No es así? —Inquirió.

—Sí —contestó mirándolo fijamente. ¿Por qué la hacía perder el tiempo? Lo único que deseaba era darle un buen punta pie e irse, pero como no podía hacer ninguna de las dos cosas, sólo pudo mostrarle su rencor con los ojos.

—Y sabes moverte por aquí, digo... ¿Sabes llegar? —Parecía preocupado. La joven casi suelta una carcajada. No era ninguna estúpida.

—Por supuesto que sé, ¿qué todavía no entiendes que me crie prácticamente en la calle? —Se rio burlándose abiertamente.

—Tienes razón, y dime... ¿Tienes dinero para hacerlo? —ahora era él quien sintió unas terribles ganas de burlarse al ver su cara de desconcierto, pero no lo hizo, deseaba que llegaran a acuerdos. Pero qué divertido era ver que no había pensado en eso.

—N-no.

—Bien —sacó en ese instante dos billetes de alta demonización y se los tendió.

Isabella ya iba chistar, pero él se lo impidió—. Tómallo como paga de los días que me has ayudado con la casa, y tenemos que hablar de lo que quieres ganar durante el tiempo que trabajes aquí, para mí. Además de... otras cosas —Isabella puso cara de fastidio.

—Págame lo que prefieras, eso me da igual. Y no sé de qué otras cosas podemos hablar tú y yo que no sea de cómo te guste que tenga tu casa — refutó con sarcasmo.

Dios, sí que era difícil esa niña, pensó entre divertido y exasperado, esas no eran las reacciones que solía despertar en el sexo opuesto y le parecía refrescante ver la indiferencia de ella. Respiró profundo y tranquilamente haciendo acopio de paciencia.

—Si te da igual lo de tu paga está bien, yo lo decidiré. Las “otras cosas” — la imitó—, son las reglas y horarios. ¿Vas en la mañana o en la tarde al tus clases?

—Por la mañana —refunfuñó

—Bien, entonces en la tardes trabajarás en la casa y harás tus deberes. Los fines de semana las salidas no se pueden extender a más de medianoche ¿Estamos? — Ordenó firmemente. Isabella por primera vez en varios días, sonreía. Cínica, pensó el hombre intrigado por todas sus reacciones, en serio sería difícil lidiar con ese carácter.

—Como quieras, eso también me da igual, ¿algo más “jefe”? — Respondió descaradamente. ¡Ah! De verdad deseaba sacudirla.

—Me parece que por ahora es todo, conforme vayan sucediendo las cosas las iremos hablando.

—Muy bien —se levantó de la silla acercándose de nuevo a la puerta, pero

Sebastián continuó ahí. Isabella lo miró fastidiada. Ese hombre la exasperaba.

—Ahora ¿qué? —La tomó suavemente por los hombros.

—¿Estás mejor? —La furia regresó al rostro de la chica, lo hizo a un lado bruscamente y salió indignada. ¡Qué diablos le importaba!

Las semanas comenzaron a pasar. La rutina se comenzó a hacer cada vez más clara. Isabella se levantaba muy temprano, se iba la universidad, regresaba a medio día, comía y hacía las labores de la casa, por ultimo dejaba cena hecha para Sebastián y se encerraba en su pequeña recámara a estudiar y hacer sus responsabilidades escolares.

Ellos dos coincidían muy poco, o por lo menos ella eso intentaba. Sin embargo, cuando llegaba el fin de semana, la situación era diferente, se veían

más, aunque siempre Isabella procuraba estar lo más lejos posible de ese hombre que de alguna forma, al paso de los días, comenzó a inquietarla de una forma que no le agradaba y que había puesto patas para arriba su mundo en muy poco tiempo. La joven aprovechaba e iba a visitar a sus hermanos los sábados y domingos, por supuesto siempre teniendo al tanto a Sebastián de dónde se encontraba dejándole notas en la cocina. Con el tiempo se fue haciendo muy amiga de Carmen, la madre de sus hermanos tomaba en cuenta todos sus consejos cosa que la hacía sentir importante y parte de todo sus vidas aún. Marco y Dana a pesar de estar separados de ella se veían felices, sanos, jamás pensó que eso pudiera ser posible, incluso había veces que sentía un poco de dolor al saber que estaban mejor sin estar juntos.

Para Sebastián la situación era distinta, su casa se convirtió en un lugar al cual quería llegar todos los días. Isabella no le hablaba salvo para lo indispensable, pero lo poco que podía verla, disfrutaba con la visión. No paraba todo el día, era demasiado meticulosa y perfeccionista en todo lo que hacía. Cada noche se daba prisa por llegar para alcanzarla, porque una vez que se encerraba en su cuarto, ya no salía de ahí hasta el día siguiente.

Más de tres meses pasaron y las cosas iban bien, pero ellos dos prácticamente no se dirigían la palabra. Era domingo, casi al anochecer, cuando sonó su móvil. Frunció el ceño dejando de lado el libro que leía.

—Hola Carmen, que milagro ¿Cómo están?, ¿cómo va todo?

—Perfectamente Sebastián, estamos muy contentos. Marco y Dana son unos chicos especiales, nos hemos adaptado todos muy bien a esta nueva vida.

—Me alegra.

—Sebastián, además de hablarte para reclamarte el que no vengas a visitarnos últimamente, necesito comentarte algo... —enseguida se puso en alerta, sabía que era referente a Bella, así la nombraba él en sus pensamientos.

—¿Qué pasa Carmen? —Quiso saber inquieto.

—No te alteres, pero... es sólo que últimamente, cuando viene Isabella, no la veo bien, me parece que está un poco... débil. Se presiona mucho, va de maravilla en la universidad ¿Lo sabes? Y me da la impresión de que está descuidando su salud, no se... creo que algo no anda bien.

—No me había fijado Carmen, ¿crees que esté haciendo algo? O...

—No, no pienses mal, estos niños han vivido con lo mínimo por mucho tiempo, con muchas carencias y en situaciones que no podemos imaginar, sé que ella llevó la peor parte de esto, los niños me lo cuentan. Cuando llegaron conmigo enseguida les hice estudios de todo, y bueno... gracias a Dios salieron bien, bajos en algunas cosas, pero bien. A Isabella le he insistido que se los haga y por una u otra cosa no lo ha hecho, Sebastián llévala a que le examinen... aunque ella no quiera —arrugó la frente confuso y desconcertado.

Sebastián no había pensado en todo eso, ciertamente era delgada, pero no se pensó jamás él porque, y al verla cada día, lo poco que podía, lo único en que se fijaba, era en sus hermosos y gigantes ojos aceituna.

—Sí lo haré, lo prometo Carmen —claro que lo haría, ella debía estar bien.

—Su relación es buena ¿Verdad?, pensé que con el tiempo mejoraría...

—Yo también, pero ya ves... de todas formas voy a hacer lo que tú dices.

—No te preocupes Sebastián, poco a poco cederá, conmigo es un dulce, no sabes todo lo que me ha ayudado con los niños y también es muy inteligente.

—Lo sé Carmen, pero en fin... lo que me reconforta es que hemos hecho lo correcto, aunque todavía no lo quiera aceptar.

—Así es hijo, de estoy segura... Ahora debo dejarte, ya sabes... labores de madre... debo de dormir a Dana, Raúl ya la lleva para allá.

—Gracias Carmen y saludos a todos. Prometo que pronto pasaré a verlos.

—Eso espero, cuídate.

Cuando Isabella llegó, Sebastián la esperaba en la sala aún pensativo. La joven al darse cuenta de que estaba ahí, sintió que se le doblaban las piernas, casi no lo veía e intentaba huir de él todo el tiempo, porque cada que lo tenía cerca, siempre se sentía así: abrumada, acalorada. No, esas reacciones no le gustaban, de hecho la asustaban.

—Buenas noches —logró decir con indiferencia.

—Hola —contestó él serio—. ¿Cómo te fue? —Hacía mucho tiempo que no conversaban, de inmediato las palmas le comenzaron a sudar, se sentía una niña boca junto a él, además, por si fuera poco, la miraba como si la

estuviera evaluando, eso la puso aún peor.

—Bien, pero estoy muy cansada. Buenas noches —y de verdad se veía exhausta, traía unas pequeñas líneas rojas debajo de cada ojo y su pómulos lucían notoriamente más marcados que la última vez que la pudo ver con atención. Antes de que ella se pudiera marchar, él se levantó, la tomó por los hombros y buscó su mirada.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida —su contacto la quemó, sintió electricidad por todo su cuerpo y eso la angustió, así que por reflejo y... miedo, se zafó alterada. No le gustaba sentir todo eso, no por nadie, menos por él.

—Sí, me siento bien, buenas noches —y salió prácticamente corriendo de ahí.

Carmen tenía razón, no se veía bien. Incluso cuando la tomó por los hombros pudo sentir su fragilidad y algo más... sintió una corriente eléctrica que corrió por todo su cuerpo y un calor muy especial. Cuando se dio cuenta de por dónde iban sus pensamientos, sacudió la cabeza para despabilarse y pensar con frialdad, la llevaría al médico aunque fuera a la fuerza, decidió en ese mismo momento.

Al despertar al día siguiente, listo para irse, fue directo a la cocina, enseguida se dio cuenta de que ya se había ido, en la tarde pasaría ella antes de comer para que la examinaran le gustase o no.

Isabella no se sentía con mucha energía, pero eso ya era habitual en ella, hacía muchas cosas y apenas si comía, sin embargo, esa mañana especialmente se levantó con mucha dificultad y sintió que sus fuerzas la abandonarían en cualquier momento. No obstante, logró terminar con las clases del día y llegar al apartamento, tenía que hacer la limpieza y además un profesor tirano le dejó un trabajo inmenso que tenía que comenzar de una vez si quería entregarlo a tiempo.

Sintió que no podría terminar el día que aún se extendía ante ella.

Comenzó a lavar los pocos platos que había con extrema lentitud, cuando sin más, comenzó a sentir un sudor frío que le recorría todo el cuerpo de pronto esa desagradable sensación le llegó a la nuca logrando que la vista se le nublase, escuchó un vaso romperse a lo lejos y ya no supo nada más, se encontraba inmersa en un agujero negro de donde no tenía ni siquiera fuerza

para retornar.

Capítulo 3

Sebastián llegó a la hora prevista, pensando que si la invitaba a comer, aceptaba de mejor agrado ir al médico.

—Bella —la llamó apenas si entró. Nadie contestó. Qué raro ahí estaban sus llaves, notó alzando una ceja. Dejó sus cosas en la entrada y caminó buscándola—. Isabella, por favor, necesito hablar contigo —nada, nadie respondía. Entró a la cocina intrigado, seguro no deseaba hablar con él, siempre le huía. De pronto notó que el grifo estaba abierto y agua se iba por el drenaje sin más, bajó la mirada y la vio, estaba en el piso inconsciente y sangraba de una mano, había vidrio por todo el lugar—. ¡Isabella! —sintió que se le iba la sangre del cuerpo, se acercó rápidamente, la levantó sin la menor dificultad llevándola de inmediato al sofá. No pesaba nada y su cuerpo estaba completamente laxo.

—¡Isabella!, Bella, contesta, despierta... Por favor, no me hagas esto —le rogó dándole pequeñas palmadas en el rostro con la esperanza de que respondiera, pero estaba muy pálida y no volvía en sí. Tomó su móvil desesperado y le habló a Paco, su amigo le dijo que lo veía en el hospital, así que sin perder tiempo la tomó en sus brazos y salió corriendo de ahí muy preocupado, demasiado a decir verdad.

—¿Que tiene? ¿Ya reaccionó? ¿Qué le pasó?

—Tranquilízate Sebastián, nunca te había visto así...

—¿Que tiene? — sentía más asustado de lo que jamás había estado. Las últimas horas fueron una tortura. ¿Cómo mierdas se podía tranquilizar?

—Ya volvió en sí, pero está durmiendo, su presión estaba muy baja, no entiendo cómo pudo siquiera despertar por la mañana... En fin, le estamos haciendo estudios para ver qué es lo que le sucede, sin embargo, te adelanto que por su peso y marcas bajo sus ojos, no se ha alimentado bien y ambos sabemos que no es sólo desde que está contigo. Sebastián; la desnutrición o falta de ciertos alimentos y vitaminas, generalmente traen secuelas, en ciertas ocasiones, muy graves —pestañeó sin comprender y algo nervioso.

—¿A qué te refieres?... ¿De qué tipo? —Paco se sentó y lo invitó a hacerlo.

—Sebastián, las secuelas pueden ser tantas como te las imagines, es una desgracia que los niños de este mundo tengan que vivir en estas condiciones, pero aún desconozco cuáles son las de Isabella, debemos esperar a que salgan los resultados ¿Está bien?

—Y su mano, ¿cómo está? ¿Se lastimó mucho? —Paco sonrió negando, en toda su vida nunca lo vio así de preocupado por la salud de alguien.

—No te preocupes, no fue grave, va a quedar perfectamente. Pero... ¿Qué pasa Sebastián?, jamás te comportas así, has pasado por muchas cosas y me parece que es la primera vez que reaccionas de este modo ante una situación, desde que estos chicos entraron a tu vida algo te sucedió, ya no eres el mismo... Además... me di cuenta de cómo miraste a la muchacha desde el primer día...

—¡Estás enfermo Paco! Ella está a mi cargo, que esté preocupado es lógico —Paco sonrió con incredulidad.

—Si tú lo dices... —con esa reacción lo decía todo pero evitó reír en su cara, Sebastián era de poca paciencia y de un temperamento de los mil demonios.

—¡Sí! yo lo digo y ahora por favor ve a hacer tu trabajo y dime que tiene Bella de una maldita vez o voy a tener que buscar a alguien más competente y menos entrometido —Paco asintió divertido, ese apodo cariñoso que empleó para referirse a la chica no pasó desapercibido, sin embargo lo dejó pasar.

Al quedarse solo se perdió en sus pensamientos. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué sentía esa aprensión en el pecho?, ese miedo sólo lo sintió hacía muchos años, cuando sucedió el accidente donde sus padres partieron para siempre.

Su móvil sonó sacándolo de sus dolorosos recuerdos.

—Carmen —saludó aliviado al ver quién era.

—Sebastián, ¡hola! —sin perder el tiempo le narró todo por lo que la mujer fue enseguida al hospital.

Los resultados se estaban tardando más de lo pensado y todavía no despertaba Isabella.

—Ya los tengo, pasen al consultorio —Sebastián se sentía muy ansioso, Carmen lo tomó de la mano al notarlo, ella también estaba preocupada—. Tomen asiento.

Bien, a Isabella le encontramos algunas deficiencias, pero son curables y remediabiles con una buena alimentación, descanso y cuidados. Ella va a estar bien, aunque siempre va a tener que vigilarse y no excederse —Sebastián lo miraba impaciente, eso no le decía ni un carajo—. Está bien, lo que tiene es anemia ferropénica, esto quiere decir que le falta sobre todo hierro, presentó también deficiencia en calcio por lo que si no se cuida, pronto podrá tener problemas con los huesos, por todo esto es fácil que al no tomar las medidas necesarias, se debilite, desmaye, maree o incluso que enferme con mucha sin más. Sus defensas digamos que por ahora son algo pobres.

—¿Y qué hay que hacer? —Preguntó Carmen mientras el hombre a su lado tenía tenso el rostro por la noticia y sólo escuchaba.

—No se preocupen, ella va a estar perfectamente. Le recetaré una dieta bien balanceada y dotada en extremo de vitaminas y nutrientes, además de complementos que deberá ingerir diario. Por un rato tenemos que evitar que se canse excesivamente y se exija más de lo que puede. Tendrá que tomar ciertos minutos de sol al día para fijar el calcio y hacerse periódicamente exámenes de sangre para ver cómo van sus glóbulos. Es importante que hagan todo lo que les diga y les prometo que esto va a pasar sin problema —Sebastián sintió que le regresaba el alma al cuerpo, ella iba a estar bien y él iba hacer todo para que así fuera.

—Gracias por todo Paco ¿Podemos verla?

—De acuerdo, pero si está dormida, no la despierten, necesita descansar mucho.

Sebastián entró primero, la joven se encontraba en el centro de la cama menos pálida que hacía unas horas que la llevó y parecía tranquila con sus ojos cerrados.

Era, aún enferma, muy hermosa. De repente sus parpados se abrieron y lo miró de una forma profunda, intensa, podía jurar que nunca nadie lo había visto de ese modo. Se acercó atraído por un imán de gran potencia.

—Hola Bella —murmuró sin detenerse. Ella sonrió débilmente. Sentía que un auto había pasado sobre su cuerpo, qué difícil y cansado era mover hasta un dedo. Sin embargo, no se quejó, odiaba hacerlo.

—Hola —él, sin poder evitarlo, tomó su mano delgada y enseguida regresó esa descarga de electricidad que ya comenzaba a hacerse tan familiar.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, sólo un poco agotada ¿Qué pasó? No recuerdo casi nada — Sebastián se sentó sobre un hueco la cama y le narró lo ocurrido—. Siento mucho haberte asustado de esa forma —se disculpó al tiempo que le subía un pequeño rubor a las mejillas y desviaba la mirada nerviosa. Él acunó su barbilla delicadamente y esta lo encaró avergonzada.

—No me digas eso Bella, ya pasó y tú vas a estar bien, pero eso sí, harás todo lo que Paco diga ¿De acuerdo? —Su voz era aterciopelada, tierna. De pronto se sintió más ligera a su lado, menos ansiosa.

—Te lo prometo —un pequeño bostezo escapó sin poder evitarlo, el sueño comenzaba apoderarse de ella de nuevo, así que la dejó para que Carmen la alcanzara a ver despierta.

Isabella durmió el resto de la tarde, así que Sebastián aprovechó para hacer todas las llamadas posibles y así lograr lo que se proponía. Estaba decidido a hacer todo para que estuviera bien y tuviera una vida feliz y normal. Por la noche Paco lo convenció de que se fuera, ella no corría peligro, solo dormiría.

Al día siguiente llegó algo agotado al hospital, hasta muy tarde fue de aquí para allá, dándole forma a lo que se propuso, así que no descansó como solía. Isabella se encontraba desayunando cuando entró a la habitación. En cuanto la vio, su corazón se detuvo, esa mujer despertaba en él cosas desconocidas.

—Te ves mucho mejor Bella —ella sonrió tiernamente y claramente más relajada.

Eso lo conmovió de una forma indescriptible, esa joven dulce y obstinada se estaba colando en su ser, eso era evidente.

—No puedo decir lo mismo de ti, te ves muy cansado —Al verla sonreía no pudo evitar perderse en sus ojos. Dios, ella lo hacía sentir... pleno. Pero en cuanto se percató de por dónde iban sus cavilaciones, decidió romper el silencio.

—Te traje un cambio de ropa —y le mostró un pequeño beliz que no reconoció como propio.

—No tenías que hacerlo —otra vez ese rubro. Maldición, esa mujer lo estaba desquiciando, debía tener cuidado... ¿O ya era demasiado tarde?

¡Mierda!

—Así serán las cosas de ahora en adelante —anunció con aplomo, intentando cultar lo turbado que se sentía con tan solo un movimiento de ojos. Isabella arrugó la frente intrigada, preocupada también si era sincera.

—¿P—por q—qué?

Paco los interrumpió sin percatarse, parecía alegre.

—¿Ya estás lista para irte, Isabella? —Ella asintió sonriendo, aunque aún tensa—. Bueno, ahora si vamos a dar todas las indicaciones y decirte cómo debes cuidarte para que este episodio no se repita ¿Okay?

—Por aquí no es tu apartamento, Sebastián ¿A dónde vamos? —Deseó saber Isabella con voz temblorosa, insegura. Escucharla así le partió el alma. Sebastián se preguntó si algún día ella lograría borrar todo lo vivido y confiaría en la gente, no tenía ni idea de todo por lo que pasaron, pero no era ingenuo, sabía bien cómo era el mundo e Isabella tenía muy marcadas las cicatrices que este dejó en su ser.

—Ya verás, Bella —ella lo miró llena de temor sin embargo, decidió no cuestionar más. Ese gesto lo hizo sentir culpable por un momento, pero sabía que eso pasaría en un instante.

—¿Y esa casa?, es enorme... ¿Quién vive ahí? —Giró hacia él muerta de miedo la intentaría dejar ahí. No, no lo permitiría, ese no era el trato—. ¿Aquí me voy a quedar? —Estacionó el auto y la observó de una forma en la que nunca nadie lo había hecho y sin pensarlo le quitó un rizo que atravesaba su frente.

—Sí, aquí te vas a quedar —la joven sintió de repente que lagrimas amenazaban con salir de sus ojos “otra vez no, por favor” rogó—. Hey, esta también es mi casa Bella, aquí vivo yo desde ayer y tú, también lo harás —abrió los ojos como plato, eso no podía ser, ese lugar parecía más un palacio que una casa y... era suya. ¿Cómo?

—¿Tú casa?! —chilló un tanto histérica. Ese lugar era demasiado elegante, lleno de acabados lujosos y podía albergar a una colonia entera, por no decir más.

—Sí, mía —su tonó ronco la descolocó. No se refería a la residencia y eso la dejó perpleja, muda. La manera en la que se lo dijo jamás la olvidaría, pero decidió hacer a una lado ese pensamiento y concentrarse en lo que

ocurría.

—No, no entiendo Sebastián ¿Por qué te mudaste tan de repente?... ¿Aquí trabajaré? ¿No es muy grande para ti? —En realidad eso no le importaba, lo que realmente la intranquilizaba era lo lejos que estaba de la casa de sus hermanos y que no se veía transporte público por ahí. Él bajó del auto y le abrió la puerta cortésmente.

—Es muy sencillo Bella, este es el lugar donde vas a vivir de ahora en adelante y las cosas van cambiar para ti de una vez.

La chica aceptó la mano que él le ofrecía para salir del auto, pero la quitó enseguida al sentir la corriente, frunció el ceño pestañeando nuevamente confundida. ¿Qué le ocurría con ese hombre?

—Pero ¿Por qué?, ¿vivir?... ¿Qué va a cambiar?, no comprendo, como estoy está bien, además me quedan lejos mis hermanos y yo podría buscar otro sitio, no soy tu responsabilidad —lo último lo dijo casi en un susurro. Las manos le sudaban y no entendía la cabeza de ese hombre colosal que tenía frente a ella...

—Por la distancia no te preocupes, tendrás tu auto —Isabella lo observó como si hubiera perdido por completo la razón.

—¿Un auto? Sebastián, me estás asustando, no sé manejar y no pienso aceptarte algo tan costoso, en serio... ¿A qué viene todo esto? —él sonrió divertido al ver su confusión, de verdad no entendía nada, así que la dejaría que lo fuese descubriendo.

—Pues si quieres ir a verlos tendrás que hacerlo, porque de aquí en transporte público no saldrás —le informó encogiéndose de hombros al tiempo que avanzaba hacia la entrada de la casa esperando que ella lo siguiera. Isabella se sentía perdida, a merced de un loco, muy hermoso por cierto, pero un loco al fin.

Al percatarse de que no avanzaba él le extendió la mano y ella se la dio con cierta vacilación. Subieron unas escaleras y unas personas, empleados de la casa supuso, iban y venían bajando cosas y acomodando. La joven admiró la casa sin poder esconder su impresión, la opulencia estaba en cada muro, en cada esquina. Era realmente enorme e increíblemente hermosa, el recibidor era más grande que la casa donde vivía de niña. Sebastián, al ver su reacción, comprendió su asombro y supo que esa mirada se quedaría clavada en su ser

para siempre.

Entraron y de repente hombre de estatura media, delgado y rondando los sesenta años, se acercó con gesto sonriente pero formal. Vestía un pantalón negro y una camisa celeste, el cabello ralo y con algunas canas. Le cayó bien de inmediato, pero no entendía quién podría ser.

—Hola Sebastián, ella debe ser Isabella ¿Verdad? —la señaló sonriente.

—Así es Ciro.

—Bienvenida, yo soy Ciro, el encargado de esta casa de quienes la habitan — Isabella le tendió la mano aún sin entender nada ¿Un hombre a cargo de una casa?

¿Era en serio?

—Él trabaja aquí desde que tengo memoria, es de toda mi confianza, así que relájate —Sebastián estaba demasiado cerca de su oído, y su aliento acarició sus mejillas entibiándolas. De inmediato se estremeció por completo y solo consiguió sonreír como una tonta.

—Pero sígueme Isabella, te mostraré tu habitación, está en la planta alta — sin moverse de su sitio giró hacia Sebastián atónita.

—¿Mi recámara? ¿Arriba?

—Sí Bella, por favor síguelo, en un rato hablamos todo lo que tú quieras, ahora debes de descansar.

—Pero...

—Pero nada, obedece por favor, Bella, ayer me diste un susto de muerte y aún no me recupero, así que sigue las instrucciones de Paco y a la cama — ella asintió avergonzada y muy desconcertada. Cruzaron la enorme estancia y llegaron a unas preciosas escaleras de cantera, llegaron al segundo piso y siguió al amable hombre hasta llegar a lo que sería su habitación. Tragó saliva mientras cruzaba el umbral, Ciro le mostró el lugar con una sonrisa agradable, al terminar la dejó sola para que durmiera.

Se sentó en la gran cama sin entender aún. ¿Acaso Sebastián pensaba que viviría ahí? Claro que no, trabajar para comer y estudiar era una cosa, pero ser una mantenida; nunca. Se dejó caer en la cama mirando el techo asustada. Esa casa era de proporciones estratosféricas ¿Qué pretendía llevándola ahí? Se acurrucó intentando pensar qué debía hacer, pero de pronto fue consciente de lo agotada que se encontraba, cerró los ojos sin poder evitarlo y quedó

profundamente dormida.

Sebastián esperaba en la cocina su café. Se sentía muy satisfecho. En esa casa creció y desde que sus padres murieron, no volvió a ser ocupada. Sin embargo, la mantenía en perfecto estado, como cualquier otra de sus propiedades, nunca había corrido a nadie de la servidumbre y Ciro administraba todo a la perfección, como lo hizo desde que era un niño de pañales y su madre lo contrató al demostrar su eficiencia. Mudarse siempre lo descartó, ese lugar era muy grande y no se prestaba para su tipo de vida.

No obstante, llegó el momento. Ella necesitaba una vida tranquila y él se la iba a dar. El dinero daba todas esas posibilidades y a él le sobraba, de repente tener tanto cobró un significado diferente, al volver a pensar en Bella sintió de nuevo ese calor en su cuerpo. Sin poder evitarlo, su cabeza se llenó de imágenes de esa joven sobre su lecho completamente desnuda, esperándolo, mirándolo con aquellos ojos colosales suplicándole que no se alejara. Ese pensamiento lo sorprendió y asustó al mismo tiempo, deseaba a Bella, la deseaba más que a ninguna otra mujer en su vida. Sí que estaba en un delicioso y enorme lío.

Sacudió la cabeza como cada que caía en esas cavilaciones. Ya estaba desvariando, porque hablando de mujeres, ¿hacía cuanto tiempo que no estaba con una?

Seguramente eso es lo que necesitaba, antes no pasaba semana sin alguien en su cama, ¿y ahora?, ¿desde cuándo no tocaba a nadie? Desde... desde que ella apareció, desde ese momento no volvió a sentir ganas de estar con nadie..

—Veo que estás muy pensativo muchacho —lo interrumpió Ciro con su tono relajado muy característico en él—. Ahora sí tienes tiempo y me gustaría saber ¿Qué hay entre tú y esa jovencita? —Sebastián sorbió un poco de su café recién servido mirándolo incisivamente. El mayordomo no era un hombre que se inmiscuía, al contrario, sin embargo, siempre se preocupaba de alguna manera por él.

—Ya te he contado la historia de ella y sus hermanos, no hay nada más, Ciro —el encargado de la casa casi suelta la carcajada. Lo conocía desde que usaba pañales, ese muchacho no podía ocultarle nada, vio cómo la miraba, había algo más... mucho más.

—Sebastián, sé que no debo meterme pero debo decírtelo. Ella... no es

para ti, ambos han llevado vidas muy diferentes, así que si decides lo contrario, ten cuidado, nada más.

—Solo deseo ayudarla.

—Sólo recuerda que esa joven no ha tenido lo que tú y puede confundir las cosas, no diré más —al escuchar sus palabras se quedó en silencio reflexionado, eso era cierto.

Por la tarde se encerró en el estudio y decidió ponerse a trabajar, los negocios se manejaban solos, pero él, mejor que nadie, sabía que no debía desatenderlos. Ya había anochecido cuando tocaron la puerta, revisaba unos papeles, así que no levantó la vista hasta que escuchó su voz.

—Hola, ¿estás muy ocupado?... Puedo regresar en otro momento —sintió como la sangre bombeaba fuerte por todo su cuerpo tan solo al escucharla.

—¡Bella! Por fin despertaste, siéntate —un hermoso rubor pintó de nuevo su rostro.

—Perdón, es que no me di cuenta y....

—No te preocupes, eso es lo que debes hacer, descansar para recuperarte.

—Sebastián ¿Podríamos hablar? —Con esos ojos ¿cómo le podría negar algo?, simplemente imposible.

—Dime —se intentó acomodar en la silla, cada vez la ponía más nerviosa su cercanía, tenía un cabello hermoso y unos ojos verdes que la hacían desconcentrarse. No era ningún niño, su mirada era dura y firme, sin embargo, la atraía como las abejas a la miel.

—B—bueno... lo que pasa... quiero decir.... —él sonrió fascinado de verla trastabillar, rodeó la mesa para sentarse a su lado mirándola con ternura.

—¿Si, Bella? —La alentó. Ella no pudo resistir tenerlo tan próximo y se puso de pie tomando grandes bocanadas de aire.

—Sebastián, no puedo aceptar todo esto... Te juro que no es necesario —él la observó moverse y solo pudo admirarla, con ese vestido verde militar se veía especialmente perfecta, la tela se adhería a su esbelto y pequeño cuerpo de una forma discreta y provocadora a la vez. El deseo lo atravesó de nuevo, sin embargo, se obligó a concentrarse en lo que le acababa de decir.

—¿A qué te refieres, Isabella?

—A todo, yo te agradezco lo que has hecho, incluso he alcanzado a entender lo de Marco y Dana y sé que ha sido lo mejor aunque aún me duela

mucho, pero no puedo aceptar que te cambies de casa, que me compres un auto y que pretendas que esté aquí sin hacer nada, eso es imposible, no puedo. Lo siento, de verdad lo siento, ya estoy mayor y creo que lo mejor será que intente hacer mi vida y bueno... prometo no intervenir en lo de mis hermanos, créeme —sus enormes ojos suplicaban y él le hubiera concedido cualquier cosa con esa mirada, pero en eso no. ¿Realmente creía que la dejaría ir? Imposible. Palmeó el lugar en la otra silla.

—Ven, siéntate —ella dudó, pero al final cedió—. Isabella tú no te puedes ir, esta delicada por la mala alimentación que has llevado, tienes algunas cosas que no están bien en tu organismo y no voy a permitir que pongas un solo pie fuera de esta casa hasta que no estés perfectamente.

—Pero...

—Nada de “peros” Bella, la vida va a cambiar para ti, ¿Por qué te niegas? ¿Por qué no lo aceptas? —la joven bajó la mirada turbada.

—Porque nadie hace nada por nada —expresó con un hilo de voz. Sebastián sintió hervir la sangre al entender el significado de esas palabras y la resistencia que ponía. Con dos dedos le hizo levantar el rostro para que lo mirase.

—¿A qué te refieres con eso, Isabella? —se zafó de él y se volvió a levantar nerviosa.

—A nada, pero así es, bueno... tú no has sido así... pero... —él no dudó y fue directo hasta ella, la tomó por los hombros ansioso y repentinamente rabioso.

—Mírame, mírame por favor, Bella. —lo hizo—. ¿Qué paso? ¿¿Por qué dices eso?!

—Te juro que nunca me ha pasado nada Sebastián, nada que no pudiera manejar o de lo que no pudiera huir, pero... bueno, sé que así es, aunque nunca estuve tan desesperada —sintió un gran alivio al escucharla decir eso, una experiencia como esas dejaba muchos traumas en las personas. Esa mujer le iba a dar muchas sorpresas, estaba seguro de ello, aun así siguió con su plan.

—Sí Isabella, el mundo en su mayoría así es, pero como en todo hay sus excepciones. ¿Lo sabes verdad?

—Sí —la tomó de la mano y la volvió a sentar.

—Vamos a hacer algo, tú te vas cuidar, vas a hacer todo lo que Paco diga, vas a estudiar y vas terminar esa carrera, irás a ver a tus hermanos y ellos vendrán cada vez que quieran. En cuanto se pueda, y todo éste en orden, buscaremos un trabajo para ti ¿Te parece? —ella seguía sin estar muy convencida.

—Es que... Sebastián, no es justo para ti, no tienes por qué hacerlo, de por sí ya te he dado suficientes dolores de cabeza desde que entré a tu vida. Estaré bien... no interferiré en nada, ya te debo bastante.

—Isabella, desde que tú y tus hermanos se cruzaron en mi camino, estoy convencido de que fue por algo. Yo estaba solo y con dinero y ustedes juntos y sin recursos, así es la vida Bella, no te resistas —le argumentó haciéndolo ver de lo más simple todo. Pestañeó conmovida y aun renuente.

—No puedo aceptarlo— logró decir ya con menos convicción. Él lo notó, ganaría la batalla.

—¿Por qué eres tan testaruda? No te niegues a las cosas Bella, aprovéchalas... Además debes saber que soy más terco que tú —eso último la hizo sonreír, ya lo había notado. Ese simple gesto lo dejó sin aliento.

—Dios... De acuerdo —soltó al fin—, pero con la condición que cuando pueda te voy a pagar todo ¿Sí? —Él torció el gesto, pero al ver sus ojos de súplica, asintió.

—Si eso quieres... —ella le sonrió de nuevo dulcemente. Maldición, si seguía haciéndolo le importaría muy poco nada y la llevaría a la cama de una buena vez.

—Sí, eso quiero, es la única forma de que acepte esto y... de verdad Sebastián... gracias por todo, eres un hombre muy bueno —ese comentario enseguida apagó el fuego que comenzaba a consumirlo, Isabella lo creía “bueno”, no la decepcionaría.

El hombre fue hacia su escritorio y buscó algo entre sus papeles. Tomó un sobre blanco y se lo entregó.

—Esto es una tarjeta, en ella cada mes te voy a depositar una cantidad, es para tus gastos ¿De acuerdo? —la joven lo miró atónita, negó intentando regresárselo. Eso ya era un exceso.

—No, esto es mucho Sebastián, no hace falta.

—¿En qué quedamos, Bella? Otra cosa, para mañana ya tendrás el chofer

que te va a llevar a la universidad en lo que aprendes a conducir y te vas sola.

—¿Qué? ¡¿Un chofer?! —Chilló incrédula. Sebastián se sentía complacido con sus reacciones, realmente estaba perpleja.

—Sí, un chofer, el transporte público no pasa, la mayoría de las personas de servicio duermen aquí y su día de salida alguien las saca en auto —de pronto ella soltó una carcajada. Escucharla fue algo refrescante para él, algo nuevo, era la primera vez que la veía reír de esa manera, sin embargo, no entendió la reacción.

—¿Qué es tan divertido, Bella?

—Yo, bueno, lo siento, es que.... creo que me voy a sentir ridícula —de inmediato se puso seria y bajó la mirada hasta sus manos que mantenía fuertemente entrelazadas—. Pero... gracias de todas formas Sebastián —asintió conmovido. La chica bostezó discretamente, pero no lo suficiente como para que él no se percatara.

—Bien, creo que ya es hora de que regreses a dormir, esto ya está hablado ¿De acuerdo?

—Dios... creo que sí... No entiendo aún por qué lo haces, pero gracias, creo que nunca terminaré de dártelas.

—No hace falta que lo hagas, quiero hacerlo, es lo único que debes saber.

—Buenas noches —logró decir nerviosa, la estaba mirando de una forma que la hacía sentir que caminaría sobre clavos ardientes si él se lo pedía. Salió a toda prisa de ahí.

Capítulo 4

Sebastián tuvo que salir de viaje al día siguiente de aquella conversación, pero dejó todas las instrucciones a Ciro, y de Bella se despidió rápidamente.

Los días comenzaron a pasar, Isabella cada vez se sentía y veía mejor incluso regresó a la universidad. Por la mañana estudiaba, al regresar Ciro verificaba que comiera antes que nada, después hacía lo deberes, bajaba a tomar el sol los diez minutos recomendados y el chofer le daba clases de manejo aproximadamente media hora diaria, para cuando anochece, ya estaba agotada, ingería lo que le obligaban a cenar y enseguida quedaba inmersa en sus sueños. Sus días se pasaban de prisa y cada vez tenía más energía.

Sebastián ya llevaba dos semanas fuera. Bella no tenía idea de la cantidad de negocios y dinero que él poseía, pero comenzaba a sospechar que no era poco ya que trabajaba muchísimo y viajaba por todo el mundo, según le había comentado Carmen en alguna de sus visitas. Él prácticamente no hablaba con ella, pero sí con el encargado de la casa. Aunque siempre le mandaba saludos, sin embargo, cada día sentía más su ausencia. ¿Qué le estaba pasando? Sebastián era un gran hombre, pero no debía confundirse, lo que sentía era mucha gratitud y ¿Quién no?

En unos meses su vida ya no era ni por casualidad lo que fue o podía haber sido.

Gracias a él, Marco y Dana estaban muy bien, Carmen y Raúl los adoraban y estaba disfrutando por fin de todo lo que se merecían. Bella los visitaba todo el tiempo y si no ellos iban a verla. Ahora se sentía en paz, tranquila y fuerte, lista para enfrentar la vida, lograr lo que siempre se propuso. Y todo eso era gracias a aquel hombre de mirada color aceituna que buscó, sin pedir nada a cambio, ayudarlos para que su futuro fuera mejor del que se vislumbraba y sabía tendría si hubiera continuado en aquel estado.

Su cabeza daba vueltas y vueltas recostada en el pasto tomando un poco de sol y observando las nubes moverse lentamente con el viento. Se sentía ligera. Sonrió alegre. De pronto sintió que algo la olisqueaba, una pequeña nariz húmeda se le acercaba a la cara. No era una, sino dos cachorros Labrador, uno negro como la noche y otro, miel. Se incorporó de inmediato

sorprendida y los cargó a los dos riendo ante lo excitados que se mostraban.

—¿Y ustedes quiénes son? Qué lindos están... —jugaba con los dos al mismo tiempo envuelta en tiernas carcajadas al ver su exorbitante energía. En ese instante fue consciente de que alguien la veía desde uno de los enormes ventanales que separaban la casa del jardín. Era él, su corazón comenzó a martillar un poco más rápido y su pulso se aceleró, se sintió una tonta al verlo de aquella forma, era demasiado guapo, demasiado hombre y demasiado... lejano. Caminó hacia él turbada sin darse cuenta de que los cachorros la seguían, y cuando estuvo a unos metros de su cuerpo, se detuvo nerviosa.

—Hola, Sebastián...

El recién llegado no estaba preparado para esa visión, ahora que ya estaba mucho mejor, su belleza se resaltaba aún más, su piel brillaba y sus ojos echaban destellos, su cabello suelto resplandecía y unos rizos revueltos le adornaban el rostro, parecía todavía más un ser etéreo de otro planeta que cuando la conoció.

—Veo que te encuentras mucho mejor —logró decir admirado y con un cosquilleo recorriéndole todo el cuerpo. La joven le regaló la más hermosa de sus sonrisas asintiendo, aunque lo cierto era que parecía desconcertada.

—Sí, cada día es mejor que el anterior — no dejaban de mirarse. Era evidente que la corriente de la atracción viajaba de un ser a otro sin el más mínimo de los reparos.

—Se nota, Bella —expresó al tiempo que le quitaba un rizo desordenado del rostro.

Enseguida los dos sintieron la electricidad correr por sus cuerpos. Unos ladridos los sacaron de su trance. Él tomó uno en brazos e Isabella hizo lo mismo con el otro—.

¿Te gustan? —Preguntó casual mientras acariciaba a la criatura que tenía pegada a su pecho..

—Sí ¡Son preciosos, Sebastián! —el pequeñín que ella traía le lamía el rostro bastante inquieto.

—Son tuyas —sus ojos penetrantes y duros se volvieron a clavar en los de ella.

—¿Mías?

—Sí, tuyas. Así que deberías pensar cómo las quieres llamar —al ver su reacción supo que había hecho lo correcto.

—No lo puedo creer, esto es demasiado. ¡Muchas gracias! —Acercó los dos cachorros a ella y los observó detenidamente, al negro lo pegó más a su rostro observándolo con profunda inocencia—. Bien, tú te llamarás Luna —giró hacia el cachorro más claro—. Y tú, Miel —lo miró un segundo después agradecida y le dio otra sonrisa maravillosa—. De verdad muchas gracias Sebastián, te prometo que los cuidaré.

Dios, no lo puedo creer, Marco y Dana se van a poner felices cuando las vean —se arrodilló y comenzó a jugar con los inquietos animales como si tuviera diez años.

—Apuesto a que sí —no podía dejar de contemplarla, ahí, frente a él, jugando despreocupada, parecía demasiado infantil y a la vez, demasiado sensual. Desde que los vio en aquella tienda supo que tenía que dárselos, dos semanas sin verla fue demasiado y aunque la recordaba en todo momento, se daba cuenta de que la imagen que tenía de ella no le hacía justicia ahora que estaba floreciendo y se estaba convirtiendo en una exótica y hermosa flor.

—Bella, voy a darte una ducha, ¿te veo en la cena? —Sonó a una invitación, su voz era ronca y la observaba de una forma extraña.

—Sí —murmuró con las mejillas sonrojadas intentando ignorar lo que le hacía sentir y continuó jugando con sus regalos.

La cena fue muy agradable. Él le habló sobre los lugares a donde viajó y ella le hacía preguntas sobre cada uno, así que se los describió detalladamente incentivado por la expresión maravillada de Isabella. La joven que tenía en frente era un misterio, una mezcla de inocencia y autosuficiencia que lo inquietaba, lo deleitaba y lo intrigaba. Los dos parecían estar en una nube, como en un mundo ajeno al de los demás, disfrutando de la dificultad de aquel momento de paz que la vida les regalaba.

Ciro salió de la cocina ya que habían comido el postre.

—No quiero interrumpirlos, pero Isa tiene que ser muy constante con las instrucciones que dio Paco y una de ellas es no dormir menos de lo que necesita, así que... —Isabella se sonrojó nuevamente. ¡Diablos! Que Bella hiciera eso le perturbaba hasta el alma y lo hacía sentir un ser vulnerable y demasiado joven.

—Bella, Ciro tiene razón, ve a descansar, en otro momento continuamos ¿Está bien? —ella se levantó sin muchas ganas asintiendo, salió de ahí y caminó hasta las escaleras. Ambos la siguieron en silencio. Con gesto de cansancio y desilusión, subió mientras ambos la miraban.

—Buenas noches y... gracias.

Sebastián la observó subir los escalones sin poder quitarle la vista de encima. Hacía unos momentos parecía una mujer vibrante y plena, ahora una niña regañada y obediente. Lo estaba matando.

—Es demasiado bonita para su propio bien —susurró el mayordomo notando la reacción de su patrón.

—Demasiado, Ciro, demasiado... —contestó en el mismo volumen, pero sin dejar de ver hacia donde estuvo Isabella unos segundos atrás.

—Es una muchacha muy agradable, Sebastián —él giró sonriendo y ambos regresaron al comedor.

—¿Todo estuvo bien en estos días? —Quiso saber volviendo a sentarse y tomando un sorbo de su café.

—Sí, mejor de lo que esperé. Al principio pensé que me iba a ser complicada algunas veces, porque es evidente que tiene su carácter...—él sonrió asintiendo—. Pero no, sigue las instrucciones del doctor al pie de la letra, se es muy responsable y acomedida, desea ayudar en todo, aunque, como tú lo ordenaste, no se lo permití. Lo que sí te puedo decir es que no hay empleado de esta casa que no la quiera ya, de verdad es una jovencita respetuosa y sencilla.

—Me da gusto que esto esté funcionando, tengo que confesarte que sí me preocupaba un poco cómo se desenvolvería aquí, es muy orgullosa y sí... tiene su carácter, pero ahora me parece que sólo reacciona así cuando se siente atacada o desilusionada —reflexionó serio haciendo un resumen mental de lo vivido a su lado.

—Probablemente, su vida no debió ser fácil y sin embargo, no se queja. En fin tengo trabajo que hacer y además... ¿Qué te puedo decir yo? Si es evidente que tú ya tienes bien formada tu opinión sobre ella —lo miró confundido dejando su taza sobre la mesa —¿De qué hablas? —Quiso saber desconcertado.

—¿Deseas que te lo diga, Sebastián? No eres ningún chaval, ambos lo

sabemos, sólo basta ver como la miras y cómo cuando está ella, la mente no es la que te domina como suele suceder. No finjas demencia, no te va, no conmigo —se puso de pie molesto.

—En serio hablas demasiado Ciro, me voy a dormir antes de que se te ocurra otra tontería. Buenas noches y gracias por todo —salió enseguida del comedor con aire de indignación. Mientras el hombre lo observaba riendo. ¿Cuánto tiempo jugaría a fingir que nada ocurría entre ambos? Se encogió de hombros y se dirigió a la cocina para verificar que los últimos deberes del día fueran perfectamente cumplidos.

Sebastián pasaba cada vez más tiempo en casa, incluso comenzaron a ir juntos los fines de semana con Raúl y Carmen. Organizaban comidas donde todos reían y disfrutaban relajados y alegres envueltos en risas y bromas. Partidas de dominó eternas donde Carmen y Sebastián siempre peleaban por el primer lugar y su concentración provocaba las carcajadas y trampas de los demás.

Una tarde, Isabella le pidió a su hermano, después de verlo con Dana ir y venir sin más, que le diera clases de cómo andar en bicicleta. Para Sebastián fue un verdadero suplicio cada tarde cuando notaba que sacaban del garaje ese medio de transporte endemoniado. Se la pasaba con el Jesús en la boca cada que ella estaba a punto caer, situación que ocurría cada cinco minutos. A las semanas no pudo más, si seguía así pronto tendría una úlcera o gastritis, por lo que pidió una formal autorización a Marco para que le permitiera terminar de enseñarle sin tanto riesgo, él era más grande y fuerte y por supuesto no tan temerario como el chico, él no permitiría que tuviera ni un rasguño. Por lo mismo pasaban horas afuera de la casa de Carmen y Raúl, él soltando la bicicleta y luego volviéndola a agarrar, y ella intentando perderle el miedo a caerse y romperse en pedacitos. Conforme pasaba el tiempo era más evidente la atracción que existía entre ambos; ella confiaba en el ciegamente y se ruborizaba constantemente cuando estaba su alrededor. Él perdía de vista todo cuando la joven de grandes rizos estaba cerca y si no, se dedicaba a buscarla con la mirada de forma impaciente.

Los dos se veían alegres juntos, pero parecía que ninguno haría nada para cambiar el orden de las cosas por miedo a dar un paso en falso y eso hiciera que terminara esa vida tan feliz que entre todos estaban fabricado. Hacían

excursiones al zoológico, a los parques, a casa de Sebastián... jamás paraban, él se sentía a su lado vital y vivo, mientras que ella se sentía feliz y tranquila por primera vez en su vida.

Nada podía ser más perfecto, nada.

Entre semana cenaban juntos, nunca se les terminaba la conversación siempre y cuando esta se mantuviera en el límite de lo personal, cuando él podía, paseaban juntos a Luna y Miel. Isabella cada vez era menos tímida, sin embargo, el contacto lo evitaban deliberadamente, ya que la corriente que se despertaba en cada uno era demasiado intensa como para ignorarla y creían que era mejor dejarla de lado, el acomodo de las cosas era el ideal, no lo modificarían.

Ya llevaban viviendo seis meses en la nueva casa, más de nueve pasaron desde aquel día en que sus vidas se cruzaron, todo parecía paz y tranquilidad a su alrededor.

—Magdalena cocina delicioso —la comida de esa mujer mayor, siempre amable y amigable, era como un festín.

—Lo sé... siempre ha sido así. ¿Sabes? Cuando era pequeño, moría por las tartas de manzana y ella hacía cada que podía para complacerme. Un día se descuidó, error, me la comí toda recién horneada en menos de quince minutos ¿Te imaginarás lo mal que me puse del estómago? Mi madre ya no sabía qué hacer para que pararan las arcadas, mientras Ciro llamaba al médico y Magdalena lloraba afuera de mi habitación sintiéndose culpable. En realidad fue muy gracioso los rostros de todos, pero en especial el de ella... Era un niño, esas cosas se hacen cuando se tiene esa edad, después de ese día cada que hacía una la escondía y me dejaba sólo en pedazo en algún lugar de fácil acceso.

—Pobrecita, debió asustarse, pero si fue muy gracioso y tú un niño muy travieso. — en seguida se puso seria y Sebastián conjeturó de inmediato la razón, cada que él hablaba de su niñez, ella lo escuchaba atenta, aunque su semblante cambiaba e inmediatamente desviaba el tema. Pero él estaba decidido a hacerla hablar, quería saber más de ella, necesitaba conocer su historia.

—Bella, por favor no cambies de tema como siempre, háblame de ti — posó su mano sobre la de ella, pero la joven quito de inmediato y desvió la

mirada evidentemente turbada.

—No hay nada que decir Sebastián, no ocurrió nada tierno o gracioso, nada que merezca ser recordado y... —su voz era plana, no demostraba ninguna emoción.

—Bella, por favor, mírame ¿Tus padres murieron? —En cuanto pronunció esas palabras la chica sintió que quedaba totalmente vulnerable ante él una vez más, ¿cómo se atrevía?—. Por favor no te molestes, llevo más de nueve meses conviviendo con ustedes y no sé nada de ti —furiosa se levantó de la mesa al tiempo que subía el tono de voz.

—Sabes lo que tienes que saber ¿Qué no entiendes que no hay más, no hay nada más? ¿Por qué insiste? —Le preguntó llorosa.

De inmediato comprendió que había llevado las cosas un poco lejos, pero no iba a dar ni un paso atrás. La siguió y la detuvo con ternura.

—Sí hay más y lo sabes, lo peor es que te duele, lo sé y pensé que éramos... amigos, que confiabas en mi Isabella ¿Qué sucede?, solo dilo —ella intentó zafarse de sus manos que parecían tenazas alrededor de sus brazos.

—No sé quién es mi padre y mi madre con engaños, nos abandonó a mí y a mis hermanos en el lugar donde vivíamos ¿Ya se sació tu curiosidad?— Sintió un dolor muy profundo al comenzar a saber la verdad ¿Cómo era posible que alguien hiciera eso? ¿Quién abandonaría así a tres criaturas sin el mínimo remordimiento? Isabella intentaba inútilmente sacarse de él—. Suéltame Sebastián, por favor, no sigas... —sollozó ansiosa, pero no la dejó ir, al contrario, acercó su pequeño cuerpo sin dificultad al suyo mirándola fijamente.

—Y ¿Cómo fue que terminaron en el orfanato? —Su pecho delicado lo sentía sobre el suyo, podía sentir su aliento suave y notó el dolor que le estaba causando al hacerla recordar todo eso, pero no podía seguir evadiéndose, sentía que no era lo correcto. Ella ya tenía lágrimas en esos enormes ojos y le suplicaba que parase, pero no se rindió aun cuando sabía que por esa mirada sería capaz de hacer la peor locura—. Isabella ¿Cómo llegaron ahí? —Insistió. Bajó la vista hasta sus pies completamente turbada.

—Cuando nos quedamos sin comida, salimos a pedirla, una señora se dio cuenta y nos puso a trabajar en las calles vendiendo chicles o pidiendo dinero

simplemente, un día llegó el DIF* y nos llevó a ese sitio. Ahora que te complací ¿Me puedes dejar ir? —lloraba como una niña pequeña. No pudo más, la rodeó con sus brazos envolviendo en su calidez ese cuerpo tembloroso lo que pareció una eternidad. Para su sorpresa ella continuó hablando pegada a su pecho y sollozando—. Dany tenía unos meses, Sebastián y Marco apenas cinco años ¿No entiendo porque lo hizo? ¿No pensó en todo lo que nos pudo suceder? Ella jamás regresó ahí ¿Sabes? Cada que salía de la escuela me escabullía e iba a ese lugar en donde nos dejó, pero nunca volvió. La odio Sebastián, la odio —continuó humedeciendo su pecho.

Él no sabía que decirle, por supuesto que lo que les hizo esa mujer era monstruoso, sentía la sangre hervir, esos chicos, ella... esa hermosa criatura de ojos cautivadores que ahora tenía bajo su resguardo, tuvo que pasar por cosas realmente horribles. No la soltó hasta que sintió que comenzaba a respirar regularmente. Por fin la liberó lentamente pero sin soltarla, ambos se quedaron mirando como si todo a su alrededor no existiera, como si hubiesen desaparecido y estuvieran en un sitio creado solo para ellos, para lo que sentían al intercambiar los mensajes que sus ojos emanaban, y despacio, como buscando su aprobación, fue acercando sus labios a su frente y la besó con dulzura, después hizo lo mismo con sus ojos, con sus mejillas.

Moría por besarla completa, moría por tocarla y hacerle saber que jamás volvería a sentir algo así, pero ella estaba demasiado vulnerable y no quería aprovecharse por mucho que el deseo lo estuviera haciendo su presa.

—Te juro que nunca vas a volver a estar sola Isabella, te lo juro —la joven le regaló una sonrisa triste.

—¿Ahora comprendes porque no me gusta hablar de eso? Me pongo como una tonta —contestó tímida al tiempo que se secaba las lágrimas.

—No digas eso, Bella. No ha de ser nada fácil recordar lo ocurrido, lo siento, no debí... —ella lo silenció con un dedo sobre su boca, ese simple gesto lo dejó deseando más. ¿Qué tenía esa chica que lo trastornaba de ese modo?

—No es tu culpa, tú sólo has traído cosas buenas a nuestras vidas y gracias a ti, he comenzado a creer que hay gente que vale la pena —se quedó sin palabras, se sentía feliz de haber escuchado lo que ella acababa de decirle, sin embargo, no mostró ninguna emoción. La joven notó su reacción y se regañó

a si misma por haber dicho eso último, le debía demasiado y no quería que se sintiera incómodo con su presencia o se diera cuenta de que... sentía más que gratitud por él—. Será mejor que me vaya a dormir... Buenas noches, hasta mañana y... gracias.

—De qué Bella, descansa —le dio un pequeño beso en la mano y la dejó ir aún desconcertado. Nunca, lo que una mujer dijera, lo afectó... ¿Qué le estaba ocurriendo? Actuó como un crío sin experiencia ante sus palabras, sin embargo, con Isabella así se sentía todo el tiempo. Por un lado esa avasalladora atracción que lo hacía pensar en ella de una forma obsesiva y por otro; una desproporcionada necesidad de protegerla, incluso de él mismo. Isabella llegó a su recámara agitada, se encerró y se recargó en la puerta sintiéndose una tonta, estaba en shock. ¿Qué sucedió allí abajo? Había flotado por un momento, los besos de Sebastián la hicieron sentir... mujer, deseada. Un mareo y miles de mariposas volaban literalmente adentro de su estómago ¿Qué le estaba pasando? Sebastián era guapo, bueno... demasiado guapo y la atraía de una forma abrumadora, pero no podía estar enamorada de él. Se acercó a su cama y se sentó completamente absorta en sus pensamientos.

—¿Qué hago? ¿Estaré confundida? No definitivamente no. Dios ¿Él sentirá lo mismo? O ¿Será así con todas las mujeres? Porque seguro hay muchas ¿Quién no moriría por él? Tiene todas la cualidades que una mujer quisiera, pero... ¿Por qué estaba solo? Ya podría estar casado, a lo mejor ya hubo alguien. Isabella, tranquila deja de estar bobeando con el hombre que ha hecho todo por ti, el jamás se fijaría en una muchacha como tú. Date cuenta de dónde vienes, esto que él hace es porque es bueno, más bueno que cualquier otra persona que hayas conocido, pero no porque sienta algo especial por ti o por lo menos no como a ti te gustaría —hablaba en susurros y se sentía una lunática haciéndolo, pero se sentía profundamente turbada. Se tumbó resoplando realmente confundida. Sólo esperaba que no se estuviera dando cuenta de su gran inclinación hacia él, eso sería bochornoso y muy ingrato de su parte.

Por su parte; Sebastián llevaba más de media hora debajo del agua helada y la temperatura no bajaba. Recargó su frente en el frío mosaico sintiéndose impotente y ansioso. ¿Cómo diablos se había metido tan dentro de él esa

niña?, Bueno... ya no era definitivamente una niña... era una mujer y ¡Qué mujer! Lo que acababa de pasar hacía unos minutos fue demasiado, sin embargo, su cuerpo no se conformaba, lo quería todo. Ni siquiera por la arribista con la que estuvo a punto de casarse sintió algo similar. Sólo pensar en Isabella hacía que su cuerpo llegara a temperaturas peligrosas. ¿Y si lo intentaba y si se dejaba llevar? Su mundo la destruiría, pero ¿Podría ser algo pasajero, pura diversión y así terminar con ese deseo que lo estaba consumiendo? No, definitivamente no le podía hacer eso, era demasiado orgullosa y se iría, él ya no la vería a diario, sus días serían eternos. No, definitivamente Isabella era para algo serio y él no estaba preparado para eso, ya había jurado nunca más involucrarse, sin embargo, su cuerpo no le hacía fácil la tarea. Debió dejar que se fuera cuando se lo propuso, fue un estúpido. Ahora ya no la podía tener lejos, si se iba iría tras ella como un perrito faldero, la necesitaba, la.... ¿En qué mierdas estaba pensando? Era una mujer hermosa, definitivamente tenía los ojos más maravillosos que había conocido y lo había hecho volver a encontrarle sentido a su vida, pero hasta ahí... nada más. Estaba agradecido con ella, igual que ella con él. Lo mejor sería que cambiar de ambiente. Sí, lo ideal era salir de viaje.

Unos minutos después se dio por vencido y salió de la ducha. Se llenaría de trabajo unas semanas y cuando regresara, estaría seguramente más tranquilo. Se puso unos bóxer y se echó sobre el colchón con los brazos detrás de la cabeza. Eso haría, era lo mejor para los dos. Probablemente si ponía distancia ella comenzaría a hacer su vida y tendría más amigas, saliera, conociera hombres, no hombres ¡De ninguna manera! La sangre le volvió a hervir ahora de coraje, de celos. Eso sí que no, que ni se le ocurriera traer un hombre a la casa, ella no podía hacer eso. Se frotó la cara sintiéndose desquiciado. Ya estaba desvariando, no era su padre, ni su marido, ni nada. Alejarse un tiempo de allí solucionaría su demencia.

Una vez resuelto esto, de inmediato comenzó a hacer su equipaje. Le habló a Abril, su asistente, y le pidió un itinerario completo para dentro media hora para poder aprovechar y hacer todo lo que tuviera que hacer fuera del país. Si Isabella supiera cómo era él con el resto del mundo, ya se habría dado cuenta de que su comportamiento con ella era de lo más inusual.

**DIF: Desarrollo integral de la familia. Es una institución mexicana de*

asistencia social que se enfoca en desarrollar el bienestar de las familias de este país. Promueven planificación familia, cuidado de los niños, asistencia a ancianos etc. Es representado por las esposas de los primeros mandatarios (presidentes) y se les reporta a ellos directamente.

Capítulo 5

Bella despertó ojerosa, casi no durmió por estar pensando en el hombre que descansaba en una hermosa habitación al lado opuesto que la suya. En fin... Ese día tenía muchas cosas que hacer, la universidad para ella era muy fácil, pero el pequeño negocio que llevaba a cabo a veces le quitaba mucho tiempo, sin embargo, no podía quejarse, era muy bien remunerado y gracias a ello tenía casi cinco meses que no agarraba ni un peso de lo que Sebastián le daba en aquella tarjeta.

Bajó las escaleras a toda prisa, desayunó lo establecido y salió como un rayo de la casa, apenas si tenía tiempo de llegar a la primera clase, así que no se dio cuenta de que Sebastián la observaba por una de las ventanas de la gran casa con el rostro tenso y expresión de nostalgia.

La iba a extrañar, incluso al verla salir abrigada con su cabello suelto y corriendo de la casa pensó, tan solo por un momento, pensó en quedarse, pero enseguida se deshizo de esa idea, tomó su maleta, le comunicó a Ciro de su viaje y se fue con la ansiedad a flor de piel.

Toda la tarde estuvo absorta en el ordenador. Conforme fue acercándose la hora de la cena sintió como el nerviosismo se apoderaban de su cuerpo, pronto volvería a verlo y tenía miedo de no saber cómo comportarse después de lo recién descubierto la noche anterior, no quería hacerlo sentir incómodo así que iba a tener que esforzarse en parecer ella misma en todo momento. Pero tenía que concentrarse muy bien, porque su olor era irresistible, su contacto le provocaba pequeños electrochoques, su mirada era... simplemente perfecta, tenía una manera de decir las cosas tan peculiar, de pronto tan sereno y agradable, pero de un momento a otro, parecía inflexible y apasionado y su cuerpo... su cuerpo era ¡Dios! alto, fuerte, con manos grandes y... tan perfectas como todo lo demás.

Escuchó que alguien tocaba la puerta.

—Adelante —contestó ansiosa.

—Isa ¿Deseas que te suba la cena? —Le preguntó el mayordomo en tono cálido y amigable. Esa joven le caí muy bien; siempre dispuesta, sonriendo y agradable.

—Y Sebastián, ¿no va poder llegar a cenar? El hombre frunció el ceño.

—¿No te dijo ayer que salía hoy de viaje? —El talante de Isabella le dio la respuesta—. Lo siento, creí que lo sabías, pero salió hoy temprano, me parece que esta vez será largo —Bella estaba completamente desconcertada y desilusionada.

—¿Largo? —Ciro posó una mano sobre su hombro a manera de consuelo

—Probablemente fue de último minuto. En realidad eso es lo común en él y últimamente no había salido, así que seguro se le juntaron los asuntos de la empresa —a Isabella no la convenció esa respuesta, algo le decía que lo que pasó la noche anterior lo incomodó y tuvo que salir huyendo de su propia casa para no topársela.

—Seguramente. Pero no me gustaría cenar sola ¿Te molestaría si cenó contigo y los demás?

—Claro que no jovencita, ya sabes que todos los que trabajan aquí te estiman y les va a encantar la idea de que compartas con ellos. Te espero abajo en media hora.

—Gracias Ciro, ahí los veo.

Una vez sola se sintió desconcertada, algo le decía que ella era la causa de que él se hubiera ido. Aunque no podía ser tan presuntuosa, podría ser verdad que tenía que salir de viaje y no le mencionó nada gracias a la escena que montó al hablar de su pasado. Al recordarlo sintió el ya familiar nudo en la garganta. Decidió que esa era la respuesta, después de todo ¿Quién era ella para que él le tuviera que dar cuentas de todo lo que hacía? Convencida de esa reflexión fue cenar, después salió un momento con Luna y Miel, jugueteeó con ellas y más tarde se fue directo a la cama.

—¿Cómo va todo, Ciro? —Sebastián llevaba fuera varias semanas, las cosas no estaban saliendo como las había pensado.

—Todo en orden y ¿a ti muchacho?

—Todo bien, Isabella ¿cómo está? —No la podía sacar de su mente.

—Perfectamente; va, viene, juega con los cachorros que por cierto ya han hecho demasiados destrozos, hace su deberes, come muy bien...

—Está bien, está bien —lo interrumpió molesto, sentía que el coraje hervía a través de su sangre al saberla bien y él sintiendo que no podía más. Definitivamente lo tenía embrujado ¿Cómo podía estar tan tranquila?—. Sólo deseaba saber si todo iba bien, llamo otro día —así eran sus llamadas, eso

hacía reír al mayordomo. Era más que evidente que algo estaba pasando y estaba seguro que tenía que ver con la beldad de hermosos ojos aceitunados que vivía también en esa casa y por la cual, estaba convencido, había cambiado tanto.

Ya había pasado casi un mes y Bella no sabía nada de él, hablaba poco por teléfono y si lo hacía era en la mañanas, cuando no estaba. Los días se le pasaban lentos y le sabían aburridos, ni siquiera la pequeña reunión de cumpleaños que Carmen y Raúl le estaban organizando le daba emoción, pronto cumpliría veintidós y a veces se sentía como de ochenta. Tumbada, ahí en el jardín, con el frío de noviembre pegándole en el rostro y los dos canes a su lado echadas, calentándola, recordaba lo que solía ser su vida hacía no tanto tiempo.

Su cumpleaños de hacía apenas un año no lo festejó, al igual que los otros años. Se acababan de escapar del hospicio y deambulaban por las calles, ella tuvo que renunciar a la universidad por la necesidad de huir de ese lugar espantoso. Las parejas que se querían llevar a Marco y a Dana no le daban confianza, no estaba dispuesta a alejarse de ellos sin saber que sería de sus vidas. Así que un día desesperada tomó a sus hermanos y escaparon. Tuvieron que permanecer escondidos casi dos semanas ya que la policía los buscaba, prácticamente ya no tenían comida ni agua. Las noches eran un infierno, ella tenía que permanecer despierta por miedo a que alguien se les acercara y sus hermanos morían de frío, cuando no tuvieron otro remedio que salir para comer, un hombre les prometió alimento y techo a cambio de que trabajaran para él, ella no le creyó pero los ojos suplicantes de Marco y Dana no le dejaron otra opción, así que aceptó. Ahí permanecieron poco menos de un mes, él los ponía a hacer los quehaceres más asquerosos de la casa donde vivían limosneros y vagabundos, o por lo menos eso creía, a cambio de comida miserable y un techo que apenas tapaba del exterior. Un día se dio cuenta de que los tenían ahí para después venderlos, el hombre, en una borrachera en la que intentó propasarse con ella se lo dijo, Isabella le propinó un buen golpe, con ayuda de otros que ahí residían y que gracias al cielo les tomaron cariño, pudieron escapar. Vagaron otra vez por las calles y a los pocos días sucedió el accidente o mejor dicho; la bendición, donde conoció a ese ángel de ojos maravilloso; Sebastián.

Qué lejos parecía todo eso, sin embargo, solo de recordarlo volvía a sentir las náuseas miedo que se apoderaron de su ser en aquellas épocas.

Ahora estaba en esa hermosa casa, recostada en un lugar perfecto, segura de que sus hermanos eran felices y estaban sanos. Y ella estudiaba, tenía buena salud, comodidades y vivía en el mismo lugar que el hombre del que se encontraba enamorada, aunque ese sentimiento fuera imposible y comprendía que lo mejor sería intentar olvidarlo ya que solo le iba a causar dolor, de eso estaba segura.

—Soy Carmen, Sebastián.

—Hola, Carmen ¡Qué gusto!

—¡Y qué milagro! te fuiste sin despedirte y hace casi un mes que no sabemos nada de ti.

—Tuve que salir de improviso, ya sabes cómo es esto del conglomerado, pero... ¿Pasa algo? —Carmen lo escuchaba y sabía que algo ocurría, Sebastián comenzaba a comportarse como el ser esnob y frío hombre de hacía un tiempo.

—No nada, bueno, nada grave, es sólo que... en unos días es cumpleaños de Isabella pensé que... estarías aquí para celebrarlo.

—¿Su cumpleaños? No lo sabía Carmen, pero no podré asistir, ahora estoy en Italia y debo todavía ir a Nueva York, no me desocuparé —aún no estaba listo para regresar y enfrentar esos ojos aceitunados que lo perseguían todo el día.

—Sebastián, ¿pasa algo?, ¿ocurrió algo con Isabella?

—No, Carmen, en lo absoluto, es solo que no puedo descuidar tanto la empresa y un cumpleaños pues... no considero que es un motivo para regresar, lo siento —su voz sonó más fría de lo que pretendía.

—Bien, no te preocupes, de todas formas te aviso que le haré una pequeña reunión aquí en la casa en un par de sábados, invitamos algunos de sus compañeros de la universidad y vamos a estar los niños, Raúl y yo —al escuchar lo de los compañeros de la Universidad, Sebastián sintió que iba romper el celular en pedacitos de la furia, entonces, después de todo, ella sí estaba logrando hacer amistades y... no quiso ni imaginarse y que más.

—Que la disfruten. Un saludo a Raúl y a los niños, nos vemos —colgó aventando la copa de wiski que traía en las manos.

Carmen permaneció mirando el teléfono, dudando de con quién exactamente había hablado, ese no era Sebastián, cualquiera hubiera pensado que algo lo puso furioso de repente ¿Qué tenía de malo festejarle a esa muchacha?... pensó un rato todavía con el aparato en la mano ¡Pero claro, si esta celoso! Se carcajeó sola, ya intuía que eso pasaría.

La casa de Carmen estaba llena de globos, refrigerios, refrescos y demás adornos dignos de un agradable festejo. Había velas prendidas por doquier y música muy agradable de fondo. El ambiente era tenue y cálido, nada pomposo ni intimidador, sino al contrario, atractivo y acogedor. Isabella lo contemplaba sin poder creer que fuera a ser el primer cumpleaños que festejaría en su vida, sentirse el centro de atracción era algo con lo que ni siquiera se atrevió a soñar y ahora toda esa gente estaba ahí por ella, porque querían compartir una fecha que nunca significó nada.

Dana y Marco iban de un lado sin dejarla hacer nada, acomodaban aquí y allá, recibían a los amigos que invitó y que aunque no eran muchos, les tenía estima debido al tiempo que llevaba de conocerlos en la universidad.

Diego, un muchacho que acudió a la pequeña reunión, se sentía atraído por ella, sin embargo, por más esfuerzos que hacía apenas si lo notaba, pero él era obstinado y no se daría por vencido. Desde el primer momento que la vio caminar por el campus, hacía casi dos años, no pudo dejar de pensar en ella. Era guapo e inteligente y lo sabía, así que algún día caería, definitivamente lo lograría, pero mientras tanto, se conformaba con formar parte de las personas importantes para ella.

La reunión fluyo tranquila. Todos reían y disfrutaba. Unos jugaban con Raúl y Marco futbol de mesa, otros platicaban animadamente mientras tanto Isabella y Diego permanecían sentados juntos conversando sobre temas de la carrera que tanto les gustaba.

Sebastián entró a la casa aun dudando que estar ahí fuera buena idea, pero desde que Carmen le informó del festejo y de que irían “otros chicos”, no logró hacer nada bien. ¡Nadie se le acercaría! No podía siquiera soportarlo. Una de las mujeres que ahí laboraban lo condujo hasta el festejo. Se encontraba exhausto, varias semanas de viaje, noches sin dormir pensando en ese ser que traía su mundo de cabeza y un largo camino de regreso, sin embargo, la antelación que sentía al saber que la vería, lo hacía sentir fresco y

ansioso.

Lo primero que notó al entrar al sótano donde se encontraban todos, fue a Isabella hablando con un muchacho. La rabia lo invadió y por primera vez sintió que descuartizaría a alguien. La joven sintió su mirada y como resorte giró el rostro dejando a Diego con la palabra en la boca. Se observaron unos segundos que parecieron una eternidad. Sebastián parecía un toro en plena faena y ella, una mujer que acaba de ser pillada con un amante.

—¡Sebastián! Si pudiste llegar ¡Qué gusto! —Lo distrajo Raúl acercándose y arrastrándolo hacia donde se servían las bebidas. Dana y Marco al ver su rostro se corrieron hasta él e hicieron lo propio —Sebastián hace mucho que no te veíamos ¿A dónde fuiste?

Carmen observó la confusión de Isabella y con la mirada la alentó para que fuera a saludarlo al tiempo que distraía a su amigo invitándolo a comer los bocadillos que ahí se encontraban.

—Hola, Sebastián —al escuchar su voz tan cerca sintió como la furia bajaba y la remplazaba un sentimiento de serenidad. Giró para verla de frente, era tan hermosa... en especial en ese momento, su cabello caía como una cascada provocativa a través de su cuerpo llegando casi hasta la cintura y enroscándose en lugares donde él moriría por pasar tan siquiera un dedo, una sencilla banda rodeaba su cabeza amansado sus preciosos rizos, moría por tocarlos. Su maquillaje era tan sencillo como el de cualquier otro día, pero sus ojos eran diferentes, su mirada era diferente.

—Hola Bella, feliz cumpleaños —los dos se mantuvieron en su lugar entendiendo que un abrazo ya no era aceptable para ninguno. Ella bajó la vista, parecía que buscaba alguna arruga en su suéter—. Parece que te la estás pasando muy bien — en seguida lo volvió a observar pestañeando contrariada, tratando de entender por qué él lo hacía sonar más que como un simple comentario, como una acusación.

—Sí, me la estoy pasando muy bien, Carmen y Raúl lo organizaron todo y yo se los agradezco mucho —soltó retadora.

Como extrañó su voz, sus ojos, su carácter. Se sentía complacido de tenerla ahí, frente a él, aunque fuese así.

—Isa, ¿puedes ir por un cuchillo arriba, por favor? Estos no tienen filo — los interrumpió Carmen que se encontraba intentando cortar unos pedazos de

pan sin existir y por ser un instrumento de peligro prefirió pedírselo a ella. A veces era demasiado protectora—. Hola Sebastián —gritó casi enseguida la mujer levantando el utensilio sin servir a forma de saludo.

—Hola —contestó sonriendo. Al ver que Isabella iba hacia arriba decidió de inmediato seguirla. Carmen y Raúl se miraron mutuamente entendiendo lo que acaban de propiciar.

Abrió varios cajones, cuando por fin encontró lo que buscaba giró y se le escapó un gemido.

—Me asustas, pensé que estaba sola —le dijo sonriendo y ruborizada.

—Lo siento, no fue mi intención —se disculpó mirándola como si fuera la primera vez que lo hacía. Él la desconcertaba, no habló con ella en más de un mes, ni siquiera se despidió, ahora llegaba y la observaba como si fuera algo de mucho valor.

—Lo sé —respondió estudiándolo como si quisiera encontrar respuestas a sus preguntas—. ¿Necesitas algo? O ¿Carmen se le ofreció otra cosa? —Preguntó indagando y tratando de diluir la espesura que comenzaba a surgir en el ambiente.

—No, es sólo que me gustaría saber cómo has estado este tiempo —cada vez entendía menos. Sebastián parecía extraño—. Bueno... quiero decir... ¿Todo ha marchado bien? —Corrigió al siguiente segundo.

—Sí, igual que siempre y ¿a ti? —se sentía algo turbada y muy nerviosa.

—Perdón por irme sin despedirme, Bella —se excusó acercándose a ella—. No tuve tiempo de avisarte —y se acercó aún más—. Todo ocurrió muy rápido y bueno... pues tuve que salir así.

—No te disculpes, después de todo tú no tienes que darme cuentas a mí, soy yo la que las da a ti ¿Recuerdas? Esa es tu casa —percibió el reproche y cinismo detrás de lo que decía, pero le importó un comino, en ese momento solo podía pensar en todo el tiempo que había pasado sin verla, como extrañó su olor, su mirada, sí, sobre todo su mirada... Poseía unos ojos por los que sería capaz de matar, ahora lo sabía.

—Te equivocas, no se trata de darle cuentas a nadie Bella, es solo cuestión de respeto y cortesía —la joven le dedicó una linda sonrisa y enseguida continuó su camino hacia la reunión, pero él no pudo aguantar la curiosidad y la detuvo sujetando delicadamente su ante brazo—. Ese

muchacho con el que estabas... ¿Es tu novio? —intentó que sonara de lo más casual.

—¿M i novio? ¿Diego? Claro que no, es solo un amigo, es más... vamos para que te los presente —sintiéndose un imbécil celoso bajó junto con ella para conocer a sus amistades. Le creía a Isabella, pero no estaba seguro de que ese muchacho, Diego, no quisiera algo más con ella, se la comía con los ojos, pero por su bien esperaba que ni intentase propasarse, porque aunque fuera menor, él no dudaría ni un minuto en dejarlo sentado de un buen golpe. ¡Mierda! ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué le había preguntado eso? De verdad esa mujer lo estaba volviendo desequilibrado.

Isabella se sentía feliz al percibir los celos de Sebastián. Cuando le presentó a todos sus amigos, los saludo con cortesía y elegantes modales. No la dejó sola ni un segundo a partir de ese momento y si por algo se separaban, no le perdía de vista.

Se incluyó a todas las conversaciones sin esfuerzo, demostrando el gran hombre culto e inteligente que era, sin alardear, sólo fluyendo y adaptándose. Y en otros momentos disfruto de la compañía de Dana y Marco que babeaban por él.

Unas horas después partieron el pastel al coro de las “mañanitas”, lucía nerviosa, parecía como si nunca nadie se las hubiera cantado. Sebastián se encontraba justo delante de ella, del otro lado de la mesa y con la mirada trató de infundirle serenidad, aunque lo que en realidad quería era rodear la mesa y abrazarla hasta que volviera a sentirse segura, pero eso sería un error, así que se conformaba con lo que en ese momento hacía.

Raúl tomó muchas fotografías para perpetuar el momento, muy típico en él. De pronto, les pidió a los dos que posaran para una. Ambos se acercaron claramente nerviosos, sin saber muy bien cómo, él la rodeó acartonadamente por los hombros, mientras ella no se movía.

—No ¡Así no! Esta foto va a salir muy tiesa muchachos —les dijo Raúl sonriendo inocentemente—. Sebastián, rodéala por la cintura y tú, Isabella, acércate más a él, por Dios chicos, parece que no se conocen —y así lo hicieron, pero al sentirse tan cerca se miraron mutuamente con sorpresa, intentando descifrar por qué sentían que embonaban tan bien uno en los brazos del otro y por qué ese calor tan delicioso estaba fluyendo por sus

cuerpos de esa forma tan vertiginosa.

—Gracias muchachos salió perfecta —les informó Raúl contento y continuó con su recorrido. Ellos se separaron al instante, como quien se aleja de algo hirviendo, se sonrieron desconcertados y caminaron opuestamente en busca de alguna distracción.

La reunión estuvo llena de sorpresas, pero ya estaba prácticamente terminando.

—Bella ¿nos vamos? Te ves agotada —le sugirió Sebastián acercándose al sillón donde se encontraba.

—Yo voy a llevar a Isabella —lo interrumpió Diego con posesividad. Sebastián enarcó una ceja furioso, sintió que perdería el control en cualquier instante ¿Qué se creía ese niño? Nadie le pondría una mano encima, nadie se acercaría a ella, no mientras él estuviera ahí, no mientras sintiera que mataría si alguien lo hacía. Ya iba a contestarle cuando Isabella habló con ternura y paciencia.

—Diego, muchas gracias, pero Sebastián y yo vivimos en el mismo... lugar —y ruborizada continuó—. Así que no vale la pena que te desvíes ¿Está bien? —le regaló una sonrisa demasiado dulce para el gusto del hombre mayor que observaba todo el cuadro con la quijada tensa. El chico la miró embelesado. Sebastián estuvo punto de quitarle con sus propias manos esa mirada del rostro, sin embargo, se contuvo, era un adulto, no un adolescente.

—Claro Isabella, si es eso es lo que quieres, está bien.

Sebastián ríe dentro de sí, burlándose de lo dócil que se puso ese muchacho con tan solo unas palabras de la mujer que tenía enfrente. En su lugar, por ningún motivo hubiera permitido que ella se fuera con alguien que no fuera él, era cierto que por esa mirada se arrancaría la piel a carne viva, pero jamás cedería antes ese tipo de cosas.

Isabella agradeció a los padres adoptivos de sus hermanos y se despidió de sus hermanos logrando así que todos al mismo tiempo desaparecieran de la reunión.

Sebastián subió todos los regalos a la camioneta de lujo, abrió la puerta a Bella y puso en marcha el motor.

—¿Por qué no me habías dicho cuando cumplías años, Bella? —Refunfuñó Sebastián dolido. Pero ella no respondió, miraba atenta por la

ventana—. ¿Bella?

—Porque no es una fecha que haya tenido importancia en mi vida, Sebastián — Refutó distraída—. Esta es la primera vez que... los festejo, antes había otras prioridades —y giró su rostro de nuevo, intentando perderse en el paisaje. Él se arrepintió enseguida de lo que acababa de preguntar, y aunque quería saber más sobre ella, sobre el pasado que tanto le dolía, no era el día adecuado para hacerlo, si era su primera celebración de cumpleaños, debía hacer que terminara feliz.

—Fue un gran festejo ¿No crees? Carmen y Raúl se esforzaron mucho, es una lástima que no haya podido haber llegado antes para poder ayudarles — la joven sonrió agradecida por el cambio de tema. De inmediato notó que la tormenta se había disipado.

—No te preocupes, la verdad es que difícilmente les hubieras podido ayudar, entre ellos y mi hermanos no me dejaron hacer nada —bufó fingiendo indignación. Sonrió divertido ante su ingenuidad, esa mujer se estaba clavando en algún lugar muy profundo de su ser.

—De eso se trata un festejo, pero te aseguro que a mí sí me hubieran dejado colaborar —le contestó guiñándole un ojo. La chica arrugó la frente no muy convencida.

—Si tú lo dices... Oye, mejor dime, ¿a dónde fuiste tanto tiempo?, ¿dime que países visitaste? ¿Sí? —Se lo pidió de una forma que hubiera podido desmontar hasta el ejército más armado y agresivo, aunque no por eso pasó por alto el hecho de que lo hacía para evitar hablar de cualquier cosa referente a su anterior vida. Algún día lograría que se abriera por completo a él y le narrara todo lo que ocurrió antes de que se conocieran.

Llegaron a la casa después de las once de la noche, el cumpleaños de Bella estaba por terminar, pero eso a parecía no importarle, toda la conversación que mantuvo en el trayecto la dejó alucinada ¡Tantos lugares que conocer, tantas maravillas que ver! Eso era una de las cosas con las que había soñado y recordaba, así, haber logrado fugarse de la realidad que le atormentaba en aquellos momentos. ¡Pero ahora ya no parecía tan imposible! Si terminaba su carrera, conseguía un buen trabajo y ahorrraba, podría realizar ese sueño...

—Te quedaste muy pensativa, Bella —expresó mientras bajaba las cosas

de la camioneta.

—No, bueno... sí...bueno, lo que pasa es que me parecen tan increíbles todos esos lugares que describes, que estoy segura nunca me alcanzara la vida ni los medios para verlos todos —le confesó sonriendo de manera inocente, soñadora.

Él nunca se cuestionó su existencia, sí sabía que era privilegiado, pero desde el día en que la conoció se comenzó a despertar una conciencia que ya no podía ignorar, el dinero tenía un propósito y teniendo a Bella frente a él sabía muy bien cuál era.

—Vas a conocerlos todos, ya verás. Yo voy a hacer que vayas, te lo prometo —la joven sintió que el alma se le quemaba al escucharlo, no pudo evitar acercar una a mano hasta su mejilla y acariciarlo delicadamente, ese hombre no era bueno, era su ángel, su todo.

—Gracias Sebastián, pero me parece que ya te has excedido en tu ayuda hacia mí, créeme que ya me has dado más de lo que pude siquiera haber soñado, jamás tendré cómo pagarte —Pero lo que ignoraba era que él le daría el mundo entero si pudiera, le daría todo.

Al sentir su contacto cálido fue automática su reacción, dejó caer las bolsas con los regalos al suelo permitiendo que se desplomaran justo a un lado de la camioneta, la tomó por la cintura sintiendo como su palma encajaba perfectamente en ese lugar que moría por tocar, acercó su rostro al de ella lentamente, la miró a los ojos, atento, esperando alguna señal para que se alejara, pero al ver que esta no llegaba, desvió su atención hacia su boca delicada, húmeda, su aliento lo acariciaba de forma decadente, sinigual, perfecto. Cerró los ojos maravillado, disfrutando de lo que su cuerpo experimentaba, lentamente se fue acercando hasta que por fin la sintió ahí, donde deseaba, pegada a sus labios, probando su esencia, robando su respiración. Celestial. Mejor que eso; ¡Increíble! Su boca era suave como la seda, lo recibía sin temor ni duda. Depositó pequeños besos sin separarse del todo de cada uno de sus dulces labios. De pronto sintió como la mano que hacía un momento acariciaba su mejilla, viajaba hasta su cabello enredándose ahí, y como con la otra se aferraba a su hombro para poder sujetarse. No pudo más e incrementó el ritmo, abrió aún más los labios y con su lengua invadió su inocente boca arrancando ligeros gemidos de placer de ese ser delicado que

lo hacía sentir poderoso, y a la vez...

¡¿Qué estaba haciendo?! ¿Cómo pudo dejado llevar de esa forma? Paró de besarla abruptamente. Isabella casi se tambaleó confundida, buscó su mirada y al ver que la evadía, lo dejó libre de sus brazos.

—Lo siento —susurró Sebastián sin encararla—. Esto nunca debió suceder —ella le quería decir que ¡Sí!, que eso tenía que suceder, que moría de ganas, pero al ver que él no la miraba, pensó que a lo mejor solo siguió un instinto y no un sentimiento. En el siguiente segundo ya Sebastián tenía de nuevo los regalos en las manos y subía las escaleras sin siquiera voltear.

La joven se quedó plantada en la cochera, él la había besado y ahora se arrepentía de la experiencia más maravillosa que le regaló. ¿Pero por qué?, fue muy revelador y algo que jamás borraría, aunque quisiera, de sus recuerdos. No era su primer beso, pero definitivamente era el primero con el que soñó, el primero con el que no se sintió ultrajada, al contrario, la hizo sentir única, más deseada de lo que jamás pensó, la había hecho ser consciente de sí misma, de cada rincón de su cuerpo.

Enseguida reflexionó, dándose cuenta que eso sentía ella, pero para Sebastián era lógico que no significó lo mismo. Él seguramente estaba acostumbrado a tener y estar con muchas mujeres y ella no podía compararse con ninguna.

No subía, ¡que estúpido! ¿Cómo puso hacer eso? Ella confiaba en él, se suponía que la debía cuidar, ayudarla a salir adelante, no estaba ahí para satisfacer sus deseos.

¿Qué hacía?, ¿Qué le decía? Esa era su casa, no permitiría que se fuera y menos por su culpa, por su poco control. Escuchó sus pasos y la esperó en el recibidor decidido a dejar muy claro que eso fue un error, algo que jamás debía haber sucedido y que nunca volvería a pasar.

—Sebastián... —intentó argumentar. Sin embargo, él no la dejó continuar silenciándola con un ademán que la acalló enseguida, estaba serio y parecía molesto.

—Isabella, antes que nada, quiero decirte que esto no va a volver a pasar, lo siento, no debí tomarme esa libertad —se acercó a ella juntando todas su fuerzas para no poseerla ahí mismo—. No quiero que te sientas incomoda aquí ¿Está bien?, esta es tu casa y yo no tenía ningún derecho, fue... un impulso,

no significa nada de verdad —la joven sintió que le caía un balde de agua fría, cualquier esperanza se había esfumado, aun así intentó replicar.

—Pero Sebastián, no... yo también...

—¡No, Bella! tú nada, y yo tampoco ¿Comprendes? —Se lo dijo más duro de lo que en realidad pretendía, no quería lastimarla y era por eso que debía de ser tan tajante, no era hombre para ella, estaba agradecida con él y sobre todo, no jugaría con lo que esa joven llamaba hogar por un simple deseo. La decepción en su rostro le dolió más de lo creyó, porque eso significaba que creía que sentía también algo por él. Bajó la mirada ruborizada.

—Lo comprendo... pero... ¿Puedo pedirte algo? —asintió apretando los puños.

—No huyas de nuevo, acabas de regresar y nos es justo para ti —¿Qué? ¿Cómo sabía que era eso precisamente lo que estaba planeando volver a hacer?—. Sí, Sebastián, creo que lo mejor es que yo me vaya en ese caso.

—¡Por supuesto que no! Esta es tu casa y ninguno de los dos se va de aquí, ¿Quedó claro?

—Pero... —él sentía la impotencia y frustración corriendo por todo su cuerpo.

—¡Que no! En primer lugar no sé de dónde sacas que huyo. Y en segundo; esto no se va a volver a repetir, así que no hay nada que hacer al respecto ¿Estamos? —Bella nunca lo había visto así, tan fuera de sí, parecía un ser duro y frío incluso, su mirada logró ponerle la piel de gallina.

—Está bien, entonces... buenas noches —murmuró confundida y abatida. Al ver que se iba, la hizo girar tocándole el hombro apenas si un poco —Tu regalo está arriba Bella, espero te guste —ella parecía asustada, decepcionada.

Cerró los ojos intentando mantener sus sentidos a raya, alejarla era lo mejor.

—Gracias, no era necesario —musitó con voz apagada. La había lastimado y se sentía un miserable, pero en el fondo era por su bien.

—No es molestia y lo sabes. Disfrútalo —la joven asintió desganada y subió sin girar una sola vez.

En cuanto la escuchó encerrarse en su recámara sintió que el aire de la

casa lo asfixiaba, sentía que en cualquier momento subiría corriendo y le haría el amor como jamás nadie podría hacérselo. Así que junto valor, bajó como un demonio por las escaleras y salió a toda prisa de ahí. Todo se estaba saliendo de control.

Capítulo 6

Isabella vio al auto salir rápidamente con gesto molesto. Con qué no huyes ¿Eh? El móvil última generación y la tableta que él le dejó cuidadosamente puesta sobre su cama, no la ilusionaban después de lo que acababa de ocurrir. Se sentía muy confundida, sentía que había miles de respuestas probables para la conducta de Sebastián que probablemente no le gustarían y tenía miedo que por ese beso, las cosas cambiaran entre ellos, se llevaban muy bien, él le abrió las puertas de su casa y cambió su vida. Lo mejor era que se olvidara de ese hombre, se dedicara a sus estudios y su próspero negocio. Al final tenía más de lo que jamás pensó y ahora contaba con un buen futuro por delante si era inteligente y sabía aprovechar las oportunidades. Sabía que lo que sentía nunca lo volvería a sentir por nadie, pero tampoco le interesaba, los chicos nunca le atraieron, hasta que lo conoció, y creía que así seguiría siendo. A pesar de saber que era lo mejor que podía hacer, se durmió con una pequeña lágrima rodándole la mejilla intentando despedirse de algo que jamás sería.

En efecto, Sebastián no salió de viaje en esta ocasión, pero lo que hizo fue más drástico. Por la mañana, cuando Isabella salía para la universidad, se dio cuenta de que no había llegado a dormir y así comenzó a suceder con mayor frecuencia cada vez. El carácter de Sebastián parecía el de siempre, pero ella sabía que algo había cambiado entre ellos. Cada vez salía más por la noche, ya las cenas juntos desaparecieron. Ella intentaba distraerse con sus clases y cada vez pasaba más tiempo en casa de sus hermanos.

Ciro sabía que algo sucedió el día de su cumpleaños, los escuchó sin remedio discutir cuando llegaron y era evidente para todos los que ahí laboraban como se separaban cada vez más.

Diciembre, el tiempo no se detenía e Isabella salió de vacaciones. Raúl y Carmen la invitaban a las posadas y salía todo el tiempo con ellos, incluso, comenzaron a invitarla a pasar la noche en su casa cada vez con más frecuencia y ella aceptaba ya que en la casa se sentía muy sola a pesar de que Ciro la procuraba todo el tiempo.

—Isabella, ya casi no sales a jugar con Miel y Luna —la joven lo miró

sin poder contestarle, porque no podía decirle que al observarlas lo único que veía era el distanciamiento de Sebastián—. Bueno, no te preocupes, ellas de todas formas están muy bien, aunque creo que te extrañan como todos los de esta casa —Isabella sonrió con tristeza. Le había tomado mucho cariño todo ese tiempo; al igual que a Raúl y Carmen.

—Lo sé Ciro, lo siento, yo también los extraño mucho, pero creo que mi tiempo en aquí se está acabando —el mayordomo elevó su barbilla preocupado por la reciente declaración.

—¿Por qué dices eso? ¿Te quieres ir de aquí? ¿A dónde?

—No me quiero ir, pero es lo mejor, créeme, ya he causado suficientes molestias, Sebastián reparó mis alas y me dio tiempo de curarme, ahora creo que ya puedo volar sola —el hombre la guio hasta el comedor para sentarse y poder conversar.

Sebastián armaría tremendo escandalo cuando supiera sus intenciones, ese muchacho obstinado la adoraba y aunque era un cabezotas que no quería reconocerlo ni dar su brazo a torcer, Isabella era la mujer ideal para él.

—Qué bueno que ya te sientas fuerte jovencita, eso es una buena noticia, pero eres necesaria aquí, lo sabes —Isabella rio sin alegría comprendiendo sus palabras y recordando cómo se había alejado tan fehacientemente de la casa y la razón de su actitud.

—Ciro, Sebastián ya hizo todo por mí, más de lo que siquiera pude haber soñado, y créeme lo que tú, y todos han hecho, jamás se borrara de mi corazón. Pero casi pasó un año y creo que lo mejor es irme.

—¿A dónde? —intentó indagar algo preocupado si era sincero.

—No lo sé aún, pero créeme que sé sobrevivir.

—Aquí lo tienes todo.

—Pero no me pertenece, además ya soy mayor, debo aprender a estar sola y salir adelante por mis propios medios.

—¿Y qué le dirás a Sebastián? A él no le va a gustar nada esta idea, te ha dicho una y otra vez que no piensa dejarte ir, se va a poner furioso, lo conoces ya lo suficiente —sabía que eso era cierto, pero tendría que entender que era lo mejor para todos, tenía que dejarla ir.

—No tiene por qué, sé al final lo entenderá —pero sabían que no sería tan fácil.

—Jovencita —así solía nombrarla en muestra de—, sabes perfectamente que lo que está haciendo es huir de ti —Bella se puso como una cereza al escucharlo hablar sin rodeos. Ese hombre era discreto, nunca entrometido, por eso la tomó por sorpresa.

—No digas eso. Me parece que estas confundiéndolo todo —el teléfono sonó y casi enseguida Mary, una de las mujeres del aseo, se asomó.

—Isa, te habla la señora Carmen.

—Gracias Mary —tomó el aparato y salió huyendo del comedor.

De madrugada, observando por la gran ventana, en la sala de su apartamento que se encontraba ubicado en el último piso de una de las zonas más exclusivas de la ciudad de México, con una copa de wiski en la mano, pensaba en aquellos labios...

La sensación al recordarlos pegados a los suyos no tenía comparación con nada, fue simplemente lo más hermoso y ardiente que jamás hubiera experimentado y el abandono de ella, fue lo más revelador y ahora inquietante, que había vivido.

En las últimas semanas hizo todo para verla lo menos posible. Intentaba regresar a su vida anterior, a la vida que se había fabricado para él ser el único dueño de sus decisiones y así sentir que recuperaba el control, aunque eso implicara ser el hombre más solo del mundo.

Llevaba noches saliendo con sus amigos, iba de evento en evento, reunión en reunión. Volvía a ser poco a poco en su trabajo, aquel tipo tirano y dominador en el que se convirtió hasta hacía un año. Las mujeres le llovían, sabiéndolo soltero, guapo y siendo un excelente partido prácticamente se le arrastraban a sus pies.

Salía de vez en cuando con alguna, pero era inevitable no compararla con la mujer que tenía viviendo en su techo, de pronto las encontraba sumamente insípidas, vánales, superficiales y lo que más le impactaba era que eran las mujeres con las que siempre se rodeó, ni siquiera eran hermosas y si lo eran, usaban su físico para venderse al mejor postor, como Maritza...

Inmóvil ahí, viendo toda la ciudad dormir, recordaba todo como si hubiera pasado un siglo de aquello.

Rodrigo, su mejor amigo, heredó la empresa de tabaco más productiva del país, Maritza al saberlo, desplegó todas sus armas para conquistarlo con sus

muy buenos atributos, luchó y luchó hasta que logró que lo traicionaran. Unas semanas antes de casarse supo todo gracias a la conciencia de Rodrigo que estaba muriendo de culpabilidad y le dijo lo que ocurría, incluso, que estaba profundamente enamorado de su prometida. Fue una gran decepción para él. Sebastián pensaba que amaba a esa mujer y lo estaba dejando por su mejor amigo, con el que compartió prácticamente todo.

Después supo que fue porque él rechazó casarse por bienes mancomunados. De todas formas superar eso supuso un esfuerzo titánico y fue así como poco a poco se convirtió en un hombre inflexible, desconfiado, mujeriego y arrogante. No confiaba en nadie.

Pero todo eso cambió de repente, sin siquiera darse cuenta, ya hacía casi un año que la vio por primera vez. Sus hermanos y sobre todo ella, llegaron como buen temporal en plena sequía y en muy poco tiempo él hacía por ellos todo lo que nunca hubiera pensado que era capaz de hacer. Su corazón se ablandó de nuevo y comenzó a sentir cosas que nunca creyó sentir por nadie. Esos niños le entregaron todo sin dudar y ella... ella se convirtió en el ser más especial que alguna vez le hubiera tocado el alma, desde la primera vez que observó sus ojos, supo que jamás los podría borrar de su memoria. Era dulce, tierna, inteligente, tenaz, orgullosa y demasiado bella para tenerla cerca sin querer hacerla suya. Al pensar en eso el deseo lo cruzó como una flecha implacable de inmediato. Resopló lleno de frustración.

Su vaso ya estaba vacío, así que se sirvió de nuevo, abrió los ventanales del balcón y salió. El frío azotó contra su cuerpo medio desnudo como si fueran cuchillos, pero no le importó, necesitaba bajar ese calor, dejar de pensar en ella. Entre ellos no debía de haber nada, no lo podía permitir. Le llevaba diez años, la había cobijado en su casa, le prometió seguridad, estabilidad, no se perdonaría que llegara a sufrir de nuevo por su causa, además el mundo en que se movía era muy cruel y en seguida su vida estaría expuesta ante todos, sacarían a relucir lo más doloroso de su pasado con tal de vender noticia o ejemplares sensacionalistas, ella no sobreviviría a algo así. Nunca, por más desesperado que estuviera por sentir su piel bajo su palma, permitiría que le sucediera nada, él la debía proteger y lo haría hasta de sí mismo si era necesario. Y era justamente lo que hacía. Aunque a veces, como en ese momento, sentía que mandaría todo al carajo y la buscaría de

una maldita vez.

—Está helando aquí afuera guapo ¿Por qué no entras? —Ronroneó una monumental mujer desde el interior del departamento. Sebastián se sintió hastiado, tener sexo con ella, o con cualquier otra, no lograba apagar el deseo que lo quemaba cada día más y más, necesitaba a Bella, la necesitaba como un adicto a las drogas y abstenerse realmente resultaba por demás, doloroso—. Sebastián, tengo frío, podrías entrar de una vez —le pidió ya molesta al ver que ni siquiera le había devuelto la mirada cuando le habló.

—Si tienes frío, vete a la cama y a mi déjame en paz —grazno sin elevar la voz arto de escucharla. Cualquiera se hubiera ofendido, pero la mujer se acercó y lo rodeó sensualmente por la cintura.

—¿Y por qué no me acompañas? —Dios, hablaba chino ¿O qué? Se zafó de su abrazo al tiempo que volteaba y la sujetaba firmemente por las muñecas para que no intentara de nuevo tocarlo.

—Dije que fueras tú. Eso quiere decir que no—te—quiero—acompañar ¿comprendes? —deletreó algo exasperado. La rubia lo miraba como si no hubiese dicho eso.

—Claro que entiendo, cariño —murmuró intentando zafarse de él juguetonamente.

Sebastián no supo qué hacer. Parecía que con nada se la quietaría de encima y esa su culpa por estar metiéndose con esa clase de mujeres que solo sabían actuar de aquella forma. En serio eran asombrosas, se daban ínfulas de divas y clase superior y por dentro no eran más que unas arribistas cualquiera buscando que algún imbécil se enamorara de ellas y les entregara todas las comodidades a las que estaban acostumbradas y una vez logrado, se dedicaban a acostarse con cuanto hombre se les antojara. Pero él no volvería a pasar por eso jamás, no volvería a permitir que alguien lo usara de esa forma. Y la fémina que tenía en frente era justamente una de esas, por lo que no le tenía el más mínimo respeto.

—Está bien... —suspiró Sebastián mostrando resignación, la cara de la joven se iluminó al pensar que le haría de nuevo el amor—. Como tú no te quieres ir de aquí, me voy yo —y la soltó enseguida, dejándola estática. Entró, tomó sus cosas hastiado—. ¡Te quedas en tu casa! Sólo fíjate en cerrar cuando te vayas, no quiero que entren a robar le gritó burlón mientras se

vestía. Tomó las llaves de su auto y lo último que escuchó al cerrar la puerta del apartamento fue un grito agudo.

—¡Eres un imbécil! —se carcajeó divertido. Le importaba una mierda.

Ya casi amanecía cuando llegó a la casa, ahí todo parecía en calma a diferencia de su apartamento donde seguramente a esas alturas estaría completamente destrozado. Le daba igual, lo remodelaría o compararía otro.

Bajó del descapotable con tranquilidad y subió las de la entrada, no tenía ánimos de meter él mismo el auto al garaje. Todo estaba oscuro, no se veía movimiento, seguramente la gente de servicio estaría por comenzar su día. Todavía tenía tiempo antes de que salieran y moría de ganas de verla.

Desde que se empezó a alejar de ella, y pasaba días sin poder tenerla cerca, llegaba desesperado a la casa por la noche y para tranquilizarse, subía con mucho sigilo, abría la puerta de su habitación y la observaba dormir un momento por varios minutos. Su ansiedad disminuía, pero su deseo subía, así que cerraba con el mismo cuidado y desaparecía.

Ese noche más que otras, necesitaba verla. Subió sin hacer ruido, al llegar a la planta alta caminó hacia la derecha lentamente para topar a unos cuantos pasos con su cuarto, sujetó el pomo de la puerta y lo giró delicadamente, la abrió despacio, asomó su rostro con cuidado y... ¡Ella no estaba!, su cama estaba tendida. Entró embravecido.

Prendió la luz y fue directo al baño, pero ahí tampoco había nadie, abrió su armario y todas sus cosas estaban ahí. Su cabeza caminó al mil por hora ¿Dónde estaría?

¿Habría salido con alguien y todavía no llegaba? Sacudió la cabeza sacándose esa idea de la cabeza, ella no llegaría al amanecer. Pero... ¿Dónde estaba, entonces? ¿Le habría sucedido algo y no le pudieron avisar? Agarró su móvil pero no tenía ninguna llamada perdida. Caminó hasta la cama y se sentó sobre ella, tomó un suéter que se encontraba descuidadamente puesto sobre el edredón y se lo llevó a la nariz, su olor lo embriagó completamente y surgió un pensamiento que ya no puedo detener “Te amo” Ya no le importaba negarlo, esa era la verdad, esa mujer lo era todo para él y en el afán de ignorarlo y luchar contra el sentimiento sólo logró incrementarlo. De pronto escuchó pasos, soltó lo que traía entre las manos, anduvo discretamente hasta la puerta pero no pudo evitar ser visto.

—¿Qué haces aquí? —Era Ciro. No supo que responder, pero de pronto recordó que tenía algo más importante que preguntarle.

—¿Dónde diablos esta Isabella? —el hombre volcó los ojos y lo estudió sonriendo y negando a la vez. Iba desfajado, su ropa estaba arrugada no se había bañado. ¿Acaso ya venían los reproches?

—Se quedó a dormir con la señora Carmen, últimamente lo hace con frecuencia —le informó secamente. Sebastián se sintió desconcertado, él no sabía nada, nadie le había dicho.

—¿Y se puede saber por qué yo no estaba enterado?! Ese tu trabajo, Ciro —al mayordomo le importó poco su arranque de furia, lo conocía de sobra y con dos palabras acertadas, lo dejaría mudo—. Porque no estás ya nunca aquí y como bien dices, es mi trabajo y lo hago estupendo —entró a la habitación dejándolo en la puerta con la rabieta bien instalada, a veces era demasiado caprichoso. ¿Qué esperaba que hiciera esa joven? Sebastián debía aceptar sus sentimientos o haría varias tonterías.

—¡Eso son pretextos! Tengo el móvil o me pueden dejar recado con mi asistente. Tú lo sabes perfectamente —lo acusó.

—Te aconsejo que te vayas haciendo a la idea de su ausencia, pronto tus sigilosas merodeadas a esta recámara tendrán que dejar de ser —el hombre lo miró atónito ¿Ciro sabía lo que hacía en las noches cuando dormía en la casa?—. Sí, sé que lo haces de unas semanas para acá.

—Te estás pasando de la raya Ciro —le advirtió haciendo un esfuerzo increíble por controlarse.

—No, sabes que no, el que se está jalando esta cuerda de más eres tú. Y como continúes así ella va a desaparecer de tu vida tan rápido como llegó, luego no digas que no te lo dije —palideció al escucharlo.

—¿De qué hablas, por qué dices eso? —Ciro continuó acomodando una ropa limpia que una de las mucamas olvidó en el cuarto de lavado—. Por favor, dime a que te refieres —rogó más dócil.

—Isabella se quiere ir de aquí —volteo a verlo, no esperó que la noticia lo afectara tanto, parecía haber enfermado de repente y su mirada se había vuelto turbia. A ese muchacho le había dado y bien duro.

—¿Te lo dijo ella? —Ciro asintió. Sebastián sintió la boca seca y un agujero en el estómago, ella no se podía ir, no podía dejarlo, la necesitaba,

la... amaba. Mierda.

—Siente que ya hiciste demasiado por ella, que este ya no es su lugar, que debe buscar su propia vida.

—Pero esta es su casa, se lo he dicho muchas veces. Además a dónde se va ir — cuestionó confuso.

—No sé, eso no me lo ha dicho, me dijo que no me preocupara, que podría sola — Sebastián se sentía impotente. No se iría, no lo permitiría, su vida ya no tendría sentido sin ella, sería una agonía que no estaba dispuesto a soportar.

— Bella no se irá de aquí.

—No la puedes retener a la fuerza.

—Ya te dije que ella no se irá —su jefe se dirigió a la puerta dejándolo asombrado.

Sebastián ya había aceptado sus sentimientos y ahora sí comenzaría a hacer algo al respecto. Sonrió sacudiendo la cabeza. No entendía para qué tanta complicación—. ¡Ah! Y no ando espiando a nadie ¡Está claro! —bufó asomando el rostro por la puerta.

El mayordomo abrió los ojos a punto de la carcajada pero logró contenerse.

Lo dicho, ese hombre ya había perdido algo más que la cabeza.

Navidad sería en unos días y ya había comprado todos los regalos, el único que le faltaba era el de él, pero pronto le encontraría algo especial ya tenía algunas ideas en mente. De pronto, al abrir la cochera, vio su convertible estacionado. Las palmas de las manos le comenzaron a sudar, llevaba desde su cumpleaños, hacía un mes, que prácticamente no lo veía y si lo hacía era porque él iba de salida cuando ella iba llegando y apenas la saludaba.

Apagó su auto y subió la escalera nerviosa, lo más seguro era que no lo viera siquiera, pero el saberlo ahí, siempre la perturbaba. Entró a la casa con su pequeña maleta colgando del hombro y no vio a nadie. Más tranquila se dirigió hacia la segunda planta y comenzó a subir las escaleras.

—Isabella —se detuvo en seco quedando paralizada sin voltear, reconocería esa voz incluso muerta, Sebastián—. Necesito hablar contigo — ordenó serio desde abajo de los escalones. Ella giró lo más tranquila que

pudo y lo enfrentó serena. Dios, qué guapo era, pero parecía muy molesto. Así que descendió lentamente, dejó su mochila en el suelo y caminó hasta quedar a un metro de él.

—Hola... —su delicada voz casi lo doblega, sin embargo, ignoró el gesto.

—¿Me puedes explicar esto? —le dijo furioso tendiéndole unos sobres blancos para que los tomara.

—No sé qué es eso — e contestó desconcertada. Estaba enojado. ¿Por qué?

—Son los estados de cuenta de la tarjeta donde te deposito cada mes dinero y lleva mucho tiempo intacto, ya es una pequeña fortuna ¿Me puedes decir qué diablos estás haciendo para sacar dinero? —el tono en el que dijo lo último la encendió de repente, percibió doble intención en la pregunta y de inmediato la rabia se apoderó de su pequeño ser. Sintió que una aguja ponzoñosa atravesaba su corazón y lo envenenaba en segundos. Sin más se giró, tomó su mochila e indignada y avanzó.

—Trabajando —le contestó por arriba del hombro. Sebastián la detuvo agarrando una de sus muñecas con firmeza.

—¿Y qué clase de trabajo es ese? —la desafió apretando los dientes. No era posible que ya fuera independiente por completo.

—¿Qué es lo que estás pensando, Sebastián? —le gritó intentando zafarse de él ahora un tanto asustada y demasiado humillada.

—No lo sé, tú dime. Ya sé que te quieres ir de aquí y ahora veo que ganas mucho dinero con lo que haces como para que no hayas gastado ni un centavo de lo que te doy y además tengas suficiente para proclamarte independiente —ella sintió escocer lágrimas en los ojos. Él no podía estar diciéndole eso, él no. Confiaba en Sebastián como en nadie, pero era demasiado orgullosa y si decidió pensar lo peor no lo sacaría de ahí, no había duda que su pasado la marcaría para siempre en sus acciones.

—Presto mis servicios y pagan muy bien por ellos ¿Qué te parece? —Sabía que lo que decía se podía malinterpretar pero le importó un carajo, si él se portaba de esa manera ¿por qué ella no?

Sebastián se quedó helado al ver el rumbo de la discusión ¿Qué mierdas quería decir con eso?, ella no podía ser así, había un error, lo decía para

herirlo.

—¿Qué diablos estas diciendo, Isabella? Estás mintiendo... —vociferó claramente fuera de sí.

—¿Ah sí? Lo que oíste —lo volvió a desafiar enarcando una ceja y zafándose de él—. ¿No era eso lo que querías escuchar? Pues ahí está. ¿Qué no recuerdas de dónde vengo, Sebastián? ¡De la calle!, grábatelo muy bien en la cabeza.

Sebastián sintió que iba a devolver el estómago, nada estaba saliendo como lo planeó, ella le estaba mintiendo, la conocía y Bella no caería tan bajo, no podía estar tan equivocado. La decepción y rabia recorrieron todo su cuerpo como lava salida de un volcán y quemándolo todo a su paso.

—Pero ¿Cómo pudiste, Isabella? No te hacía falta nada —le reclamó consternado. La joven no le respondió, no quería hacerlo. Qué pensara lo que se le diera la gana.

Dolida y humillada bajó corriendo las escaleras, prendió su auto y se fue contenida.

Cuando ya no pudo ver la casa y se aseguró de que no la seguía, estacionó el vehículo, lo apagó y comenzó a llorar desesperada. ¿Cómo podía pensar algo así?

¿Cómo podía creer que si nunca lo hizo, ahora que lo tenía todo lo podría hacer? Su móvil comenzó a sonar y tuvo la esperanza de que fuera él, pero al ver el número y darse cuenta de que era de la casa de sus hermanos, decidió no contestar. Se sentía muy herida, demasiado triste.

Ciro estaba seguro que Isabella no hacía eso, por Dios, si se la pasaba en la computadora, en la escuela y en la casa de sus hermanos, Carmen y él siempre estaba en comunicación. ¿Pero por qué le dijo eso a Sebastián? Diablos. Las cosas en vez de mejorar empeoraban con esos caracteres tan complicados que ambos tenían. Lo cierto es que Sebastián lo preocupaba, parecía que iba a perder la conciencia cuando fue a encerrarse al estudio. Sin pensarlo mucho le habló a su mejor amigo, era el único capaz de sacarlo de situaciones como esa.

Condujo como pudo hasta la casa de sus hermanos. Cuando Raúl abrió la puerta y vio en las condiciones que venía la tomó por los hombros y la llevó hasta un parque cercano.

Él se sentó a su lado en una banca que se encontraba bajo un gran árbol ya sin hojas y esperó a pacientemente que hablara. Esa joven era tan importante para él y Carmen como lo eran Marco y Dana, sabían algunas de las situaciones por las que tuvo que pasar para proteger a sus hermanos y eso hacía que además de quererla la respetaran y admiraran profundamente. Pero pasaba el tiempo e Isabella no hablaba, solo dejaba salir las lágrimas de sus enormes ojos, estaba pálida y muy triste. Algo realmente fuerte debió suceder para que estuviera así.

—Isa, ¿me vas a decir que pasó? —La alentó con tono dulce. La chica asintió al tiempo que lo veía—. Te escucho.

—Tuve una discusión muy fuerte con Sebastián —¿Por qué no le sorprendía que la razón por la que se encontrara así fuera él? Desde hacía tiempo, casi desde el primer momento, notó la atracción entre los dos y como intentaban, torpemente, ignorarla una y otra vez, eso era una lástima porque se complementaban perfectamente y ambos se merecían ser felices.

—¿Qué sucedió? ¿Qué tan fuerte fue, Isa?

—Creo que ya no poder regresar nunca a esa casa —Raúl no lo podía creer, eso era imposible. Sebastián les dejó muy claro a Carmen y Raúl cuando, hacía unos meses, sugirieron que también podría irse a vivir Isabella con ellos, que ella se encontraba muy bien allí y que él se hacía cargo de la joven.

—Sebastián jamás estaría de acuerdo con algo así —expresó claramente confundido e intrigado.

—Ahora sí, Raúl —admitió con voz queda. El hombre estaba perdido, acunó la barbilla de la joven e hizo que lo mirara.

—¿Qué ocurrió exactamente, Isabella? —las lágrimas volvieron a salir sin esfuerzo de sus ojos. Le dolía profundamente que dudara de ella, que la creyera capaz de algo así.

—Él piensa que... yo... me prostituyo —el padre de sus hermanos abrió los ojos desorientado.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Porque hace un tiempo me dio una tarjeta donde cada mes le depositaba una cantidad, pero yo sólo usé un poco de ese dinero al principio. Después ya no.

—Entonces ¿De dónde sacabas dinero todo este tiempo? —la joven agachó la mirada avergonzada—. Hago trabajos a mis compañeros y ellos me pagan muy bien. A veces no duermo haciéndolos, pero eso no se lo podía decir a nadie, por lo que pasó hace unos meses, todos harían que lo dejara.

—¿Lo del hospital? —Asintió con la atención en el suelo.

—¿Y cómo fue que él pensó... eso de ti? —Por fin levantó sus enormes ojos, estaba cargada de frustración y dolor, pero además no tenía color en el rostro.

—Porque fue lo más fácil, Raúl. Porque él sabe de dónde vengo y eso hace que pueda llegar a pensar que soy capaz de ese tipo de cosas.

—No Isabella, no creo que sea así. Sebastián se preocupa por ustedes, por qué no le dijiste simplemente la verdad.

—Es que... cuando me preguntó, lo hacía ya acusándome de antemano, así que le dije que trabajaba y me estudió dudando, le dije que prestaba mis servicios y me pagaban muy bien, lo cual es totalmente cierto. Pero él entendió lo que prefirió y creyó lo que quiso. Ahora piensa lo que piensa de mí y yo no voy a negarlo Raúl —el hombre la escuchaba sin decir una palabra—. Yo quería pagarle cada centavo que gastó en mí, era lo justo, soy mayor de edad. Por eso trabajo en eso y no toco ni un centavo de ese dinero... ¿Cuándo terminare de pagarle si lo gasto?

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso, Isa? —Quiso saber aún asombrado.

—Desde antes de enfermar, no se me dificulta y los chicos con dinero que estudian ahí no escatiman en gastos con tal de no hacer nada y sacar la mejor nota, así que... —admitió encogiéndose de hombros entristecida.

—Isabella, no puedo creer que hagas todos esos trabajos, nunca lo hubiera imaginado —ella percibió el orgullo y admiración que se escondía detrás de ese comentario—. Pero habría sido más fácil si nos lo contabas, nosotros te hubiéramos podido ayudar.

—Puede ser Raúl, sin embargo, cuando enfermó él me cuidó en exceso, hasta se cambió a aquella casa conmigo y no me dejó hacer nada de nada. Además Paco dijo que yo no tenía que abusar, así que sabía que iba a emprender una campaña en contra de mi trabajo y no quería arriesgarme, tengo que aprender a valerme por mi misma... no puedo depender para

siempre de él o alguien más —quién lo iba pensar, esa joven además de ser valiente, fuerte y muy hermosa era inteligente y tenaz, esas eran cualidades muy difíciles de encontrar en una sola persona. El llanto ya había cesado, pero su carita continuaba entristecida y se veía cada vez más demacrada.

—Y dime ¿Qué deseas hacer, Isa? ¿Sabes que nuestra casa está abierta para ti? — puso una mano sobre las de ella cariñoso—. No tienes que regresar ahí si no quieres, tú siempre vas a contar con nosotros, aunque como te dije; él debería saber la verdad —al sentir su apoyo el llanto volvió a atacarla y lo abrazó fuertemente, hasta esas personas se las debía a Sebastián. Cuando logró calmarse Raúl y ella continuaron hablando sobre temas menos dolorosos. Definitivamente merecía saber la verdad, aunque eso no lograría que olvidara lo que había pensado.

—Sebastián, te mintió, eso hasta un ciego lo ve, por favor —Paco no podía creer que estuviera bebiendo de esa manera, no era un hombre de ese tipo y no le gustaba nada que buscara en el alcohol la fuga para su frustración y molestia. Eso era demasiado inmaduro, demasiado infantil y un recurso que su amigo casi nunca utilizaba.

—Y ¿Por qué lo haría? ¿Por qué me mentiría? Ella lo dijo y muy orgullosa por cierto —La última vez que se puso así, fue gracias a aquella oportunista que lo traicionó con Rodrigo, el amigo de los dos desde la infancia, hacía más de cinco años.

Todavía no era tarde y llevaba poco tomando, así que estaba a tiempo de evitar que se perdiera. Le arrancó la botella de la mano molesto.

—Eres un imbécil, Sebastián, si no lo hizo cuando ella y sus hermanos se estaban muriendo de hambre ¿Por qué ahora? ¡Piensa! —le gritó intentando que entrara en razón de una maldita vez, esa joven lo estaba trastornando, tenía que aceptar lo que sentía por ella o las cosas empeorarían. Al ver que lograba captar su atención continuó—. Y te diré más, si su intención era tener dinero lo único que necesitaba era acostarse contigo porque hasta un imbécil se da cuenta de que tu no le hubieras podido decir jamás que no y tú sí que le habrías dado mucho más que dinero. Por Dios ¡Abre los putos ojos! —Sabía que tenía mucho sentido, que Paco estaba viendo más claro que él en ese momento. Estaba muy ofuscado, desesperado al enterarse que ella planeaba irse y cuando descubrió que no había tocado el dinero sintió que la perdía

definitivamente y que no tardaría en dejarlo. Se volvió loco y bueno... lo demás ya era historia. Sin embargo, no podía dejar pasar tiempo, debía hablar con Isabella, tenía que preguntarle. Se levantó rápidamente de su escritorio, agarró las llaves de su auto y se las aventó a Paco.

—Llévame a verla, estoy un poco ebrio pero necesitamos hablar.

—A ¿Dónde? —Preguntó Paco desconcertado sintiendo que se había perdido de algo.

—A casa de Carmen, ahí va a estar —¿A dónde más podría ir?

—Está bien, pero iremos en mi auto y no más estupideces, Sebastián —su amigo rio negando ante la advertencia. Ni una más, se juró.

Capítulo 7

Raúl e Isabella caminaron serenos de nuevo a la casa, el frío ya los había calado y ninguno de los dos iba preparado. Ella se sentía agotada, desganada y helada, la cabeza le punzaba un poco y lo único que deseaba en ese momento era meterse entre las cobijas para que ese maldito día terminara.

Al llegar a la acera se detuvo en seco y un fino sudor cubrió su cuerpo. Raúl elevó la mirada para ver por qué se detenía, de inmediato supo la razón; un auto afuera estacionado, ambos supieron enseguida quién estaría adentro.

—Vamos Isabella, debes hablar con él —pero no se movía y negaba con la cabeza aún ansiosa. Así parecía una criatura frágil y vulnerable. Rodeó sus hombros sintiendo una profunda ternura—. Si no deseas que sea hoy, está bien, sin embargo, algún día tendrás que hacerlo ¿De acuerdo? —la joven asintió más tranquila, tenía mucho frío, los pies no los sentía al igual que las manos, pero sobre todo se sentía tan cansada que no creía tener fuerzas suficientes para enfrentarlo una vez más el mismo día.

Entraron y escucharon voces en el cuarto de tv, ahí estaban los niños con Paco viendo un programa de comedia que los tenía muy entretenidos. Dana fue la primera que al ver a Raúl se levantó y lo abrazó.

—Estás muy frío —enseguida miró a su hermana preocupada, no traía buena cara—. ¿Estás bien? —y corrió a abrazarla.

—Anda Dany, sube con ella y acompáñala hasta que se duerma ¿Sí, hija? —Ordeno Raúl. Isabella y Dana desaparecieron enseguida sin que apenas lo notasen—. Hola, Paco —lo saludó tendiéndole la mano.

—Hola, Raúl ¿Cómo estás? —Respondió educadamente.

—Todo bien ¿Dónde está Sebastián y Carmen?

—Abajo, en el sótano, llevan hablando un buen rato, ha sido una tarde muy... extraña —comentó Marco absorto en lo que veía. Raúl solo asintió y se dirigió Bajó los escalones y enseguida pudo verlos, estaban conversando seriamente en la gran sala que tenía a lado de la mesa de billar.

—Hola —saludó serio. Ambos lo miraron, pero sólo Carmen le sonrió tendiéndole la mano para que se acercara y se sentara junto a ella.

—¿Estabas con ella? ¿Cómo está? —deseó saber su mujer notoriamente inquieta.

Sebastián se encontraba casi en frente colocado en otro sofá y esperaba atento su respuesta. Lucí desaliñado y su semblante no era mucho mejor que el de Isabella, de hecho parecía demasiado pálido y afligido.

—Sí... Está bien, pero la vi muy cansada y... no quiere hablar contigo, Sebastián, por ahora.

—Lo imaginé, pero necesito verla, entiéndanme —Raúl negó tajante.

—Mi marido tiene razón, además todo lo que te conté es porque me parece que debías saberlo, su pasado fue terrible y muy duro, por eso la admiramos y respetamos, porque jamás cayó bajo aun por sobrevivir, dale tiempo, recapacitará.

—Por otro lado lo que hiciste hoy, de verdad la lastimó más de lo que piensas. Y me parece que tienes que saber de dónde saca el dinero antes que nada. Isabella hace los trabajos y tareas a sus compañeros de la carrera que no desean desgastar el cerebro.

—¿Qué, a qué hora? ¿Por qué? —Se sentía completamente choqueado.

—Es lo mismo que le pregunté Sebastián. Los hacía cuando podía, incluso hubo noches en las que no durmió para poder terminar.

—Dios, no lo puedo creer, pero... ¿Por qué? —aún no comprendía, no le hacía falta nada, menos presionarse de esa manera.

—Porque no quería seguir dependiendo de ti, quería pagarte todo el dinero que has gastado en ella. Además creo que le era importante darse cuenta de que sí puede Sebastián.

—Y ¿Por qué no le dijo nada a nadie, Raúl? —Sabía que esa mujer jamás lo dejaría de sorprender, pero eso, nunca se le hubiera ocurrido.

—Seamos sinceros, tú enseguida hubieras visto la forma que dejara de hacerlo por lo referente a su salud y nosotros, me parece que también hubiéramos hecho lo mismo, así que lo mantuvo en secreto, hacía que pensáramos que le dejaban una cantidad infinita de tareas y trabajos.

—Increíble... —susurró Carmen

—Lo sé mujer —coincidió su marido al tiempo que le pasaba el brazo por el hombro para aproximarla más a él.

Sebastián permanecía callado, con la cabeza apuntando al suelo y sus manos enredadas en el cabello demostrando la impotencia, frustración y desconcierto que sentía. La mujer colocó una mano sobre su rodilla a manera

de consuelo. Era evidente que no la estaba pasando nada bien.

—Sebastián, creo que debes decirle lo que sientes, dile que... estás enamorado de ella, todos estos malentendidos no sucederían si fueras sincero —él levantó la cabeza de inmediato y la miró confuso. ¿Cómo lo sabía? ¿Era tan obvio? Al parecer sí, porque hasta Paco lo había notado también—. Sí, Raúl y yo lo sabemos desde hace mucho, creo que incluso antes que tú —su marido asintió reafirmando lo dicho por ella—. Díselo, estoy convencida de que también siente lo mismo.

Ruidos en la planta superior los alertaron e impidieron que continuaran con la conversación, de repente Marco bajó como caballo desbocado las escaleras, estaba asustado.

—Isa está mal, dice Dana que no para de temblar y suda mucho —los tres adultos se levantaron de inmediato y corrieron hasta la recámara de la muchacha. Cuando llegaron Paco ya estaba adentro tomándole el pulso y la temperatura con un termómetro que Dana le proporcionó. La niña se acercó a Carmen mirando a su hermana con evidente preocupación.

—Temblaba mucho y sudaba. Nunca la había visto así —escondió el rostro en el regazo de su madre adoptiva.

—Sh, todo va a estar bien mi niña, ya lo verás —pero Dana no estaba muy convencida, después de todo era Isabella la que estaba mal, la mujer que durante toda la vida de la pequeña la cuidó y protegió de todo.

Sebastián permanecía de pie a lado de la puerta sin poder si quiera acercarse. La observaba temblar y sentía que la impotencia lo invadía. No soportaba verla sufrir, a la vez se sentía un poco culpable, él la insultó, humilló y por eso salió corriendo sin abrigarse de la casa. Se veía tan pálida, las ojeras eran muy parecidas a las que tenía el día que la encontró desmayada en su apartamento, pero esta vez no se veía tan débil, su cabello se le adhería al rostro a causa de la transpiración y de sus labios salían pequeños gemidos y ruidos apenas perceptibles. Se encontraba inconsciente.

—La fiebre está alta —admitió Paco—, y trae baja la presión, pero es sólo un fuerte resfriado. Hay que comprar estas medicinas y mañana va a estar mucho mejor — tomó un papel para anotarlas, arrancó la hoja de la libreta y Raúl lo agarró enseguida —Vamos Marco, acompáñame —el muchacho asustado asintió y lo siguió. El resto se quedó ahí.

—¿Qué paso? ¿Por qué se puso así de repente? En la tarde estaba muy bien — Carmen le preguntó desconcertada al médico mientras la observaba angustiada.

Paco se acercó a ellos sin hacer mucho ruido.

—Porque la salud de Isabella es... frágil —y miró a Sebastián—. Su cuerpo va a tardar años en reponerse por lo que vivió antes —no quiso decir mucho porque Dana se encontraba en la recámara, se veía asustada y ya estaba acostada al lado de su hermana acurrucada y acariciándole la cabellera mientras dormía. Sebastián salió de ahí sintiendo que se sofocaba, se recargó en un muro y apretó tanto los puños tanto que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Hijo, qué pasa? —le preguntó Carmen que lo siguió junto con Paco al verlo reaccionar así.

—Va a estar bien —le repitió su amigo. Pero él se sentía furioso, enojado consigo mismo.

—Soy un imbécil Además no puede ser que su pasado la tenga esclavizada, no es posible que la siga alcanzando una y otra vez de esa forma ¿Algo se debe poder hacer?

—Ella ha luchado mucho Sebastián, no se va a rendir, nosotros no lo vamos a permitir, poco a poco esta nueva vida va a ir surtiendo efecto en su salud. ¡Ya lo verás! —lo ánimo Carmen rogando porque así fuera, pues creía lo mismo.

—Debes estar tranquilo, mañana va a estar muy bien. Te lo prometo. No hay nada más que podamos hacer. Lo único que sucede es que en su cuerpo, todo reacciona, por su propio estado, de formas desmesuradas. Eso pasará con los años y una gripe será eso, una gripe, no lo que ahora es.

—Gracias Paco, que bueno que estabas aquí —admitió más tranquilo y bajando el rostro para poder verlos. Ambos se sonrieron como siempre que la vida los había puesto en situaciones complicadas o torcidas como esa.

Raúl llegó quince minutos después con los medicamentos, se las dio a Paco y este entro a subministrárselos.

A los pocos minutos Isabella dejó de temblar y aunque todavía tenía fiebre, la presión ya se regularizó. Dana no quiso despegarse de ella al igual que Marco, este último agarró un sillón, lo acercó hasta la cama y ahí se

quedó en silencio, vigilante.

Los cuatro adultos decidieron que lo mejor era dejarlos juntos, Isabella ya estaba mejor pero era comprensible que ellos necesitaran estar a su lado.

Sebastián hubiera querido hacer lo mismo, pero sabía que no tenía caso. Así que bajó junto con el resto hacia el comedor. Ahí ya estaba servida la cena. Los cuatro se sentaron y comenzaron a comer en silencio. En cuanto terminaron Sebastián y Paco subieron un momento para poder verificar que todo estuviera bien y así poder irse.

Abrieron la puerta intentando no hacer ruido, la escena que estaba delante de ellos los conmovió. Todos estaban profundamente dormidos. La menor de ellos se hallaba acostada a lado de su hermana pasándole un brazo por el hombro. Isabella le daba la espalda, estaba completamente cubierta y respiraba tranquilamente. Por último, el muchacho se encontraba sentado en el sillón, pero con la cabeza en el colchón girada hacia la mayor tomándola de la mano. Él fue el único que despertó al sentir su presencia.

—¿Cómo sigue? —indagó en susurro Paco. El muchacho completamente soñoliento se levantó y se acercó frotándose los ojos.

—Creo que bien, pero ¿por qué no la revisas?

El doctor se acercó y sujetó su muñeca con gentileza para sentir el pulso, pero el tacto despertó a la joven, al ver sus enormes ojos abiertos le sonrió.

—¿Cómo te sientes? —Ella sólo asintió con una media sonrisa y enseguida volvió a adormilarse. Tomó su temperatura y ya había bajado bastante, todavía tenía un poco pero por la mañana estaría prácticamente bien. La cubrió mejor y se dirigió a la puerta donde se encontraban los otros dos varones—. Está mejor, la fiebre cedió casi por completo —ambos sonrieron más tranquilos, después se dirigió a Marco—. Ve a tu cama a descansar, ella va a dormir tranquila, te lo prometo —pero el muchacho negó firmemente.

—No puedo Paco, ella siempre nos cuidó, ahora yo debo estar ahí por si necesita algo —les tendió la mano a los dos hombres y se metió a la recámara cerrando la puerta tras él. Ambos regresaron a la planta baja.

—Tendrás un cuñado muy obstinado, Sebastián —le hizo ver divertido. El aludido puso los ojos en blanco al escuchar su comentario.

—¡Mejor cállate y vámonos! Carmen y Raúl deben descansar. Ambos

salieron pasadas la media noche de ahí.

Ciro estaba en la cocina despierto con una taza de café entre las manos y un libro sobre la mesa. Al ver las luces prendidas llegó hasta ahí.

—¿Qué haces levantado?

—Esperándote, quería saber qué sucedió... La jovencita se fue muy mal de aquí —el mayordomo parecía estar sereno, pero evidentemente era sólo por fuera, él ya se había encariñado tanto como todos los demás con Isabella.

Sebastián se acercó, se sirvió una taza de café y se sentó desganado. Sorbió un poco y perforo la superficie de la mesa culpable.

—Todo está bien... bueno Isabella se puso mal en realidad, aunque ya está mejor.

Le dio fiebre y se le bajó la presión, por suerte Paco estaba ahí y la atendió.

—Qué bueno ¿Pudiste hablar con ella? —deseo saber serio. Él negó un tanto frustrado.

—Primero no quiso y después, pasó lo que te acabo de comentar. Espero mañana poder solucionar este mal entendido, aunque me pasé de la raya y no sé hasta dónde le haya afectado lo que le dije.

—Eso quiere decir que ya supiste toda la verdad.

—Sí —Sebastián le contó lo que Isabella hacía y lo que Carmen le dijo sobre su infancia y adolescencia. El hombre quedó conmovido y asombrado si era sincero.

—Es muy lamentable todo lo que me contaste. Pero esa jovencita de verdad es muy fuerte —declaró con admiración.

—Es... la mujer más valiosa, hermosa, inteligente y maravillosa con la que me pude haber topado en la vida, Ciro —el hombre sonrió al escucharlo describir a esa chica de aquella forma tan apasionada y poco propia de él, no es que no pensara lo mismo, no era ciego, pero la manera en la que lo dijo dejaba al descubierto lo que por ella sentía.

—Quién iba a pensar aquel día en que te topaste con ellos lo mucho que influirían y cambiarían tu vida. Ella logró sacar de ti lo que solías ser y ellos lograron hacer de nuevo felices a Carmen y Raúl. Lo cierto es que no sé quién le debe más a quien, si ellos a ustedes o ustedes a ellos, sus vidas se cruzaron en el momento justo.

—La vida a veces es muy extraña... —aceptó pensativo al tiempo que sorbía un poco más de café.

—Jamás hablo de esta manera contigo, eres un hombre y sabes lo que haces, además... no soy tu padre, pero te vi crecer y te diré algo Sebastián; no tengas miedo de sentir lo que sientes, tu sabes que ella no es igual, ella no te defraudará jamás —él lo miro serio —¿Por qué dices eso? —Ciro lo observó fijamente. Lo conocía muy bien, lo vio desplomarse y luego levantarse con mucho rencor en el alma cuando le ocurrió aquel engaño. Años antes, el accidente donde sus padres perdieron la vida y ese chico mimado que solía ser tuvo que quedar al frente del emporio de su padre. Luchó para que los accionistas y el mundo lo respetaran y creyeran en él, aún dolido por haberse quedado huérfano tan joven. Su vida fue fácil hasta que el destino se encargó de curtirlo y convertirlo en el hombre que hoy era—. ¿Qué, por qué dices eso? insistió ya más impaciente.

—Sabes por qué lo digo, amas a esa joven mucho más de lo que tú mismo quisieras reconocer —Sebastián sonrió relajado rascándose la nuca.

—Parezco un adolescente, creo que no supe manejar bien todo esto, todos ya lo saben y yo soy el único imbécil que fingí no darme cuenta.

—Isabella, no — le recordó Giro.

—Sí, ella no. Es solo que... no quiero decepcionarla, no me perdonaría lastimarla o que sufriera una vez más por mi culpa —expresó un poco preocupado pasándose una mano por el cabello.

—No te predispongas, yo sé que ella siente lo mismo por ti.

—La verdad me da miedo que sea agradecimiento. Y... también que si me acepta, la prensa investigue sobre su vida, sobre su pasado, que la hieran y que quede expuesta ante todo el mundo, sabes bien que ese es mi mundo.

—Podría suceder, pero tú no eres ingenuo, jamás permitirías eso, harás todo lo que esté a tu alcance para que no hagan lo mismo que han hecho contigo y mucha gente más esa clase de periodistas.

—Sabes que jamás me ha afectado lo que digan de mí, pero yo así crecí, viendo como mi familia, por su posición, era el blanco de los periodistas rosas o amarillistas, pero ella no... además sabes que la gente de mi mundo es superficial y sin principios muchas veces. Giro, creo que mataría a quien la lastimara.

—Tranquilo muchacho, sé que sabrás que hacer en su momento e irás solucionando lo que se vaya presentando, eres un hombre inteligente y cabal, no podrán contra eso —no estaba muy seguro, pero no renunciaría a ella si lo perdonaba y aceptaba, incluso sería capaz de irse a vivir a otro lugar y dejarlo todo para que esa joven estuviera bien. Isabella tenía que ser suya, en todos los sentidos que pudiera serlo y cuanto antes, mejor.

Más tarde, ya en su habitación, no pudo dormir. El día fue demasiado largo y se sentía como un adolescente pensando que pronto la vería y podría hablar con ella.

¿Qué le diría? ¿Cómo reaccionaría? ¡Ya no se iba a echar para atrás!, si no lo perdonaba emprendería una campaña inmensa para asegurarse que pronto lo hiciese y después otra para hacerle ver lo mucho que la amaba. Sí... eso haría... pero Isabella estaría con él, de eso no tenía la menor duda.

Capítulo 8

Abrió lentamente los ojos, se sentía pesada y muy cansada. Estaba sola. Se fue subiendo sobre las almohadas hasta quedar sentada en la cama. ¿Qué había pasado?, ¿Qué hora era? Agarró su móvil de la mesa de noche aún somnolienta.

Eran más de las once de la mañana. Se incorporó rápidamente sintiéndose avergonzada por dormir tanto. Ya iba a ponerse unas pantuflas que se hallaban al pie de su cama cuando la puerta se abrió.

—¿Qué haces? Acuéstate de nuevo —ordenó Carmen cariñosamente. La joven no le hizo caso, se sentía desconcertada, confundida.

—¿Qué pasó ayer? Siento como si hubiera pasado un tractor sobre mí — la madre adoptiva de sus hermanos se acercó a y la volvió a acomodar sin hacer caso de su poca cooperación.

—Tenías la presión muy baja Isa y te dio fiebre muy alta, por suerte estaba aquí Paco —la muchacha intentaba recordar.

—¿Paco? Y ¿Qué hacía aquí? —La mujer se sentó a su lado y la miró un poco preocupada.

—Vino con Sebastián ¿No te acuerdas de nada? —De repente palideció, las lágrimas volvieron a amenazar con salir de esos gigantes ojos, con voz quebrada afirmó recordándolo todo de golpe.

—Sí, ya recordé ¿A qué vino? ¿Qué quería? —Refunfuñó dolida. Carmen acarició su mejilla con ternura.

—A hablar contigo, pero... no quisiste y de pronto te pusiste mal.

—¿Y de qué deseaba hablar con alguien como “yo”? —Escupió indignada.

—Quería que aclararan lo que sucedió a mediodía, Isabella

—No voy a explicarle nada —anunció girando la cara conteniendo el llanto.

—No hace falta Isa, él ya lo sabe todo —al escuchar eso la vio completamente ruborizada, pero no dijo nada—. Sí, Raúl nos lo contó. No te apenes mi niña, no hiciste nada malo, un poco imprudente quizá pero nada más —le sonrió dándole palmaditas maternales en una mano.

—Aun así, no quiero hablar con él. Quiso pensar lo peor de mí, así que....

Que piense lo que quiera —era la primera vez que la veía molesta, pero sabía muy bien que dentro de poco se le pasaría. Su nobleza era inigualable.

—Isabella, no seas orgullosa, fue un error de comunicación —pero ella seguía negando con la cabeza, así que no insistió más. De pronto Chayo, una de las personas del aseo, entró discretamente.

—Señora, le habla el joven Sebastián —Isabella miró el teléfono como si estuviera maldito.

—Gracias, Chayo —la muchacha le tendió el aparato.

—¡Hola, Sebastián! ¿Cómo estás? —preguntó Carmen observando a la joven que tenía en frente.

—Buenos días, bien, trabajando.

—Qué bueno hijo.

—¿Cómo amaneció Bella?

—Mucho mejor, de echo está junto a mí —pero Isabella giró el rostro fingiendo no darle importancia.

—No quiere hablar conmigo ¿Verdad? —supuso Sebastián ansioso.

—No, me lo acaba de decir.

—Mmm, bueno, entonces en la noche paso a tu casa ¿Está bien? Pero no se lo menciones ¿Sí?

—De acuerdo, cuídate —y colgó. Dejó el teléfono en la mesilla de noche y la observó esperando que le preguntara algo, pero era demasiado orgullosa y no lo hizo—. Bueno... tengo instrucciones de Paco. Si te sientes bien puedes ponerte de pie Isa, pero nada de excederse ¿Okay? —la chica asintió tiernamente.

—Gracias por todo Carmen, no quiero ser una molestia —dijo apenada. La mujer tomo de nuevo su barbilla.

—No vuelvas, jamás a decir eso Isabella, porque si lo vuelves a hacer vamos a tener un problema tú y yo señorita —la regañó dulcemente. Isabella no pudo más y la abrazó con los ojos vidriosos.

—Te quiero —esa confesión la hizo sentir desbordada, feliz en realidad.

—Yo también mi niña, yo también...

Durante el día Isabella ayudó a sus hermanos a envolver los regalos de Raúl y Carmen. Todos la mimaban y consentían mucho. Marco y Dana le preguntaban todo el tiempo por su salud y le dijeron todo lo sucedido la

noche anterior.

Ya era de noche cuando la nueva familia se encontraba esperando la cena bromeando y hablando de cosas sin importancia. El ambiente era cálido y agradable. La casa estaba abarrotada de luces navideñas y detalles de la época. El matrimonio tenía muy buen gusto y una situación económica más que resuelta, así que no escatimaron en los adornos propios de las fechas sabiendo que sería la primera Noche Buena en familia de sus hijos adoptivos.

—Buenas noches —saludó Sebastián desde la entrada del comedor, nadie escuchó el timbre. Raúl le echó un vistazo a Isabella que se quedó estática por un instante y ya volvía a picar la ensalada que les acababan de servir fingiendo que no lo había oído.

—Buenas noches, Sebastián. Pasa, siéntate. Apenas vamos a cenar ¿Nos acompañas? —lo invitó el hombre amablemente.

—Por supuesto, muchas gracias —tomo un lugar a lado de Marco, ambos se saludaron ruidosamente chocando las manos. Le lanzó un beso a Dana que lo recibió encantada y le guiñó un ojo a Carmen. Miró a Isabela y ella seguía sin darle importancia—. Buenas noches, Bella —desde luego que no lo miro.

—Buenas noches —contestó apretando los dientes. Se veía mucho mejor, y estaba lo bastante enojada con su presencia como para suponer que también se sentía excelente.

Raúl comenzó la conversación intentando diluir la incómoda situación. Cuando logró que el ambiente se relajara, los chistes y bromas volvieron a la mesa, todos reían alegremente. Pero para el recién llegado no pasó ni un momento inadvertido que la joven que tenía casi frente a él no le dirigía la mirada ni la palabra, así que decidió sacarle provecho y la observó descaradamente. Isabella se daba cuenta de lo que hacía y sin poder evitarlo se puso de mil colores ¡¿Qué se creía?! Se sentía furiosa, indignada ¿Por qué la miraba de esa manera? Sin embargo, Sebastián no se hartaba de la visión que gozaba, la amaba profundamente y si ella hubiera sabido lo hermosa que le parecía enojada le hubiera regalado su mejor sonrisa.

Todavía era temprano pero Isabella quería subir corriendo las escaleras y esconderse en su recámara para dejar de verlo. La inquietaba mucho, lo quería y por lo mismo, estaba muy dolida de lo que pasó. Debía hablar con él, pero ya qué caso tenía si sabía todo y ella no encontraba disculpa para lo que

le insinuó la tarde anterior.

—¡Vamos a jugar un futbol abajo, chicos! —Soltó Raúl una vez que terminaron el postre. Dana y Marco se levantaron de un salto, Carmen los siguió de prisa. Parecía un plan bien armado comprendió la joven mientras lo miraba entornando los ojos acusadoramente. Sin tener la menor intención de quedarse, se levantó y caminó en dirección a su habitación para evitar estar sola con él.

Sebastián al ver su reacción se movió ágilmente y la tomó del brazo sin permitirle avanzar.

—Espera Bella, necesitamos hablar —la aludida giró y lo observó duramente.

—No —se zafó de su atadura y quiso continuar pero él se le colocó delante tan rápidamente que casi se estrellan. Isabella estaba al borde las lágrimas, no deseaba mostrarle cuanto le afectaban aún sus palabras.

—Por favor Bella, te lo suplico, hablemos, luego me iré —le prometió angustiado al ver tan fuerte rechazo y su actitud vulnerable.

—Hoy no, Sebastián, por favor —le rogó cansada, pero volvió insistir. Sabía que comenzaba a ceder.

—Bella, solo escúchame, sé que merezco que me trates así, pero dame un oportunidad de explicarte, por favor... —le suplicó. La joven lo evaluó con aquellos ojos colosales durante casi un minuto y sin más remedio, asintió al fin con la cabeza gacha. Sebastián pasó la mano por su estrecha cintura y la condujo hacia una de las salas que tenía la casa. Prendió una pequeña lámpara que daba un toque de intimidad y se sentó al lado de donde ella lo había hecho. Se veía hermosa ese día, llevaba su cabello recogido en una coleta descuidada y vestía unos *pants oscuros que la favorecían mucho, no estaba maquillada y parecía mucho menor de lo que ya de por sí, era*—. *Bella, mírame ¿Sí?* —Acunó su barbilla hasta que sus ojos se encontraron y por un momento se perdió en ellos—. *Fui un completo y total imbécil, no te di oportunidad de explicarte, pero quiero que sepas que no pensé eso hasta... que tú lo insinuaste* —ella se quitó delicadamente de sus dedos.

—¿No? Y ¿Por qué me lo preguntaste con ese tono? —preguntó retándolo. El hombre se pasó las manos por el cabello ansioso, se sentía nervioso, esa era la realidad, ella lo trastornaba hasta el punto de sentirse un crío de dos

años.

—Porque... estaba desesperado al saber que querías irte, que... dejarías las casa — ella no comprendió en que se unía una cosa con la otra.

—¿De qué hablas, qué tiene que ver?

—Todo —argumentó serio.

—¿Todo?

—Sí Bella, cuando Ciro me dijo que pensabas marcharte... me encerré frustrado en el estudio —le explicó mientras ella iba tratando de entender—, y... de pronto me topé con los estados de cuenta que hasta ese día no había abierto. Cuando los leí me di cuenta de que apenas si usaste el dinero. No lo pude entender, yo te veía ropa nueva, le pones gasolina al auto, compras libros y pagas la escuela. Sentí miedo de que ya no me necesitaras. Esa misma noche me di cuenta de que no dormías varias veces a la semana ahí.

—Pero sólo porque estoy de vacaciones, Sebastián —le explicó tratando de justificarse. Él rozó con un dedo su mejilla sintiendo como ese mero gesto lo enardecía.

—Lo sé, pero... me dio miedo perderte —esa confesión la dejó perpleja y con el pulso acelerado, sin embargo, no quería hacerse ilusiones.

—¿Perderme? —Repitió arrugando la frente.

—Sí, fue por eso que cuando llegaste te hablé como te hablé. Necesitaba que me dijeras de dónde sacabas dinero, pero te juro —sujetó su rostro entre las manos y lo acercó al suyo—; jamás pensé lo que tú crees, hasta que... dijiste que cobrabas por tus servicios. Bella... me hirvió la sangre y ya no pude pensar claramente. Esa es la verdad, la única, lo siento —ella no se alejó, su cercanía era agradable, la hacía sentir tranquila, en paz a pesar de lo sucedido, sin pensarlo mucho subió una de las manos hasta su cabello. Sebastián tenía razón; ella siempre estaba a la defensiva y cuando lo vio así de molesto creyó que eso era a lo que se refería, sin embargo, ahora que le aclaraba todo aquello le creía, siempre fue bueno y noble, no tenía por qué mentir, no en eso, no así.

—Yo también lo siento, no debí decirte eso... fui impulsiva.

Y de pronto el tiempo se detuvo, los dos se miraron enviándose señales de todo tipo, pero sobre todo de ternura y deseo contenido, como si fuera la primera vez, se acercaron lentamente sin perder el contacto visual, sin dejar

de mostrar la necesidad de sentir sus alientos hacerse uno, de sus labios acariciarse hasta saciar esa sensación de ansiedad, de amor sin palabras, de promesas que se harían.

Cuando al fin se tocaron, ambos cerraron los ojos y se dejaron llevar sin miedo, sin permitir que ningún sentimiento oscuro permeara el momento mágico que estaban viviendo. Él soltó su rostro, colocó con delicadeza una mano en su nuca intentando acercarla más mientras que la otra bajó sensualmente hasta su cintura y la envolvió con seguridad. Sus labios apenas se rozaban y sin embargo, Sebastián no recordaba algo más placentero y dulce que eso. Ella parecía tímida en su roce, aun así se dejó llevar por sus exigencias cautelosas, respondiendo con confianza, con necesidad. El ardor incrementó de un segundo a otro y Bella no ayudaba pues lo acercaba cada vez más con su mano enroscada en el cabello. Él, al ver el camino de tan deliciosa experiencia, comenzó a lamer lentamente su boca y luego, despacio, poco a poco, entró en esa cavidad añorada. Su sabor era mejor de lo que recordaba y lo mejor fue ver cómo esa joven que lo tenía convertido en un adolescente, recibió tierna y apasionadamente su embestida. Cuando sus respiraciones se hallaron demasiado rápidas y el calor inundó su cuerpo expectante, comenzándolo a dominar por completo, disminuyó el ritmo utilizando una fuerza de voluntad hasta ese momento desconocida regando pequeños besos inocentes por su rostro emprendiendo el viaje de regreso a la realidad. Se miraron fijamente y ambos esperaron a que sus pulmones y corazón comenzaran a funcionar regularmente sonriendo.

—Por Dios —admitió Sebastián. Eso alertó a la joven que aún tenía demasiado cerca, por lo que se separó rápidamente observándolo sonrojada todavía por el beso. Lo vio expectante, con sus hermosos ojos dilatados por la excitación. Sebastián ladeo la cabeza con ternura, sujetó sus manos dulcemente y posó con suavidad sus labios—. Bella, tienes que saber algo... —Isabella frunció el ceño ante la seriedad de su semblante, sólo esperaba que no volviera a disculparse por lo que acababan de compartir, esta vez no lo toleraría—. Yo... me enamoré de ti, no sé cómo, no sé cuándo, lo cierto es que... te amo —ella abrió la boca y los ojos al mismo tiempo. No podía creer lo que estaba ocurriendo, probablemente estaba soñando. ¿Él, Sebastián, le estaba diciendo que la amaba?—. Sí, como nunca, como a nadie —y acarició

su rostro dulcemente notando la sorpresa que generaba.

—Se—Sebastián —tartamudeó completamente atontada, alucinada.

—¿Te asombra?, creo que eres a la única. Desde el primer día, cuando lastimé a Dana con el auto. Yo la metí allí sabiendo que tú la seguirías. Tus ojos... tus ojos son lo más hermoso e impactante que he visto en mi vida, y... desde ese día no he podido dejar de pensar en ti, esa es la verdad.

—Pero... —sentía la garganta seca, como si lijas rasparan ahí, adentro. Sebastián la silenció con un dedo sobre exquisita boca.

—No digas nada. Sólo quería que supieras lo siento, lo que hay dentro de mí, no deseo ni puedo acallararlo más. Yo creí que me estaba convirtiendo en alguien bueno, en menos egoísta... —sonrió con tristeza—. No es así, me sentía atraído desde el primer instante y creo... que por eso actué como actué con ustedes —Isabella quitó su dedo y lo besó conmovida.

—No digas eso... eres el hombre más bueno y maravilloso que he conocido en mi vida Sebastián y... —le costaba pronunciar palabra, no sabía cómo decirle lo que sentía, todo era demasiado nuevo para ella, demasiado maravilloso, demasiado ideal. No podía creer que pasó noches enteras soñando con algo menos perfecto, menos real.

—¿Y? —preguntó él ansioso, absorbiendo con atención cada uno de sus peculiares gestos, parecía feliz, pero a la vez asustada, confusa.

—Y... yo también te amo. Bueno, la verdad es que es más que eso, tú... me vuelves loca... —le confesó sonriente. Sebastián sonrió abiertamente soltando el aire contenido y extasiado con su frescura. No pudo más y la besó fugazmente para un segundo después rodearla con sus brazos sintiéndose aliviado y asombrado. Creía que tendría que ponerse de cabeza para llegar a escuchar ese par de palabras que acababa de oír y por las que ahora sabía sería capaz de cualquier cosa para conservarlas en su boca toda la vida. Ambos se quedaron en silencio apenas si unos minutos saboreando lo que acababa ocurrir. Era sencillamente perfecto. Unos minutos después Bella sacó el rostro de su nueva guarida y buscó sus labios sintiendo la necesidad perversa de sentir su aliento cálido sobre su piel, probar otra vez su dulce interior. Por supuesto la respuesta no se hizo esperar, todo estaba ocurriendo de una forma suave, pero a la vez intensa. Esa mujer era una delicia que estaba seguro, jamás se cansaría de saborear.

No supieron cuánto tiempo transcurrió de aquella manera, mirándose, acariciándose, tocándose, jugando con sus manos, prometiéndose sin decir nada que lo que sentían sería lo elemental en sus vidas, su nuevo motor, la nueva razón. Pero el trance decadente se vio interrumpido cuando escucharon a todos subir por los escalones riendo. Ambos se separaron de inmediato en reflejo. Ella parecía nerviosa así que cuando los escucharon más próximos él sujetó su mano y le dio un beso en la frente para tranquilizarla. De ninguna manera pensaba ocultarles a sus amigos lo que acababa de ocurrir, odiaba, por sobre todas las cosas, las mentiras y medias verdades. Además, eso era lo más hermoso que le había sucedido e Isabella no se lo merecía. Raúl fue el primero que apareció y ambos se levantaron al instante.

—¡Hola! Creí que ya te habías ido Sebastián —dijo sonriente. Enseguida el resto del grupo se le unió.

—¡Hubieras visto! —habló Marco emocionado—. Les gané en el billar — y señaló a sus padres adoptivos sin darse cuenta de lo que sucedía.

—Un día habrá que retarlos ¿No? —desafió Carmen observando sus manos entrelazadas. Ambos asistieron sonrientes—. Pero por ahora creo que es hora de ir a la cama —ordenó su madre. Los chicos sonrieron y despistados se despidieron de todos dejándolos solos. Raúl abrazó a su esposa al tiempo que escuchaba a los chicos alejarse.

—Veo que ya solucionaron las cosas —Isabella se ruborizó enseguida, al ver su reacción Sebastián besó su cabello deleitado mientras la rodeaba protectoramente.

Dios, Isabella le generaba tantas cosas que no tenía ni una maldita idea de dónde acomodarlas, lo cierto es que le encantaba y ya no podía negar que esa mujer lo tenía comiendo por completo de su mano. Asombroso.

—Así es, ya aclaramos todo ¿No es así, Bella? —ella asintió notoriamente abochornada. Ese gesto se le antojo perfecto.

—¡Qué gusto muchachos! —Los felicitó Carmen—. Creo que ya era hora... —bromeó con picardía.

—Y por lo mismo quiero informales que Bella y yo... ya estamos juntos —Isabella lo miró embelesada, ese hombre era magnético, impresionante y demasiado imponente.

—¡Eso es maravilloso, Isa! —expresó la mujer.

—Sí, es perfecto —corroboró Raúl sonriendo—. Y díganos ¿Cómo lo piensas manejar? Isa regresará allá o... deseas quedarte aquí. Se hará lo que tú prefieras hija. No son ningunos niños, qué decidieron —indagó el dueño de la casa. Sebastián no podía negar que le hubiera gustado llevársela consigo, pero deseaba saber qué era lo que ella prefería, por un lado, por el otro, estaban sus hermanos y sabía que para su ahora novia, eso era vital y por si fuera poco, si era sincero, era mejor que no durmieran bajo el mismo techo hasta que todo se formalizara más, la prensa de inmediato comenzaría a hablar y de esa manera evitaba situaciones que podían llegar a ser incómodas para Bella. Buscó la mirada de la chica para ver qué opinaba —Yo... preferiría quedarme... No sabría qué decirles a mis hermanos —admitió turbada. Lo cierto era que aunque deseaba no despegarse de él nunca más, no deseaba contestar las preguntas incómodas de sus hermanos y... sentía que debía ser un ejemplo para ellos siempre, además no sabría cómo comportarse ahora que su relación cambió tan de repente y eso la ponía aún más nerviosa —los adultos estuvieron de acuerdo de inmediato.

—En ese caso me parece que esta jovencita debe descansar ya, ayer nos diste un susto de muerte y no quiero que abuses —les recordó Carmen sonriendo dulcemente.

—Sí —aceptó la Isabella todavía ruborizada y con hilo de voz, no tenía la menor idea de cómo manejar todo aquello. Aún no podía creer que ella y Sebastián fueran... Novios. Por qué eso eran, ¿cierto?

—Entonces los dejamos para que se despidan, buenas noches y... felicidades. Nos vemos mañana, Sebastián —asumió la mujer. Después desaparecieron.

Cuando quedaron solos ambos se abrazaron durante varios minutos disfrutando de esas nuevas sensaciones que circulaban por su cuerpo cuando se tenían tan cerca.

Su olor suave y sutil, siempre cítrico lo transportaba, su cabello ondulado y salvaje lo embriagaba, su menudo ser lo enajenaba. La realidad era que podía quedarse así hasta la eternidad.

—Parece que te comieron la lengua los ratones *mi Bella* —bromeó con su barbilla recargada en su cabeza. Ella asintió sin decir nada. Ese gesto lo divirtió y conmovió al mismo tiempo—. No importa, aunque ahora te hicieras

muda yo te querría igual —admitió convencido de ello. Isabella se separó sonriendo aún ruborizada.

—Es solo que... no sé cómo actuar, Sebastián —le fascinaba cómo pronunciaba su nombre, cómo lo miraba, demostraba con tan solo ese gesto que creía que era el mejor hombre del mundo, el único y aunque lo primero estaba demasiado lejos de creerlo, lo segundo se encargaría que así continuara.

—No te preocupes *mi Bella, conmigo no tienes que hacerlo —acunó su barbilla y la besó con delicadeza. Ambos caminaron hacia la puerta, pero justo antes de abrirla, él recordó el susto de la noche anterior y lo que Paco les dijo acerca de su aún precaria salud. La colocó enfrente de él sonriente—. Hasta aquí llega usted jovencita —ella lo miró extrañada—. Recuerda que afuera está haciendo mucho frío y por ningún motivo permitiría que Noche Buena la pasaras en cama —la joven sonrió comprendiendo.*

—Todo el día me han dicho lo mismo —expresó creyendo que exageraban ¿Por qué tanta exageración por una gripe?

—Por algo ha de ser... Así que cuídate y... mañana nos vemos. Obedece y pórtate bien ¡Eh! —Le pidió al tiempo que rozaba su nariz con un dedo divertido.

—Tú también ¡Eh! —refutó imitándolo. Se dieron un último beso y con mucho esfuerzo se fue.

Los días siguientes, ambos permanecieron en las nubes. Isabella ya estaba repuesta completamente, se sentía con mucha energía y demasiado enamorada. Sebastián cenaba con ella a diario en su nuevo hogar y le hablaba varias veces al día. La trataba como si fuera lo más importante para él, cuando estaban solos, lo aprovechaban besándose, acariciándose y tocándose sin parar. Al día siguiente del inicio de su relación les informaron a Dana y a Marco lo que sucedía , ambos brincaron de la alegría y recibieron la noticia notoriamente felices.

Recordaba todo como un sueño, aún esa mañana despertó pensando que no era verdad, pero Sebastián le mandó un dulce mensaje y desde ese momento no pudo quitarse de la boca aquella sonrisa.

Hicieron muchas cosas durante el día, a Carmen le gustaba preparar la cena de Noche Buena ella misma, así que entre todos picaron, cortaron,

pelaron y dispusieron lo que más tarde se comerían en medio de risas, conversaciones sin sentido y diversión.

Apenas si tuvo tiempo de arreglarse y su novio, que extraño se escuchaba reflexionó tonteando, llegaría en cualquier momento. Se duchó, se vistió y arregló en un tiempo record. Al final se miró en el espejo conforme con el resultado. Su cabello oscuro caía ondulado casi hasta la cintura, el suéter negro que eligió marcaba su figura como si fuera un guante, debajo llevaba unas mayas negras con botas del mismo color. Se veía femenina y... satisfecha, solo esperaba que a él le gustara.

Sebastián llegó puntual, de inmediato la buscó con la mirada, siempre lo hacía. Las horas sin ella se le antojaban eternas y toda el día la añoraba más de lo que podía reconocer, estar con Isabella era adictivo, cada día necesitaba más de su olor, de sus besos, de sus caricias, de sus ojos... sobre todos de ellos, esos ojos en donde se podía perder y lo hacían sentir el hombre más poderoso del mundo. Cuando al fin apareció su boca se secó, la saliva, sin más, se hizo tan espesa que fue imposible pasarla, se veía... preciosa, estaba convencido de que ni siquiera ella se daba cuenta de lo sensual y atractiva que lucía vestida de esa manera y eso la hacía ver aún más hermosa.

—Hola —saludó la joven ruborizada al ver triunfante el efecto que tenía sobre él.

—Te ves... perfecta, Bella —expresó caminando la distancia que los separaba. En cuanto la tuvo en frente, sujetó su cintura y la besó importándole un carajo estar en medio de aquel recibidor donde podría pasar cualquier pero es que sentía que podía hacer cualquier locura por esa boca, era simplemente exquisita. Isabella al sentir su urgencia rodeó su cuello y hundió una de sus manos en su cabello abandonándose completamente. Amaba a ese hombre y saber que sentía lo mismo, la consumía, nada le importaba salvo eso, salvo él. Cuando el ritmo incrementó, Sebastián tuvo que hacer acopio de control y concluyó el beso lentamente, cada día le costaba más trabajo parar y ella no ayudaba en nada, al contrario, lo recibía con una pasión que si hubieran estado completamente solos ya la hubiera hecho suya sin dudarle. Cuando el contacto acabó, los dos respiraban agitados—. ¿Cómo estuvo tu día? —preguntó sin soltarla tratando de dar tiempo a que sus cuerpos se enfriaran un poco e intentando aprovechar el

tiempo a solas con ella.

—Diferente. No salimos de la cocina hasta hace un rato, apenas si pude cambiarme —tomó sus manos y la separó de sí, como para evaluarla.

—Quedaste preciosa Bella, no me imagino que hubieras hecho con más tiempo —el rubor llegó hasta su rostro de inmediato por lo que se soltó avergonzada.

—Gracias Sebastián... ¿Vamos a la sala? ya deben estar los demás allí — lo invitó nerviosa, no sabía qué más decir, él siempre la ponía en tensión, ese momento no fue la excepción, se sentía muy niña a su lado y a la vez... una mujer.

—¿Qué pasa *mi Bella*, me tienes miedo? —bromeó dulcemente.

—Miedo no, pero no sé... hay veces que... me pones algo nerviosa — admitió torciendo la boca. El hombre elevó su barbilla con su dedo índice, mirándola serio, intrigado.

—No sé qué he hecho para que eso suceda, mi amor.

—Yo sí, aunque no es que hagas algo en concreto —confesó sonriente.

—¿Ah no? ¿Y me podrías decir entonces a que se debe? —Preguntó sin dejar de observarla ni soltarla, adoraba su franqueza y sencillez.

—Pues a que... cuando estoy tan... cerca de ti... mi cuerpo me traiciona y no me reconozco, es como... si fuera otra, no sé si es normal —le confesó algo preocupada, en ese momento él supo que no había amado jamás a nadie y que lo acababa de dejar inservible como hombre para el resto de las mujeres.

—Isabella... —murmuró acercando su rostro al suyo provocando, de esa manera, que sus alientos pudieran chocar—. Te amo y... entiendo lo que sientes porque es justo lo que me ha pasado desde que entraste a mi vida, no si es normal, pero en definitiva me gusta —ella lo miró asombrada y mucho más tranquila, después de todo no era la única que le pasaba, eso era bueno ¿No?

—También te amo Sebastián y... ¡Te amo mucho! —expresó como un cascabel al tiempo que lo abrazaba con pasión, con urgencia. Él era el mejor regalo que había recibido de la vida, ahora lo sabía.

Más tarde en la cena todos reían y hablaban animadamente. Los regalos llovieron, idea de los mayores y Sebastián, pues deseaban que su primer

festejo en familia fuera inolvidable para esos chicos que jamás tuvieron la oportunidad de vivir algo siquiera cercano. Los tres recibieron los presentes equivalentes a una vida sin ellos y era notorio su asombro y agradecimiento, cosa que solo sirvió para comprender que la idea fue perfecta. En el caso de Isabella, Sebastián se esmeró aún más; en una caja enorme le dio varias chucherías: libros, una pc, una impresora, perfumes, ropa, accesorios y debajo de todo... un viaje para conocer varios lugares del mundo junto con él. Al verlo se quedó ahí, de pie, muda de la impresión y con una mano en los labios. De inmediato llegaron las lágrimas. No sabía cómo reaccionar, cómo agradecer algo así, eso era demasiado. Sebastián conmovido hasta la médula y satisfecho con lo que hizo, la abrazó con ternura. La joven comprendió que estaba viviendo un sueño, en todos los sentidos y de pronto el temor de despertar la estremeció, pues podía a ser mucho más duro que su vida anterior. El tiempo transcurrió como agua entre los dedos; sin fijarse, refrescante y vivificante. Marzo y cada vez se encontraban más compenetrados. Se veían a diario y los fines de semana era imposible separarlos. La relación, como pronosticó Sebastián, no permaneció en secreto. Las revistas de chismes y de más medios de comunicación, dedicados a lo bajo del periodismo, comenzaron a percatarse de su noviazgo. Por supuesto no tardaron en sacar ejemplares con títulos como: “El dueño y accionista mayoritario de Industrias Molinaro, mantiene romance con una joven desconocida”, “Y vuelve a enamorarse Sebastián Molinaro...”

Sebastián mantenía monitoreado el asunto, todavía no sucedía nada, ya había desembolsado pequeñas fortunas y cobrado algunos favores para detener ejemplares que consideraba podían lastimar a la mujer que amaba.

Sentado en su oficina, observaba una foto precisamente de ella en una de esas revistas. Recordó, al ver su dulce rostro impreso en esa porquería, los últimos meses con una enorme sonrisa. Ella era sensacional y muy divertida, además de todas las cualidades que ya de por sí tenía. Evocó la forma en la que fue perdiendo la timidez, no fue fácil, pero poco a poco lo logró y ahora era juguetona y bromista, poseía una energía impresionante, jamás se cansaba, incluso a veces le costaba seguirle el paso lo que provocaba sus burlas. Paseaban a Luna y Miel cuando iban a su casa los fines de semana, mantenía calificaciones perfectas. Continuaba, a pesar de que él, Carmen y

Raúl se opusieron, haciendo trabajos para sus compañeros.

Jugaba e iba y venía con sus hermanos sin freno. Y cuando estaban solos... la temperatura subía estrepitosamente. Sebastián continuaba haciendo acopio de todo su auto control para que no pasara a más, deseaba esperar, ir con el paso de la propia relación, pero cada vez le era más complicado, ella se entregaba completa, sin reservas, lo besaba y tocaba con una pasión que nunca sospechó, ni siquiera imaginó. Cuando él paraba, ella siempre lo miraba desconcertada, pero no decía nada, simplemente rozaba sus labios con dulzura haciéndolo sentir que lo esperaba y lo comprendía. Esa actitud lo estaba volviendo loco. Él era el que la estaba esperando, el que estaba dando tiempo para que dieran el siguiente paso e Isabella, con su forma de mirarlo y acariciarlo lo hacía sentir un niño que cuidaba su virginidad. Mierda, eso enloquecía a cualquiera. Aventó la revista al escritorio con descuido y se dirigió a la inmensa ventana aun pensativo. Sentía que tan sólo de pensar en ella hervía por dentro y existía peligro latente de combustión por deseo. *“Mi Bella”. No, ya no podía esperar más, necesitaba tenerla si no iba a enloquecer, era una adicción para sus sentidos, para su mente, para su alma y sentía que ya a demasiado, así que ideó el remedio. Era viernes y ya había planeado todo, la invitaría a cenar a su nuevo apartamento, ese que decidió comprar al vender el otro, ya que en primera; quedó inservible después de que aquella loca terminara con todo y segundo; porque no le parecía correcto conservar un sitio donde jamás fue feliz y vio desfilar esa cantidad de mujeres. Y ahí... en ese sitio que inauguraría ella, le daría la gran sorpresa. Se sentía nervioso, sabía que no le diría que no, pero... deseaba que fuera para su Bella algo inolvidable, único.*

—Abigail, ven —ordenó por el conmutador. Enseguida la puerta se abrió y apareció su eficiente asistente—. Me voy ¿No hay más pendientes? —La morena negó mirándolo como si fuera adonis—. Perfecto, regreso el lunes y cualquier cosa tú te haces cargo ya sabes que salvo una emergencia no deseo saber más nada de aquí. Descansa.

—Entendido, Sebastián —contestó con un dejo de sensualidad y demasiada confianza cosa que él ignoró pues estaba impaciente y algo nervioso. Tomó su saco y salió a toda prisa de ahí.

Abigail permaneció de pie frente a la puerta frustrada, ese hombre no se percataba de lo mucho que le gustaba y además andaba con esa niña salida de las calles. La odiaba, antes de que “esa” llegara, hacía más de un año, ella pensó que entre ellos podía haber algo, pero bastó que apareciera la “vagabunda” para que esa ilusión se esfumara. No entendía ¿qué le daba? Se acercó al escritorio y agarró una revista abierta donde aparecía su jefe con esa mujer mirándola como esperaba que un hombre alguna vez lo hiciese, sobre todo ese, él, Sebastián. La enrolló furiosa y llena de envidia.

—Pero el cuentito de hadas no durará mucho, pronto será insoportable el acoso de la prensa, ya verás “Bella” —además sabía mejor que nadie que los socios tampoco estaban de acuerdo con el hecho de que alguien como Sebastián mantuviera una relación con una “mujer de la calle”, como la llamaban. Dejó el ejemplar en el escritorio y salió azotando la puerta.

Capítulo 9

Isabella ya esperaba a Sebastián ansiosa, de pronto el timbre sonó y como rayo salió a su encuentro.

—¡Hola! —Lo saludó sofocada besándolo al instante.

—¡Guau! Qué recibimiento, Bella —logró decir contra sus labios. Ella sonrió inocentemente.

—¿Por qué te extraña? Sabes que siempre cuento los minutos para verte —admitió como si fuera lo más lógico del mundo.

—Lo sé *mi Bella, porque es justo lo que yo hago* —y la arrancó del suelo con un abrazo que casi la asfixia—. *¿Nos vamos?* —Sugirió ansioso. *Minutos después manejaba rumbo a su destino con ella a un lado cambiándole a las estaciones de la radio una y otra vez como era su costumbre.*

—¿A dónde vamos? —Quiso saber concentrada en el aparato que manipulaba, la observo negando con la cabeza.

—¿Habrá alguna vez que puedas dejar que suene una canción completa, Bella? — Ella no lo miró, pues solían discutir sobre eso y realmente a él no le molestaba, sólo le divertía verla tan activa todo el tiempo.

—Ya sabes que no, me desespera nunca encontrar nada interesante — contestó concentrada.

—Será porque nunca dejas que suene nada —señaló vencido. Ella frunció el ceño observándolo al fin pensativa.

—Puede ser, pero no lo puedo evitar —aceptó sonriente.

Estacionó el auto y no se bajó. Ella estudió su entorno con curiosidad intentando reconocer dónde estaba, en un segundo abrió la puerta sin darle tiempo a él de usar la galantería que tanto le gustaba y abrírsele, eso era otra de las cosas a las que también se estaba acostumbrando, ella actúa siempre así, como un huracán sin control —¿Y estos apartamentos? —Deseó saber. Al ver que su novio no bajaba, asomo su rostro por el sitio que dejó la puerta abierta, él tenía una ceja enarcada. Rodó los ojos comprendiendo lo que quería. Entró de nuevo y cerró cruzándose de brazos—. Ya te he dicho que tengo dos manos, pero si insiste, hazlo, puedes abrir la puerta tú —él sonrió al tiempo que besaba su cabello. Ya habían intercambiado su punto de vista de aquel tema más o menos un millón de veces, pero al final lograba

convencerla de que le agradaba hacerlo, por lo que sus argumentos terminaban y lo dejaba hacer su voluntad en ese sentido. Unos segundos después tomó su mano y cerró la puerta tras ella.

—¿Ves? ¿Qué te cuesta esperar? —Le señaló divertido. Isabella volcó los ojos pegándose a él, ciertamente no le costaba nada, solo le desesperaba un poco que alguien hiciera algo que ella podía hacer sin problemas. Un conserje los saludó educadamente en el enorme y elegante recibidor. Después subieron por un moderno ascensor que Sebastián activó con una llave extraña y una vez que llegó al último piso, la puerta se abrió silenciosamente. Ahí, de pie, no supo que hacer, así que él la invitó a pasar, la joven entró curiosa notándolo de pronto algo extraño. No conocía ese sitio y no tenía la menor idea de por qué se encontraban ahí, pero al ver el interior se quedó de piedra sin conseguir dar un solo paso. El apartamento estaba en penumbras, sólo lo iluminaban velas y lámparas con luz muy tenue, había pétalos de muchos colores por todos lados. Dios ¿Era para ella?

—Entra, mi amor —caminó automáticamente en silencio. No sabía qué sentir, eso era impresionante, bellissimo. Observó todo encantada, parecía que lo había decorado un profesional, todo era... perfecto. Las manos de Sebastián le rodearon la cintura suavemente, para después recargar la barbilla en su hombro—. ¿Te gusta? —lo miró de reojo y asintió tragando saliva con dificultad, las palmas le sudaban y la saliva no pasaba—. Es para ti, *mi Bella* —cuando pronunciaba su nombre así sentía burbujas en el estómago—. Ven —la tomó de la mano e hizo que lo siguiera.

Estudiaba todo sin poder articular palabra, situación rara en ella.

—Sebastián, parece un cuento —la ayudó a sentarse en un silla colocó una servilleta de lino oscura sobre sus piernas.

—Es tu cuento —le susurró provocador al odio. Le sirvió una copa de vino y luego se sentó a su lado mientras llenaba la propia—. ¿Brindamos? —La invitó mientras acercaba su bebida a la de ella.

—Sí —él apesó sus ojos y se perdió en ellos como le encantaba hacer.

—Porque esto duré por siempre —ambos bebieron sonriendo.

—Sebastián ¿Qué es todo esto? —Por fin se animó a preguntar viendo a su alrededor.

—Ya te dije... *tu cuento*.

—Sí... pero ¿Por qué? —Expresó extrañada. Aún no comprendía el motivo de todo aquello.

—Porque te amo —al escucharlo sonrió olvidando sus dudas. También lo amaba, como una loca y sabía que sería así toda la eternidad, no podía ser de otra forma.

Comieron todo lo que se encontraban en la mesa sin hablar mucho, sólo intercambiando miradas y caricias tiernas. Cuando terminaron, Sebastián se disculpó un momento. Isabella no se movió, jamás había ido a ese lugar, sabía que el apartamento anterior lo vendió y que estaba por adquirir otro, así que ese debía ser. De repente apareció de nuevo hincado a su lado, ella lo pestañeó sorprendida mientras él abría una pequeña caja negra que sostenía con ambas manos. La chica sintió que su pulso se frenaba y la sangre dejaba de circular por su torrente. Eso no podía ser. Dios.

— Mi Bella, la razón de todo esto es porque quiero hacerte una pregunta, la más importante en mi vida. Sabes que te amo, que desde que te vi viven en mí, así que con toda la seguridad que me brinda este sentimiento deseo saber si ¿Quieres ser mía para siempre? —Y le enseñó lo que el pequeño envoltorio tenía. Era una sortija enorme con una piedra de las mismas proporciones en el centro.

—Se-Sebastián —se llevó la mano a la boca mientras sus ojos se nublaban por el agua que pujaba por salir. Le estaba pidiendo matrimonio, él, su ángel, su vida, su todo.

—Sí, Bella ¿Me harías el extraordinario honor de casarte conmigo? —Ella parecía consternada, ni siquiera se movía—. Te amo y sé que eres la mujer con la que quiero compartir toda mi vida, incluso después —Isabella se sentía absorbida por la felicidad, por la incredulidad, maravillada porque el hombre que adoraba le estuviera pidiendo algo como eso. Asintió ya llorando de la emoción, él tomó su mano delicadamente y sin dejar de verla le colocó el anillo en el dedo anular—. Te haré feliz Isabella, te lo juro.

Enseguida se abalanzó sobre él y lo besó ansiosa. Sebastián la recibió más que encantado, enseguida la bajó de la silla con un brazo y le respondió desesperadamente. No creía que un simple “sí” lo hiciera sentir fuera de este mundo, pero así se sentía, con ella todo era posible, ahora lo sabía. El ritmo fue incrementando más de lo usual, se deseaban y se tocaban como si fuera la

primera vez. Gemían y jadeaban ya sin detenerse, envueltas en la bruma del placer, de la expectación, de la necesidad ignorada. Él paso un brazo por debajo de sus piernas sin dejar de besarla la levantó llevándola hasta la recámara. No tenía planeado eso, pero si ambos lo deseaban al carajo todo, lo tendrían, ella pronto sería su esposa y la agonía de saber que era tenerla también en ese plano, lo consumía. Moría por probarla, por sentirla piel con piel, arrancar de su pecho gemidos de placer, de sorpresa y de ansiedad.

Cuando llegaron, la dejó de pie junto a la mullida superficie y continuaron inmersos en su qué hacer. La ropa comenzó a ser un obstáculo más rápido de lo que creyeron.

Sebastián comenzó a lamer su cuello pasando la lengua por zonas que erizaban la piel de su prometida. Ella en medio del torrente de sensaciones únicas y fascinantes comenzó a buscar los botones de su camisa con ansiedad. Pronto desabotonó todos, con sus dos manos le pasó la fina prenda por los hombros y luego la liberó de sus brazos. Al tenerlo expuesto de esa manera no pudo evitar soltar un suspiro de admiración. Su tórax estaba marcado por el ejercicio, su piel levemente bronceada, sus bellos lo hacían ver demasiado masculino. Acercó una mano para poder tocarlo envuelta en un trance, parecía esculpido en piedra. Sebastián sonrió satisfecho al ver la aprobación en su mirada y la besó de nuevo ardientemente mientras buscaba la parte baja de su blusa para quitársela. Cuando la encontró, se deshizo de ella sin dificultad. Bella tenía apoyadas las manos sobre su pecho provocando pequeñas descargas con su simple tacto y entonces se observaron embelesados, llenos de anhelo, de expectación, ambos buscaban alguna razón para detenerse, pero esta vez no llegó ninguna, así que decidido pasó una mano por su espalda y desbrocho el sostén juguetonamente, ella le ayudó a deshacerse de él sin la menor timidez.

–Qué hermosa eres, mi Bella –logró decir al tiempo que posaba sus manos sobre aquellos sus senos y tiernamente comenzó la mayor seducción de su vida, los torturó con sus dedos sin perder de vista cada una de las reacciones de la que pronto sería su esposa, cuando ella empezó a gemir asombrada por lo que su tacto provocaba, él bajó el rostro y la probó con desenfreno y vehemencia mientras Isabella, presa de la sorpresa, lo aferró por el cabello pegándolo aún más su menudo cuerpo.

Saboreándose, de muchas maneras, el tiempo transcurrió dentro de aquella neblina que el deseo logra infiltrar al presentarse en una situación similar. Con destreza la acostó debajo de él y consiguió quitarle y quitarse los pantalones. Ansioso tocó todo su cuerpo mientras no dejaba de asaltar sus labios ya húmedos e hinchados, y de jugar con sus delicados pechos, cuando las bragas estorbaron las desapareció y la recorrió con la mirada asombrado de su perfección.

—Dios... te amo —ella le tendió los brazos para que pudieran sentirse por primera vez piel con piel, la sensación fue placentera e irreal, con nada la podía comparar porque simplemente sería absurdo, equivoco. El bóxer salió volando sin que ella se diera cuenta y de pronto sintió como su mano acariciaba su femineidad. Gimió al sentir sus dedos hurgar en su interior y en aquel lugar donde a nadie nunca le había permitido acceder—. Me estás volviendo loco, Bella —la joven sonrió excitada, completamente sonrojada y demasiado ansiosa. Eso era nuevo y generaba en su interior sensaciones ajenas y maravillosas. Él la invadía lenta y delicadamente, deseando con toda su alma proporcionarle el mayor de los placeres, que esa primera vez, fuese perfecta. Se sentía tan estrecha, tan caliente, era increíble, pero mejor aún era verla contorsionarse y arquearse asombrada, perdida en aquel sitio que quería conociera de su mano.

—Quiero que seas mío... —le suplicó apenas si audiblemente, se sentía lista y desesperadamente urgida de él, no tuvo que esperar más invitación y se posicionó entre sus piernas, la besó como si el mundo no existiera y entró en su estrecho ser firmemente atrapando su pequeño grito de dolor con sus labios. No se movió por un instante esperando a que se acostumbrase a su invasión, era tan angosta que solo haciendo acopio de una voluntad desconocida, consiguió no moverse de una maldita vez. Isabella mantuvo los ojos cerrados con sus manos aferradas a su espalda y un par de lágrimas se le escaparon sin poder evitarlo, dolía, dolía mucho.

—¿Estás bien, Bella? —Preguntó preocupado, ella asintió abriendo los parpados.

Parecía tensa, más no asustada, sino a la espera. Le sonrió con dulzura, hizo a un lado un mechón que cruzaba su rostro iluminado por la pasión y la besó de nuevo sin moverse en su interior, dándole de ese modo tiempo a su

cuerpo para que se acostumbrara, poco a poco la acción comenzó a surtir el efecto deseado; olvidar el dolor. Cuando creyó que enloquecería de placer, pues ya de lo único que era consciente era de su caliente interior, comenzó a moverse lentamente. Ella se tensó por unos segundos pero al notar su mirada oscura, cargada de anhelo volvió a relajarse—. Tranquila mi amor, sólo déjate llevar —una tierna embestida vino tras esas dulces palabras y no pudo salvo gemir enterrándole las uñas en los hombros.

Jamás imaginó sentir ese placer mezclado con molestia que cada movimiento del cuerpo de Sebastián le proporcionaba.

—No pares, ahora no —y comenzó a moverse un poco más rápido dentro de ella.

Varias veces estuvo a punto de perder el control de dejarse llevar por lo que ese menudo cuerpo le provocaba, cada terminación nerviosa explotaba y su mente colapsaba en cada segundo que pasaba, Isabella se estaba entregando por completo, sin restricciones, pero no lo haría, no en ese momento, la lastimaría y eso era lo último que deseaba. De pronto todos sus sentidos se agudizaron como nunca antes logrando así llegar de la mano a ese paraíso multicolor que solo se conoce cuando se ha visitado la cúspide del placer, del anhelo y amor consumado.

Cuando todo acabó, se dejó caer sobre ella agotado para poder recuperar el aliento.

—Dios, esto fue... increíble Sebastián —la escuchó murmurar asombrada. Levantó la cabeza y evaluó su rostro, tenía una fina capa de sudor sobre su frente y sus labios se hallaban hinchados a causa de lo compartido.

—Lo sé —y le depositó un beso tierno en su nariz. Dio vuelta para quedar de espaldas al colchón y la atrajo hacia su pecho. Isabella, como si de una niña se tratase, lo miró con los ojos chispeantes y rebosantes de picardía.

—¿Cuándo lo repetimos? —Sebastián rio fuerte al ver su frescura.

—Eres incorregible jovencita... ¿No te lastimé, estás bien?

—Ahora sí —confesó un tanto avergonzada. Su prometido acunó su barbilla y la acercó hasta rozar de nuevo sus labios.

—Prometo que seré más cuidadoso.

—¿Cuidadoso? —Preguntó extrañada. Él asintió con suficiencia—. ¿Por qué no me habías dicho que así era, Sebastián? —sonrió al darse cuenta de su

actitud, para ella fue tan mágico como para él a pesar de su primera experiencia.

—Porque no lo sabía, mi amor —la joven quedó confusa y frunció el ceño.

—¿De verdad? Pero si yo pensé... —colocó un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—Sí *mi Bella, pero después de esto... creo que es la primera vez que hago el amor, al igual que tú —ella se acercó a su rostro y lo besó con dulzura.*

—Qué bueno, me gusta también haber sido la primera —y volvió a recostarse sobre su pecho cálido y fuerte.

Los minutos pasaron, no querían despegarse el uno del otro, estar así, tan juntos, sintiendo su piel, escuchando su respiración, oliendo sus respectivos aromas, era inigualable, perfecto. En ese estado de relajación absoluta que viene después de la tempestad, no se dieron cuenta cuando se quedaron dormidos. Ya era de madrugada cuando él abrió los ojos al sentir su respiración muy cerca de su mejilla.

Enseguida recordó lo que hacía unas horas acababa de suceder. Sonrió complacido, extasiado adorando la sensación de despertar con ella ahí, a su lado, con su pequeño cuerpo desnudo pegado al suyo. Isabella se movió un poco dejando salir quejidos preciosos debido a su posición, apretó los dientes con fuerza, podía sentir sus tiernos y perfectos pechos sobre su piel. Mierda, el deseo volvió a atravesarlo un misil a su objetivo. De pronto ella elevó el rostro adormilada.

—¿Qué hora es? —Preguntó somnolienta. Sebastián besó sus labios fugazmente y buscó el reloj que descansaba en la mesa de noche.

—Las cuatro, mi amor —al escuchar la hora se sentó como un resorte, buscó su ropa ansiosa y respiró agitada.

—Ya es muy tarde, debo de regresar a casa, no quiero que Carmen y Raúl se preocupen —admitió agobiada. Al verla así, sobre la cama, con el cabello revuelto y despreocupada por su desnudez, se acercó como un felino y la rodeó por la cintura excitado.

—Lo sé, *mi Bella —la joven sonrió avergonzada por su reacción, él comenzó a besarla de nuevo pero se detuvo enseguida.*

—¿Qué pasa? —Le preguntó confusa, quería volver a repetir la experiencia.

—Creo que tienes razón, ya es hora de irnos —avaló quitándole un rizo de la cara.

Ella frunció el ceño turbada. Hubiera jurado que de nuevo estarían juntos—. Bella, hoy fue nuestra primera vez ¿Por qué no esperamos a que nuestros cuerpos se recuperen? —Aclaró su duda besándole las manos tiernamente. Aún sentía una leve punzada aceptó para sí, tenía razón, después de todo tenían toda la vida por delante ¿No?

—Está bien —asintió resignada. Volvió a poner sus labios sobre los de ella para tan solo rozarlos, él también moría de ganas de repetirlo una y mil veces, pero debía darle tiempo al cuerpo de Bella, no le gustó nada verla derramar aquel par de lágrimas por su causa, nunca estuvo con una chica que compartiera con él su primera vez, no era la clase de mujeres que él frecuentaba, sin embargo, sabía que no era lo mejor ir de prisa en esos casos y con Bella lo quería todo como debía ser, a su tiempo.

De camino a casa de Carmen y Raúl, ella se tornó de repente taciturna.

—¿Tienes sueño, Bella? —Negó perdida en sus pensamientos—. Entonces... ¿Por qué tan callada? —la joven volteó ansiosa.

—Tengo miedo Sebastián —susurró con hilo de voz. Ya estaba estacionando el auto frente a su casa, arrugó la frente y la observó confundido.

—¿Miedo? ¿De qué? —Ella observó la sortija que hacía unos momentos le colocó.

—De que esto sea un sueño —le quitó el cinto de seguridad al tiempo que hacía lo mismo con el suyo, tomó su rostro entre las manos y la besó suavemente.

—Esto no es un sueño mi amor, y te juro que si lo es, yo me encargaré de que nunca despiertes ¿De acuerdo? —la joven sonrió más tranquila.

—Te amo, Sebastián.

—Y yo a ti, *mi Bella*.

—Fue... todo tan hermoso, Sebastián. Gracias —el hombre la abrazó ya en el umbral de la puerta absorbiendo su aroma cítrico y embriagante, tan único.

—Yo soy quien te agradece, de verdad fue perfecto.

—No deseo entrar, quisiera quedarme así para siempre.

—Te entiendo... pero no queda mucho para que así sea próxima señora

Molino

—la joven sonrió ante sus palabras, no le desagradaba en lo absoluto, lo cierto es que el apellido le daba lo mismo, ella solo quería que él estuviera a su lado toda la vida. Antes de despedirse en medio de besos apasionados y tiernos, acordaron que darían la noticia juntos, al día siguiente.

Sebastián llegó a mediodía, comieron en casa de Carmen y Raúl, y al terminar les dieron la noticia. Carmen lloró de alegría viendo el anillo de la muchacha una y otra vez. El resto los felicitaban animosos. Raúl propuso brindar y así lo hicieron en medio de sonrisas y abrazos.

Más tarde Bella jugaba muy divertida retando a todos en el domino y ganándoles junto con Raúl a los demás. El crepúsculo iniciaba cuando el dueño de la casa invitó a todos al cine. Isabella se negó educadamente mirando a su prometido de reojo.

Deseaba estar con él a solas, que la besara, que despertara cada una de esas sensaciones que solo a su lado había experimentado.

—Comprendemos que desean estar solos —bromeó Raúl observándolos. Sebastián levantó los hombros completamente sumiso. ¿Qué podría negarle a esa mujer, su mujer? Nada, ni en ese momento ni jamás. Unos minutos después se encontraron ya no había nadie, cuando estuvo segura de que no regresarían por los típicos olvidos de Carmen, Isabella lo atrajo tomándolo por el cuello de la camisa y lo besó con ardor y urgencia, ambos sintieron como el calor subía en tiempo record.

—Dios... toda la tarde tuve ganas de besarte así —le confesó radiante. Amaba su temperamento; era arrebatada y muy intensa en sus emociones.

—Yo también, pero... por favor no me provoques, Bella. No es el lugar y me cuesta mucho trabajo dominarme, sabes que eres todo una tentación ¿Por qué no vamos a caminar y así nos enfriamos un poco? —propuso sofocado. La joven hizo un pequeño mohín asintiendo resignada. Sujetó su mano y con gesto decidido lo sacó de ahí.

Sebastián sacudió la cabeza, jamás se cansaba, era indómita, testaruda y a pesar de contar con la mejor salud, nunca conoció a alguien con más energía que ella.

Anduvieron en dirección al mismo parque en el que hacía unos meses ella habló con Raúl. Tomados abrazados disfrutaban el calor de marzo, pues la

brisa era agradable y el viento no tan fuerte.

—Bella ¿Te parece que planeemos la boda para verano ya que tú estés de vacaciones? —Enseguida sonrió con el rostro iluminado—. ¿En julio? ¿Qué dices?

—¡Sí! Suena perfecto —acordaron algo íntimo, con una recepción pequeña y que sería el tercer fin de semana de ese mes. Él moría por complacerla en todo y esos eran su deseos, así que sólo quedaba comenzar a darle forma a la idea, después la llevaría a ese viaje que le prometió en navidad.

Sentados en una banca, el abrazándola por la cintura y ella recargada en su pecho, planeaban su futuro. Si por él fuera, al día siguiente se casaban, si antes fue difícil la separación cuando tenía que volver a casa, ahora lo veía prácticamente imposible. La mujer que tenía entre sus brazos era un sueño, sentía que por ella sería capaz de todo y después de la noche anterior, todavía más. Hacer el amor con Isabella lo dejó noqueado, jamás sintió algo similar, ella fue generosa, pasional, sensual y se entregó sin dejar nada guardado, lo hizo sentir amado y deseado hasta enloquecer. De pronto, sin comprender por qué, Bella se tensó, estaba jugando con sus dedos distraída, no veía la razón a ese cambio de actitud.

—¿Qué pasa? —La joven lo miró desorientada—. Bella me asustas ¿Qué sucede?

—Se-Sebastián ayer que... tú y yo... bueno... Sebastián, no tomamos precauciones ¿Verdad? —No pudo evitar reír divirtió al ver su preocupación por lo que la besó tierno en la nariz.

—Sí, jovencita.

—¿En serio? —Dudó la muchacha—. Es que... yo no... me fijé —admitió con el rostro escarlata. Sebastián atrapó uno de sus labios embelesado.

—Sé que quieres terminar tus estudios y aunque moriría por un hijo tuyo, pues... es tu decisión, además no creo que sea el momento, será cuando te sientas preparada ¿De acuerdo? —más tranquila se le acurrucó escondiendo la cabeza en su pecho.

—No debí dejarte a ti toda la responsabilidad ayer, pero... es que...

—Sh... no te preocupes, cuidar de ti es mi parte ¿Está bien? —ella asintió feliz.

—¿Sebastián? —Continuó.

—Dime —contestó lánguido jugando con uno de sus mechones muy entretenido

—Unos compañeros en la Universidad... —y se detuvo como evaluando si continuaba, pero él la animó a seguir, levantando su rostro para ver sus hermosos ojos.

—¿Bella? No escondamos nada —rogó serio.

—No es eso, es sólo que... bueno... unos compañeros tenían una revista y aparecía yo junto a ti aquel día que fuimos al cine, creo que hace como un mes —se tensó enseguida, su mirada se tornó dura y calculadora.

—¿Y qué?, ¿algo te molesto? —su semblante era serio y la observaba tratando de comprender cada una de sus reacciones.

—No, pero... No comprendo ¿Por qué salimos ahí? No eres una celebridad, yo menos. Decía que era una desconocida y hablaba de ti, no quise leerla la verdad, pero... ¿Podrías explicarme? —le pidió confusa, Sebastián de pronto parecía otro.

Su prometido la acomodó frente a él para poder hablar mejor y llenó de aire sus pulmones, sabía que esa charla llegaría y ella... no lo tomaría bien, pero era necesario.

—Bella, en mi mundo eso es común, la prensa busca noticias todo el tiempo, por favor no te alteres. Yo no voy a permitir que suceda nada ¿Sí? —Error, la chica se alertó de inmediato.

—¿En tu mundo? No entiendo ¿Qué puede suceder? —le preguntó extrañada.

Mierda, nunca creyó que explicar su vida fuese tan complicado y peor aún, lo avergonzara.

—Isabella, cuando posees un negocio y un apellido como el mío tu vida se vuelve pública ¿Comprendes?, así es el dinero. Y en cuanto a lo que puede suceder, debes de saber que no voy a permitir que ninguno de esos periodistas te haga daño —quería que estuviera tranquila pero se daba cuenta de que sólo la estaba preocupando con cada palabra dicha. Maldición.

—¿Qué es lo que puede pasar? Pueden hablar de mi pasado ¿Verdad? —conjeturo de inmediato poniéndose pálida enseguida. Sebastián sintió ganas de gritar, sujetó sus manos con dulzura y asintió sin remedio—. Pero ¿Por

qué? A ellos ¿Qué más les da?

—Bella, mi amor, escúchame, no va pasar nada ¿Entiendes? Eso yo ya lo tengo controlado ¿Sí?

—¿Controlado?! Quieres decir que ¿Ya han investigado sobre mí? Sebastián ¡Es mi vida! ¿Por qué no me lo dijiste? Tenía derecho a saber esto ¿No lo crees? —Le reclamó furiosa mientras se levantaba y caminaba en dirección a su casa. Era demasiado orgullosa y... tenía razón, admitió turbado. La detuvo tomándola de los brazos con firmeza.

—Escucha por favor, lo siento —pero ella intentaba soltarse. No deseaba hablar con él, primero le decía que no escondiera nada y luego le sale con algo así... No, se sentía molesta, asustada—. Isabella, escúchame —le rogó levantando la voz alterado. La joven se calmó al ver su mirada agónica y dejó de luchar—. Mírame —obedeció llorosa—. No lo voy a permitir, te lo juro. Sé lo que para ti significa tu vida anterior y mataría a quien te hiciera daño sacándola a luz ¿Comprendes? —Ella asintió con las mejillas ya húmedas—. *Mi Bella, por favor confía en mí, conmigo vas a estar segura, te ruego que no lo dudes —le suplicó conmovido por su reacción.*

—No lo dudo, Sebastián —admitió triste y con la nariz enrojecida—. Es sólo que no quiero traer a mi presente... lo que fue, yo ya lo olvidé y me da miedo tener que revivirlo ahora, quisiera poder borrarlo para siempre —sollozó limpiándose las lágrimas temerosa. Comprendía su dolor, ni siquiera con él se abría para hablar sobre esos capítulos de su pasado, al principio lo intentó, pero con el tiempo desistió al ver que se ponía muy mal al recordar y preguntándose si tenía caso hacerla revivir una y otra vez algo que ya era parte de su vida anterior. La abrazó consolándola y buscando infundirle confianza y seguridad. Jamás dejaría que nada le pasara, nunca.

—Te ruego que no te preocupes por nada, no permitas que te afecte, es lo único que te pido, yo me encargo del resto, puedo hacerlo ¿Sí? —Isabella asintió sobre su pecho mientras rodeaba su cintura con posesividad. Odiaba a esa gente, pero así tuviera que gastar todo su dinero en sobornos y amenazas lo haría seguro, no permitiría que nadie le tocara ni siquiera una pequeña fibra de su alma.

Capítulo 10

Isabella estaba por terminar el quinto semestre de su carrera. Continuaba haciendo trabajos y ya había juntado una buena cantidad. Con Sebastián las cosas no podían ir mejor, después de la pequeña discusión no volvieron a hablar del tema y tampoco existieron sorpresas. Sus encuentros, después de aquella maravillosa primera vez, cada vez eran más intensos y placenteros, con él podía ser ella misma, sin limitarse ni frenarse, se dejaba fluir, le daba todo y lo recibía todo. Sebastián era un amante exigente y experimentado, eso era evidente, sin embargo, con ella empleaba toda la ternura y devoción que jamás llegó a imaginar, aprendía con facilidad y adoraba proporcionarle el mismo placer que él le brindaba.

Su vida era perfecta, pensaba recostada en su cama. Vivía en una casa que ya sentía suya, sus hermanos eran felices y sus padres se desvivían por ellos. Su novio o mejor dicho; su prometido era un sueño hecho realidad. La boda estaba prácticamente lista, Sebastián contrató a un planeador pues tenían muy poco tiempo y no quería verla agobiada, entre él y Carmen hicieron la mayoría. Sólo faltaba un mes para que fueran esposos, tachaba los días para poder vivir de nuevo junto a él, pero ahora en condiciones muy distintas. En las revistas y periódicos de vez en cuando seguían saliendo fotos de ella y Sebastián captadas sin que se percataran, pero como le prometió, no se decía nada de que la incomodara.

—Isa, ya llegó Sebastián —escuchó que Carmen le gritaba.

—Voy —se levantó de inmediato, se miró en el espejo y bajó corriendo como siempre.

Él la esperaba en el recibidor conversando con su casi madre. Al verla aproximarse, Carmen inventó algún pretexto y desapareció, ese par parecían tener un mundo ajeno al de los demás, así que les daba su espacio.

—Hola, *mi Bella* —sonrió Sebastián, acercándose a ella como una abeja a la miel.

—Hola —murmuró la joven mientras le rodeaba el cuello y lo besaba dándole la bienvenida. Esa parte del día, siempre la esperaba ansioso. En

cuanto lo veía, saltaba a sus brazos y asaltaba sus labios con deseo.

—¿Cómo fue todo? —Le preguntó mientras le quitaba un rizo del rostro acariciándola. Dios, era perfecta.

—Bien, ¿y el tuyo? —Ese hombre era su vida, su todo.

—Largo, moría por verte —le confesó al tiempo que la agarraba por la cintura y la elevaba para que quedase un poco más alta que él. Ella rio divertida besando de nuevo sus labios gruesos y duros.

—Vamos, ven, quiero proponerte algo —declaró Isabella después de que la hubiera bajado, tomó su mano y lo arrastró hasta la pequeña sala que se encontraba a un lado del recibidor. Una vez sentados lo miró emocionada, prácticamente saltando sobre el sillón—. Sebastián quiero pagar, aunque sea una parte de la boda —él la observó confuso, así que ella siguió—. Sí, no soy rica ni mucho menos, pero... he juntado una buena cantidad y me gustaría usarla en eso —negó tiernamente acariciando su mejilla con el dorso de la mano—. ¿Por qué no? —Deseó saber desilusionada. A veces era como una niña, sus ojos, sus labios, todo en conjunto la hacía ver más joven e ingenua, la vida la había curtido duramente en ciertas cosas, pero en otras... era evidente que no la había ni siquiera tocado, esa mezcla de inocencia y madurez lo volvía loco.

—Porque no hace falta, Bella. Ese dinero es tuyo y aunque no me encanta saber que sigues matándote haciendo trabajos extras, ha sido tu decisión y es resultado de mucho esfuerzo, así que no puedo permitir que lo gastes en algo que no se necesita —le explicó conmovido y admirado por su iniciativa.

—Pero Sebastián, yo quiero hacerlo —expreso haciendo un adorable puchero.

—No me lo tomes a mal Bella, pero úsalo en algo importante, tú decide en qué... es más, ni siquiera me digas si no quieres, sé que encontraras mejores maneras de emplearlo —la retó enarcando una ceja. Isabella pensó unos minutos mientras él leía en su rostro como se iba formando otra idea en esa cabeza que trabajaba a mil por hora.

—De acuerdo —aceptó de repente con un nuevo brillo en los ojos.

—Y me imagino que no me vas a decir... —conjeturó divertido.

—No... no ahora, pero tienes razón, creo que ya sé que haré —acunó su barbilla y la besó delicadamente. Cada día la amaba más, era una mujer poco

convencional y haría todo lo que estuviera en sus manos para hacerla la más feliz, para que a su lado borrara de su memoria todo aquello que la lastimó e hirió, llenaría su vida de recuerdos hermosos en los que sólo estuviera él y su necesidad avasalladora de tenerla siempre cerca. Los días junto a su lado eran siempre diferentes, constantemente se le ocurría algo, parecía disfrutar la vida sin tapujos ni problemas, tenía un carácter fuerte y defendía lo que creía con fervor, sin embargo, cuando no tenía la razón lo aceptaba humildemente. Estar con Isabella era fácil, podía ser él y ella lo amaba así, estaba seguro de que nadie lo conocía mejor.

—Todo está listo —afirmó Abigail mientras se encontraba en el rincón de un exclusivo restaurante con cinco de los seis accionistas del conglomerado del que Sebastián era el dueño de la mayor parte, además de ser el Director General. Todos la observaron tranquilos y esperaron que se sentara. Traía un sobre color manila en la mano y se lo tendió al que le quedaba más cerca. Este lo abrió y sacó su contenido mirando atentamente.

—Muy bien, parece que hiciste un excelente trabajo, Abigail.

—No dejé ni un cabo suelto, el lunes por la mañana se lo entregaré a Sebastián y por fin esa trepadora saldrá de su vida —expresó orgullosa.

—Eso esperamos todos, por tu bien y por el de la empresa, esa mujer no puede casarse con él por ningún motivo, no pertenece a nuestra clase, sería una vergüenza y nuestra reputación quedaría seriamente afectada —zanjó el hombre canoso que se encontraba a su lado.

—Y... ¿Estás segura que no habrá forma de que descubran nada? —Preguntó nervioso otro de los accionistas. Abigail sonrió con suficiencia.

—Imposible. Este trabajo se hizo en los mejor lugares y con la mejor gente, confíen en mí, por eso tardó tanto y costó lo que costó. Todo está listo para comenzar la función, no existirá forma de que descubra la verdad, todos los involucrados están más que listos para cuando esto salga a la luz. Cuidé muy bien quienes participarían en esto, no habrá falla.

—Eso esperamos, porque Sebastián nos puede hundir con un solo dedo si se da cuenta de algo —le recordó otro amenazando con la mirada a la mujer.

—Bueno, bueno —tranquilizó el más viejo de ellos—. El lunes le das el sobre a él y a esos periodistas ¿Está bien? Y si todo sale como esperamos, pronto te daremos la cantidad que prometimos.

—Muy bien, verán que así será. Llevo planeando esto cuidadosamente tres meses, todo va a salir a la perfección —soltó confiada. Por ningún motivo fallaría, además del dinero, quería tener a Sebastián y no iba a permitir que la tal “Bella” se quedara con él y con todo. No tenía ni un ápice de lastima por su odiada contrincante, incluso tenía otra sorpresita para ella que no venía en el informe, que usaría para arruinarla para siempre y que regresara a la calle de nuevo, de donde jamás debió salir.

—Entonces mañana... puedes irte —la despidió con desdén otro. Ella se levantó educadamente y desapareció.

—Sebastián, buenos días.

—Buenos días, Abigail —la saludó afectuoso. La mujer moría de rabia, porque desde que estaba con esa mujer parecía que solo vivía para ella y no se percataba de nadie a su alrededor. Pero sus horas estaban contadas, pronto esa sonrisa que últimamente no lo abandonaba se esfumaría y ella lo consolaría, vaya que lo haría—. Entra, vamos a ver que hay para hoy —ordenó su jefe mientras ingresaba a su gran despacho y colgaba su saco oscuro. Se sirvió un poco de café recién hecho y se sentó esperando. Ella entro rápidamente tras él y le tendió todos los documentos que había que firmar. Él los leyó serio, cuando terminó de ojearlos la volvió a ver—. ¿Qué más?

—Sebastián... hoy llegó esto —y le tendió un sobre grueso. Lo agarró despreocupado mientras leía algunas noticias de la Bolsa en la tableta.

—¿Qué es? —su asistente se removió nerviosa en su silla ruborizada.

—Creo que debes verlo por ti mismo —él arrugó la frente confuso y sacó su contenido, esa mujer era un tempano de hielo, no se ponía así por nada. Comenzó a leer con suma atención mientras ella disfrutaba como su rostro pasaba de la intriga, a la palidez y al enojo en un tiempo recordó. De pronto se levantó violentamente con la furia desbordada—. ¡¿Qué mierdas es esto?! —Gritó rabioso. Abigail fingió palidez e inocencia.

—Hoy cuando llegué estaba en tu correspondencia.

—¡¿Cómo carajos llegó aquí?! ¡¿Quién lo trajo?! —Exigió saber exasperado sintiendo ganas de asesinar al o la responsable.

—No lo sé de verdad, Sebastián —le contestó fingiendo consternación—. Pero hay más, en el fondo del sobre hay unas fotos muy... Dios, lo siento

mucho —expresó afligida. Buscó dentro y las sacó, comenzó a verlas una por una con una vena en la base de la cabeza, ya bien saltada. La secretaria lo observaba en silencio sin poder adivinar lo que pensaba, su cara estaba transformada, era otra, de pronto parecía un monstruo.

—Sal de aquí ahora —pero no se movió presa del pánico—. Dije ¡Ahora!
—Exigió dándole un golpe al escritorio que retumbó en todo el lugar. Salió del sopor y se marchó de inmediato. Una vez afuera sonrió para sí. Estaba hecho, ya nada la salvaría de la inmundicia.

Unos minutos después él salió despavorido de la empresa.

Sebastián hizo unas llamadas en el camino. Cuando llegó a su destino bajó como alma que llevaba el diablo y entró al lugar. No se apresuraría, todo podía ser una treta, algo orquestado, la conocía, la conocía muy bien, o por lo menos eso creía.

—Vengo con Mario —anunció impaciente a la recepcionista.

—Lo está esperando, lo llevo —le coqueteó la machucha. Pero no la esperó y entró importándole una mierda nada.

—Sebastián ¡Que milagro! —anuncio el joven sonriente. Le tendió en el escritorio todas las fotos con semblante mortal.

—Revísalas —le exigió. El hombre las tomó y al verlas no comprendió.

—¿Qué quieres exactamente? —preguntó confuso.

—Que me digas si no son un fotomontaje, quiero que me digas si son reales. Es de vital importancia ¿Entiendes?, te pagaré bien —le dijo mientras se sentaba en una de las sillas agachando la cabeza y pasándose desesperado las manos por el cabello.

El hombre comprendió que no debía hacer más preguntas. Era de toda su confianza, experto en gráficos e imágenes, lo conocía desde hacía un buen tiempo y era un mago en lo que hacía, de los mejores que existía.

—Enseguida, solo espera, debo checarlas con el escáner. Me llevará unos minutos —

Sebastián asintió sin verlo desaparecer. Mientras esperaba decidió que debía estar seguro de todo, que no podía hacer nada hasta que no hubiera dudas, debía ser una equivocación, ella no sería capaz de algo así, Isabella era suya, sólo suya. Tomó el móvil y marcó a su asistente con tono lúgubre.

—Abigail.

—Sebastián —contestó fingiendo preocupación la mujer.

—Encuentra al hijo de perra que llevó esto a la empresa y haz que lo vea. No quiero excusas ¿Comprendes?

—Ya lo hice, y está dispuesto a hablar contigo.

—Perfecto, también verifica que esto no se haya colado a la prensa ¡Haz lo que tengas que hacer! —la amenazó sintiendo que su mundo se desmoronaba, que todo lo que creía estaba pendiendo de un hilo, incluso respirar se le dificultaba por lo que aflojó el nudo de la corbata.

—Sebastián —habló afligida—. Lo siento, esto ya salió en varios periódicos y en internet, no hay forma de detenerlo, de hecho el periodista fue quien lo mando. Todo el mundo está al tanto —al escucharla sintió ganas de devolver el estómago del asco que le hacía sentir la situación, colgó casi hiperventilando. ¡No podía ser, no podía ser! Deseo romper algo, golpear algo, matar a alguien. Eso no podía estar ocurriendo, simplemente no. Al poco tiempo apareció Mario con el rostro tenso.

—Son reales, no hay duda —le informó decidido.

—¿Estás completamente seguro? —quiso saber albergando una pequeña esperanza.

—Sí Sebastián, no tengo dudas. Sabes que tenemos los mejores equipos, esas cosas se detectan en un segundo, esto es real —Se puso de pie rápidamente, le arrancó las fotos de la mano y salió de ahí decir más. Mierda, maldición. Eso era un puto infierno, su puto infierno en realidad.

Apagó su móvil sintiendo como si se ahogara. M anejó sin rumbo por varias horas sintiéndose completamente perdido. Después se estacionó frente a un parque y sin bajarse del auto, sacó todo lo del sobre y comenzó a leer con las palmas sudorosas, con el alma apretada, con la ira contenida y la desilusión desbordada. Alguien se había tomado demasiadas molestias, pero eso ya que importaba... Isabella lo traicionó, le mintió todo este tiempo. Él hubiera podido meter las manos al fuego por ella y... se hubiera quemado. Era una prostituta, jamás hizo esos trabajos, el informe decía claramente con bases, fotos y nombres que haga otra especie de favores a cambio de dinero. Además, aparecía en varias imágenes muy cariñosa con una mujer que por lo que leía era su madre. ¡Se veían, mantenían contacto!

Sentía que los pulmones se le paralizaban, Apenas si el día anterior en su

apartamento hablaron de que él era su ángel, su todo ¿Cómo era posible que le hubiese mentado así? ¿Qué lo hubiese utilizado de aquella forma tan maquiavélica?

Todo ese tiempo lo engañó, lo usó. Recordar la forma tan arrebatada e intensa en que compartieron sus cuerpos el día anterior sólo logró excitarlo de nuevo y llenarlo de odio, esa mujer lo volvía loco. No habían ni atravesado la puerta del apartamento cuando ella se le abalanzó deseosa.

—Te necesito... ahora —le rogó sacándole la camisa del pantalón con ansiedad. No tenía que pedirlo de nuevo, él siempre estaba desesperado por hundirse en ella. En la barra de la cocina la sentó sin dejar de besarla, le subió la pequeña falda, le quitó las bragas y la penetró sin titubear. El grito de bienvenida que soltó solamente logró excitarlo aún más. El encuentro fue arrebatado, sin preámbulos, sin caricias ni ternura, sólo excitación y pasión, mucha pasión. Estar en su interior era maravilloso, celestial. La hizo suya frenéticamente, mientras Isabella se aferraba a su cuello gimiendo al borde del placer, su abandono era absoluto, total. Cuando llegaron al clímax la joven hundió las uñas en su espalda. Él tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, le preocupó haberle hecho daño. Se separaron un poco y buscó su mirada. Ella estaba ruborizada, lo miraba lánguida y sonriente.

—¿Estás bien?... No debí dejarme llevar de esa forma —se disculpó asombrado de su falta auto control. Su prometida en respuesta acarició su rostro con las yemas de sus dedos.

—¿Lo dices en serio?... Esto fue... Dios, ni siquiera encuentro las palabras —él sonrió. La levantó de la barra y la llevó a la habitación. Ahí ambos se desnudaron con lentitud e hicieron de nuevo el amor de forma más tranquila y decadente.

—No creí que se pudiera ser tan feliz —le confesó recostada frente a él. Sebastián acomodó un rizo detrás de su oreja y le dio un beso fugaz.

—Ni yo Bella, eres mi mundo.

—Y tu mi ángel...

—¿Tu ángel?... —el nombramiento le pareció demasiado.

—Sí, mi ángel. Me diste una familia, nos diste seguridad, certezas y... a mí me diste amor, tu cuerpo, tu ser... No sé qué hice para merecerte, siento que a tu lado nada malo puede suceder —aferró su cintura y la acercó más a

su cuerpo.

—No si puedo evitarlo, lo único que quiero es verte siempre sonreír... y si soy yo la razón y el motivo, mucho mejor —lo miraba con aquellos enormes ojos que dejaban al descubierto todo su ser, perderse en ellos era tan fácil, tan sencillo. Isabella era su mujer y jamás permitiría que eso cambiara.

—Lo eres, siempre lo eres.

—Eso espero, porque tú lo eres para mí, *mi Bella* —*ella lo besó tiernamente.*

—¿Sabes?... Aún creo que es un sueño —admitió recargando su frente en la de él.

Sebastián la subió sobre su pecho sin dificultad.

—Pues deberías de saber ya que es perpetuo.

—Tuve mucha suerte... —murmuró dándole pequeños besos en el rostro.

—¿Tú crees? —logró preguntar sintiéndose de nuevo excitado.

—Sí, no todos corren con la suerte de conocer un hombre tan bueno, tan guapo, tan inteligente...

—Sigue... sigue mi pequeña adúladora —ella sonrió sin dejar de derramar su aliento por todo su rostro.

—Tan fuerte, tan perfecto y que además... mejore su vida de esta manera.

—Pues no todos corren con la suerte de tener entre sus brazos una criatura tan provocativa e insaciable como tú —Isabella soltó la carcajada, eso era verdad, pero no era la única en esa relación, él jamás dejaba de desearla, lo sabía muy bien.

Sintió como él tomaba sus caderas y se enterraba otra vez sin previo aviso. Soltó un suspiro de placer arqueándose para recibirlo mejor. Sebastián se deleitó con el panorama, apreso entre sus manos ese par de montículos que lo alucinaban.

Isabella era perfecta y embonaba en él de una forma asombrosa.

—¿Con que yo insaciable? —logró decir mientras él se movía en su interior y se daba cuenta como la observaba.

—Sí, y mi obligación es que siempre estés satisfecha.

De nuevo en la realidad, arrugó los papeles sintiendo que la sangre le hervía. Todas la mujeres era iguales, todas iban detrás de lo mismo. Podía haber jurado hacía apenas unas horas que era diferente, que lo amaba

realmente. No podía ser que fuera tan buena actriz. Cuando hacían el amor era como si fuera el ser más maravilloso sobre la tierra. ¿Cómo creyó en ella?, ¿Cómo le abrió las puertas de su casa, de su vida, de... su alma? Hervía de coraje, de impotencia, de dolor. Pero las cosas no se iban a quedar así, nadie más iba a volver a jugar con él. Sentía que conforme pasaban los segundos algo se iba secando en su interior, jamás volvería a ser el mismo. Nunca.

Volvió a la empresa y entró directo a su oficina, todavía quedaba una esperanza. Abigail lo siguió.

—Sebastián.

—¿Qué quieres? —Contestó mirando por la ventana sin lograr apartar de su mente las imágenes de ella con otros.

—El hombre ya está aquí —le informó.

—Que pase —ordenó. Pero ella no salió—. Todo es verdad, ya rectificué direcciones, personas y lugares y... todo es cierto, si quieres aquí te dejo los datos. Lo siento —él la observó furioso.

—Dile a ese hombre que entre de una maldita vez, Abigail.

Un segundo después un tipo de baja estatura, de buen estilo y muy sereno, cruzó la puerta. Al verlo lo invitó a sentarse con la mano conteniendo las ganas de romperle la cara de una puta vez.

—Saltemos las formalidades. Usted ha destruido con toda esta mierda mi vida y la reputación de mi prometida. Dígame de dónde carajos salió toda esa información — le exigió sin rodeos.

—Señor, yo me dedico a esto y créame que me apena haber hecho público algo tan vergonzoso, pero todo es verdad. Este es el resultado de una investigación exhaustiva de varios compañeros míos durante meses. Siento que se haya tenido que enterar así. De hecho su secretaria ya tiene todos los datos de la madre de la muchacha y de algunos hombres que tuvieron que ver con... su prometida — Sebastián rodeó el escritorio como una fiera dispuesta a matar, lo agarró del saco y lo pegó a su rostro con odio abrumador y clara amenaza.

—Más le vale que todo lo que dice sea cierto, porque de no ser así, dé por terminada su carrera ¿Entendió?

El hombre se soltó de él molesto e indignando.

—Mire señor Molinaro, usted me puede amenazar todo lo que desee... pero no miento, todo es verídico y existen millones maneras de comprobarlo, simplemente descuelgue el teléfono y hable con los involucrados, las direcciones y teléfonos están ahí, siento ser el portador de tan malas noticias, pero es así —lo desafió con seguridad apabullante—. Y ahora ¿Si me disculpa? Su secretaria tiene mis datos y yo muchas cosas que hacer... Si tiene alguna duda puede llamarme.

—¿Por qué se tomó tantas molestias? ¿Por qué lo público? Sabe de sobra que yo le hubiese podido dar mucho dinero, incluso contactos... —rugió Sebastián viendo a través de la ventana. El hombre se detuvo y lo observó, sin sentir nada.

—Porque mi trabajo es este y aunque sé que le parece retorcido, me encanta. Toda la gente tiene un pasado y a mí... me gusta averiguarlo y... mostrarlo. Buenos días señor Molinaro.

—Lárguese de una maldita vez —le ordenó Sebastián sabiendo que en cualquier momento le arrancarían el cuello con sus propias manos. El hombre no esperó a ver su reacción, salió de ahí rápidamente. Sabía muy bien quién era ese periodista, ya había destruido varias reputaciones y tenía fama de ser incorruptible. Recargó su frente en el frío cristal—. ¿Por qué?... ¿Por qué? Te di todo, te hubiera dado mi vida... ¿Por qué no fue suficiente, por qué?

No había duda, todo lo inculpaba no podía cegarse por mucho que la amara.

Isabella era producto de una vida dura, terrible, en la que ese tipo de acciones eran lo normal; estafar, engañar, mentir. Pero él hubiera jurado que ella no, que era limpia a pesar de todo, inocente, ingenua. Sin embargo, la misma Abigail se lo acaba de corroborar, esa mujer podía ser algo extraña, pero no podía dudar de su eficiencia y lealtad, era brillante y tenaz, jamás se le iba una. Prendió su móvil y marcó sintiendo ácido recorrer sus venas.

—Carmen, me urge hablar con ustedes, voy para allá.

Capítulo 11

Minutos después entraba a la gran casa. Isabella todavía no había llegado, su coche no estaba ahí, al pensar en ella sintió ganas de gritar de impotencia. Su vida, sus sueños se habían ido en tan solo unas horas. Ya lo esperaban Carmen y Raúl preocupados.

—¿Qué pasa Sebastián? ¿Isa está bien? —Ella fue la primera que habló.

—¿Dónde están los niños? —preguntó observando su alrededor.

—Ambos están en la escuela, llegan en dos horas, Isabella en menos, un hora quizá

—contestó Raúl observándolo preocupado, estaba demacrado, desaliñado y su mirada estaba llena de dolor y rencor.

—Hablemos adentro —pidió, un segundo después entro a la casa sin esperarlos.

Ambos caminaron tras él sin entender nada, lucía muy descompuesto. Al llegar la sala les tendió el sobre que tenía en la mano y que ya se encontraba arrugado de tantas veces que lo había estrujado y revisado—. Léanlo, por favor —el matrimonio se sentó y sacaron su contenido. Después de varios minutos sus rostros se tornaron pálidos.

—Sebastián, ¿De dónde diablos salió esto? —exigió saber muy molesto Raúl poniéndose de pie para igualarlo en condiciones.

—Todo es verdad, todo, ya lo confirmé. Nos ha mentido todo este tiempo, es una cínica, una descarada, una... —no pudo continuar, se le estaba quemando el alma.

—Es... imposible hijo, no puedo creerlo —expresó Carmen desencajada.

—Lo mismo pensé, ustedes saben cuánto... la amo, pero es cierto —dijo dejándose caer muy cansado y desmejorado sobre el mullido sillón.

—Pero ella también te ama Sebastián, lo sé —murmuró la mujer con la voz quebrada. Raúl pasó un brazo por su hombro y la atrajo hacia él. No lo podía creer.

—Lo siento Carmen, eso mismo pensé, pero ya ves... me equivoqué, me equivoqué en tantas cosas... todo lo que está ahí es verdad, llevo toda la mañana en eso... les juro que daría mi alma porque fuera mentira, porque ella fuera inocente.

—Si esto es cierto no puede permanecer ni un minuto más en esta casa — advirtió Raúl abatido y profundamente desilusionado. La mujer ya estaba llorando —Primero debemos hablar con ella, que nos explique, por favor... dejemos que por lo menos se defienda.

—Carmen, sabes que nunca te niego nada, pero esto es delicado. Tiene que ver con nuestros hijos, con su seguridad, esa mujer al acecho, con nosotros. Nos engañó, nos ha mentado todo el tiempo. Nosotros confiamos en ella le abrimos nuestra casa, lo siento, no los expondré —expresó tristemente, de los tres ella era como una especie de sol para él, siempre sonriente, siempre dispuesta... ¿Cómo se habría reído de ellos?

Los tres permanecieron en silencio durante unos minutos perdidos en su dolor, en la desilusión. De pronto la escucharon entrar. Chayo le decía que todos estaban en la sala, ella llegó corriendo como siempre envuelta en esa vitalidad que la caracterizaba, sonriendo como solía. Al ver a Sebastián corrió hacia él, se sentía un tanto agotada, la jornada fue algo pesada y el día anterior él no le dio tregua, recordó ruborizada.

—¡Qué bien que estás aquí! ¿Comeremos juntos? Tengo que contarte que... —pero al ver que no la veía paró se detuvo en seco y se dio cuenta de que algo sucedía. Todos parecían consternados. Frunció el ceño desconcertada—. ¿Qué pasa? —preguntó extrañada. Siguió la mirada llorosa de Carmen, unas fotos en la mesa llamaron su atención y las tomó, al verlas se puso pálida y sintió náuseas—. ¿Qué—qué es esto? —indagó asustada al verse medio desnuda con un hombre que en su vida había visto en una cama que no recordaba. Vio la siguiente y la siguiente. En ellas aparecía recibiendo dinero del mismo hombre y así sucesivamente con diferentes acompañantes, las últimas fotos reconoció a la mujer que salía con ella muy amorosa—. Mamá—susurró con lágrimas resbalando por sus mejillas. Alzó la mirada con pánico, consternada y muy indignada—. ¡¿Qué es todo esto?! —Se dirigió a Sebastián aterrorizada, con un nudo enorme en la garganta, con la rabia bullendo por sus venas—. Por favor dime ¿Qué es esto? —él parecía ausente, vació.

—Tú explícanos, Isabella —se acercó a Sebastián intentando tocarlo, pero la esquivo rápidamente de forma hiriente.

—Por favor... dime que no lo crees. Sebastián por favor, tú mismo me

dijiste que podían inventar cosas... Sabes que no sería capaz... ¡No soy yo! —le gritó desesperada. Raúl se acercó a ella furioso y la hizo girar.

—Nos mentiste, nos mentiste muy bien Isabella, pero se acabó, hasta aquí llegó este embuste —intentó zafarse del fuerte apretón. No podía estarle ocurriendo algo así, simplemente no.

—No entiendo Raúl, yo en mi vida he visto a esos hombres, por favor créanme —y miró a Sebastián angustiada—. Tú sabes que solo he estado contigo, por favor — imploró llorando al notar el desprecio en su mirada. No podía estar ocurriendo aquello, ella no había visto a su madre desde el día que los abandonó y en su vida estuvo ni cerca de esos hombres. ¿Qué era todo eso?

Él se puso de pie furioso, Raúl la soltó enfermo de rabia. Isabella intentó de inmediato abrazar a Sebastián esperanzada, pero este la empujó a un lado lleno de rabia y asco.

—No me toques, no vuelvas a tocarme nunca más, Isabella. Te creí, te creí siempre. Creí en cada una de tus mentiras, pero por fin se te cayó la careta ¿Qué planeabas? ¿Casarte conmigo y sacarme hasta el último centavo? ¡¿Eso querías?! —le gritó fuera de sí.

—¡No! Tú sabes que no, tu dinero jamás me ha importado. Yo... te amo —le decía llorando desesperada, mientras veía como él iba abriendo un abismo inmenso entre los dos.

—Jamás, nunca vuelvas a decir eso entendiste, ¡Nunca! —le escupió rojo de ira. La joven sentía que eso era una pesadilla, que no podía estar pasando.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —Le preguntó Carmen con lágrimas en los ojos desde el sillón.

—Hace más de diez años, ella nos dejó... Ustedes lo saben, no he mentido, les juro que no la he vuelto a ver, no entiendo esas fotos, no son verdaderas —y buscaba una mirada que le creyera.

—Eres una... —bramó Sebastián con furia y apretando los dientes. Isabella sintió como iba cayendo a un abismo del que no podría salir, no con facilidad. Pero de eso a que soportara sus insultos, jamás, no cuando no tenía nada de qué avergonzarse.

—¡No lo digas, no te atrevas a insultarme! —Vociferó a punto de desmoronarse.

—Tienes razón, tú no vales nada —le restregó cerca de su rostro. Provocándole una nueva oleada de dolor—. No vuelvas a cruzarte por mi camino, te lo advierto por que como enemigo puedo ser tu peor pesadilla, estás advertida —Isabella lo odio en ese momento como nunca a nadie, se quitó el anillo de la mano y rabiosa se lo aventó.

—Te equivocas Sebastián, la que no quiere volver a verte soy yo, algún día sabrás que todo esto es una gran mentira y grábatelo muy bien... No te lo perdonaré ¿Entendiste? Nunca. No eres mejor que ellos, me juraste protegerme, que nada de esto ocurriría, que no lo permitirías, pero con qué rapidez te hacen cambias de opinión —intentaba hacerlo entrar en razón, que le creyera.

—¿Y qué pensaste?... ¿Este imbécil jamás se dará cuenta de mis tretas? Eres despreciable, di lo que quieras y espera sentada que jamás te buscaré, para mí estás muerta, bien muerta Isabella —caminó hacia la puerta y de pronto giro—. ¡Ah! Y quédate con ese anillo, tómalo como una recompensa de tu gran actuación, aunque créeme que yo te habría podido dar mucho más por tus servicios —y salió sin más de la casa.

No podía creer lo que sucedía; Sebastián la acababa de dejar, ya no la quería incluso estaba segura la odiaba. Sintió que un sudor frío se apoderaba de ella. De pronto se acordó de Raúl y Carmen y los encaró suplicante. Ambos se levantaron claramente decepcionados.

—Isabella, recoge tus cosas y vete. No intentes ponerte en contacto con tus hermanos ¿Comprendes? —Raúl ni siquiera la veía a los ojos.

—No... no por favor. Se los ruego, no me hagan esto. ¿A dónde voy a ir? —lloraba desesperada.

—Ese es tu problema. Si sabemos que te contactas con ellos te denunciaremos ¿Entiendes? Tus hermanos no se merecen que les hayas engañado también — expresó Carmen muy dolida, aún en shock— —No les he mentado, lo juro, por favor créanme, por favor —les suplicaba sobre el tapete, con las manos cubriendo su rostro por el llanto.

—Lo siento, tienes quince minutos para dejar esta casa —y salieron sin decir más.

Isabella lloró sin poder parar. No entendía nada, ¿quién podría haberle hecho algo así? Su vida en diez minutos terminó. Lo que sí sabía era que lo

había perdido todo y que ahí no podía regresar. Subió corriendo a su recámara llena de furia y frustración, no podía pensar con claridad, lo único que veía era a él despreciándola, odiándola. Tomó sólo algunas cosas que ella se compró, dejando el resto ahí, no quería que la acusaran también de ladrona. Tras meterlo todo en una pequeña maleta, echó un vistazo a su alrededor. Hasta ahí había durado el sueño, comprendió herida.

Observo las fotos en las que parecía feliz y pensó que todo fue una burla, no entendía por qué la felicidad que creía propia desapareció de esa manera. Cerró la puerta tras ella y descendió despacio las escaleras. No había nadie cuando salió, así que dejó solo una nota de agradecimiento a los que hasta ese momento consideró como sus padres.

Vagó horas sin rumbo, se sentía entumida de dolor, su cabeza intentaba buscar una explicación a todo aquello, no la encontraba. Cuando anocheció se dio cuenta de que necesitaba un lugar donde quedarse. De pronto recordó que no tenía ni un centavo.

Su cartera apenas tenía un billete de mediana denominación y el dinero que juntó lo donó repartido anónimamente a varias instituciones que cuidaban niños en situación de calle esa misma mañana. No tenía prácticamente amigas a quienes acudir sin provocarles un problema en su casa y olvidó su móvil en el recibidor, no contaba tampoco con tarjetas de crédito, así que no tuvo más remedio que caminar buscando un lugar donde pasar la noche. Encontró un parque medio iluminado y se sentó en una banca. Subió la maleta a su lado. Y se quedó ida. Recordó todo con dolor e intentando pensar con más claridad, buscando descifrar inútilmente los acontecimientos. De pronto comenzó a amanecer, ni cuenta se había dado, se levantó de la banca entumida, no se movió prácticamente por horas, ni siquiera tenía noción del tiempo. Su mente comenzó a caminar rápidamente, después de la desesperación y conmoción en la que se sumió las últimas horas, trató de pensar que debía hacer con su nueva situación. No tenía donde ir, no tenía dinero y estaba sola completamente. De pronto recordó que en la universidad ponían anuncios para compartir casas o rentaban cuartos de asistencia. Y con los ojos rojos de tanto llorar se dirigió hacia allá más esperanzada.

Sebastián decidió que esta vez no se iba dejar caer. Pero no pegó el ojo en

toda la noche. Aún no podía creer lo que sucedió, la amaba, le costaba reconocerlo. No entendía por qué la traición, por qué la mentira, él le hubiera dado todo sin dudarlo ¿Qué no se daba cuenta de lo que hubiera sido capaz por ella? ¿No notó que por una de sus caricias hubiera matado? Se sentía cansado, frustrado, decepcionado e impotente. Miró el departamento recordando la primera vez que la hizo suya, una lágrima se le escapó sin remedio. Nunca podría olvidar lo bello que fue ese día.

Nunca más regresaría. Jamás la volvería a sentir temblar entre sus brazos cuando la besaba. Nunca se volvería a perder en su mirada. Y era mentira. Furioso comenzó a aventarlo todo, gritaba mientras rompía cada adorno de aquel lugar que fue testigo muchas veces de su amor. Volaron las sillas, con un cuchillo rompió el colchón y destrozó todo hasta que, sin fuerzas, quedó de rodillas llorando en el piso en medio de toda la destrucción gritando una y otra vez “¿Por qué?, ¿por qué Isabella?”.

Llegó a la universidad sin sentir ya el cuerpo del cansancio y tristeza. En la puerta una mujer estaba mirándola llegar, por no mencionar la forma en la que los estudiantes la veían, con lujuria algunos y desprecio otros.

—¿Eres Isabella Fuentes? —Asintió exhausta—. Acompáñame a la dirección —su tono no daba lugar a replicas.

—¿Por qué? —Preguntó alterada.

—Por favor, señorita —le mostró el camino, más miradas extrañas a su alrededor ¿Qué ocurría? Isabella la siguió sin chistar sintiéndose demasiado incómoda.

Incluso chicos le guiñaban el ojo o simulaban un beso, mientras las mujeres la estudiaban con desdén y asco. Cuando llegó al cubículo la mujer la hizo pasar. Adentro estaba otro hombre que la evaluó con cara de pocos amigos.

—Señorita Fuentes, tenemos que pedirle que abandone la Universidad, acaba de ser suspendida de forma indefinida —ella lo miró asombrada. ¡¿Qué?!

—¿Por qué?

—Gente con su reputación mancha a esta institución. A lo que se dedica es su problema, pero hacerlo aquí, en el recinto, con los estudiantes, es motivo de expulsión. Así que haga el favor de ir por sus papeles y marcharse

—le informó hiriente el que, por el letrero frente a su escritorio, era el director de su carrera.

Ella no comprendía

—¿De qué habla? —exigió saber ya sin muchas ganas.

—¿De verdad desea que lo repita? Del tipo de... relación que mantenía con el alumnado vendiendo... su cuerpo. Como le digo, ese es su problema, pero no dentro de este lugar —expresó apenado—. Desde ayer los periódicos solo hablan de eso, al igual que las redes sociales y medios de comunicación, su rostro está en circulación por todo México. Así que... le pido que se retire. Lo siento mucho —Isabella sintió que iba a perder el conocimiento.

—Pero...

—Por favor abandone el campus, ahora —le ordenó indicándole serio la salida.

—Por favor escúcheme, por favor, es un error —suplicó ya al borde de la locura.

—Lo siento, si no sale ahora, tendremos que pedir que seguridad le ayude a hacerlo —la joven agarró sus cosas y salió lo más rápido que pudo de aquel sitio completamente humillada y desgarrada por dentro.

Corrió y corrió sin detenerse. Chiflidos y frases obscenas fueron las que recibió al salir huyendo de ahí. Cuando vio que estaba lo suficientemente lejos de esa pesadilla, dejó su maleta en la banqueta y se sentó a llorar descontrolada, aterrorizada. Algo muy grande estaba pasando, algo que jamás entendería ¿Quién querría hacerle tanto daño? ¿Quién, por qué? Después de unas horas en las que no encontraba sosiego continuó. Ya casi era mediodía y el sol comenzó a esconderse tras nubes bien cargadas, pronto llovería, tenía que encontrar donde quedarse, y pronto. No sabía dónde se encontraba, la colonia no se veía muy segura, pero eso no la intimidó. De pronto, después de varias cuadras recorridas sin éxito, encontró en una casa que apenas se mantenía en pie de lo vieja y mal cuidada, un letrero mal escrito anunciaba cuartos. La cara se le iluminó por primera vez en horas y cruzó la calle hacia esa dirección. Tocó y apareció una mujer con muy mala aspecto y ceño de fruncido.

—¿Qué desea? —Le preguntó mascando un chicle y mostrándoselo al mismo tiempo.

—¿Tiene un cuarto libre? —Quiso saber Isabella con determinación.

—Sí —contestó la mujer de malas— ¿Cuánto cuesta?

—Cien la semana, no incluye comidas, solo es el cuarto que comparte baño con el resto —masculló evaluándola con cara de desprecio.

—Lo tomo —anuncio un poco aliviada, traía quinientos en la cartera, además no tenía tiempo de buscar otra cosa. Ya el día siguiente vería qué hacer, por ahora necesitaba dormir y pasar la noche en un lugar con techo.

La dueña de aquel andrajoso lugar la escudriñó de arriba abajo y enarcó las cejas en señal de no importarle en lo absoluto la procedencia de su nueva inquilina. La casa estaba aún peor por dentro, olía a humedad mezclada con años de suciedad. La pintura de las paredes se hallaba completamente pelada y todo estaba en condiciones deplorables. Llegó a una puerta que por lo menos se veía que cerraba y la abrió.

—Este es el cuarto —anunció la casera esperando que Isabella saliera corriendo de ahí al verlo.

—Muy bien, gracias —sacó el dinero acordado y le pago una semana. La mujer lo agarró y desapareció.

Una vez sola, entró y cerró tras ella con seguro, recargó su maleta en la pared observando la suciedad de ese sitio que sería su guarida provisional. La recámara era del tamaño de un alfiler, apenas si cabía una cama individual desvencijada con una pequeña mesita de noche a lado que no tenía ningún adorno. Lo que parecía ser una colcha tenía manchas por doquier y olía terrible. La quitó cerrando los ojos, el olor que despidió casi la hacen devolver el estómago.

—Qué rápido se te olvidó de dónde vienes —se regañó a sí misma. La sabana que estaba debajo, no se hallaban mejor y la almohada ni se diga, pero decidió que ya no importaba, qué más daba todo. Se tumbó boca arriba e intentó pensar en qué iba hacer. Su vida dio un giro de ciento ochenta grados en tan solo veinticuatro horas, el día anterior durmió como una princesa y ahora dormía en ese lugar que olía tan desagradable. No había comido nada desde el la mañana que todo ocurrió y sus tripas comenzaban a rugir, pero no podía levantarse del agotamiento. Sin percatarse cerró los ojos y a lo lejos escuchó un trueno, la lluvia no tardaría en caer, pensó agradeciendo haber encontrado ese lugar.

Marco sabía que le mentían, Isabella jamás se hubiera ido de intercambio de última hora sin avisarles, además no eran fechas. Por otro lado sus padres estaban muy extraños desde el día anterior. Y una mierda, tenía un mal presentimiento. Prendió su ordenador y al estar buscando un artículo que le encargaron de tarea vio las fotos de su hermana y comenzó a leer todo sin poder detenerse. Cada renglón le provocaba un serio dolor de cabeza y rabia contenida. Imposible, todo era una mentira, ella no era capaz de algo así. Él la vio sufrir por ellos, estar desesperada por darles algo de comer, pero jamás se prestó a cosas semejantes. Navegó más por el artículo y al ver a su madre con ella abrazándose supo que en definitiva todo era una gran calumnia. Una de enormes proporciones. Se sintió furioso, impotente.

¿Dónde estaba su hermana?, ¿Qué diablos había pasado? Bajó corriendo las escaleras y buscó a Carmen desesperado. Estaba leyendo en un sillón.

—Carmen —su madre adoptiva lo miró tiernamente.

—¿Qué pasa mi niño?

—¿Dónde está mi hermana? —la encaró sin rodeos.

—Arriba, con Raúl haciendo la tarea supongo... —contestó y volvió a su libro consumida por la pena.

—No, Dana no, Isabella, ¿Dónde está? —de inmediato el dolor regresó. Lo observó rendida, cerró el libro y se quitó los lentes.

—Marco, ya te lo dijimos —le recordó fingiendo tranquilidad.

—De acuerdo, pero... me puedes explicar si todo esto tiene que ver con lo que se está diciendo sobre ella —la retó enarcando la ceja con los brazos cruzados.

—No sé de qué hablas, mi cielo —musitó desolada.

—Sí lo sabes y ya no soy un niño, Carmen quiero la verdad —exigió sin perder la calma.

—Marco, por favor, sé que no eres ningún niño.

—Te lo suplico, necesito saber si ella se fue a España por eso —la mujer se levantó y lo tomó por los ambos brazos con la cabeza gacha, no tenía sentido mentir.

—Sí hijo.

—Muy bien —asintió el adolescente pensando rápidamente en sus opciones. Estaba seguro de que algo no estaba bien, algo no embonaba pero

debía saber bien lo que pasó—. Una cosa más —deseó saber—. Sebastián
¿Cómo lo tomó? —su madre no pudo fingir más.

—Está muy mal hijo, no habrá boda —él volvió a asentir.

—Gracias —y salió rápidamente de ahí. Carmen lo siguió con los ojos, no
comprendía su actitud, parecía... indiferente. O a lo mejor estaba herido por
lo que acaba de descubrir, de cualquier forma trataría de estar al pendiente de
sus estados de ánimo.

Capítulo 12

A medianoche, después de haber tenido cualquier cantidad de pesadillas Isabella despertó famélica, en seguida se arrepintió de no haber ido más temprano por algo de comer. Intentó pensar en otra cosa, por ejemplo; ¿qué iba a hacer? Después de cavilar unos minutos decidió que iría a algunas empresas a pedir trabajo, pero de repente se acordó de lo que le dijo el director sobre los periódicos y redes sociales y se dio cuenta de que en ningún lugar como en los que ella planeaba buscar empleo le darían una oportunidad por lo menos en un tiempo. Las lágrimas regresaron a sus ojos y comenzó a llorar de nuevo demasiado triste. Extrañaba a sus hermanos, a Carmen y Raúl, pero sobre todo a él, al hombre por el que perdió por completo la cabeza, el hombre con el que en unas semanas se iba a casar.

Ya no pudo dormir el resto de la noche, así que al amanecer se puso de pie, sacó una muda limpia y se dirigió al baño. El lugar tenía moho por todos lados y olía a orines, pero no había más remedio. Se duchó como pudo, se vistió y salió rápidamente. Ya en la habitación de nuevo acomodó todo y cerró tomando la llave.

Casi al salir de la casa vio un espejo colgado en el corredor, se detuvo un segundo y se observó, la imagen que reflejaba se parecía mucho a la de hacía más de un año.

Sonrió con tristeza notándose pálida y ojerosa. Saldría adelante, por supuesto que lo lograría.

Lo primero que hizo al salir fue buscar algo que comer, pronto encontró una pequeña abarrotera y compró algo de fruta, pan y un yogurt. Los comió todo rápidamente y comenzó a caminar, debía encontrar trabajo pronto, de lo que fuera, en lo que pasaba un tiempo, porque el dinero que tenía no era mucho y solo le alcanzaría para un par de semanas. Buscó y buscó todo el día, pero no encontró nada.

Desanimada se detuvo a cenar algo antes de ir de nuevo a la casa donde rentaba. Al llegar se cambió y cayó profunda.

Los cuatro días siguientes fueron iguales, pero el quinto por fin encontró algo. No era muy alentador. Era acomodando y limpiando en un súper de medianas proporciones. La paga no era buena, pero si se administraba

sobreviviría una temporada y después buscaría un mejor empleo y en algo de su carrera, sería sólo un mes en lo que los medios cambiaban de tema, porque con terror encontró en más de un periódico su rostro acompañado de millones de mentiras y fotografías escandalosas, no se arriesgaría a una humillación, no más. Ya no sentía coraje, ya no sentía nada. Solo sabía que debía esperar, que lucharía y si no lograba demostrar jamás que todo eso era una gran mentira, se fabricaría una vida en la que algún día, no muy lejano, lograra acercarse a sus hermanos de alguna manera; ese era sus objetivo, su único motivo y por Dios que lo lograría El día que comenzó a trabajar, por la mañana, incluso antes de levantarse, comenzaron las primeras nauseas, pero ella no sospechó nada. Parecía una autómatas, no se permitía pensar y se sentía entumida de tanto dolor y soledad.

Pronto comenzó a perder peso de forma escandalosa, el trabajo era muy pesado y el horario agotador. Debía estar ahí antes de las siete de la mañana y salía poco después de las ocho de la noche. Extenuante.

La vida consiguió transcurrir, no había día que no se durmiera llorando, pero prometiéndose que pronto olvidaría. Cuando podía, le mandaba correos electrónicos a Marco fingiendo que todo estaba bien, él creía que ella se había ido a España de intercambio debido a los chismes que inventaron por lo que prefirió no sacarlo de esa idea. Después de todo alcanzaba a comprender a Carmen y a Raúl, además ellos seguían seguros y tranquilos, así que no haría nada para afectarlos. Una noche pensando, después de haber llorado lo cotidiano, una pregunta asaltó su cabeza, prendió la luz de la recámara y buscó un calendario en su cartera. La última fecha de su periodo fue un mes y medio atrás. Se tapó la boca con la mano dejándose caer sobre la cama. Llevaba más de dos semanas de retraso, y de repente comenzó a atar cabos: las náuseas por las mañanas, el dolor de pechos, el cansancio. ¡No! Se quedó lívida por unos minutos contando una y otra vez. Pero no tenía duda, llevaba más de quince días sin la menstruación.

Todos los sentimientos se mezclaron de pronto. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a conseguir otro trabajo embarazada? ¿Cómo lo iba a mantener? ¿Se iba a parecer a Sebastián? ¿Cómo lo tomaría si ella se lo dijera? Enseguida deshecho esa idea, él la creía una cualquiera así que se hubiera reído en su cara. Se recostó y puso una mano sobre su vientre muerta de miedo y con un

nudo en la garganta que no le permitía respirar bien.

—No te preocupes bebé, todo va a estar bien, ya lo verás —le dijo sin creérselo. Por lo pronto no iba a decir nada en el trabajo, lo más seguro era que la botaran de ahí.

En un día libre intentaría buscar algo mejor, después de todo no era la primera mujer embarazada que necesitaba trabajo. No decayó su ánimo, no tanto por lo menos, ahora con mayor razón necesitaba ser fuerte y no entregarse a la depresión y dolor.

Dos meses después de aquella noche Isabella lucía peor, su peso iba en picada y aunque hacía lo imposible para comer más de lo normal, no era suficiente, todo lo devolvía. Sentía que el bebé la estaba consumiendo cada día que pasaba. Intentó buscar otro trabajo, pero no tuvo suerte. Para colmo sus compañeras del mini súper comenzaban a sospechar que algo no iba bien con ella y aunque ya les tomó cariño por la convivencia no podía arriesgarse a decirles. No pasaba día que no pensara en su pasado y continuaba llorando por la noches después de haberle narrado anécdotas sobre su papá a su hijo. Ese era el único motivo por el que despertaba y luchaba cada día, por esa criatura que habitaba en su interior y que era, en ese instante, su único motivo. Pero no podía evitar atormentarse al pensar que si no hubiera sucedido esa espantosa calumnia estaría en ese momento junto a Sebastián, ya casada y esperando con ilusión a esa personita que apenas se estaba formando.

Sebastián cada día se sentía más vacío, ya casi habían pasado tres meses y no lograba arrancar a esa mujer de su alma. Se había alejado por completo de Carmen y Raúl. Ahora vivía en un nuevo apartamento. Vendió a Luna y Miel e intentó inútilmente borrar cualquier recuerdo de ella. Pero por las noches, con más frecuencia de la que soportaba, se levantaba angustiado, sintiendo una opresión en el pecho y lo primero que se le venía a la mente eran sus ojos. ¿Dónde estaría? ¿Con quién? Pensaba todavía lleno de rabia y rencor. Sus días eran largos y planos. Nada le interesaba, trabajaba como nunca y viajaba todo el tiempo. Pero ni así lograba dejar de amarla y ya comenzaba a pensar que eso nunca sucedería. Ella iba a ser, a pesar de todo, el gran amor de su vida.

Ya terminaba noviembre. La navidad llegaría pronto. De su cumpleaños

ni siquiera pudo acordarse. El embarazo prácticamente no se le notaba, a pesar de que ya tenía seis meses. Nada de su ropa le quedaba, por mucho esfuerzo que hacía su peso era cada vez más bajo, sus ojeras ya eran demasiado profundas, estaba pálida, no paraba de vomitar lo que comía, no lograba retener la mayoría de los alimentos. Ya había ido un par de veces a un médico pero le decía que era normal. Sin embargo, sabía que no era así, pero no tenía dinero para otro y mucho menos fuerzas para conseguir otro empleo en el que ganará más y así pudiera costear algo mejor.

Vestida con su bata de trabajo, limpiaba unas latas de la tienda, cuando de repente un dolor le atravesó la espalda, poco a poco se fue haciendo más intenso y comenzó a sentir que le faltaba el aire. Una de sus compañeras se acercó asustada al verla contraer su flacucho cuerpo y contrayendo el rostro.

—Isabella, estás sangrando —sintió pánico, bajó la vista y un charco de sangre estaba bajo sus pies. De pronto grito de dolor y perdió el sentido.

Al despertar no supo dónde se encontraba, miró hacia todos lados y al entender que se hallaba en un hospital colocó preocupada sus manos en el vientre pero no sintió nada. Se tocó una y otra vez y seguía sin sentir el pequeño bulto con el que estaba familiarizada. Una enfermera se encontraba atendiendo a otro enfermo a dos camas de ella, la llamó desesperada.

—Señorita, señorita —la mujer la observó indiferente—. ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó llorando. La enfermera rodó los ojos hastiada.

—Nació muerto, apenas y medía diez centímetros, no sé qué esperabas... Abren las piernas y luego no toman los cuidados necesarios —se alejó para seguir con sus deberes. Isabella ante el impacto de la noticia le gritó llena de rabia y dolor.

—¡No! ¡No es cierto! —La mujer solo la miró de reojo y continuó sin prestarle mayor atención—. Por favor, por favor... dígame que no es cierto —rogó quedando de pronto nuevamente inconsciente. Cuando volvió a abrir los ojos todo el lugar parecía en penumbras. A lo lejos, en otra de las camas, una enfermera la observó despertar, se acercó sonriendo con dulzura.

—¿Cómo te sientes, muchacha? —Isabella la miró aún desorientada. Así que la joven le tomó el pulso con suavidad—. No muy bien ¿Verdad? —De golpe recordó todo y sujetó la mano de la mujer suplicante.

—Mi hijo ¿Qué paso con mi hijo? —Rogó saber sintiendo que enloquecería, que ya nada tenía sentido. La enfermera colocó una mano cariñosa en su rostro.

—¿No te han dicho, muchacha? Era una niña y... falleció antes de nacer. Lo siento mucho.

—¿Una... niña? —susurró sintiendo que perdía la razón, que su mente se desconectaba del cuerpo de forma abrupta.

—Sí, has estado aquí casi una semana, estuviste muy grave. Tu amiga del trabajo que te trajo, ha venido a preguntar por ti a diario —le informó acongojada viendo el dolor en el rostro de esa chica con tan precaria salud. Isabella ya no la veía, las lágrimas se le salían sin voluntad. La enfermera al ver que no había más qué decir la dejó envuelta en su tristeza.

Al verse de nuevo vencida, sola, comenzó a sentir que un odio y rencor desmedido crecían rápidamente dentro de ella. Definitivamente su vida no tenía sentido. Ya ni siquiera tenía un motivo por el cual luchar, su bebé, su niña estaba... muerta. No la pudo proteger, no logró mantenerla con vida al igual que todo el sueño en que vivía.

Sus esfuerzos fueron inútiles, nunca la conocería, jamás la llamaría mamá, nunca iba a poder saber qué clase de persona sería... porque falleció. Su bebé la dejó como todos, como siempre. Alguna culpa estaba pagando porque la vida no podía ser tan injusta.

Cuarenta y ocho horas después salía del hospital. No se sentía mejor, la debilidad le impedía caminar sin sentir que corría un maratón cada dos pasos. Aun así logró llegar al cuarto que mantenía alquilado. Pero al entrar la señora de mala cara le obstaculizó el paso importándole un carajo su semblante mortecino, las ojeras y que parecía estar a punto de perder el sentido.

—No me has pagado esta semana —le reclamo.

—Estuve en el hospital, lo siento —se disculpó Isabella recargando su peso en una pared. Sudaba y sentía que en cualquier momento se le doblarían las piernas.

—Eso a mí no me importa, quiero mi dinero o saco todas tus cosas a la calle —la amenazó. Isabella asintió sin energía y entró como pudo hasta su recámara. Buscó sus ahorros y sacó el dinero. Salió tambaleándose del cuarto y se lo entregó ya casi inconsciente.

—Carmen, Raúl necesito hablar con ustedes y con Sebastián —exigió Marco en el umbral de la habitación de sus padres adoptivos.

—¿Qué pasa, hijo? —Quisieron saber.

—No puedo decírselos hasta que estén los tres y es urgente —los apremió.

—Marco ¿Qué sucede? —Preguntó Raúl intrigado, pero el muchacho se veía muy resuelto y negó decidido.

—No les puedo decir nada, y si en algo me estiman díganle a Sebastián que venga ahora —Carmen se acercó a él y comprendió al ver sus ojos que algo muy importante se traía entre manos.

—Es acerca de tu hermana ¿Verdad? —Las dudas sobre su culpabilidad no la dejaban vivir tranquila, esa joven se portó con ellos como una verdadera hija, incluso antes de irse dejó una nota de agradecimiento que le rompió el alma.

—No y estamos perdiendo el tiempo, por favor hagan lo que les pido —suplicó serio.

—Tú sabes que a Sebastián hace mucho que no lo vemos ¿Qué quieres exactamente que le diga? —deseó saber su padre extrañado e intrigado.

—Lo que quieran, invéntenle algo, pero que esté aquí a las ocho. Por favor es muy importante para mí, se los ruego, ayúdenme —su carita estaba cargada de desespero, de urgencia.

—¿Por qué a esa hora? —Indagó Raúl tomando el teléfono.

—Porque a esa hora tendré todo listo, no me hagan más preguntas, ustedes también bajen al sótano a esa hora ¿Está bien? —Pidió el muchacho tembloroso pero con absoluta determinación, un segundo después salió corriendo de la recámara sin esperar más.

Sebastián llevaba mucho tiempo de no ver a Carmen y Raúl, su llamada le extrañó mucho y más aún el pretexto que le inventaron para que acudiera ahí a esa hora.

Pero a ellos no podía negarles nada. Fueron grandes amigos de sus padres, sus hijos murieron en un accidente hacía varios años y cuando también sus padres fallecieron ellos lo procuraron y lo acompañaron en todo. Así que no le quedó más remedio que ir.

Pero lo cierto era que tenía miedo, los recuerdo lo asaltarían. No la lograba olvidar, seguía, con mucha frecuencia, despertando sudando por las

noches sintiendo que no se encontraba bien, que algo le ocurría. Hacía casi seis meses que no sabía nada de Isabella, se había esfumado sin dejar rastro. ¿Qué habría sido de ella? ¿Seguiría dedicándose a lo mismo? Su vida sin esa joven a lado era plana, sin sentido. A veces pensaba que si la volviera a ver, le perdonaría todo con tal de que no lo dejara y pudiera volver a sentir. Supo, de alguna manera, que por ella incluso podría llegar a pasar por encima de su orgullo y dignidad, tan solo por un beso más, por una caricia más, por una mirada más...

Nada tenía sentido, la única verdad era que lo engañó. Después de aquel día buscó a esos hombres y cínicamente lo aceptaron todo sin tapujos. Y a la madre de Isabella también la buscó presa de la agonizante duda. Su belleza lo impresionó, pero lucía acabada, amargada y vieja. Vivía en una torre de departamentos en una zona media baja. Lo recibió como si hubiera estado esperándolo; le confesó que la seguía viendo y que se habían puesto de acuerdo desde el principio para sacarle hasta todo el dinero posible. No pudo escuchar más y salió de ahí completamente seguro de todo.

Le abrieron la puerta y segundos después una de las muchachas le informó que lo esperaban abajo.

—Buenas noches —saludó serio, sintiendo aún su aroma pulular por ahí. No entendió nada, había un proyector y Marco acomodaba folders. ¿Qué hacía ahí Paco? Este los estaba ayudando a conectarlo todo. Y otros dos muchachos de la edad de Marco movían de forma ágil cosas en sus ordenadores que parecían ser de última generación.

—Hola, hijo —dijo la madre de los chicos yendo a su encuentro.

—¿Qué es todo esto, Carmen? —Le preguntó desconcertado mientras la abrazaba y daba un beso. La mujer se encogió de hombros sin saber qué contestarle ya que ella tampoco lo entendía.

—Hola, Sebastián —masculló Marco muy serio.

—Hola —no comprendía nada. De pronto las luces se apagaron y sin darle tiempo de saludar al resto Marco les pidió que tomaran asiento de forma ruda. Todos obedecieron.

—Adelante —le indicó a uno de los jóvenes. Paco se puso de pie a lado de él y esperó igual que el resto de las personas a que todo comenzara.

De pronto apareció una de las fotos en las que Isabella lucía en una cama

a lado de un hombre. Sebastián se puso furioso de inmediato se levantó, pero Paco que estaba cerca, lo detuvo con una mano.

—Observa —de repente la foto se empezó a ver borrosa, a desdibujarse como si se desintegrara y el rostro de Isabella se comenzó a distorsionar. Sebastián lo observaba atento, ni siquiera podía pestañear. De repente apareció la cara de una mujer desconocida con un cuerpo y facciones muy similares a las de... Isabella, pero era evidente que no era ella.

—¿Qué es esto Marco?! —gritó furioso, no recibió respuesta y otra foto apareció.

Ahora era otra mucho más clara y conforme los chicos hacían su labor, la imagen fue perdiendo poder y su rostro volvió a cambiar por el de la misma joven que la anterior. Dos más deshechas del mismo modo y él ya no pudo más—. ¿Es un una puta broma?! ¿Qué significa todo esto?! —Vociferó convertido en un monstruo corriendo para tomar a Marco de la camisa— ¿Qué es todo esto? ¿De dónde mierdas lo sacaste?! —le exigió saber. Paco lo intentó zafar mientras Marco lo observaba directamente a los ojos sin defenderse y con la mirada más fría y penetrante que nunca hubiese visto.

—Es la puta verdad ¿Comprendes? Es la maldita verdad —soltó aprontando los puños y los dientes. Sebastián se puso pálido y lo soltó.

—¿Qué dices, Marco? —preguntó ofuscado su padre.

—Lo que escucharon, es la verdad. M i hermana no hizo nada de todo lo que ustedes la culparon —los señaló con desprecio—. Ella nunca... jamás hubiera hecho algo así ¿Comprenden?! —Bramó con lágrimas en los ojos—. Ella confiaba en ustedes, pero se equivocó —les reclamó—. ¡Y tú! —Señaló a Sebastián mientras este parecía apunto de desmayarse—. Tú fuiste el peor ¿Cómo pudiste dudar? Isabella te amaba Sebastián, te amaba y... les creíste, la dejaste —le recriminó disfrutando como su ex cuñado lo veía completamente turbado, con el rostro pálido y terriblemente ojeroso.

—Y hay más... —dijo Paco serenamente. Sebastián lo miró descompuesto, con la cabeza dándole vueltas.

—¿Tú—tú sabías? ¿Sabías todo esto?

—No, no hasta hace unos días... —le explicó compadeciéndose de su mejor amigo.

Marco prendió la luz y les tendió una carpeta a los tres.

—Lean, lean muy bien —les exigió. Todos las abrieron sin perder el tiempo.

Sebastián se tuvo que recargar en una de las paredes para no caer mientras sus ojos iban y venían en aquel texto.

—No puede ser, no puede ser Marco ¿Cómo conseguiste todo esto? ¿De dónde lo sacaste? —Le rogó saber mientras aflojaba el nudo de su corbata. Mierda, no, no, eso no podía ser, no podía estarle ocurriendo eso, no a él, no así, no con ella.

—Yo lo ayudé, Sebastián. Marco me fue a ver hace varios meses y me rogó que lo ayudara desesperado. Me dijo que me aseguraba que su hermana no era capaz de todo lo que la culpaban, que era imposible que hubiera visto a su madre —le confesó Paco, tomándolo por el hombro intentando darle fuerzas para enfrentarlo todo. Porque lo peor apenas estaba por venir.

Miró a Marco a los ojos y este también lo hacía y encontró absoluto desprecio en su interior.

—Mi hermana odiaba a mi madre, la odiaba por que la maltrataba, la golpeaba hasta dejarla inconsciente, incluso... trató de venderla varias veces —aceptó con lágrimas y envuelto en rabia. Al ver que todos lo observaban boquiabiertos siguió—. ¡Sí! Intentó venderla a tipos asquerosos, pero jamás se hubieran enterado si esto no ocurre. Ella siempre pensó que no lo sabía... pero lo sé todo y nuestra madre acaba de ratificármelo —dijo con odio.

—Así es, yo lo acompañé —avaló el médico consternado al igual que todos, indignado también.

—¡Tus socios! “Gente fina y bien educada” —soltó con sarcasmo acercándose a Sebastián—. Esa jodida basura que es tu mundo, junto con tu estúpida secretaria, planearon todo ¿Entiendes? —bramó Marco, mientras lo veía desmoronarse sin remedio.

—Basta Marco —lo detuvo Paco al ver que el muchacho se salía de control.

Ayudo Sebastián a llegar a un sillón pues éste no lograba estar un minuto más de pie, respiraba con dificultad y sus ojos parecían desorbitados—. Sebastián, todo esto es cierto, sabes que si no lo fuera no te diría nada, llevamos meses averiguando.

Marco, sus amigos y gente que yo contraté encontraron todo esto —le

dijo tratando de tranquilizarlo poniéndole una mano en el hombro y tendiéndole agua.

—No—no puede ser —lloraba Carmen desconsolada—. No puede ser —Raúl la abrazó igual o más afectado—. La echamos Raúl, te das cuenta, no la dejamos que nos explicara, te dije que debíamos hablar... Dios, esto es horrible, horrible.

—Ahora ya no importa, quiero que la encuentren, quiero que me digan dónde está —exigió saber el hermano de la afectada.

—No lo sabemos —confesó Raúl avergonzado mientras se limpiaba una lágrima sintiéndose miserable.

—Hace unas horas encontré entre sus cosas esto —y sacó unos papeles delgados del bolsillo al tiempo que los aventaba al lado de Sebastián. Éste los agarró con manos temblorosas y abrió los parpados desmesuradamente.

—Lo donó todo —murmuró asombrado.

—Sí, encontré sus estados de cuenta y las cantidades concuerdan, le dio todo su dinero a esos lugares —declaró Marco angustiado. Raúl se acercó y le quitó de las manos laxas los papeles.

—Isabella —la nombró dolorosamente.

—Mi hermana no está en España, y hace días que no sé nada de ella —Sebastián se levantó de inmediato como si le hubiesen activado un botón.

—¿Qué dices? ¿Has tenido comunicación con ella? ¿Dónde está? —preguntó desesperado.

—No lo sé, ella pensaba que yo le creía que estudiaba ahí, así que nunca le pregunté, tampoco la buscamos porque creí que ustedes lo sabían, pero hace más de una semana que no me ha escrito —les confesó preocupado notando con terror que nadie sabía el paradero de su hermana mayor—. ¡Por favor! Búsquenla, sé que no está bien. Yo creí... Dios, por favor tráiganla con nosotros de nuevo, quiero verla, se los suplico —rogó el chico al borde del llanto y con el gesto destruido por la preocupación.

Era demasiada información para Sebastián en tan poco tiempo, de pronto su mundo volvía a estar al revés. La mujer que amaba como un desesperado no hizo nada, la juzgó, humilló, rechazó e insultó sin averiguar más, sin permitirle defenderse, la despreció de manera asquerosa. Y de pronto las palabras que le dijo se le clavaron en el corazón; “algún día sabrás que todo

esto es una gran mentira y grábatelo muy bien... No te lo perdonaré ¿Entendiste? Nunca”

Debía encontrarla, si tenía que gastar una fortuna para averiguar dónde estaba lo haría, le pediría perdón de rodillas, de la forma que ella quisiera. El miedo de saberla sin un centavo de repente lo atenazó, recordó todas sus pesadillas y supo de inmediato que no estaba bien, debía hallarla pronto. En cuanto a esos hijos de puta, cavaron su propia tumba, los tenía en sus manos y los iba a destrozar sin contemplación, sin piedad, sin detenerse.

Se levantó y caminó sin decir una palabra hacia la salida. Paco al verlo así fue tras él. Se subió a su auto mientras Paco ocupaba el asiento del copiloto —¿Por qué no me dijiste nada sobre tus sospechas, Paco? —Le preguntó entumido por el dolor al tiempo que prendía el auto.

—Porque hasta hace unos días que esos genios lograron dismantelar esas fotos y recibí el informe que te di, dudaba —le confesó un tanto arrepentido. Su amigo no decía media palabra, algo tramaba. Sebastián continuó manejando con una idea clara cuando de pronto otra duda lo asaltó—. ¿Qué les dijo exactamente la madre de... pronunciar su nombre le provocaba un nudo en la garganta, uno asombrosamente lacerante— Isabella? —Terminó.

—Marco me pidió que lo acompañara a verla, no quería ir solo. La mujer es una barbaridad, es descarada y cínica —Sebastián asintió recordado el día que la conoció—. Marco la trato con mucho desprecio y le advirtió que si no decía la verdad él iba a ir con las autoridades y la iba a denunciar de trata de menores y de violencia, por supuesto la mujer se quedó lívida y le confesó que tu asistente la contactó y sobornó muy bien para que inventara todo.

—Hija de perra, aun no comprendo cómo tuvo esos hijos y Abigail jamás va poder olvidar lo que hizo, nunca —vociferó en voz alta lleno de rabia e impotencia, de sobre todo ahogado en culpa.

—Ese chico es increíble, no sabes lo inteligente que es, jamás dudó. De verdad me impresionó mucho su aplomo, su tenacidad, su confianza en... ella —reconoció Paco con tristeza.

—Ella es igual, es... Dios Paco —detuvo el auto un segundo recargando la frente sobre el volante—, la debo encontrar, debo explicarle todo. Mierda, la amo, la amo y siento que me voy a volver loco, no puedo creer lo que hice. La lastimé ¿Comprendes?, la herí, le dije cosas horribles. Y anduvo por ahí

sin dinero, es inteligente pero y ¿Si se puso mal? ¿Si alguien le hizo daño? O ¿Si hubiera...? —No pudo terminar, de solo pensarlo sentía que el también moriría—. Le juré que la protegería, que nada de esta mierda la alcanzaría. Le fallé. Jamás podré perdonarme esto, nunca lograré disculpar mi estupidez — le confesó con la voz quebrada. Las lágrimas contenidas al fin fluían sin poder contenerlas. Se sentía una basura.

—Sebastián vamos a encontrarla, ya tengo gente en eso. Tranquilízate por favor.

—Voy a acabar con esos hijos de puta, se van a acordar de mí hasta cuando respiren su último aliento, te lo juro y esa arpía no sabe lo que le espera —gruñó sintiéndose asqueado, desolado, vencido.

Capítulo 13

Esa misma noche, después de hablar con el equipo de investigación que Paco contrató, regresó a la casa de Carmen.

—Perdón por la hora —se disculpó entrando.

—No te preocupes hijo, nadie se ha acostado aún, después de lo de hace unas horas es imposible —le explicó. Ambos se dirigieron al comedor donde se encontraban Raúl y Marco en silencio, al verlo el mayor lo saludó con la mirada, pero el muchacho ni siquiera le prestó atención.

—Ya hable con los investigadores y puse mucho más gente a su disposición —comunicó intranquilo. Marco lo atendió ahora sí interesado—. Sí Marco, voy a encontrarla, te lo juro —él sonrió sin muchas ganas. Enseguida se puso de pie y salió sin siquiera voltear.

—Está muy angustiado, ya no sé qué decirle... Y aunque no nos culpa, creo que no nos va a perdonar hasta que se la traigamos de vuelta —expresó Raúl lúgubre, lleno de ansiedad y culpa— —Lo sé, es un chico muy tenaz y hoy me enseñó una gran lección —reconoció Sebastián derrotado.

—Sí, esos muchachos no se merecen todo esto, creo que jamás los conoceremos lo suficiente, a ninguno —asumió Carmen sin dejar de mirar el lugar donde hacía unos momentos Marco estuvo.

—Es increíble lo que hizo Isabella con ese dinero, si nos lo hubiera dicho no la hubiéramos dejado ir sin dinero —se reprendió Raúl cerrando los parpados con la mano en su frente. Ninguno en ese lugar lograba encontrar consuelo, algo que los hiciera sentir medianamente mejor. Todo se salió de proporción sin preverlo, desconfiaron de una joven dulce y buena que jamás les dio motivos y ahí estaba el precio a pagar, o eso pensaron en aquel momento.

Sebastián no podía dejar de temer por ella, toda la noche permaneció despierto pensando en todo lo que ocurrió ¿Cómo pudo dudar? ¿Cómo? Necesitaba encontrarla, suplicarle que lo perdonase, jurarle que nunca volvería a desconfiar...

No, no era ningún imbécil, Isabella no lo perdonaría, lo sabía, lo sentía. La hirió... ¿Pero cómo les pudo creer, como puso en tela de juicio todo lo que vivieron, lo que compartieron? Él fue el primero hombre en su vida, el

único, una parte de él siempre lo supo, pero esa maldita espina, esa vieja herida volviéndose a abrir evocando lo que hacía tanto tiempo le hicieron dos personas por las que también hubiera metido las manos al fuego, esa espantosa costumbre de desconfiar, de no creer ¿Cómo remendaría todo esto? ¿Cómo lograría llegar de nuevo a ella? Mierda, no tenía ni una jodida idea de cómo la vería siquiera a los ojos cuando la encontrarán.

Al día siguiente convocó a junta urgente, todos los accionistas se presentaron. Sin vacilación, ni contemplación alguna, los desenmascaró con las pruebas en la mano.

Por supuesto no tuvieron más remedio que admitirlo. Sebastián hizo lo que temían si los descubría. En frente de ellos comenzó a acabar con su reputación y negocios con tan solo levantar el teléfono. Todos lo miraban suplicantes, sabían muy bien que si él se enteraba de la bajeza que maquinaron, se meterían en grandes problemas pues dependían directamente de ese hombre despiadado y letal en el plano empresarial, demasiadas personas le debían favores como para que no se los pagaran de forma inmediata y Sebastián se las estaba cobrando sin dudar. No los dejó marchar iracundo hasta que hubo acabado con el último.

—Esto no me hace sentir mejor, no me satisface en lo absoluto, pero por ahora me conformo con que hasta cierto punto estén viviendo un infierno como el que yo estoy viviendo por su causa. Llegaron muy lejos, demasiado y no confió más en ustedes, sin embargo, no poder hacer nada al respecto salvo decirles que si vuelven a cruzarse por mi camino les juro que no solo los destruiré ¿Comprenden? —Todos asintieron asustados, ese hombre parecía haber perdido el juicio; su mirada era turbia y amenazante. Siempre supieron que los tenía en sus manos, se arriesgaron y perdieron.

En cuanto a Abigail, mandó a llamar a toda la empresa, medios y prensa. La descubrió ante el mundo, exigiéndole que confesara todo si no iría a prisión por difamación y fraude, ya que los socios firmaron la denuncia formal del faltante de dinero que ellos mismo le dieron. Toda la gente coludida fue destruida sin el menor miramiento. Mario, el hombre que mintió acerca de las fotografías y en quien él confiaba desde hacía muchos años, se quedó sin negocio en un pestañeo y el reportero, que creyó en aquel entonces era incorruptible, fue despedido, desprestigiado y demandado por

muchísimas personas, de varios años en la cárcel no se iba a salvar pues había falsificado información en más de una ocasión, incluso el periódico que lo tenía contratado Sebastián lo hizo caer en un enorme bache financiero, no dejó a nadie sin pagar aunque fuera en mínima proporción lo que le hicieron. Si dudaban de su poder, ahora ya todo México lo sabía y nadie, nunca, volvería a siquiera intentar bromear con ese hombre que había perdido el corazón a casusa de un asqueroso plan para desprestigiar a la mujer con la que se casaría.

Los días siguientes Sebastián citaba a los investigadores por las noches en casa de los padres adoptivos de Marco y Dana. Todos se juntaban en una de las salas ya que la menor se encontraba dormida, pues acordaron que ella no supiera por ahora la verdad. La relación con su ex cuñado mejoraba a pasos de tortuga, sin embargo, ya lo volvía a ver con el respeto de antes. Paco también estaba involucrado en todo, pero no asistía a diario pues su trabajo en el hospital no siempre se lo permitía.

—Ya tengo información —anunció uno de los detectives por fin. Paco ese día pudo llegar a tiempo para ver cómo iban las cosas. Estaba sentado al lado de su amigo y notó como se tensó de inmediato. Lo admiraba y compadecía a la vez. Sebastián siempre fue un hombre fuerte, duro y muy inteligente, pero cuando las cosas se trataron de Isabella no pensaba con claridad, de hecho esa era una de las razones por las que creyó todo, la amaba de esa manera en la que sólo se puede amar una vez y solo si por suerte se encuentra con aquella persona que hace despertar por completo a la vida. Era una lástima. La gente a su alrededor abusó de aquel sentimiento y confiaron en que jamás se enteraría; error y la verdad es que no deseaba estar en los zapatos de ningún involucrado, Sebastián podía ser caritativo y humilde, pero también el peor y más implacable de los enemigos.

—¿Cuáles? ¿Dónde está? —Saltó Marco con el rostro iluminado. Pero el gesto del hombre le indicó que no era agradable lo que encontró y enseguida se puso serio.

Sebastián sintió un sudor helado que le recorría la columna vertebral, sabía que algo no andaba bien.

—Temo que no es muy alentador lo que debo informarles —hizo una pequeña pausa aflojando el nudo de la corbata, su trabajo le gustaba, pero

esas noticias nunca eran gratas—. La señorita Isabella estuvo internada en un hospital comunitario hace más de una semana —Sebastián sintió de inmediato que le hacía falta el aire, que un hormigueo de horrible presagio se posicionaba sobre sus hombros torturándolos.

Asustado se pasó las manos por el rostro aflojando la corbata—. Llego en estado y perdió a la criatura —murmuró afligido el detective. Un silencio hondo y apabullante se apoderó de aquel lugar. Todos los presentes lo miraron perplejos.

Sebastián no pudo más, se puso de pie nauseabundo, parecía que iba a perder la conciencia de un momento a otro.

—Explíquese por favor —le exigió Paco al ver a todos anonadados de la impresión.

—La señorita llegó ahí con una fuerte hemorragia, el producto... venía sin vida, tenía... seis meses de gestación —concluyó mirando sobre todo a su contratante.

Intuía que él era el principal interesado en esa joven a la que buscaban y si su teoría no fallaba, el padre de la pobre criatura.

Sebastián comenzó a ver borroso y las fuerzas comenzaron a esfumarsele. *“Un hijo, un hijo, mi hijo” se repitió como un demente. Pronto comenzó a tambalearse como si hubiera ingerido cantidades estratosféricas de alcohol. Marco, que estaba cerca, lo sujetó para que no cayera y lo ayudó a sentarse sobre el sillón logrando que se recostara en el respaldo, su cara estaba deshecha de dolor y pánico, profundas ojeras se adivinaban, además de una pálidos desmesurada.*

—Sebastián, Sebastián —lo llamó el chico dándose cuenta de que estaba sumido en un extraño letargo al tiempo que todos se acercaban de inmediato. Pero él ya estaba perdiendo la conciencia.

—Mi hijo, mi hijo, mi mujer, Bella, Isabella, mi hijo —comenzó a decir incoherentemente sudando frío, sentía su cabello húmedo y los párpados pesados.

Paco le deshizo el nudo de la corbata, mientras Carmen le acercaba agua.

—Sebastián, bebe —lo animó el médico mientras todos lo veían entumeciendo el dolor por un segundo. De repente las lágrimas comenzaron a brotar sin poder detenerlas.

—Mi hijo Paco, iba a tener un hijo mío, ¡Bella estaba embarazada! — sollozó como un niño al que se le había arrebatado lo único que le importaba en la vida.

El investigador le entregó el parte médico que había conseguido a Paco y éste comenzó a leerlo mientras los demás intentaban sacar de su semi inconsciencia a Sebastián. Al leer lo que en el reporte decía sus peores miedos, en cuanto a su salud, salieron a flote. Alzó consternado la mirada, eso logró que su amigo reaccionara. La vista se le empañó y las manos le temblaban.

—Isabella... su anemia subió prácticamente hasta el tope, ella... no creo que... debemos encontrarla ya —expresó sin poder decir más.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó todavía mareado y sintiendo que un golpe más ya sería demasiado. Pero al ver su mirada lo comprendió. Negó frenéticamente, como un loco al borde de otro ataque—. No ¡No! Paco ella va a estar bien —sin que nadie lo esperara se levantó fuera de sí y lo tomó por la camisa—. ¡Dime! ¡Dime que va a estar bien! ¡Dime que está bien! ¡Ella tiene que estar bien! —Gritó llorando de forma incontenible.

—Lo siento Sebastián... Isabella llegó en condiciones... muy precarias, no creo que lo logre —aseguró dejando que su amigo le arrugara la camisa. Lo entendía, lo que estaba ocurriendo enloquecería a cualquiera, el mismo se sentía devastado. Carmen logró quitárselo de encima con ternura y paciencia, para enseguida envolverlos en su abrigo y permitirle llorar como un niño. Todos lo observaban sintiendo el dolor que experimentaba.

—No, ella no. ¿Por qué? Es mi culpa, Bella no, mi hijo Carmen, mi hijo... *mi Bella, le fallé, le fallé* —se alejó un poco y recargó su frente en uno de los muros sintiendo que su vida estaba terminando.

—Esto es de vida o muerte, búsquela hasta por debajo de las piedras, contrate a la gente que deba contratar, pero encuéntrala cuanto antes ¿Entendió? Esta mujer está... muy mal. Cada minuto vale —ordenó Paco con decisión. El hombre asintió serio.

—Cuenta con ello, sé que esto es prioridad y... lo siento mucho —logró decir saliendo de inmediato por donde entró.

Sebastián ya se encontraba sentado de nuevo en otro sillón con la cabeza entre las manos. Paco se acercó hasta él colocando una mano sobre su

espalda. Dios, lo que estaba ocurriendo era atroz.

—La vamos a encontrar, por favor tranquilízate, es necesario que tengas la cabeza fría, ella te necesita —le hizo ver. Él asintió sin mirarlo. Pero no podía dejar de pensar en Bella moribunda en algún lugar, o enferma, embarazada quién sabe en dónde. Era su hijo, aunque continuamente el usaba protección existieron ocasiones en las que no lo hizo ya que el encuentro los asaltaba en algún lugar desprevenidos, además esas cosas fallaban y no iba a dudar de ella, no después de todo lo que pasó.

Isabella estuvo sola, embarazada, enferma y él... no lo sabía. No tuvo a nadie con quien contar, las puertas de todos lados se le cerraron humillantemente. El detective se los dijo hacía unas noches. La echaron de la universidad por el puto escándalo, no tenía prácticamente amigos ¿Qué hizo todo ese tiempo? ¿Dónde estuvo? Alcanzaba a sentir un poco del dolor, la desesperación, la decepción que ella vivió todo ese tiempo. De tenerlo todo se vio sola de pronto, sin dinero, sin familia, sin sus hermanos y... embarazada. No podía siquiera imaginar lo que vivió. Jamás se perdonaría todo eso, jamás y dedicaría la vida para que por lo menos ella lograra perdonarlo. Si... la encontraban a tiempo. Tenía que ser así; suplicaba desesperado.

Debían hallarla para que pudiera volver a vivir como sólo ella lo hacía: impulsiva, intempestiva, decidida, hiperactiva e intensamente. Esa joven era el aire en su vida, su motor para andar cada día, y podía perderlo, podía perderla para siempre...

Ya había salido hacía varios días del hospital y no pudo regresar al trabajo, apenas si logró ir a comprar algo para comer y desde hacía un par de días, ni eso. Las fuerzas que le quedaban eran mínimas. Pero ya no le importaba, ya nada le importaba. Ni el lugar donde estaba tumbada, lo sucedido, ni si perdía el empleo.

Sólo quería dormir y ya no despertar. La última vez que se vio en un espejo parecía más muerta que viva, cavilaba que ahora estaba mucho peor. Lloró por sus hermanos, hacía dos semanas que no le escribía a Marco y era mejor así... lo más probable era que ya no los volviera a ver, pero ellos estaban bien, serían felices y eso era lo único que importaba. De pronto escuchó la puerta abrirse, pero no tenía energía para voltear a ver quién era y

tampoco le interesaba en realidad.

—¿Isabella? —Escuchó a esa voz ya tan familiar, era Gladis, su compañera del trabajo. La mujer se acercó preocupada hasta ella, hincándose a su lado para poder verla—. Isabella, te ves muy mal —soltó angustiada. La convaleciente asomó una débil y lamentable sonrisa —No... te preocupes, es sólo... que... me siento muy cansada —logró decir con voz pastosa.

—No Isabella, tú sigues mala ¿Por qué te sacaron del hospital? Todavía no te recuperas, solo hay que verte, tienes unas ojeras horribles y la carne bien pegadita al hueso —acercó su bolso y sacó un poco de fruta y pan—. Toma, come —puso un brazo detrás de ella y con facilidad la levantó para que se sentara en la cama, era ya tan ligera como una pluma y se podían sentir sus costillas sin la menor dificultad—. Ve nomas, no has de pesar ni cuarenta kilos, estas esquelética — Isabella sonrió sin alegría e intentó agarrar la manzana, pero sintió que le pesaba demasiado y rodó por sus manos sin poder evitarlo, sabía que estaba cada vez más cerca de terminar su existencia en ese mundo que al parecer se empeñaba en hacerle ver que nunca sería feliz. La mujer la alcanzó a tomar y se la colocó entre los dientes para que la comiera. Ella mordió un pequeño pedazo y comenzó a masticarlo con mucha lentitud.

Era la tercera vez que Gladis iba a verla, le llevaba comida e intentaba animarla, pero la veía cada vez peor, tenía miedo de que si no iba a visitarla un día llegaría y ella llevaría días muerta ahí, sola. Al parecer no tenía familia, pero se veía educada e inteligente y cuando recién la conocía, también muy hermosa. Sin embargo, ella nunca le platicaba nada, así que decidió respetarla. Cuando hubo dado varias mordidas a la fruta casi había pasado una hora e Isabella transpiraba por el esfuerzo a pesar de que era mediados de diciembre y hacía un frío endemoniado, sobre todo ahí, en ese cuartucho que olía a rayos y seguro ni le daba el sol en ningún momento. Abrió un pequeño jugo con la pajilla, también se lo dio a beber colocándoselo en la boca y ella soportándolo.

—Isabella, debes recuperarte, todas preguntan por ti, hasta el gerente. Por favor cuídate, come, aquí te dejo estas frutas, galletas y jugos. Acábatelos ¿Sí? Yo vengo de nuevo pronto. Intentaré traer a un doctor para que te revise —la ayudó a recostarse de nuevo y salió de la humilde recámara apagando la

luz.

Sabía que tenía que luchar, ¿pero ya para qué?, la vida con ella fue muy dura y ya estaba cansada, ya no quería, no podía, pensó llorando mientras se quedaba de nuevo dormida.

Capítulo 14

—Es aquí —le indicó el investigador. Era mediodía y él pasó por Sebastián al informarle que por fin la había encontrado gracias a una amiga del trabajo.

El lugar era deprimente, viejo y muy feo. La colonia se veía peligrosa. ¿Hasta dónde se vio orillada Isabella para llegar a esos extremos? De solo pensarlo crecía el nudo en la garganta. Tenía terror de verla. Por lo que el investigador le informó no estaba bien, pero vivía, eso era lo único que importaba. La compañera de su trabajo fue el día anterior por la noche y aseguró que aún respiraba. Con los puños apretados y la quijada tensa, siguió al hombre. El detective tocó la puerta de la casucha mientras Sebastián observa todo a su alrededor con el pulso acelerado.

Salió una mujer con cara adusta.

—¿Qué quieren? —preguntó osca.

—¿Aquí vive una señorita llamada Isabella Fuentes? —la dueña de aquel espantoso sitio los observó dudosa.

—Sí, creo que sí —habló con su voz de cacatúa.

—Me hace el favor de llevar al señor a su cuarto —le pidió el agente ofreciéndole dinero. La mujer sonrió complacida mostrando una desvencijada dentadura.

—Desde luego, yo lo llevo —y así lo hizo. Un metro antes de la puerta se la indicó con la mano—. Es ahí, pero le advierto que es bien rara, desde que me pagó las semana pasada no ha vuelto a salir y ya le dije que si no lo hace esta, saco todas sus cosas —Sebastián la ignoró preocupado, se detuvo frente a la barrera que los separaba, tomó el picaporte y lo giró lentamente. Abrió despacio, un olor a enfermedad y descompuesto se le metió hasta los pulmones, su corazón se detuvo.

La habitación estaba en penumbras, las cortinas desgarradas estaba cerradas obstaculizando cualquier entrada de aire o luz. De repente, justo frente a él, reparó en un pequeño bulto en la cama. Buscó el interruptor y prendió la luz. El bulto ni siquiera se movió y daba la espalada a la puerta, no podía ser ella, parecía demasiado pequeño ese cuerpo, de hecho parecía el de

un niño pequeño. De nuevo un sudor frío lo recorrió, rezaba por no haber llegado tarde. Había restos de fruta sobre la mesilla de noche, también galletas y jugos sin abrir. Rodeó la cama con el pecho apretado y de pronto, alcanzó a ver su rostro.

No pudo moverse, incluso dejó de respirar. Sus pómulos se le saltaban tanto que no podía estar con vida, tenía unas ojeras profundas y muy oscuras y... no se movía. Se acercó de prisa quitándole la cobija mal oliente de encima. Ella se movió un poco pero no despertó, cuando vio sus hombros y el resto de su cuerpo sintió que iba a gritar del dolor. Estaba demasiado delgada y muy poco abrigada pues ese pijama apenas si la calentaba. Maldición. No podía ser que en eso se hubiese convertido gracias a su idiotez, a su incredulidad, a su desconfianza. Pasó una mano temblorosa por su mejilla, estaba fría, su boca estaba seca y su cabello que siempre fue brillante ahora estaba opaco agarrado en una coleta, lo que llevaba puesto parecía tener días de no cambiarse pues manchas oscuras, supuso que de sangre, lo indicaban y por si fuera poco, le quedaba enorme. La rabia latía ardiente por todo su cuerpo, pero la preocupación aún más. La iba a sacar de ese asqueroso lugar cuando ella se volvió a mover. Él suspiro aliviado al comprender que aún tenía esperanzas.

—Gracias a Dios que te encontré —murmuró sintiendo que el pecho se le quemaba.

Al escucharlo, Isabella abrió sus enormes ojos y lo observó consternada. Sebastián sintió su mirada de inmediato—. Bella —musitó perplejo. Pero ella parecía pasmada, aterrorizada. Que lo mirara de esa manera terminó con toda su entereza—. Bella, te voy a sacar de aquí —dijo comprendiendo que era el momento de mostrarse fuerte, de tomar el control. Se quitó el saco para envolver su torso con sumo cuidado, sentía que le podría romper un hueso si la tocaba siquiera.

—¿Qué... ha—ces? —Consiguió preguntar la joven con voz pastosa, frágil. Al escucharla hablar así de débil sintió que debía haber matado a los responsable de todo. Pasó un brazo por debajo de sus delgadas piernas y otro por debajo de los hombros sin ningún esfuerzo y la elevó. Mierda, no pesaba nada.

—Vine por ti —enseguida empezó a sentir como hacía intentos muy

deplorables por soltarse y comenzaba a llorar. Sebastián la acercó a su pecho como a un bebé y salió con ella en brazos. Al llegar al auto, el investigador asombrado por lo que sus ojos veían, le abrió la puerta trasera de inmediato.

—Ve por todas sus cosas. Date prisa, está muy mal —le ordenó al hombre.

La acomodó a su lado como si fuese una pieza de porcelana, parecía que en cualquier momento se rompería de lo frágil que se veía. Ella ya no se hallaba consciente, estaba completamente laxa. La observó con la vista empañada, lo que tenía enfrente no era ni por asomo su Bella de siempre, era un lastimoso remedo de ella. El remedo que él y varios más provocaron. Oía muy mal, sin embargo, no pudo evitar besar todo su rostro con ansiedad y lágrimas.

—Vas a estar bien, mi amor. Te juro que vas a estar bien —lloró preocupado. Pasó muchas noches sin dormir solo rogando que la encontrara con vida, y ahora que estaba frente a él más muerta que viva, no podía dejar de besarla agradeciendo haberla encontrado. Su móvil sonó y lo contestó sin soltarla—. Paco, ya la tengo, y está muy mal, muy mal.

—Tráela de inmediato, ya tengo todo dispuesto. La estamos esperando.

—Llegamos en unos minutos.

En el camino Isabella no se movió, ni despertó, respiraba con evidente dificultad, observó su delgado cuerpo con sumo dolor, tenía en sus brazos los moretones de los piquetes que le suministraron salvajemente en el hospital donde perdió a su hijo. Al pensar en ello volvió a sentir ahogarse en rabia y tristeza.

Quince minutos después llegaban al hospital, la bajó en brazos del auto sintiendo que con cada paso la perdía pues no daba ya signos de seguir en este planeta. Paco ya lo esperaba en la puerta, lo ayudó a recostarla sobre la camilla sin dudar, sin embargo, al verla abrió los ojos impactado.

—¡Oh por Dios! —Isabella parecía estar exhalando su último aliento.

—Lo sé —le dijo con la voz quebrada Sebastián—. Sálvala Paco, te lo suplico —El médico asintió y sin perder el tiempo entró al hospital dando instrucciones a las enfermeras e internistas que se arremolinaban a su alrededor. Aún afuera les habló a Carmen y a Raúl para avisarles lo que sucedía. Se acercó a uno de los muros laterales a la entrada de urgencias, recargó su peso y soltó el llanto contenido. Se dejó caer derramando todas las

lágrimas que no se permitió derramar hasta ese momento. Su mujer, Isabella, estaba ahí adentro en un estado deplorable, por mucho que la imaginó en malas condiciones, verla así superó con creces lo que su mente creó. Isabella se veía acabada, moribunda y lo peor de todo era que lo vio con miedo, intentó luchar con él cuando la sacó de aquel espantoso lugar. Si lograba salir adelante... ella no lo perdonaría, lo sabía, lo intuía, él mismo no lograba hacerlo y menos después de verla así, de imaginar gran parte de lo que tuvo que pasar.

El investigador le informó que trabajaba de afanadora en un mini súper desde hacía seis meses ¿Cómo era posible que hubiese terminado así? Y una mierda, sí sabía muy bien la puta repuesta. Se encontró sola, desprovista de dinero y desprestigiada por todos lados, probablemente buscó en otros lugares y... por lo que inventaron no la aceptaron, luego, cuando se dio cuenta de su embarazo y... lo que comenzaba a causar en su salud, seguramente ya no pudo buscar otro empleo.

Recordaba su rostro el día que la acusó de todo aquello, la forma en la que se defendió rogando. Si él la hubiese escuchado, si no hubiera evocado en aquel momento lo que Mariza y Rodrigo le hicieron, probablemente hubiera dudado a pesar de que todo la inculpaba. Dio un buen golpe a al muro importándole poco que sus nudillos hubiesen sangrado debido al rudo contacto. Isabella tenía que vivir, tenía que lograrlo. Era buena, limpia, el ser más maravilloso y bondadoso que hubiera conocido, no se merecía terminar así, ella no.

A los minutos llegaron Carmen, Raúl y Marco. Al verlo con la cabeza entre las rodillas y las manos sangradas atrapadas en su cabello se acercaron preocupados.

Sebastián estaba notoriamente derrotado, acabado.

—¿Cómo está? ¿Qué paso? —Preguntó preocupado Marco hincándose para verlo de cerca, él alzó la cabeza con los ojos enrojecidos, llenos de dolor y culpabilidad.

—No lo sé, Paco aún no ha salido —musitó con hilo de voz desviando la mirada.

—Pero... ¿Cómo la viste? —Suplicó saber el chico desesperado. No le mentiría, él merecía saber la verdad.

—Muy mal Marco, muy mal —las lágrimas también se le agolparon, enseguida

Carmen y Raúl lo abrazaron. Observando a Sebastián que aún continuaba en el suelo con la mirada ausente.

Pasaron más de cuatro horas desde que ingresó Isabella y todos permanecían sentados sin decir una palabra. Paco salió por fin provocando que se acercaran como imanes al instante.

—¿Cómo está? —Quiso saber el hermano de la joven, desolado. Los demás esperaron la respuesta.

—No puedo mentirles —los rostros de los presentes se descompusieron más aún—. Está muy débil, todo lo que se ganó se perdió por completo.

—¿A qué te refieres? —Exigió saber Marco. Paco lo estudió serio recordando que no sabía.

—Isabella tiene una anemia severa Marco, la habíamos controlado, pero con el embarazo y mala alimentación se disparó de nuevo, prácticamente no produce glóbulos rojos. Tuvimos que ponerle un catéter para que el potasio le entrara directo. Su presión es muy baja, respira con muchísimo esfuerzo, así que también le suministramos oxígeno. No quiero asustarlos pero debo ser sinceros con ustedes... podría entrar en coma o tener un paro respiratorio en cualquier momento...

—¡No! Haz algo por favor —suplicó Sebastián completamente lívido ante la noticia.

—Eso estamos haciendo, Sebastián. Pero debemos esperar para ver cómo reacciona. El embarazo... no fue nada fácil para ella —les intentó explicar—. Por los análisis y el expediente que nos dieron del otro hospital el... bebé tomó todo lo que necesitaba de ella para intentar crecer y sobrevivir, por eso se encuentra así, además de que... —le costaba trabajo seguir, se metió las manos a las bolsas de la bata y agachó la cabeza unos segundos para volver a encararlos.

—¿Qué? —Deseó saber Sebastián, estaba hablando de su mujer, de su hijo, necesitaba saberlo todo aunque adivinada que incrementaría su culpa y dolor.

—Sebastián... el bebé murió dentro de ella, cuando algo así sucede y no se detecta con rapidez, envenena el cuerpo de la madre. En el hospital donde

estuvo, no la atendieron como debieron, incluso la hicieron expulsarlo de manera natural a pesar de que estaba al borde de sus fuerzas —consiguió explicar Paco.

—¿Por qué? Eso es inhumano —farfulló apretando los dientes. Tenía ganas de matar a todo aquel que tenía que ver con que ella estuviera así, entre esos, él mismo.

—Esos sitios no tienen la preparación, ni las herramientas Sebastián, ellos hicieron lo mejor que pudieron. Todo esto ha sido muy traumático para ella y seguramente muy doloroso, si hubiera sabido su condición probablemente habría podido tomar más precauciones —admitió sintiéndose culpable—. Seguro no entendió por qué su cuerpo se estaba deteriorando de ese modo tan agresivo y veloz... —todos se sintieron aún peor al escuchar eso. Nadie le explicó a detalle nada porque nunca hubo necesidad, comía bien y se cuidaba, en general parecía sana, así que por una u otra cosa le perdieron la importancia que sí tenía, una negligencia médica tremenda de su parte, falta a su código. Se rascó la cabeza con notoria culpabilidad—. En fin... eso ya no lo podemos cambiar... Ella aún no ha despertado —continuo apesadumbrado—, y me da la sensación de que esta evadiéndose.

Isabella... no quiere luchar. Dios... todo esto no debía de estar pasando... —soltó Paco pasándose las manos por el rostro.

Al escuchar a su amigo, Sebastián sintió que iba a perder el juico, todo parecía una pesadilla de terror, todo lo que pasó, todo lo que sufrió... ¿Cómo iba a superarlo?

Apenas si tenía veintitrés años y ya tenía una lista de tragedias más larga que incluso personas que morían a los cien.

—Quiero verla —exigió Marco de repente.

—No es buena idea, además, como les dije hace un momento, no ha despertado —le explicó intentando convencerlo para que no la viera en ese estado.

—No me importa, tengo que verla, tengo que lograr que luche, tengo que decirle que no puede dejarse vencer —rogó con la voz quebrada. Paco colocó una mano sobre su hombro. Ese chico le caía demasiado bien y tenía mucho que aprenderle.

—Marco, está muy mal, no es como siempre, está muy... demacrada,

asombrosamente delgada.

—No me importa, debo estar ahí, debe saber que ya todo término, que va a estar a salvo. La conozco, no le creerá a nadie. Por favor Paco, déjame intentarlo por lo menos —le suplicó sollozando.

—Paco, déjalo pasar, por favor. Ella es al único que va a escuchar, por favor — imploró Sebastián sabiendo que esa era la única esperanza. Isabella no quería ver ni escuchar en esos momentos a nadie, mucho menos a él y la entendía con todo el dolor que esto le causaba, pero alguien tenía que lograr que no se dejara vencer, tenía que hacerle ver que debía luchar.

—Está bien, pero solo un momento Marco ¿Comprendes? Ella está muy débil, su estado es crítico y probablemente no te escuche ¿De acuerdo?

—Gracias Paco, sé que me escuchará y te prometo que no la cansaré... Confía en mí —juró Marco con una increíble resolución en la mirada e intentando sonreír.

Unos minutos después ya se encontraba vestido de acuerdo al reglamento de terapia intensiva; con tapa bocas, una bata esterilizada y un gorro sobre el cabello, se lavó las manos y Paco lo guio.

El cuarto estaba iluminado por luces blancas, había muchos aparatos y en la cama... estaba ella. De nuevo las lágrimas acudieron sin poder detenerlas. Miró a su cómplice en toda la aventura que fue descubrir la verdad esperando el permiso para poder acercarse.

—Cinco minutos Marco, no más... regreso por ti —y desapareció dejándolo ahí.

Se acercó despacio hasta la cama. Isabella estaba muy delgada, esquelética era la palabra. Tenía unas profundas ojeras que hacían ver sus ojos hundidos. Sobre la boca y nariz tenía una mascarilla que al parecer la ayudaba a respirar, por uno de sus brazos le suministraban suero y probablemente medicina, pensó. Un monitor del otro lado de la cámara, de allí salían cables que se pegaban como pequeños chupones a su pecho y lanzaba pitidos constantes.

Tomó su mano huesuda y le acarició la frente sintiendo una opresión en el pecho.

No podía entender por qué las cosas sucedían así, por qué ella estaba así... Su hermana, la mujer que dio todo por ellos, la que luchó siempre por

sacarlos adelante anteponiéndolos a sí misma. Recordaba las horas de angustia al no saber dónde estaba, la ardua tarea por intentar descubrirlo todo, los días eternos esperando saber de ella, todo, todo para encontrarla casi muerta, vencida en esa cama.

—Isa —susurró acercándose a su oído—. Isa, ya todo acabó, todo va a estar bien de ahora en adelante. Por favor despierta, lucha, Dana y yo te necesitamos, por favor hermanita, no te dejes vencer —la enferma no daba señal de escucharlo, pero no le importó y continuó hablándole como si estuviera seguro de que lo hacía—. Isabella, si no luchas yo tampoco lo haré, sabes que no estoy mintiendo, tú siempre peleaste por que estuviéramos juntos y así debe seguir siendo. Te juro, y sabes que no miento porque soy tan obstinado como tú, que si no luchas, si no peleas, yo me iré de casa de Carmen y Raúl regresaré a la calle y me dedicaré a echar por la borda todo lo que hiciste ¿Me escuchas? Todo, y Dana se quedará sola, sola porque ninguno de sus dos hermanos fueron lo suficientemente fuertes como para verla crecer y ser feliz —la amenazó con firmeza—. Sé que perdiste a un bebé, sé que te sientes mal por eso, pero Isabella no fue tu culpa, tú estabas mal, nadie te lo dijo pero estabas mal... Sé que luchaste por él, sé que tu bebé lo sabe —le informó con lágrimas en los ojos.

—Era... niña —escuchó la voz de su hermana, levantó la cara llorando de la alegría. ¡Lo logró!

—Isabella, por fin... —le besó la mano una y otra vez. Ella no abría los ojos, pero lágrimas escapaban de sus parpados cerrados.

—Era niña —volvió a decir con voz menos pastosa, intentaba verlo pero sentía que tenía que poner todas las fuerzas que le quedaban para eso.

—Sh, sh. No te esfuerces Isa, todo va a estar bien... —pero ello lo siguió intentando hasta que lo logró, había escuchado todo lo que le dijo, al principio pensó que estaba soñando o que era un ángel que le hablaba porque ya había muerto, pero poco a poco fue dándose cuenta de quién era y esa voz la fue sacando de su letargo sin que pudiera evitarlo, esa voz la seguiría toda la vida sin dudarle. Su hermano.

—Marco... —susurró mirándolo fijamente, él se acercó a su mortecino rostro y le dio un beso en la frente con suma ternura.

—Isa, lo siento, siento todo lo que pasó.

—No es... tu culpa —consiguió decir con esfuerzo mientras lloraba por la alegría de volver a verlo. Creía que no volvería a ver sus enormes ojos.

—Isa, tienes que luchar, te lo suplico —le rogó apretando su mano levemente. Ella miró al vacío desconectada de la realidad.

—Estoy... muy... can... sada... Marco —le intentó explicar.

—Lo sé Isa, lo sé, pero no te dejes, sé que escuchaste lo que te dije, y te juro que lo cumpliré —le advirtió decidido.

—N—no... —replicó aterrada. Se veía tan vulnerable, débil y agotada que no pudo evitarse sentirse mezquino al decirle todas esas cosas, pero no iba a dejar que se rindiera, la iba a chantajear con lo que sabía más le dolía; la felicidad de ellos, era necesario.

—Entonces lucha, no te dejes vencer ¿Entendiste? —Le exigió mirando fijamente sus enfermos ojos para que comprendiera que no bromeaba.

—Marco... —suplicó ansiosa.

—No Isabella, no vamos a discutirlo —negó fuertemente—. Sólo lucha, es todo lo que te pido, deja que aquí se encarguen del resto. Si lo haces yo no cumpliré nada de lo que te dije, pero si no... —no pudo terminar la frase porque ella negaba levemente con la cabeza desesperada—. Tranquila, sh, sh, tranquila... —empezó a acariciarle la mejilla al ver que de verdad se había alterado.

—Es tiempo, Marco —entró Paco y la vio despierta, se colocó al otro lado de la cama sonriendo aliviado—. Isabella... —pudo decir mirando la resolución en los ojos de ese jovencito asombroso—. Lo lograste —susurró impactado.

—Te lo dije, la conozco —manifestó triunfante. Isabella revisó sólo un instante al nuevo visitante para enseguida contemplar a una de sus razones con devoción.

—Isa, vas a estar bien —comenzó a explicarle Paco con ternura—. Yo me voy a encargar de que así sea ¿Está bien? No me voy a despegar de aquí hasta que estés mejor ¿De acuerdo? —Ella asintió levemente mientras el agua seguía saliendo sin poder evitarlo de sus ojos como un torrente que no tenía forma de parar, no podía creer que estuviera ahí, que su hermano se encontrara a su lado—. Sólo necesito que luches, ¿Comprendes? Del resto yo

me encargo —sin perder tiempo salió en busca de una enfermera y disponer todo para reunirse con el equipo de médicos especialistas para decidir el siguiente paso.

—Me tengo que ir Isa, pero no olvides lo que hablamos. Mañana prometo regresar ¿Sí? —Se despidió dándole un beso en la frente mientras ella asentía con los ojos, ya no podía mover la cabeza del agotamiento. Incluso antes de cerrar la puerta de esa área sumamente restringida, Isabella ya estaba de nuevo dormida.

Cuando salió de terapia intensiva, Paco ya estaba dándole la noticia al resto.

Carmen al verlo tan vulnerable se acercó rápidamente y lo recibió entre sus brazos mientras lo dejaba desahogarse pues el joven lloraba sin poder controlarlo. Todos esperaron hasta se logró tranquilizar sintiendo estrujados su pechos.

—Va a luchar, lo sé —declaró dirigiendo su atención a Sebastián que lucía ya para ese momento demasiados años mayor. Éste sonrió un poco más tranquilo al escucharlo, sin embargo, faltaba ver que de verdad se fuera recuperando y para como la halló, eso se veía muy complicado.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo la viste, mi niño? —Le preguntó Carmen a un lado de él acariciándole la espalda. Marco seguía sin dejar de observar al que fuese su cuñado por un tiempo, no le gustaba verlo así a pesar de lo enojado que estuvo con él.

Jamás olvidaría que fue el hombre que los ayudó sin esperar nada a cambio, que les dio una familia, que los sacó de ese maldito infierno en el que crecieron, que amaba a su hermana y fue cruelmente engañando. Estaba sufriendo, estaba sufriendo muchísimo.

—Dijo que... era una niña —Carmen soltó un grito ahogado presa del llanto. Raúl la abrazó de inmediato sintiendo el mismo dolor que su mujer. Sebastián no se movió, continuó sosteniendo la mirada del chico sobre sí entendiendo lo que quería transmitirle—. Sebastián —se acercó despacio y colocó las manos sobre sus anchos hombros—. Lo siento, de verdad lo siento mucho —se abrazaron con fuerza recuperando la relación que antes tenían. Nadie tenía que haber pasado por algo semejante, nadie.

Marco al verlo a los ojos, comprendió lo mucho que Sebastián lamentaba

lo que había ocurrido, la intensidad con que amaba a Isabella, lo difícil que estaba siendo esa situación para él. Era evidente que la culpabilidad que sentía lo estaba consumiendo sin tregua. Se dio cuenta de que si ese hombre pudiera ocupar el lugar de su hermana en aquella maldita cama lo hubiera hecho sin dudar y le dolió saber que lo más difícil para él apenas se aproximaba porque si Isabella salía bien de todo esto, que estaba seguro lo haría, no iba a perdonarlo o por lo menos no fácilmente.

Sebastián iba tener que luchar hasta desfallecer si quería volver a tenerla a su lado. Y el saber que él lo haría, lo hizo volver a sentir el respeto y cariño que antes le tenía. Después de todo también fue víctima de todo lo que ocurrió, también estaba pagando por su error y desconfianza.

Ya era de madrugada. Carmen dormitaba descansando su cabeza en el hombro de Raúl acurrucada con su propio abrigo. Marco y Sebastián se encontraban sentados uno a lado del otro, ambos recargados completamente en las sillas, con los brazos cruzados, la cabeza sobre la pared y solo uno de los dos tenía los ojos cerrados. Pero el otro... no podía dejar de pensar y tenía la mirada completamente perdida en algún punto. Los recuerdos se agolpaban en su juró que nada de lo que estaba ocurriendo sucedería. La entrega y la pasión con la que siempre hacían el amor; ella le daba todo sin quedarse con nada. El día en que le dijo que quería pagar un parte de la boda y que él se negó. Era increíble que lo que se le ocurrió en ese momento; decidió ir a donarlo todo para niños que crecieron bajo sus mismas condiciones. El día que le dio el primer beso, todavía tenía clavada en la memoria su mirada cuando le dijo que no iba a volver a suceder. Ella era mucho más madura, mucho más inteligente, le permitió alejarse y luego lo recibió dándole todo el amor que jamás pudo haber soñado. Si esos desgraciados no hubieran hecho lo que hicieron y no les hubiera creído; Bella y él llevarían casi seis meses juntos, estarían comprando todos los regalos de navidad y estarían impacientes por conocer a su... hija, esa hija que jamás iba a ver, que jamás iba a conocer. Isabella no tenía que haber vivido todo eso, ella debía estar en ese momento a su lado, dormida pegada a su pecho, segura, rebosante de salud y él cuidándola para que disfrutara cada momento de su embarazo y nada malo ocurriese ni a ella, ni al nuevo ser que tomada todo de sus entrañas.

Intentaba entender por qué pasaban esas cosas en la vida, por qué parecía que el destino se empeñaba en que ella no fuera feliz, que él no fuera feliz. Por qué permitía tanta desgracia y dolor en una sola persona. Recordó de pronto lo que Marco dijo sobre su niñez. Carmen le comentó algunas cosas que el muchacho le mencionó hacía un tiempo y eran muy fuertes: días sin comer, siempre solos, una madre neurótica y adicta e Isabella convertida, a sus diez años, en madre de un chico de cinco y una bebé de meses. Pero al escuchar que fue golpeada hasta casi dejarla inconsciente, que la mujer que les dio la vida intentó venderla, fue cuando entendió la razón del porqué existían los asesinos, si él la tuviera de nuevo enfrente la mataría por ser el bicho despreciable que era. Pero ahora... ya nada tenía sentido, Isabella estaba adentro, débil, derrotada y seguramente muy desilusionada de todo y de todos. Si se recuperaba, pensó con un nudo en la garganta, ella... no olvidaría toda esta pesadilla con facilidad, no lo iba a perdonar, lo sabía, jamás volvería a confiar en él y era lógico ¿Cómo iba a volver a creerle? Si en la primera prueba la aventó al vacío, confió en gente que no conocía y no a ella... eso era algo muy difícil de disculpar, la traición y él lo sabía, era complicado de olvidar cuando proviene de las personas que más amas.

—¡Está respondiendo! —Salió Paco sin que ninguno se hubiera dado cuenta. Todos se levantaron esperando más información—. Isabella ya comenzó a luchar, todavía no sale del estado crítico, pero los medicamentos le están haciendo efecto y ya empieza a respirar por sí misma con mayor facilidad, si continua así las próximas veinticuatro horas, podremos pensar que el peligro comienza a ceder —les comunicó animado.

—Dios te oiga, Paco —rogó Carmen abrazando a Marco por la cintura.

—No hay que cantar victoria aún —y miró al adolescente admirado—. No sé qué le dijiste, ni que hiciste, pero debió haber sido algo muy importante... de verdad que ustedes no dejan de asombrarme ¿Alguna vez dejaran de hacerlo? —Le preguntó despeinándole el cabello con una mano. Todos sonrieron estando de acuerdo con lo que acababa de decir. Los tres eran chicos fuera de lo común, nunca se sabía cómo reaccionarían antes las situaciones, pero lo que sí era un hecho es que no lo hacían como el resto de las personas, siempre buscaban la solución más noble, más honorable y más honesta. Dana era muy pequeña y todavía no había tenido oportunidad de

demostrar bien su carácter, pero Isabella y Marco no se rendían, luchaban todos los días, disfrutaban lo que tenían, jamás se quejaban, recibían todo como si fuera un regalo echo específicamente para ellos, respondieron a todos los cambios mejor que cualquiera. Eran muy orgullosos, de carácter decidido y fuerte, pero también muy divertidos y activos. Todos en casa de sus padres adoptivos vivían en constante movimiento, los tres no daban tregua: iban, venían, ayudaban, jugaban, salían, hacían sus deberes, en fin... Imparables y demasiado inteligentes.

Encontrarlos fue un gran regalo y bálsamo para el alma de los ahí presentes. Todos observaron a Marco tratando de saber qué era lo que había hecho, pero el solo asintió orgulloso y no dijo nada—. Bueno, regreso cuando tenga más noticias. Sé que no voy a poder convencerlos de que se vayan a sus casas así que... intenten descansar —se metió de nuevo por la puerta que salió y ellos regresaron de nuevo a sus lugares.

—No sé qué fue lo que le dijiste y... aunque no te lo debo de decir: Gracias —dijo Sebastián a ese chico impresionante.

—Va a recuperarse, lo sé, jamás permitiría que volviera a la calle —le confesó guiñándole un ojo. Sebastián por primera vez en varios días sonrió al entender lo que el muchacho había hecho.

—¿De verdad le dijiste eso? —Quiso saber conmovido.

—Sí, eso ella jamás lo permitiría, así que... por su bien tuve que decirle eso —explicó encogiéndose de hombros. Sebastián lo estudió extrañado.

—Y... No lo harías ¿Verdad?

—No Sebastián, jamás le haría eso a ella o a mí mismo, soy muy feliz con ellos —señaló a los dos adultos mayores que platicaban en voz baja—. Ellos para mí ya son mis padres ¿Comprendes? Nunca podría lastimarlos —para ser un adolescente que estaba a punto de cumplir los diecisiete, lo que decía era muy maduro. Isabella era igual, ella ya había cumplido hacia unas semanas los veintitrés y actuaba siempre mucho mayor a su edad, recordó Sebastián con la misma sonrisa.

Capítulo 15

Cuando el sol comenzaba a asomar Sebastián llevó café para todos, la noche fue larga y fría. Ciro llegó con un refrigerio caliente aún consternado con todo lo ocurrido. Mientras los acompañaba a ingerir los alimentos en una de las terrazas del hospital que se encontraban pegadas al ala donde Isabella estaba, Carmen y Marco lo pusieron al corriente del estado de salud de la muchacha. Sebastián se veía muy demacrado, casi no hablaba y permanecía la mayor parte del tiempo con la mirada perdida. En cuanto a Raúl sólo los observaba hablar pero parecía también muy pensativo.

A media mañana Paco les informo que Isabella iba igual, que pasadas unas horas más podría asegurar que salía prácticamente del peligro. El nuevo asistente de Sebastián, un muchacho simpático y muy eficiente, llegó con varios papeles para que su jefe los ojeara y firmara, hicieron varias llamadas, se pusieron de acuerdo y después desapareció asegurándole que no se preocupara de nada.

La noticia tan esperada llegó en la noche.

—Isabella pasó el periodo crítico —les informo Paco tranquilamente y notoriamente agotado—. A partir de ahora debe empezar a mejorar. El proceso va a ser paulatino, lento. Debe recuperar fuerza, peso y comenzar a comer poco a poco, va a dormir mucho, eso va ayudarle a reponerse. Pero si todo sigue igual, pasado mañana la trasladaré a terapia intermedia —declaró con esperanza.

—Y... ¿No ha despertado? —Deseó saber Sebastián.

—Sí, pero enseguida vuelve a dormir. Para ella decir una palabra, es como correr un maratón, así que prefiero que descanse e intente usar sus energías recuperándose —le explicó a su amigo.

—Entonces... ¿No la podemos ver? —Dedujo Marco triste.

—No, lo siento, si mañana sigue así te prometo que podrás entrar un momento ¿De acuerdo?

—Está bien Paco, ni hablar...

Esa noche Sebastián y Marco convencieron a Carmen y Raúl que fueran a dormir a su casa, Dana ya llevaba mucho tiempo sola y ellos debían

descansar. Después de mucho rogarles ambos aceptaron. Raúl regresó más tarde con algo de cenar para ambos, un termo de café y unas pequeñas almohadas que se enroscaba en el cuello.

—Sebastián, no es tu culpa todo esto —musitó Marco ya que se quedaron solos, mientras tomaban café.

—No te engañes, Marco —contestó en desacuerdo.

—Si lo piensas bien, era lógica tu reacción, te sentiste traicionado, usado. Cualquiera hubiera reaccionado así, además sé lo que viviste con aquella mujer y... Bueno, pensar que mi hermana te estaba haciendo lo mismo para ti fue muy duro...

—Quisiera ver las cosas como tú las ves, creo que eres demasiado indulgente conmigo. Le fallé, eso es lo único real —reconoció torciendo la boca.

—Ella y Dany son lo que más quiero en el mundo y no perdonaría a nadie que les hiciera daño, pero ahora que sé está mejor, puedo pensar con mayor claridad, Sebastián. Sé cuánto la amas, y sé que no sabías lo que yo te dije sobre mi madre. Bella, como tú le dices —le señaló sonriendo—. Es una caja fuerte cuando del pasado se trata, sé que jamás te dije nada sobre lo que vivimos, sé que intentó olvidarlo todo y comenzar una nueva vida. Si tú hubieras conocido esa parte de la historia... probablemente hubieras dudado más de todo lo que se decía. Así que... esto no es culpa tuya o suya, es culpa de esos infelices que creen que las clases sociales deberían estar tatuadas en la piel para que nadie pueda ostentar un título que no le corresponde, imbéciles.

—Gracias Marco, ojalá lo que me dices limpiara un poco la culpa y el dolor que siento. Tu hermana es mi mundo, es mi todo, ahora que estuvimos separados estuve a punto de buscarla y rogarle que volviera conmigo, cada día era peor que el anterior, era como sentir que algo moría dentro de mí... —le confesó ya rendido.

—¿Ibas a buscarla a pesar de lo que pensabas de ella? —Preguntó el muchacho con los ojos muy abiertos.

—Sí —confesó Sebastián apenado—. Sí, sentía que ya no tenía nada que perder... no tengo idea de a que extremos hubiera llegado si esto hubiera durado más tiempo... —sorbió café abatido al reconocer su debilidad por

aquella mujer que volteó su mundo de cabeza.

—Sebastián, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo ahora que ella se recupere, para mí tú eres el único hombre que se merece a una mujer como Isabella —le informó como si fuera el padre y le estuviera dando permiso de cortejar a su hija, de todos modos para Sebastián saberlo de su lado era un alivio porque en la batalla que se avecinaba iba a necesitar todo tipo de armas, y con el apoyo de su hermano él ya tenía una muy buena, aunque sospechaba que no bastaría.

—Gracias Marco, yo también sé lo que está por venir, pero voy a luchar por ella hasta el final aunque a veces no lo parezca, tu hermana es la única mujer que quiero a mi lado, la única... y te juro que la recuperaré —se prometió sabiendo que iba a ser bastante complicado y extenuante, pero que jamás se rendiría, no tratándose de ella, de su Bella.

Marco entró a verla algunas veces más, pero Isabella duró muy poco despierta, así que solo le siguió infundiendo ánimos y diciéndole cuanto la quería.

El cuarto día Paco la trasladó al fin a terapia intermedia. Las visitas allí eran menos restringidas, sin embargo, Sebastián estaba consciente de que no debía entrar, no quería alterarla. El médico fue muy claro en cuanto a eso; cualquier cosa que la pudiera alterar debía evitarse en esos momentos, su estado físico era tan frágil como el mental. Sólo esperaba que Marco le hiciera saber que estaba ahí.

—Hola, Isa —saludó su hermano acercándose a la cama. El cuarto ahí era más grande, ella ya no tenía el respirador, solo unas pequeñas mangueritas que se metían por su nariz, el brazo todavía lo tenía canalizado, pero los chupones en su cuerpo tampoco estaban ya. Ella lo miró con una media sonrisa, aún se encontraba muy ojerosa, pero ya no tenía tan marcado ese mortecino color en la piel y sus ojos se veían menos vidriosos. Tomó su mano y la besó como siempre en la frente. Olía a limpio, al parecer la habían bañado, porque su cabello ya no se pegaba a su rostro y lo tenía acomodado en una trenza de lado derecho.

—Veo que te peinaron —la joven asintió observando su cabello—. ¿Cómo te sientes? —Le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—Mejor... aunque muy cansada —murmuró con la voz todavía débil y

ronca ya que no había hablado mucho en esos días.

—Qué bueno Isa, vas a ver que poco a poco te vas a ir sintiendo con más fuerza. ¿Sabes? A partir de hoy ya puedo estar mucho más tiempo aquí, de hecho puedo estar todo el día y dormir aquí, contigo —le anunció animado.

—Marco... tú debes de ir a dormir a tu casa, yo estoy bien... no... te preocupes, mira... hasta me... peinan —consiguió decir con ternura. No obstante, el adolescente negó serio.

—No Isabella, yo aquí voy a estar hasta que salgas por las puertas de este hospital ¿Entiendes?

—¿Y... Dana? Se va a preocupar... por ti —replicó débilmente.

—No, Dana está bien y ella ahora no me necesita, la que me necesita eres tú y no lo pienso discutir ni negociar ¿De acuerdo? —Cuando quería ser testarudo, lo era, ella lo sabía mejor que nadie, en eso era muy semejantes.

—Pero... tu... escuela, no... puedes faltar.

—Isa, estoy de vacaciones, es Diciembre... navidad será en unos días —le informó acariciándole el rostro. La joven pestañeó desorientada. ¿Cómo era posible? Ni siquiera se percató de que noviembre hubiese concluido.

—¿Diciembre? —Lo último que recordaba fue cuando... aquello sucedió, después de eso todo era una mancha borrosa donde no había ni día, ni noche.

—Sí... pero no te preocupes por nada, ¿de acuerdo?, ahora todo irá bien y tú estarás bien.

—¿C—cómo... supieron... dónde... vivía? —Quiso saber confundida. Su cabeza registró vagamente unos brazos fuertes que la arrancaban de las garras de la muerte, al principio creyó que todo había terminado para ella, pues ese rostro tan perfecto sabía que lo volvería a ver sólo de aquella forma, pero luego... ya no supo más, sin embargo, estaba segura de que Sebastián era el que la sacó de aquel lugar y que gracias a él... seguía viva. Marco posó su atención en las blancas sábanas.

—Isabella, siempre supe que no te habías ido a España, si tan sólo hubieras confiado en mí —la vista se le nubló y giró al otro lado de la cama.

—No podía —replicó con voz quebrada.

—Lo sé Isa, lo sé —tomó una de sus manos y le dio un beso. Ella giró de nuevo hacia él. Marco acarició su delgado rostro—. Ya todo está aclarado, Sebastián fue el que te encontró... él fue el que te trajo, pero es una larga

historia que no creo que aun estés en condiciones de aguantar, lo único que debes saber es que ya todo se descubrió y estarás bien... ¿De acuerdo? — Isabella asintió con millones de preguntas en el rostro, pero lo conocía muy bien, él no le diría más, no ahora. Así que ya no creían que era una... prostituta y que los traicionó... ¿Qué más daba?...

El daño ya estaba hecho.

—Y... tus... padres, ¿están aquí? —Su desprecio dolió también bastante.

—Ahora no, pero están aquí todo el tiempo Isa, sólo van a dormir a la casa y a veces se turnan para no dejar sola tanto tiempo a Dana —le explicó. Ella no contestó—. El que no ha salido a ningún lugar es... Sebastián — Isabella se tensó de inmediato y lo observó turbada. No quería verlo, no quería verlo ni ahora ni nunca—. Isa... él ha estado muy preocupado... está muy arrepentido —intentó convencerla, pero ella veía hacia otro lugar y ya corrían de nuevo lagrimas por sus ojos.

—No quiero verlo, Marco. No lo quiero ver —logró decir con voz ahogada.

—Él no va a entrar si tú no quieres ¿De acuerdo?, por favor ya no llores —pasó un dedo por sus ojos intentado limpiarlos—. Raúl y Carmen también se sienten muy culpables.

—Actuaron... como hubiera actuado... cualquiera —señaló seria.

—Ellos te quieren tanto como a Dana y a mí, y... han sufrido mucho con todo esto, sé que es muy prematuro, sin embargo... ojalá puedas perdonarlos —le pidió triste.

—No... te preocupes...yo a ellos... no les guardo ningún rencor, Marco. Ellos creyeron... porque no había... manera de no hacerlo... los comprendo —dijo cerrando los ojos debido al cansancio. Él quería preguntarle si creía lo mismo en cuanto Sebastián, pero no era el momento y algo le decía que no era así, para ella, él, era harina de otro costal.

—Duérmete Isabella, cuando despiertes aquí voy a estar, te quiero —le murmuró al oído. La joven solo alcanzó a dibujar una pequeña sonrisa y quedó profunda.

Marco de inmediato salió y buscó a Sebastián, hablaba por su móvil en un pequeño patio que contaba con varias mesas que se encontraba a unos metros de ahí. Este al verlo colgó enseguida.

—¿Cómo está? —le preguntó impaciente.

—Mejor, ya no tiene ese color horrible que tenía, la asearon y habla mucho más, pero... todavía se cansa muy rápido —admitió mientras se sentaba en su misma mesa.

—¿Conversaron? —Quiso saber.

—Un poco... no sabía en qué mes estamos, se desconcertó mucho al saber que en unos días sería navidad, tampoco no le gustó la idea de que durmiera aquí...

—¿Eso es todo?... —Era evidente que deseaba saber más... sobre él específicamente.

—Bueno, también le dije que tú... estabas aquí, que no te habías separado desde el primer día y... comenzó a llorar, Sebastián. Era como si recordara algo y me dijo que....

—No quería verme —completó la frase entristecido, sabía que así sería, pero le dolía de todas formas.

—Sebastián, no te preocupes, todavía es muy pronto, ella no está bien... ya verás que poco a poco va a ir cediendo, además todavía no sabe qué fue lo que en realidad ocurrió, sólo pude decirle que ya todo se había aclarado. No se asombró, está muy dolida, parece indiferente, ajena, pronto le podre contar todo y... espero que lo entienda —intentó animarlo.

—Yo también lo espero, aunque lo dudo. Lo que pasó es algo muy difícil de perdonar... En fin... por ahora lo importante es que está mejor, que habla y su organismo responde a los medicamentos y cuidados —declaró deseando sentirse más optimista, pues aunque sabía que con él las cosas probablemente nunca volverían a ser iguales, si ella estaba viva y sana todo lo demás no importaba.

Esa noche sólo durmió ahí Marco. Sebastián decidió irse a su apartamento, regresó al día siguiente después de pasar a revisar pendientes al conglomerado y atender algunos asuntos que sólo él podía solucionar. No obstante, aunque lo intentó, le era imposible concentrarse estando lejos de ella, así que tomó su ordenador personal, algunas carpetas y volvió al hospital. Le habló a Marco por el móvil para avisarle que ya estaba ahí y lo alentó para que fuera a su casa a ducharse y comer.

El chico regresó a mediodía junto con Raúl y Carmen, ambos deseaban

verla, así que Marco entró primero para ver cómo se encontraba. Ella estaba comiendo con la ayuda de una enfermera, lo hacía despacio y poco a poco. Su semblante cada vez era mejor, las profundas ojeras muy lentamente iban desvaneciéndose. Obviamente su peso todavía era el mismo y aún faltaba mucho para que fuera la Isabella de antes.

Al verlo lo saludó con la mirada.

—¿Puedo? —Preguntó a la enfermera señalándole la cuchara que estaba volviendo a llenar de sopa.

—Claro, yo regreso en un rato —se la tendió y salió de la habitación. La llenó y se la acercó a la boca.

—Qué bueno es verte comer, Isa —ella sonrió mientras pasaba el líquido. Cuando terminó de ingerir todo ya se encontraba de nuevo agotada. Cerró un momento los ojos.

—Me canso muy rápido, Marco. Ni siquiera puedo comer sola —sudaba y de verdad parecía que había hecho un gran esfuerzo.

—Isa... gracias por luchar, sé que te está costando mucho trabajo, pero... gracias — le dijo mientras besaba su frente.

—Tú sabes que por ustedes... soy capaz de todo —consiguió decir, pero enseguida se volvió a dormir. Marco se frustró, no pudo decirle que sus padres deseaban verla y tampoco habló sobre todo lo que sucedió. Más tarde regresó. Ella tenía la mirada perdida y ni siquiera se percató de su presencia. Parecía triste y ausente.

—Isa... —la llamó despacio, al escucharlo lo volteo a ver.

—Hola...— susurro. El chico beso su mano con dulzura.

—Estás triste ¿Verdad? —Ella asintió con los ojos razados—. ¿Qué pasó, Isabella? ¿Cómo fue que terminaste en ese lugar? ¿Por qué no me dijiste nada en tus correos? —Le rogó saber.

—Marco... por favor... —suplicó llorando.

—No Isa, siempre haces eso, y ya no más, quiero saberlo todo —ordenó muy serio.

Pero su hermana sollozaba con los ojos cerrados y no pronunciaba palabra—. Por favor Isa... no te hagas esto. Dime ¿Qué pasó?...

—Fue... espantoso, Marco —hipeó al tiempo que se limpiaba las lágrimas temblorosa—. Me echaron de la Universidad, nadie me dio la

oportunidad de hablar... Me quedé sola y sin dinero, sin nada... No comprendo ¿Quién? ¿Por qué inventaron cosas... tan aberrantes?

—Y... ¿Qué sucedió después? —La apremio delicadamente. Ella miró hacia la

ventana mientras lloraba al recordar esos días de infierno.

—Caminé... caminé mucho... solo tenía un poco de dinero en la cartera y... me sentía muy cansada, había olvidado el móvil y... ya no contaba con el dinero de mis trabajos.... Encontré ese lugar pensando que sería provisional... ya no pude salir de ahí —él la escuchó atento, sintiendo mucha rabia por saber todo lo que tuvo que pasar—. Busqué trabajo... pero nadie me lo daba... no podía buscar en lo de mi carrera Marco... lo que... inventaron... salió en todas partes —se cubrió el rostro con ambas manos estremeciéndose por la lágrimas—. ¿Por qué me hicieron eso?, ¿por qué?... —Preguntó desesperada. Su hermano la abrazó intentando hacerse el fuerte.

—Sh, sh... ya pasó Isa, ya pasó... —cuando llanto disminuyó de intensidad la soltó de nuevo acomodándola sobre la cama.

—Marco... cada día me sentía peor, no sabía lo que me ocurría... sólo iba a esperar un tiempo a que pasara todo... pero... me enteré del... embarazo —y volvió a mirar a la nada—. Cuando lo supe... no lo podía creer... lo quise Marco, lo quise desde el primer momento... Pero no hice lo suficiente... Cada día era peor que el anterior, apenas si tenía fuerza para levantarme y... perdía peso casi diario a pesar de que intentaba comer bien —se detuvo un momento, no la presionó, quería que dijera todo, que sacara todo—. Nada se quedaba en mi estómago... era... horrible.

En un par de ocasiones fui al médico... me dijo que era normal, que así era al principio. Marco, yo quería luchar por ella, te lo juro... —y volvió a romper en llanto—. No pude... no pude, era como si algo me estuviera consumiendo por dentro... no podía pararlo... no pude cambiarme de empleo, no dije nada de mi bebé ahí... tenía miedo de que... me echaran, eso era lo único seguro que tenía.

Paco estaba escuchándolo todo de pie a un lado de la puerta sin que ellos se hubieran percatado de su presencia, ella lloraba desconsolada y Marco la dejaba intentado que enfrentara lo sucedido. Tenía miedo de interrumpirlos, pero lo cierto era que ella estaba aún muy delicada y no debía esforzarse

tanto, ni estar bajo tanta presión, pero no podía dar un paso al oír lo que tuvo que pasar esa pobre joven. No lo superaría, no fácilmente y su amigo tendría que hacerse a la idea, lo que Isabella relataba parecía salido de un cuento de horror.

—No sé cuánto tiempo pasó, pero ya no tenía fuerzas para nada... y un día, el peor de todos... la perdí. Yo ya la quería Marco, la amaba, no la conocía sin embargo, ya la amaba, era mía, sólo mía, ella jamás me dejaría — su hermano recostó el dorso a su lado, la rodeó con su brazo y colocó su nariz junto a su mejilla.

—Lo sé Isa, lo sé... —ella poco a poco fue tranquilizándose, hasta que derramando lagrimas producidos por los recuerdo y el dolor, se perdió en el sueño. Cuando se dio cuenta que se había dormido, se levantó despacio, limpio sus mejillas con el dedo y salió—. ¡Paco! —musitó contrariado al verlo.

—Lo siento Marco... no quería interrumpirlos —se disculpó.

—No te preocupes... —aceptó con la cabeza gacha—. ¿Escuchaste todo?

—Sí y no sé qué decir... —el muchacho le dedicó una sonrisa que no reflejaba en lo absoluto alegría.

—Me dan ganas de matarlos ¿Sabes?

—Lo sé, pero... eso no va a cambiar lo que pasó, ella ahora necesita del amor y seguridad que todos ustedes le puedan dar, Isabella está sufriendo mucho —buscó tranquilizarlo.

—Voy a tomar aire un rato, lo necesito — pero Paco lo detuvo con un brazo en el hombro.

—¿Le vas a contar a Sebastián?

—Sí, él tiene derecho a saberlo, después de todo era su hija y ella... bueno se iban a casar ¿No?, sé que le dolerá, pero... podrá entender mejor su renuencia a verlo —le explicó muy serio. Paco asintió y lo vio salir.

Sebastián escuchaba cada palabra como si fuera ácido que lo quemaba cada vez más y más. Su Bella sufrió más de lo que pensó y aún lo hacía. Pensó que si existiera el antídoto para ese dolor el entregaría su alma para que ella dejara de estar así.

—Siento haberte dicho todo Sebastián, pero creo que mereces saberlo... ella era también tu hija —le dijo mientras le ponía una mano en el hombro a

manera de consuelo pues su cara ya no podía estar más descompuesta. Ambos sufrían mucho y nadie podía hacer que ese dolor desapareciera.

—Gracias Marco, no te preocupes... estaré bien —le contestó viendo hacia la nada.

Sebastián permaneció en aquella terraza, donde solía trabajar, el resto de la tarde. Parecía congelado, ido. Todos se preocuparon mucho al verlo así, pero comprendían que él también necesitaba vivir su propio duelo e intentar poner su cabeza en orden.

Capítulo 16

Al día siguiente Isabella aceptó ver a Carmen y Raúl. Aun se sentía dolida por lo que sucedió, pero Marco le pudo narrar a grandes rasgos qué era lo que sucedió en realidad y entendía que todo estuvo demasiado bien planeado como para que no pensarán que todo era cierto. La tenacidad de su hermano la dejó sin palabras y no le alcanzaría toda la vida para agradecerle que le hubiera creído a pesar de que todo la acusaba. Quería continuar hablando con él, aún tenía muchas dudas, pero el chico ya estaba impaciente porque sus padres adoptivos pudieran verla al fin y jamás le negaría nada, no a él.

—Isa, hija... —la primera que se acercó fue Carmen y la abrazó. Al sentirla de nuevo tan cerca recordó todo el amor, comprensión y seguridad que en ella antes encontraba. En cuanto se separaron observó que Raúl la miraba sintiéndose muy culpable, tanto que no se animaba si quiera a acercarse, ella le tendió una muy delgada mano y él, con una lagrima en los ojos, se acercó y la tomó contrariado.

—Isa... perdónanos, perdóname por favor mi niña... —rogó.

—Raúl, yo... lo entiendo, sé lo que pensaron, no tengo nada de que perdonarles, los... comprendo. Marco ya me explicó todo —él besó su mano cariñosamente.

—Gracias hija, gracias. No debimos dudar aun así, sin embargo, ya no podemos cambiar... por mucho que deseáramos que todo fuera diferente — Isabella sonrió con tristeza y apretó sus dedos débilmente.

—Estaré bien —sentenció con seguridad y aplomo. Carmen se limpió los ojos negando.

—¿Cómo te sientes, mi niña? —Le preguntó de lado opuesto al de su esposo.

—Mejor, aunque me canso muy rápido y todavía me quedo dormida de repente — respondió cariñosa.

—Isa, queremos que regreses a la casa cuando salgas de aquí —le pidió suplicante el hombre que tenía aún sujeta su mano. Ella no sabía qué decir, tenía miedo de regresar, pero sabía que ellos lo decían de corazón, además... no tenía en ese momento muchas opciones.

—No lo sé... no quiero causar... molestias —admitió apenada y afligida, claramente temerosa.

—De ninguna manera, mi niña. Eso no está a discusión, tú debes recuperarte y yo personalmente me voy a encargar de que así sea —estaba tan delgada, tan pálida, parecía mucho menor de su edad y sobre todo tenía la mirada más triste que jamás hubiera visto.

—Sí hija, tú te vas con nosotros en cuanto te den de alta, ahí... es tu casa, y... quisiera pedirte algo... —Raúl no sabía cómo decirlo así que sin pensarlo mucho comenzó—. Sé que puedes no estar de acuerdo y lo entenderemos... pero es algo que ya habíamos pensado desde hacía mucho tiempo Carmen y yo, y después de lo que pasó no queremos que nunca más te sientas desprotegida... Isabella nos gustaría ser tus padres, ¿nos concederías el honor de poder adoptarte? —Los observó completamente confusa y desconcertada, de todo lo que hubiese pensado no contaba con eso.

—¿Adoptarme? —Él asintió expectante al igual que Carmen—. Pero... yo ya soy mayor de edad ¿Cómo? ¿Por qué?...

—La edad no importa mi niña, sería un honor si quisieras llevar nuestro apellido y además... nos dejaras protegerte y cuidarte como cualquier padre a un hijo — Isabella no sabía qué decir, nunca pensó en eso. Los quería y punto, no buscaba nada a cambio, nunca—. Tú sabes que desde que nuestros hijos... murieron, hemos estado muy solos, pero cuando ustedes aparecieron no volvimos a sentirnos así. Sabemos que nadie va a poder llenar el hueco y el dolor que ellos nos dejaron cuando se fueron, pero con ustedes hemos vuelto a sonreír, a disfrutar, a vivir. Queremos ser una familia y no estaría completa sin ti —le explicó Carmen con la mirada empañada por las lágrimas que querían liberarse nuevamente de sus ojos.

—Piénsalo Isa... Por favor —le rogó Raúl observando su confusión y desconcierto. Ella asintió levemente—. Lo que sí tienes que saber y eso no es negociable... —le anunció muy serio—, es que pusimos una fuerte cantidad a tu nombre, después de lo que sucedió, pase lo que pase ese dinero es tuyo ¿Comprendes?, sólo tuyo y puedes disponer de él cómo tú quieras.

—No... —protestó impactada. La vida era muy extraña e impredecible, hacía unas semanas creía que moriría y ahora le sucedían ese tipo de cosas y no sabía cómo reaccionar... le daba miedo confiar de nuevo en su suerte.

—Sí hija y como te digo eso no lo vamos a hablar siquiera, no puedo permitir que te veas sola y desprotegida y aunque juro que no va a volver a suceder, sé que la vida no está escrita y puede ocurrir alguna desgracia que se salga de nuestras manos, por lo que mientras viva a ti nunca más te va a volver a faltar nada, por lo menos no dinero y si tu aceptas tampoco una familia —dijo Raúl limpiándole las mejillas al ver las lagrimas correr. Era un joven tan inocente, tan fuerte. La protegería, se juró que lo haría pasara lo que pasara ella jamás volvería a convivir con el dolor.

—No... sé... qué decirles —articuló.

—Nada mi niña, esa decisión está tomada, lo otro... piénsalo ¿Sí? —Asintió perpleja.

—Disculpen... —entró Paco con algunos papeles en los brazos. —Isa debe descansar, aún está muy débil y si queremos que pronto salga de aquí, lo mejor es que duerma.

—Sí, claro que queremos que pronto estés en casa, mi niña. Te vemos después, descansa —Carmen le dio un beso en la frente, Raúl otro en la mano y salieron.

Paco le acomodó las almohadas, mientras le tomaba la presión y checaba el suero.

—Isa... sé que superar todo esto no está siendo fácil, pero... verás que pronto lo recordarás como si hubiera sido una pesadilla —la joven sólo logró sonreír con tristeza no obstante, de inmediato recordó algo que no la dejaba en paz.

—¿Por qué Marco dijo que... no fue mi culpa perder a... mi hija? —Paco se sentó frente a ella serio, eso debía pasar y era hora de asumir su negligencia. Isabella tenía lágrimas en los ojos que resbalaban cristalinas y sin detenerse por sus pálidas mejillas.

—Porque así es Isabella ¿Recuerdas la ocasión que te desmayaste ya hace tiempo en el apartamento de Sebastián? —Claro que lo recordaba. Asintió—. Pues cuando te trajo aquí, descubrimos que tenías una anemia severa, entre otras cosas, tu salud era muy precaria, tus niveles en todo estaban en el mínimo...

—¿Y por qué... no me dijeron? —Quiso saber, la voz se le quebraba mientras arruga con sus huesudas manos la sábana blanca. El hombre torció

la boca y llenó de aire los pulmones.

—Negligencia de mi parte, Isabella, como tu médico debí decirte y no dar por sentado nada. Mi única es que veía que tú te cuidabas, todos se encargaban de que así fuera, con el tiempo di por sentado algo que jamás debí omitir. Ahora sé que fue un error de enormes proporciones, una mancha grande en mi carrera; debí informarte, decirte cómo cuidarte. Yo... lo siento —lucía realmente arrepentido.

—Si ya estaba bien... Entonces ¿Por qué...? —No pudo terminar. Paco hizo una mueca de pena y colocó una mano sobre la suya.

—Porque tu salud es... frágil, no sé si algún día sea completamente normal, por eso aquella fiebre repentina... El bebé... tomó todo de tu organismo, como es normal, el problema es que tú... no podías dárselo pues apenas tenías para ti —sus ojos se rasaron y giró el rostro más destruida aun.

—Eso quiere decir que... nunca tuve oportunidad —comprendió dolida.

—No, eso quiere decir que el día que llegues a embarazarte... deberás estar muy vigilada, más que en lo cotidiano ya que en general debes cuidarte, comer bien, dormir bien... no mal pasarte, tomar vitaminas... Tu vida puede ser como la de cualquier otra persona. Pero... esto se salió de las manos de todos —recordó enseguida como siempre estaban preocupados por su horarios, por su alimentación, ahora lo entendía.

—Paco... gracias —él se llevó su pequeña mano a los labios, esa chica le inspiraba ternura, admiración. Sonrió. —Al contrario, jamás me perdonaré esto y créeme, no tienes por qué Isabella.

—No digas eso, tranquilo, y sí, sí tengo por qué... sé que ayudaste a mi hermano y... nunca olvidaré eso... —siempre le cayó bien; era sencillo y simpático, sin embargo, ahora sentía mucho más afecto y agradecimiento.

—Era lo justo Isabella, ustedes son asombrosos, y de verdad espero que... puedas superarlo pronto, tú y Sebastián se lo merecen —en cuanto pronunció su nombre su gesto inocente se le ensombreció y su semblante cambió convirtiéndose en duro y adusto.

—Tengo sueño —dijo con voz temblorosa. De inmediato comprendió su actitud y por otro lado, era cierto, debía descansar. Se puso de pie y checó el suero.

—Descansa y dale tiempo al tiempo, déjalo hacer su magia... Eres una

gran mujer, lo lograrás, ya lo verás —la alentó mientras acariciaba su cabello con una media sonrisa. Sin embargo, Isa no compartía esa idea, no veía cómo podría lograrlo, ¿Cómo volvería a confiar en las personas? ¿Cómo recuperaría su vida? Nunca podría olvidar a esa hija que nunca conoció ¿Cómo iba lograr vivir sin el miedo de que alguien la odiase y decidiera volver a acabar con su mundo? Y ¿Cómo iba a poder volver a ver a Sebastián a los ojos y no pensar que aunque lo amaba, jamás le iba a poder perdonar que lo hubiera creído todo? ¿Cómo? Él fue la persona en la que más confió... en la que más creyó... a la que más amó... la que llegó a pensar estúpidamente la conocía mejor que nadie. Ilusa. Ingenua.

Marco despertó después de una noche tranquila. Isabella durmió bien, las enfermeras entraban cada cierto tiempo a verificarlo todo y después desaparecían, pero ella parecía no ser consiente de nada, pues no movía ni un poco los parpados sumida serena y segura en aquel sueño reparador. Somnoliento se sentó sobre su improvisada cama e hizo a un lado la cobija. Tallándose los ojos en medio de un gran bostezo, notó que su hermana ya se encontraba despierta, de nuevo tenía esa mirada vacía que a él tanto le dolía.

—Hola... —saludó para que saliera de su encierro mental. Isabella lo observó desorientada. Parecía haber vuelto de repente de aquel mundo donde se recluía y que no parecía ser en lo absoluto placentero.

—Hola, ¿dormiste bien? —Le preguntó con ternura en voz baja.

—Sí y ¿Tú? —Asintió. Se puso de pie y se acercó a ella—. Isa, no quiero que lo tomes a mal pero... permíteme que... Sebastián entre —de inmediato palideció—. Él ha estado afuera todo este tiempo... sólo se va por las noches... prácticamente aquí vive, si les diste una oportunidad a mis padres ¿Por qué no a él? — En automático acudieron las lágrimas.

—Porque con él, es diferente —replicó con hilo de voz. La realidad era que si el mundo se hubiera caído a su alrededor pero él hubiese seguido a su lado, nada la habría importado, pero no fue así, ella le confió todo y él... la lastimó. Su mundo la acabó, no tenía sentido que volvieran intentar algo sabiendo que esas podían ser las consecuencias, ya había aprendido su lección.

—Isa... te ama.

—Eso no importa Marco... Entre él y yo ya no hay nada, nunca más

habrá nada — declaró con fría firmeza.

—Tú también lo quieres —le recordó serio. La conocía, ella era de sentimientos firmes, fuertes e indestructibles, por lo mismo sabía que lo seguía amando igual que antes.

—¿Y eso de que sirve? —Refutó mirando hacia otra dirección. Sin embargo, Marco no iba a rendirse, creía fehacientemente que ellos dos debían estar juntos sólo así lograrían superar el dolor que sentían.

—También ha sufrido mucho con todo esto, creo que incluso se ve mayor...

—Marco... por favor... no insistas, no cambiaré de opinión, ni ahora, ni nunca — susurró suplicándole ansiosa.

—Está bien... Sabes que no va a entrar hasta que lo decidas ¿De acuerdo? —Le intentó hacer ver agobiado ante la expresión que ella tenía—. Sólo debes saber que algún día no lo podrás evitar y tendrás que enfrentarlo, Isa.

—Lo sé, pero no ahora... no así —expresó haciendo alusión a sí misma. Marco no insistió más; si no quería pues no y listo. Pero no se rendiría.

Isabella ya llevaba más de quince días en el hospital y seguía reusándose a verlo, Marco intentaba ser suave con él, pero Sebastián sabía que iba a ser muy difícil volver a llegar a ella. Cada día se sentía más desesperado, más ansioso, la perdía y ni siquiera podía luchar. Carmen y Raúl la pudieron ver un par de veces y Marco no se despegaba de Bella en todo el día.

—Sebastián ¿Piensas estar aquí haciéndome compañía hasta que me jubile? — Bromeó Paco que tenía un pequeño descanso y sabía que seguía ahí, como todos los días desde que llevó a Isabella en aquellas condiciones—. ¿Puedo? —Señaló la silla vacía a su lado. Su amigo asintió completamente perdido en sus pensamientos—. ¿No te vas a mover de aquí hasta que la veas? ¿Ese es tu plan? —Lo cuestionó sin rodeos mientras estiraba las piernas y las cruzaba relajadamente. El aludido tenía un aspecto fatal, jamás lo había visto así. Lo conocía desde niños, lo consideraba fuerte, inteligente e inquebrantable pero cuando se trataba de esa muchacha que se recuperaba lentamente, él realmente se volvía otra persona.

—No sé, no lo sé —confesó confundido—. En realidad me siento como un imbécil aquí... pero cuando no estoy no puedo hacer nada más, no me concentro... — admitió jugando con la pajilla de un café que ya se había

terminado hacía horas.

—Ella no está preparada para verte y lo sabes —se acercó a él y le puso una mano en el antebrazo—. Sebastián, recupera tu vida. Ella no puede ver a este hombre que ahora yo tengo enfrente. Isabella fue la más afectada, no lo olvides. Ella te necesita luchando, no derrotado —ahora sí captó su atención.

—¿Por qué me dices todo esto? —Preguntó confuso, se sentía agotado, cansado y... vencido.

—Es simple; ustedes tienen que volver a estar juntos, ellos —dijo alzando el mentón señalando hacia un lado, él supo enseguida a quiénes se refería, a los responsables de que ella estuviera así, ahí—, no pueden salirse con la suya... ¿O sí? —lo retó arqueando una ceja.

—No —contestó colocando los codos en la mesa y cubriéndose la cabeza con las manos—. Paco, no me sentía tan perdido desde que mis padres murieron... es así cuando se trata de ella; no sé qué hacer y te juro que eso me vuelve loco. Siempre controlé mi vida, cuando me proponía algo lo conseguía, nunca dudé y ahora... no sé... me siento inseguro, un estúpido que no fue lo suficientemente inteligente y fuerte como para salvar a su mujer y a su hija, que las dejé solas y eso... generó esta tragedia. Lo cierto es que con ella nunca sé que hacer, cómo reaccionar y por lo mismo no tengo un plan que seguir... me siento un idiota, sin embargo, necesito arrodillarme frente a ella y rogar perdón por esta monstruosidad a la que la arrastré.

—Debes de dejar eso. Pero además, esta no es la forma. Así no conseguirás nada, eso te lo seguro. Ve a trabajar, despabilate. Los hospitales no son un buen lugar para tomar decisiones. Descansa y verás que todo lo ves diferente. Incluso podrás pensar en qué debes hacer. Sebastián... ella necesita paz y tú también, ambos deben encontrarla para poder estar juntos de nuevo ¿Comprendes? Tú haz lo que debes hacer y no te preocupes por nada, aquí estoy yo y sabes que le he tomado mucho cariño, la estamos cuidando muy bien...

—Creo que tienes razón... esto no me está llevando a ningún lado — aceptó entendiendo que tenía que recuperarse de este golpe para poder dar la cara a Isabella y poder pelear por ella.

—Así es Sebastián, tú mejor que nadie sabes que cuando se está dentro del problema es muy difícil ser objetivo, haz triunfado en todo y lo que has

construido no es porque te hayas tentado el corazón ni hayas sido un blandengue. Veló así... esto es otro complicado negocio en el cual están en juego demasiado; estrategias Sebastián, piensa en estrategias, es la única forma de que la vuelvas a tener y ella te vuelva a aceptar —le sugirió animándolo.

—Gracias Paco, tienes razón... la quiero en mi vida de nuevo y te juro que la tendré, pero esta vez, haré las cosas bien —se prometió a sí mismo al tiempo que le sonreía agradecido. Ciertamente no podía seguir así, sentía que se estaba volviendo loco, cada hora era peor que la anterior, su cabeza corría a mil por hora, revoloteando con ideas que no tenían solución. Debía cambiar las cosas y debía hacerlo ya, la situación era muy dolorosa y el estar ahí no estaba ayudando en nada. Se sentía la sombra de sí mismo. Necesitaba ser el hombre fuerte que siempre fue, por él y sobre todo por ella, pues sabía que muchas batallas se avecinaban y tenía que poder enfrentarlas todas y cada una, tenerla de nuevo iba a costar mucho más de lo que siquiera alcanzaba a imaginar, eso lo sabía muy bien.

Sin embargo, ahí, en ese sitio, se juró que así sería; Isabella volvería a verlo de aquella forma y entonces él sería la peor versión de sí mismo para quienes pretendieran siquiera dañarle un cabello.

Año nuevo pasó sin que nadie lo notara. A Dana la enteraron de que su hermana estaba internada cuando estuvo en condiciones de recibirla. Fue a verla y al salir, lloró desolada en el regazo de su madre. Verla en una cama, en el hospital, así de delgada y ojerosa, la impresionó tanto como le dolió.

Sebastián regresó a trabajar al día siguiente de aquella conversación. Hablaba constantemente con Marco y este lo mantenía informado de cómo iba evolucionando su hermana. Isabella ya estaba completamente fuera de peligro, la debilidad poco a poco cedía al igual que las ojeras y ya comenzaba a ganar un poco de peso. La pasaron a un cuarto en el piso regular. Cada día se sentía mejor físicamente, pero en su interior todo era tan diferente; su pecho continuaba con la misma opresión aplastante, existían momentos que hasta incluso respirar le costaba mucho. Prefería dormir y evadir así todo las emociones y sentimientos, eso era más fácil que enfrentarlos.

No pasaba segundo en el que no pensará en él, a pesar de todo lo amaba y por lo mismo toda la situación era peor. No quería ni siquiera preguntar por

Sebastián y los demás no lo mencionaban, sólo su hermano de vez en cuando. Sin embargo, sentía que era lo mejor, entre ella y él todo acabó y no existía manera de que fuera de otra forma. Jamás se volvería a exponer a que algo como lo que ocurrió volviera a pasar, su mundo nunca la vería con buenos ojos y no veía cómo podría perdonar a esa gente por lo que le hicieron. Aprender la lección costó muy caro, no cometería de nuevo ese error por mucho que lo amase como lo hacía.

Estar cerca de Marco le daba fuerzas para seguir, pues su interior estaba seco, vacío. Él ya le había narrado cómo descubrió todo. Le explicó que encontró las fotografías en el periódico y que al verla abrazada de su madre supo que todo era mentira. Todos le dijeron que se había ido a España, no lo creyó.

Con ayuda de sus amigos comenzó la investigación de las imágenes, las manipularon, pero nada. Un día cuando se encontraba sólo entró a la habitación de sus padres a buscar las llaves de su recámara que se quedó cerrada y al abrir uno de los cajones halló el sobre con todo lo que la acusaba. Lo leyó y corrió, con las imágenes originales, a pedir ayuda a sus amigos genios de la tecnología, pero el dinero que tenían no era suficiente. Buscó a Paco clandestinamente y le contó todo su pasado para que así entendiera por qué sabía que ella no era culpable.

El hombre confió en sus palabras y le comenzó a ayudar. Con ese dinero compraron equipo adecuado para poder ver si las fotografías eran fotomontaje. Paco contrató investigadores privados y ambos fueron a buscar a su madre. Marco la amenazó con denunciarla y como era de esperar, confesó todo. Poco a poco las piezas se fueron uniendo y dieron con la verdad de todo. Los accionistas del conglomerado que poseía Sebastián no la querían y les preocupaba su imagen en el mundo de los negocios al tener una relación con una chica cualquiera, así que idearon, junto con Abigail, esa treta para sacarla de la jugada pensando que nunca los descubrirían.

Cuando todo embonó, Marco quiso comenzar a buscarla creyendo siempre que se encontraba en un sitio seguro y a salvo, pero el terror se apoderó de él al ver que donó todo el dinero que ganó haciendo los trabajos y tareas a sus compañeros. Así que ambos decidieron que era momento de que todos se enteraran, los citaron, con todo el equipo necesario y el informe de la

investigación mostrándoles la verdad.

Sebastián contrató a un escuadrón de detectives y en unos días la encontraron.

Lo que su hermano hizo por ella era increíble. Le debía el recuperarse, el salir adelante. Marco echó toda la leña al fuego por ella, no podía defraudarlo. Recordaba todo mientras lo veía dormir tranquilamente en el sofá a lado de su cama, su cara era preciosa, ya había dejado de ser un niño hacía mucho tiempo, ahora era un jovencito y muy guapo, con grandes ojos como los suyos, cabello oscuro y ondulado que le daba a sus facciones mucho más fuerza. En los dos últimos años creció mucho, era alto y cautivador, sería un gran hombre, eso la reconfortaba a pesar de todo.

—Isa, ya revisé tus últimos análisis y por fin le dimos la vuelta a tu anemia, tu cuerpo está en franca mejoría en todos los sentidos. De ahora en adelante solo tienes que cuidarte mucho y terminar de recuperarte. Comer bien, no fatigarte, dejar que todo lleve su curso. Carmen ya tiene todas las indicaciones, así que... mañana sales de aquí —Paco la estaba dando de alta. Carmen, Raúl y Marco estaban ahí siendo testigos de la noticia y la veían llenos de felicidad.

—Gracias.... por todo Paco —le agradeció con una sonrisa triste. Todos hicieron lo mismo, él no se alejó de ella ni un segundo, luchó por salvarla sin descanso y ahora gozaba de su logro.

—Isa, no tienes nada que agradecer, ha sido un placer —expresó guiñándole un ojo.

Esperaba que su interior sanara tan bien como su exterior. Isabella estaba deprimida, decaída, su mirada era triste y ausente, la chica que conoció se esfumó, en su lugar estaba una muchacha inexpresiva y taciturna. Sólo esperaba que Sebastián pudiera llegar de nuevo a ella, aunque comenzaba a creer que no lo lograría, Isabella sufrió mucho y por mucho que pudiera darle la vuelta a la hoja, la desconfianza seguiría ahí, ahora esa era su forma de observar, de dirigirse y ¿Quién podría juzgarla? La vida se había empeñado en hacerle ver que no debía creer en nada, ni en nadie—. Ojala que todos mis casos fueran como tú, cuídate y no exageres, sé que no sabes estar tranquila pero es por tu bien ¿De acuerdo? —La paciente sonrió ruborizada.

—No te preocupes, Paco. Entre todos nos vamos a encargar de que esta

muchachita siga tus instrucciones al pie de la letra —le aseguró Carmen tomando con dulzura la barbilla de la paciente. Haría todo para que esa joven volviera a ser la que era.

Capítulo 17

Más tarde Isabella veía un programa en la tv, hacía unos minutos apremió a todos para que fueran a comer, deseaba un momento de soledad. Estaba a un día de salir y se sentía bien físicamente y un poco más tranquila mentalmente. Una escena cómica logró, para su asombro, hacerla sonreír...

—Bella —esa voz inconfundible, era él. Sintió que el aire le faltaba y que su corazón se iba a salir del pecho, de pronto el oxígeno no circulaba. Agachó la vista hasta sus manos con los ojos bien abiertos y sintiendo pequeños temblores recorriéndole el cuerpo. No lo miró, no podía hacerlo.

Al verla al fin después de tanto tiempo, sintió el deseo de besarla, de rodearla y decirle que todo estaría bien, que ya todo había terminado, quería pedirle, rogarle que lo dejara estar de nuevo a su lado, que no lo apartase más de su vida, que lo perdonara. Con alegría notó que no era ni el asomo de la persona que llevó hacía varias semanas a ese hospital, definitivamente estaba mejor. Había recuperado peso, su rostro ya se veía más repuesto; prácticamente era la Bella de siempre, aunque todavía faltaba un buen trecho. En unos meses, comprendió, no habría señales de lo que ocurrió, por lo menos no físicas.

Se acercó lentamente poniéndose al pie de su cama. La joven parecía no tener la mínima intención de encararlo.

—Siento entrar así, pero... tenía que verte... Ha sido demasiado —se excusó esperando ver esos ojos por los que moría volver a perderse.

—Está bien —habló al fin juntando todo el valor que tenía para poder verlo. Pero fue un error; el hombre que tenía de frente la deslumbró enseguida; era hermoso y aunque se veía ciertamente mayor, fatigado incluso, era... perfecto y la miraba como si fuera lo más preciado en el mundo. Una sensación conocida y ahora algo incómoda recorrió su cuerpo.

—Supe que mañana regresas a casa —dijo sin moverse, no quería asustarla.

Parecía estar a punto de saltar de la cama y salir corriendo de la habitación, eso le dolió mucho más de lo que pudiese siquiera imaginar, sin embargo, logró mantener a raya el sentimiento.

—Sí... Paco vino hace unas horas a decirnos —sonrió sin alegría. Se veía

tan hermosa con su cabello oscuro completamente trenzado que pasaba provocador por su pecho casi hasta su cintura. Y con ese rubor pintado en su tez trigueña que sabía solo él le provocaba y que echó de menos tantos meses.

—Eso es una muy buena noticia, Bella —expresó torciendo la boca en un intento de sonreír.

—Isabella... me llamo Isabella —lo corrigió molesta y dolida al haber escuchado esa abreviatura de su nombre que sólo él usaba.

—Lo sé, pero para mí tú eres: Bella —se encogió de hombros como si fuera cualquier cosa, algo insignificante.

—Se—Sebastián ¿A qué viniste? —Se atrevió a preguntar cada vez más desesperada porque se fuera, desaparecería. La hacía recordar a lo más hermoso que había vivido y al mismo tiempo lo más doloroso. De inmediato se comenzó a sentir alterada, ansiosa... preocupada. No deseaba verlo, pero a la vez lo ansiaba cerca.

—Sé que no querías que me presentara, pero como te dije... esto ya fue demasiado. Sé que necesitas tiempo, pero... creo que tenemos que hablar —la observó serio y suplicante. Isabella al oírlo se sintió furiosa, tenía ganas de saltarle a la yugular, arañarlo, lastimarlo, herirlo, gritarle que por su culpa ella perdió a lo único que de verdad le pertenecía, que jamás debió creer en él, en sus malditas palabras.

—¿Quién te crees?! —Le gritó apretando los dientes al tiempo que se hincaba sobre la cama para acercarse con odio. Pensó que él se movería, al contrario, la enfrentó sin inmutarse, era como si hubiese esperado esa reacción—. ¡Vienes aquí! ¡Después de todo lo que pasó! ¡¿Y dices que es demasiado?! Lárgate, vete de aquí Sebastián, no quiero volver a verte, entre tú y yo no hay nada, nunca más habrá nada —bramó señalando la puerta.

Tenerla así de cerca le hizo perder la razón, su rostro trastocado por la furia era digno de una diosa y su boca temblando de coraje era más de lo que podía aguantar. No pudo, simplemente no lo pudo resistir. Con un movimiento ágil y veloz sujetó su cintura y con la otra mano su nuca acercándola de esa forma hasta él sin que le diera oportunidad de luchar y estampó su boca con la suya. Era imposible sentir ese deseo avasallador en ese momento, sin embargo, era así, siempre fue así con ella y en esa ocasión no era la excepción; la amaba, la deseaba con desesperación.

Isabella no supo qué hacer al verse atrapada en ese cálido lugar, intentó luchar para quitárselo de encima muerta de miedo ya que sabía muy lo que le despertaba, no obstante, era muy tarde. Al sentir sus labios sobre los suyos logró evocar todo el amor y deseo que tantas veces compartieron. Su cuerpo se rindió a él sin voluntad, se pegó a su pecho y le rodeó el cuello desesperada. Su boca la dominaba sin tregua, la invadía y la saboreaba como si fuera un delicioso manjar, como si el mundo se fuese a acabar. De repente una alarma mortal la hizo entender que su cuerpo la traicionaba de aquella forma tan imperdonable, de inmediato comenzó a sentir impotencia, dolor, ansiedad y miedo de evocar. Las lágrimas corrieron sin poder contenerlas, sintió de nuevo la desconfianza, los momentos de soledad, la angustia diaria, el terror a no volver a verlo, el descubrimiento de su embarazo y el pánico de darse cuenta como su cuerpo se consumía sin poder evitarlo. Sebastián sintió su rostro húmedo, se separó arrepentido por dejarse llevar de esa manera. Apoyó el rostro sobre su pequeña frente agitado, ansioso y preocupado por el impulso del que acaba de ser víctima. Nervioso colocó ambas manos en sus mejillas.

—Bella, *mi Bella* —murmuró contra su piel. *Al escucharlo salió del trance del que la tenía presa y se soltó abruptamente.*

—¿Por qué hiciste eso? —Le reclamó—. ¿Por qué? No tenías derecho... —y hundió su rostro en las manos sollozando. Sebastián la observó sintiéndose miserable y a la vez sin una gota de culpabilidad.

—Bella te amo... Por favor, hay que hablar... —le suplicó sin querer moverse.

—No, no quiero... ¿Entiendes? No puedo... No me creíste... Me... dejaste —lloraba viéndolo con todo el dolor que sentía en el corazón reflejado en esos estanques que él tanto amaba y evocaba, sin embargo, ahora no tenían luz, parecían vacíos, desconfiados. Sintió una fuerte opresión en el pecho.

—Bella... —musitó acongojado.

—No, no Sebastián, no. Tú eras lo único seguro que he tenido ¿No comprendes?, me dejaste sin nada cuando les creíste. Yo... te amaba —murmuró bajando la mirada.

—Por favor Bella... Necesito explicarte, yo... —al verla así sentía mucha

impotencia y la rabia regresaba con doble intensidad.

—Vete, no vuelvas a buscarme... Jamás vuelvas a tocarme... Ya no hay nada entre tú y yo... Por favor —le rogó al final viéndolo a los ojos. Lo decía en serio.

—Bella, no nos hagas esto, sé que si hablamos podremos...

—¿Olvidarlo todo? No puedo, no quiero, era mi hija ¡Mi hija! Sebastián, la amaba... —y su llanto ya fue incontenible, tanto que logró preocuparlo, ella aún no se encontraba bien y él no debía estarla alterando de esa forma. No pudo más, rodeó la cama y la abrazó nuevamente. Ella intentó alejarse, no pudo, por lo que con rabia comenzó a pegarle en el pecho buscando que la soltara—. Déjame, vete —pero él seguía soportando y luchando hasta que poco a poco se fue rindiendo sin poder dejar de llorar—. Yo la quería... Déjame... Era mi hija —sollozaba desesperada, deshecha. Sentirse cobijada en sus brazos rompió todas las defensas que construyó durante las últimas semanas. Se dejó llevar.

—Bella... mi amor... Dios —tenerla tan cerca era como sentir que había llegado a su puerto después de un largo viaje, que estaba por fin en casa después de tantos meses. Lo malo era que en ese momento estaba destruido, corroído y muy deteriorado gracias a su gente, a él mismo.

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Lo intenté... No pude... La perdí... —al escucharla, las lágrimas también salieron por sus ojos sin poder detenerlas. Hablaba de su hija, de aquella personita que juntos crearon con tanto amor, a la que dejó igual de desprotegida que a ella. Más tranquila se comenzó a separar de él.

—Bella... Por favor escucha... —le suplicó acunando su mejilla, pero ella se alejó de inmediato.

—No sabes lo que pase... No tienes idea lo eternas que eran las noches y los días...

Cuando descubrí que ella estaba dentro de mí... ya no me sentí sola y... no supe cómo protegerla... Nunca me lo voy a perdonar, nunca te podré perdonar Sebastián —lo último se le clavó tan hondo que sintió se ahogaba.

—Bella... pasemos esto juntos por favor... —se daba cuenta de que la perdía, se le escurría entre las manos y no podía hacer nada para evitarlo. Pero ¿Qué esperaba después de lo que corrió? Aun así dolía, dolía como los

mil demonios saberla perdida.

—No, no estuviste ahí cuando te necesitamos. Estaba sola y yo tengo la culpa... — sus palabras dejaban ver mucho odio y rencor.

—No digas más, por favor —presintió que lo seguía iba a ser la peor parte del encuentro, lo veía en esa mirada que ahora estaba tan apagada y triste.

—¡Sí! Sí lo digo porque es la verdad, porque no debí enamorarme de ti, no debí amarte, jamás debí haber aceptado casarme contigo... —veía como sus palabras se clavaban en el corazón como cuchillos fulminantes, quería lastimarlo aunque nada de eso fuera cierto, quería que sufriera por lo menos un poco de lo que ella sufrió—. Jamás debí entregarte mis sueños, mi vida ¡Jamás!

—No Bella, no digas eso, no lo piensas de verdad, por favor —le decía sin poder reconocerla, ella lo odiaba, lo odiaba en serio.

—Si no quieres escucharlo vete, lárgate y no vuelvas nunca. No quiero volver a verte, no quiero volver a saber nunca de ti ¿Entiendes? Nunca, maldigo el día en que te conocí, que tu vida se cruzó con la mía —quería maltratarlo, quería herirlo y por su talante y sus lágrimas lo estaba logrando, nunca lo había visto así, estaba acabando con él, lo veía en sus ojos. Pensó que al hacerlo se sentiría un poco aliviada, que podría hacerlo sentir un poco de su dolor, pero estaba sucediendo lo contrario, lastimarlo la estaba lastimando más a ella.

—¡Isa! —Gritó Marco impresionado por lo que acababa de presenciar. La joven lo observó y no supo qué decir, de repente se dio cuenta de lo que había hecho.

Sebastián elevó una mano para detenerlo y hacerle ver que estaba bien después de aquel monumental ataque que lo acababa de herir de muerte.

—Bella, yo te amo y escúchame muy bien eso jamás cambiará por mucho que te empeñes. Sé que has sufrido mucho más de lo que alcanzo a imaginar... Para mí también ha sido un golpe muy duro, nunca olvides que ella... también era mi hija, que era producto de lo que tú y yo compartimos. Y olvida esas ideas; lucharé por ti, no podrás hacer nada, ni decir nada que logre cambiar eso. Al final serás mía, eso te lo juro y de alguna manera lograré que me perdones y me perdonaré, esto también te lo prometo —la

miró fijamente para que ella notase la determinación en su mirada. Isabella sentía náuseas, no podía moverse—. Hasta luego, Marco —y Salió sin decir más.

Isabella permaneció mirando el lugar donde hacía un segundo él estuvo. Marco se acercó al verla tan pálida, parecía que se desvanecería en cualquier momento.

—Isa, no tenía que ser así... —expresó afligido mientras le veía completamente vulnerable y con los ojos rojos de tanto llorar. La abrazó y la dejó que sacara todo lo que tenía dentro. Cuando la sintió más tranquila la recostó quedándose a su lado hasta que se el sueño la venciera.

Sus palabras lo lastimaron más de lo que hubiera querido aceptar. Sabía que hablaba desde su dolor, desde su enojo. Pero igual lo hirieron. Condujo sin rumbo durante unas horas. Su móvil sonaba y sonaba, pero no quería hablar con nadie.

Volverla a tener tan cerca, entre sus brazos, sentir de nuevo sus labios sobre los suyos solo logró que el dolor de sus palabras lo penetraran aún más. Se estacionó un momento, bajó el vidrio y el aire helado de finales de enero lo tranquilizó. Ella era su mujer, se pertenecían y no se iba a dar por vencido. Ir ahí fue un impulso pero tenía que hacerlo y desde que iba en dirección al hospital sabía que las cosas no iban a ser fáciles, sabía que Isabella iba sacar contra toda su rabia, que iba a luchar contra él cómo solo ella sabía. Sin embargo, al verla, lo que sentía se intensificó. Lo iba a lograr, iba a pelear por ella aun contra sí misma, no la iba a perder. Esa era la primera confrontación de muchas que seguro iban a ver, porque si pensaba que con lo que le dijo ya se libró de él para siempre, se iba a llevar una gran sorpresa, no iba a parar hasta tenerla de nuevo en su brazos, en su cama, en su vida...

Isabella era cada vez más independiente, poco a poco fue recuperando su peso y el reflejo de ella en los espejos cada vez le era más familiar.

No volvió a saber de Sebastián después aquel día. Una semana y todavía se sentía mal por todo lo que le gritó. Pero al verlo, al sentir sus labios y darse cuenta de que su cuerpo no lo rechazó lo quiso herir.

La pérdida de su hija jamás la olvidaría, sin embargo, estaba consciente de que él no tenía la culpa de su precaria salud, de lo que esos hombres hicieron, de que ella hubiese donado todo su dinero y se hubiera visto

desprovista de todo, él fue, hasta cierto punto, tan víctima como ella.

Aun así no podrían volver a estar juntos por mucho que lo amara. Viviría con un miedo constante de que alguien más quisiera hacerle daño, de que inventaran algo tan magistralmente bien planeado que ella no pudiera defenderse de nuevo... o él.

Voló demasiado alto al creer que alguien como ella podía estar junto alguien como Sebastián. Eran de dos mundos muy diferentes y por mucho que lo intentara jamás lograría estar a la altura de su cosmos. Él debía entenderlo, si se empeñaban en continuar con esa terquedad otra vez, tarde o temprano, uno de los dos iba a salir de nuevo lastimado, y ella ya no tenía la fuerza para otro golpe igual o de las mismas proporciones que el anterior.

Le debía mucho a ese hombre, siempre le iba a estar agradecida por la vida que les regaló, pero no era tonta y ya había aprendido la lección; Él no era para ella y ella no era para él. Tendría que vivir con ese amor siempre, sabía que jamás estaría con alguien más, nunca podría encontrar al hombre de sus sueños porque simplemente ya lo había hecho y un abismo los separaba. Comprenderlo costó demasiado.

Carmen y Raúl se desvivían de atenciones por ella, la hacían sentir su hija y aunque no volvieron a insistir respecto a la adopción, Isabella sabía que eso era lo que realmente querían.

En cuanto a la universidad le hablaron a Raúl disculpándose por todo lo que sucedió con la joven y para reparar su falta de sensibilidad deseaban que regresara con el resto de la carrera pagada y el acceso a una beca por seis meses fuera del país. El único problema era que Paco ordenó que detuviera sus estudios por un semestre, no quería arriesgarse a una recaída, después de todo estuvo a punto de morir. Le explicó a detalle todo lo que su condición conllevaba y cómo debía cuidarse para poder tener una vida sana. Así que le haría caso y después se iría, era lo mejor para todos y con suerte manteniendo el promedio que tenía lograría terminar su carrera en ese lugar y no tendría que regresar nunca más. Sus hermanos la podrían ir a visitar y ella empezaría de nuevo en otro lugar.

Sebastián ya no estaría en su vida. Sólo de pensarlo se sentía de nuevo muy sola, pero sabía que así tenía que ser. Era lo mejor para todos. Discúlpalo.

Recostada sobre una tumbona en el gran jardín de la casa de sus hermanos, intentó tomar un poco de sol a media mañana. El aire de febrero era frío pero la hacía sentir bien, y por instrucciones del médico tenía que volver a recibir la luz y calor de aquel astro unos minutos al día. Unos ladridos la hicieron incorporarse y girar hacia el interior de la casa. Luna y Miel corrían hacia ella, Sebastián venía caminando muy detrás. Al verlas se levantó de inmediato y las recibió con un abrazo lleno de alegría. Los animales la saludaron efusivamente tumbándola sobre el pasto.

—¡Guau! Están hermosas, las extrañé —Dijo tomando a una y otra de la cara—. Están guapísimas... —se sentía feliz de verlas. Ambas le lamian el rostro excitadas y no la dejaban pararse del césped.

—Luna, Miel —las llamó el recién llegado con autoridad. Ambas se detuvieron al instante poniéndose más dóciles como siempre que él les daba una orden—. Ellas también te echaron de menos... —dijo mientras le tendía la mano para ayudarla a levantarse, no obstante, prefirió hacerlo sola. Sabía perfectamente lo que su contacto provocaba en su cuerpo y no quería flaquear.

—Yo también... —sonrió observándolas jugar—. Gracias —musitó viéndolo a los ojos. Ese hombre sabía cómo doblegarla, pero no lo iba lograr.

—No es nada —contestó guiñándole un ojo. Al ver que el nerviosismo de Bella y su confusión, la invitó a que se sentara nuevamente, él lo hizo en la tumbona que se encontraba frente a ella.

Era impresionantemente varonil, moría de ganas de enredar una mano en su cabello como solía hacerlo cuando lo veía llegar y lo besaba. Enseguida se ruborizó al recordar esos lejanos momentos. Sebastián lo notó de inmediato y supo qué estaba pensando, la conocía muy bien, era una lástima que eso ahora no sirviera de nada. Pero es que Dios; se veía tan hermosa con esa sudadera rosa y esos *jean*. *Su cabello caía como antes; suelto hasta la cintura y se había maquillado un poco por lo que las ojeras ya eran muy tenues.*

—¿Cómo sigues? —Preguntó esperando a que lo viera de una vez. Y lo hizo. Amaba esos ojos, los quería tener para siempre mirándolo solo a él. Torció la boca.

—Bien... ya no me canso tan rápido —admitió frunciendo el ceño como quejándose de sí misma.

—Qué bueno, Isabella —no pasó desapercibido que no la nombró como siempre, algo se le removió en su interior— Y dime, ¿vas a regresar este semestre a la universidad? —Sabía que no, Paco lo mantenía al tanto al igual que todos sobre ella, pero quería romper el hielo. La muchacha se mordió el labio nerviosa.

—No, Paco quiere que descanse y me recupere... —susurró no muy convencida.

—Eso quiere decir que vas a tener unos meses de vacaciones ¿No es cierto?

—Sí, si se puede decir... —y miró a Luna y Miel jugar con un pedazo de sogá que Sebastián traía en la mano cuando llegó.

—Bella... —ella giró enseguida asustada—. Tengo que irme, pero... ya le pedí permiso a Carmen y a Raúl y voy a pasar por ellas más tarde ¿Te parece bien? — Preguntó señalando a los animales. Ella estaba completamente confundida, hubiera jurado que él empezaría a hablar pero no fue así...

—Sí, gracias —su mirada atemorizada lo conmovió, todavía se le veía triste y la chispa que solía tener prácticamente se extinguió, lo veía cautelosa y podría jurar que un tanto arrepentida, pero decidió no hacerse ilusiones. Se puso de pie, se acercó a ella peligrosamente, le dio un beso en la mejilla al tiempo que absorbía todo su olor.

—Hasta luego entonces —y se fue dejándola completamente desconcertada.

En cuanto salió de su campo de visión y pudo pensar con mayor claridad se dio cuenta de su treta, pero no lo iba a permitir. Cuando fuera por Luna y Miel más tarde tendrían que hablar de una vez, las cosas tenían que terminar ya, aunque ella sabía que no se lo iba a dejar tan fácil.

Capítulo 18

El resto del día se sintió ansiosa, Sebastián no le dijo a qué hora las recogería y no quería hablarle para saberlo. Jugo con los animales lo que sus fuerzas le daban, pero al llegar Marco y Dana ya no tuvieron descanso, entre los dos no pararon de mimarlas y jugar con ellas, mientras Isabella los veía sentada en un pequeño columpio.

Por la noche Carmen le comentó que él habló para avisar que no tuvo tiempo de ir por ellas, así que al día siguiente iría temprano. Quería golpearlo, todo el tiempo la mantuvo expectante y ansiosa, necesitaba que eso no volviera a suceder, debía decirle todo lo que ya había decidido y debía lograr que lo comprendiera de una maldita vez. Entre menos trato existiera entre los dos mucho más sencillo iba a ser retomar su vida.

Durante la noche no logró dormir bien. Los sueños, o en realidad pesadillas sobre sus recuerdos, no le permitieron descansar. Más de una vez despertó con lágrimas en los ojos y sintiendo la desesperación de aquellos meses. Jamás podría olvidar todo; esa pesadilla, su tiempo en el orfanato donde vivieron completamente privados de cariño y respeto, su niñez con una madre, que además de maltratarla una y otra vez sin hartarse, la intentó vender y de alguna manera consiguió peleando y pataleando que no lo hiciera, después de todo si ella no cuidaba a sus hermanos ¿Quién lo haría?.

Cuando por fin amaneció ya no intentó dormir más. Cada que cerraba los ojos todo se le venía encima. Se duchó y bajó desanimada a desayunar.

—Hola, mi niña —la saludó Carmen dándole un beso en la frente mientras apresuraba a sus hermanos para que terminasen de comer. Pero al ver su semblante hizo una pausa y la observó más detenidamente—. Isa, hoy no traes buena cara... mejor sube a descansar un rato más —ella negó nerviosa.

—Prefería estar donde hay gente, Carmen... —le explicó angustiada. Se veía agotada, no la presionaría, pero no le gustaba nada su talante.

—Está bien mi niña, pero en cuanto termines, te recuestas —ella asintió mientras comía un poco de fruta y escuchaba a sus hermanos quejarse por lo temprano que era.

Cuando todos se fueron Isabella ya se sentía exhausta, sin fuerzas. Fue directo al jardín, ahí se sentía menos agobiada. Los animales al verla corrieron hasta ella, tomó uno de los palos que traían en el hocico y se los aventó de nuevo para que fueran corriendo por él. Se acercó a la tumbona que ocupó el día anterior, se recostó y sin ya poder mantener los párpados abiertos se durmió. Más tarde una de las mujeres que trabajaban ahí le colocó una frazada sin despertarla.

No eran más de las diez de la mañana pero ya se sentía ansioso, así que salió de su oficina y condujo hasta su casa. Esperaba que su estrategia hubiera funcionado, que Bella estuviera desconcertada por su indiferencia e intranquila por verlo. Lo cierto era que estaba resultando muy difícil no verla a diario, no poder hablar con ella. Sin embargo, era la mejor forma; darle un poco de tiempo y espacio para que fuera acomodando todo en su cabeza y por fin por lo menos conversaran, que le permitiera acercarse, lograr su perdón.

Llegó y al entrar rodeó la casa por la parte trasera, el jardinero le informó que ahí se encontraba. Al acercarse vio que Luna y Miel jugaban con algo al lado del diván donde la vio el día anterior. Las mascotas lo observaron llegar pero no se movieron de ahí. Frunció el ceño. Al estar más próximo se dio cuenta de que se hallaba cobijada y que dormía profundamente. Se sentó a su lado y la observó sin que el tiempo le importara.

Se veía un poco más ojerosa que el día anterior y parecía inquieta, movía mucho su rostro y susurraba cosas que no entendía. “Debo despertarla...” pensó viéndola tan inquieta, pero necesitaba contemplarla. Dios... como la amaba, esa mujer era todo para él. Acercó una mano lentamente hasta su mejilla deseando tocarla aunque fuera un poco, de pronto ella se agitó aún más. Sebastián alejó la mano de inmediato, estaba teniendo pesadillas, eso era evidente. Tomó su rostro entre las manos y la llamó suavemente.

—Bella... Bella despierta, Bella... —la joven poco a poco fue saliendo de ese mundo inconsciente, cuando al fin logró abrir los ojos habían lágrimas dentro de ellos—. Bella, ya pasó, tranquila... —comenzó a susurrarle intentando abrazarla, verla así lo llenaba de impotencia. Pero ella se separó de él de inmediato.

—No, no, ya estoy bien —expresó temblorosa limpiándose las mejillas.

—Pero Bella...

—No, ya pasó —negó girando su rostro al lado contrario. Se quitó la frazada, se iría. Él se levantó de inmediato afligido.

—Bella no te vayas, yo me voy, sólo vine por ellas —y señaló a los animales que los observaban atentos. Nada estaba saliendo como lo planeó, pero debía aprender que las cosas con ella así eran, impredecibles.

—Gracias por traerlas... pero prefiero ir adentro —se excusó torciendo la boca en algo que intentaba ser una sonrisa de agradecimiento. Iba a intentar convencerla cuando ella se puso de pie y las piernas se le doblaron, su reacción fue instantánea. Se acercó a toda velocidad y amortiguó con sus brazos lo que hubiera sido un golpe. La cargó sin preguntarle, acurrucándola junto a su pecho—. Bájame... —le rogó sin fuerzas.

—Por supuesto que no, Bella estás muy débil, debes descansar. Te llevaré a tu recámara para que duermas, no te ves bien —decidió caminando hacia la casa.

—No... —suplicó llorando por miedo a cerrar los ojos. Sebastián la pegó más a su cuerpo intentando tranquilizarla.

—Sh... estoy aquí *mi Bella, todo va estar bien...* —pero ella continuaba *ansiosa, llorosa*.

Subió con ella a cuestras sin el mayor esfuerzo, siempre fue delgada, pero en ese momento lo era aún más. Anduvo hasta su habitación, abrió la puerta y la recostó delicadamente sobre su cama.

—Bella, duerme... —imploró preocupado, le hablaría a Paco y a Carmen. La joven negó temerosa, estaba demasiado agobiada y sabía que era por todo lo sucedido. Se sentó a su lado al verla así, acarició su cabello esperando que ella en cualquier momento le pidiera que parara, pero al contrario, miraba hacia un lugar sin prestar atención y el llanto comenzó a cesar.

Poco a poco con su contacto comenzó a sentirse más tranquila y la angustia comenzó a ceder. De pronto él dejó de hacerlo, parecía que se iba. El desasosiego la volvió a envolver, en ese momento su orgullo o dignidad no le importaron, necesitaba paz y Sebastián, paradójicamente, era lo único que se la brindaba en ese momento, era como una medicina para un mal.

—No te vayas —le suplicó con hilo de voz.

Al verla así no supo si moría de alegría o de preocupación, pero le importó una mierda, eso quería, eso haría.

—¿Segura, Bella? —Ella asintió asustada. Agarró una cobija, se la puso encima, se recostó a su lado y la abrazó teniendo su espalda de frente. Recargó su rostro sobre las almohadas con la barbilla encima de su cabeza. La joven no puso ninguna resistencia, así que comenzó acariciar su cabello. Conforme pasaron los minutos escuchó como su respiración se relajada se fue acompasando hasta que se dio cuenta de que cayó profundamente dormida.

Tenerla así de cerca era mucho más de lo que esperó lograr en meses, pero aunque se sentía muy feliz por olerla y poder tocarla, su miedo y angustia no le gustaron en lo absoluto, de echo sentía que esa era la causa por la que no se quiso quedar sola y eran los culpables de que al parecer no hubiera podido descansar y estuviera de nuevo tan débil.

Algún día todo eso pasaría y esa pequeña joven que tenía pegada a su cuerpo volvería sonreír y ser aquella mujer que no paraba, optimista, alegre, impulsiva y que disfrutaba la vida sin complicaciones. Pero en lo que eso sucedía lucharía, no existía nada que se lo impidiera, ni siquiera ella.

No supo cuánto tiempo pasó, pero terminó igual que Isabella sin percatarse; perdido en el país de los sueños. El cansancio de meses, la ansiedad, la angustia y preocupación le cobraron factura en ese momento y durmió como en mucho tiempo no lo hacía, sintiéndola así de cerca nada importaba.

En la inconsciencia sintió su cuerpo removerse, de inmediato recordó donde se encontraba. Bella se agitaba, se movía y lloraba de nuevo aún dormida. La despertó moviéndola insistentemente pero con suma ternura.

—Bella, Bella —sus parpados revolotearon hasta que lo logró enfocar. Al verlo ahí, se giró del todo y lo abrazó desbordada en llanto. De inmediato la rodeó intentando que se calmara. Odiaba a los que provocaron todo, se odiaba a si mismo por ser parte de ello. Era inaudito lo que el dinero y las mentes torcida podían llegar a causar en la vida de las personas y ahora por mucho que se vengara de ellos, que su pecho sangrara al saberse parte de todo aquello, ya nada podría cambiar lo que pasó, lo que sufrió, al fango que la arrastró.

—La sueño Sebastián, la sueño todo el tiempo... —el hombre supo de

inmediato a quién se refería. No la interrumpió aunque eso deseaba, ella se estaba desahogando, necesitaba hacerlo y él tendría que enfrentarlo. La pegó más a su pecho mientras lo empapaba con sus lágrimas—. ¿Por qué nos hicieron esto? Era una bebé, no tenía la culpa, era nuestra... —se separó buscando su mirada, de pronto le dio pavor que lo echar de ahí, no podía dejarla así—. Era tuya... —susurró buscando duda en su rostro.

—Lo sé, Bella... —necesitaba que se diera cuenta de que nunca más iba a dudar de ella. Cometió un error, el peor de su vida, lo sabía y lo tendría presente hasta el último de sus días pues la vida de su hija y la de ella casi se va en ello. Sin embargo, la amaba, necesitaba demostrarle que podía ser quien se merecía, que podía ser un hombre en todos los sentidos para protegerla incluso de sí mismo, que lograría, de alguna manera, darle todo lo que le arrebató y aún más.

—¿De verdad?... Yo pensé que... —la silencio con un dedo sobre sus tiernos labios y perdiéndose en sus estancos aceituna.

—En cuanto lo supe no lo dudé, nunca cometería el mismo error dos veces, Bella. Nunca —su mirada era de incredulidad y eso le dolió.

—Pero... tú... Bueno... nos cuidábamos... ¿Cómo pudo pasar?... —Le preguntó confusa.

—No todo el tiempo y por otro lado, nada es completamente seguro. Esas cosas pasan, siempre hay posibilidades, eso fue lo que sucedió... —ella recargó de nuevo el rostro sobre su pecho.

—Sebastián... —hizo una pausa, él sabía qué continuaría así que no la presionó—. Fueron noches horribles... me sentí perdida, sola, más sola que nunca —cada palabra se le estaba encajando en el corazón no obstante, quería saber lo que esa mujer por la que daría la vida y lastimó tanto, sentía. Necesitaba saber lo que tuvo que pasar, el dolor que vivió, la miseria a que la arrastró por desconfiado, por no escuchar lo que su corazón decía, por... miedo a ser traicionado una vez más—. Cuando pasó todo... sentí que me volvería loca... Era como si las mentiras fueran ciertas y yo no me hubiera enterado... Fue espantoso —continuaba hablando sin soltarlo, al contrario, con cada frase apretaba más sus manos torno a su cuerpo—. Yo siempre salí sola adelante y... no supe cómo... Tenía mucho miedo... Sin poder comprenderlo, ni creerlo; ya no volvería a ver a mis hermanos, no podía

estudiar, nadie me contraría si sabían... lo de que inventaron y... tú me odiabas. No tenía nada, nada... —volvió a romper en llanto. Cerró los ojos mordiéndose el labio por el dolor que esas confesiones le producía, se sentía un bastardo, un hijo de puta, pero a la vez, más enamorado que nunca, desesperado por encontrar la forma de borrar lo ocurrido y que todo fuese como solía. Frustrado, lleno de impotencia, le acarició la espalda una y otra vez.

—Bella perdón, perdóname... —le suplicó con la voz quebrada.

—Era muy difícil darse cuenta de que nada era cierto... Yo también hubiera dudado... —admitió levantando el rostro—. Sé que intentaste... no creerles, no te culpo... —las lágrimas le nublaron la vista ahora de él. No podía creer lo que esa perfecta mujer le decía, fue el maldito responsable de todo, no la protegió lo suficiente, no cumplió su promesa—. Sebastián... no puedo volver a pasar por algo así... —expresó de pronto. Y una mierda, por supuesto que jamás sucedería nada siquiera similar, fue un imbécil, el más grande, pero si lograba tenerla nuevamente, desde luego que nunca volvería a derramar una sola lagrima que no fuera de felicidad.

—No volverá a suceder, te lo juro. No te cuide lo suficiente, pero esta vez será diferente —anunció con firmeza rogando que eso quisiera decir lo que esperaba.

Ella negó al tiempo que se separaba y se sentaba en la cama a su lado. El hombre hizo lo mismo arrugando la frente intrigado, con una molesta opresión en el pecho y un presentimiento que lo ahogaba.

—No comprendes... Tú y yo, nunca debimos... —al comenzar a entender por dónde iban sus palabras sintió un sudor helado que le recorrió todo el cuerpo, claro que no lo perdonaría... no así de fácil, aun así dolió como los mil demonios que cada noche lo acompañaban desde que la encontró.

—Por favor, Bella. No.

—Sí Sebastián, tú y yo somos de dos mundos que jamás se podrán juntar — palideció—. Lo intentamos... pero... el costo fue muy alto, ahora fui yo, pero...

—No, no Bella, no digas eso. Tú sabes que te amo, haré lo que tenga que

hacer para que nada parecido vuelva a ocurrir. Dame otra oportunidad, esta vez no te voy a decepcionar te lo juro —sus palabras también la estaban quemando por dentro y ver la angustia en su rostro era más de lo que podía soportar, pero estaba convencida de que así tenía que ser, él debía entenderlo. Puso una mano sobre su mejilla y él la tomó enseguida sintiendo el terror recorrer todo su cuerpo.

—Sebastián, tú no puedes saberlo todo, no puedes controlarlo todo... Comprende, es lo mejor. Yo siempre seré lo que soy, nunca lo podré cambiar y tú siempre serás lo que eres...

—Lo dejo todo, todo. No quiero nada sin ti... por favor... —las lágrimas salieron por fin de sus ojos. La estaba perdiendo. No, no lo soportaría.

—Nunca lo permitiría y aun así nada cambia esto. Por favor comprende, tú eres lo que eres y yo soy lo que soy aunque nos empeñemos en lo contrario. Sebastián, volé muy alto. Tú... —pero él se levantó desesperado.

—¡No! ¡No lo voy a permitir! —Bramó—. Te amo ¿No entiendes? Amo lo que eres, amo quien eres, no me importa nada más... ¡No voy a permitir que nos hagas esto, Isabella! Fui un bastardo, cometí la equivocación más grande de mi vida, sé que te causé heridas que tardarán mucho tiempo en sanar, sé que me guardas rencor y que te fallé. Pero te amo, y si lo que necesitas en tiempo no hay problema, sabré esperar lo juro, por ti la vida entera si es preciso, pero no me digas eso, no lo soporto... —Isabella entendía su desesperación, ella misma quería gritar hasta que la garganta le ardiera, hasta que su cuerpo volviera a quedarse sin fuerza, pero era lo mejor para ambos.

—Por favor, entiéndeme, no puedo volver a estar contigo, no debo... —le contestó llorando, hincada sobre la cama.

—¡¿No debes?! —Repitió furioso. Bella se le estaba escurriendo entre las manos, no lograba que entrara en razón.

—Sí, Sebastián —avaló mientras se levantaba y se paraba frente a él—. Esto que sucedió nos va a perseguir siempre, va a ser una sombra que jamás podremos quitarnos de encima. No puedo vivir con la zozobra de que a alguien más se le ocurra algo similar, no puedo, no quiero... por favor. Tú no tienes idea de lo que pasé, la angustia, la soledad. Cuando la... perdí ya no quería vivir ¿Comprendes lo que implica? ¿Cuando tú me encontraste me estaba dejando morir! —le confesó desesperada. El impacto de sus palabras

casi lo hace tambalear, se detuvo y la miró azorado.

—Bella... —logró decir con la boca seca y las palmas sudorosas.

—Sí, y no sabes cómo me arrepiento de haber si quiera pensado en esa posibilidad, fui cobarde, debí haber luchado —intentó abrazarla, lo que acababa de decir era demasiado. Pero ella se hizo a un lado—. ¡No, no, Sebastián! No quiero que me consueles, quiero que comprendas en lo que me convertí con todo esto, nunca voy a volver a ser la misma ¿Entiendes?, lo que sucedió me marcó. No debí acostumbrarme a esta vida, no debí de haberme acostumbrado a ti —le dijo señalándolo llena de amargura.

—No digas eso, por favor no sigas.... —imploró cada vez más impotente y aturdido.

—Es la verdad, no te culpo, entiendo tu situación. Pero eso no cambia nada, nada. Las cosas sucedieron y... no hay arrepentimiento, no hay perdones, no hay justificaciones. Sólo la realidad nos guste o no —él se sentó al borde de la cama con la cabeza escondida entre sus manos. No lograría recuperarla, lo sentía...

—¿Así?... ¿Así termina todo?, ¿eso es lo que quieres de verdad? —Le preguntó quedamente.

—Sí... eso es lo que quiero, lo siento. De la mujer que te enamoraste ya no queda nada y... si realmente me amas me dejarás ir —lloraba mientras se lo decía. Él se acercó en un movimiento imperceptible y la besó presa de un arrebató. Isabella iba a rechazarlo al sentir su contacto, pero... no pudo, lo amaba y esa era la despedida, así tenía que ser, así debía ser. Sus labios la acariciaban ansiosos, desesperados, su lengua la invadía sin piedad y decidió seguirle el paso, se pegó a él lo más que pudo abrazándose por completo a su cuello e intentó arrebatarse hasta el último aliento.

Sintió por un momento que no iba a poder vivir sin ese hombre que aunque la aventó al vacío, también salvó a sus hermanos de una vida de miseria, la ayudó a ella, la amo como nadie, le dio los momentos más mágicos de su existencia y que presa de sus inseguridades le hizo conocer el paraíso e infierno de su mano. Jamás podría volver a sentir algo así por alguien, él ya estaba clavado en su corazón, era parte de su alma, no pretendía cambiarlo, pero tampoco vivirlo.

No se dio cuenta cuando Sebastián disminuyó el ritmo y de pronto

agitado colocó su frente sobre la de ella.

—Bella, tú aún me amas, lo sé —susurró con otra grieta enorme en el pecho.

—Sí, pero... eso no siempre es suficiente... —puso las manos sobre su pecho y se alejó dándole la espalda de un solo movimiento—. Lo siento...

—Bella, si... esto es lo que tú quieres lo voy a respetar, no me perdonaría hacerte más daño, pero quiero que sepas que te voy a esperar todo el tiempo que necesites. Te amo nos pertenecemos ¿Recuerdas? —En ese momento esa primera noche en la que se entregaron el uno al otro la hizo derramar más lágrimas—. Eso... jamás lo podrás borrar... —de pronto escuchó la puerta cerrarse y supo que ya se había ido.

Nunca volvería a estar en sus brazos, jamás reirían juntos, nunca compartirían sus cuerpos de nuevo. Sintió que debía detenerlo, que debía decirle que era un error, que no le importaba nada, que jamás podría vivir sin él. Pero en lugar de eso, se acercó a la ventana y llorando lo vio irse sin mirar atrás. Todo había terminado.

Tenía que volver a empezar. Se sentó en el sofá abrazando sus rodillas y se quedó ahí despidiéndose de lo que fue y no debía de haber sido nunca.

Capítulo 19

Pasaban las semanas y nada... sabía que ella cada día se encontraba mejor. Entre Paco y su familia lo mantenían al tanto. Intentó hablar con Isabella un par de veces más pero se negó y le dejó muy claro que no iba a volver con él. Regresaba las flores, no tomaba las llamadas, no aceptó volver a ver a Luna y Miel. Simplemente no le permitía acercarse y se sentía ya en un callejón sin salida. Todos le decían que tuviera paciencia, que cambiaría de parecer, pero no era así. Era demasiado orgullosa y terca, ella creía que lo que hacía era lo mejor aun amándolo y él no tenía muchos argumentos para convencerla después de aquella maldita pesadilla.

Abril ya estaba por terminar, sus esperanzas bajaban en la medida que subía el calor de primavera. Hacía poco más de un año de que le propuso matrimonio. Sonrió recordando cómo se entregó; como nunca una mujer y él se dejó llevar sin pensar en nada más que la tenía así, aferrada a su cuerpo, respirando el mismo aire, probando lo mejor de la vida. Esa noche jamás la podría olvidar, era uno de los tantos recuerdos que tenía a su lado y que habitarían siempre dentro de mente.

Pero solo eso eran por ahora, recuerdos... su vida ahí ya era insoportable, cada día era peor que el anterior, el vacío que sentía en el pecho casi lo estaba dejando insensible, no podía seguir así, no más. Después de nueve meses de agonía y de tentar a la cordura de todas las formas posibles había llegado a su límite, necesitaba poner distancia, perdonarse y con suerte, de alguna manera... olvidar el daño que causó a la mujer que más había amado en vida.

—Nicolás...—llamó a su asistente por él alta voz. El muchacho entró rápidamente a su oficina.

—Dime, Sebastián.

—Arregla todo para que el piloto de la empresa me lleve a Italia —le ordenó.

—¿Para cuándo? —Le preguntó desconcertado, tenía negocios allá y en muchos lugares del mundo, pero en ese momento no había situaciones pendientes en ese país.

—Pasado mañana... —contestó viendo por la ventana.

—Y... ¿Cuándo regresas? —Ese hombre le caía bien, pero era muy

difícil saber qué pensaba. Estaba al tanto de lo que ocurrió con su asistente anterior y de toda la maraña que entre ella, y se rumoreaba los accionistas, habían fabricado en contra suya y de la mujer con la que se iba a casar el año anterior, teniendo como consecuencia la pérdida de su hijo y que la joven estuviera al borde de la muerte.

Él ingresó justo cuando todo eso acababa de suceder. Nunca a lo largo de su vida, vio sufrir tanto a un hombre como a su jefe. Parecía que el amor por esa joven lo estaba consumiendo lenta y dolorosamente. Y aunque no lo conocía muy bien, sabía que ella lo había dejado definitivamente hacía varias semanas. Parecía un fantasma, trabajaba como un loco, incluso se quedaba mucho más tiempo ahí que cualquiera en toda la empresa. Era muy inteligente y un excelente negociador, por algo tenía lo que tenía. Pero la vida era extraña... él sólo quería una cosa al parecer en la vida, y eso era ella, pero por algo que no alcanzaba a comprender todo indicaba que jamás la tendría. Sentía pena por su situación. Con él era educado, le estaba enseñando muchas cosas, le exigía lo mismo que al resto y era muy paciente con sus errores de novato. Aunque enojado era otra cosa... no toleraba las justificaciones ni tampoco la falta de compromiso. Sin embargo, era un buen jefe y estaba aprendiendo que trabajar a su lado era todo o nada.

—No lo sé aun, sólo arregla que me lleve —el muchacho se mostró confundido, ya no supo que más decir. Sebastián se dio cuenta y mostró una mueca parecida a una sonrisa—. Nicolás, tu puesto no corre peligro... Necesito irme un tiempo. ¿Comprendes? Pero serás mis ojos aquí ¿De acuerdo? Créeme, aprenderás más de lo que imaginas y por supuesto ganarás más también.

—Pero... —intentaba entender, Sebastián era de verdad un acertijo. Duro como una roca, firme como pocos y parecía que todo eso no bastaba para solucionar lo que sucedía en su corazón.

—Mi familia es de ahí, y como sabes la empresa también cuenta con sede allá, así que... no habrá cambios ni complicaciones, todo seguirá igual —le informó buscando quitarle esa expresión de desconcierto. Lo entendía, llevaba poco trabajando ahí y las cosas no fueron nada fáciles, aunque le alegraba que no lo hubiera conocido en otra etapa de su vida.

—Muy bien, enseguida me hago cargo de todo —se dirigió hacia la puerta

con suficiencia.

—Espera, cita para esta tarde a los accionistas, y sin pretexto los quiero aquí a las cinco —su tono, como siempre que se refería a ellos, era amenazante y frío.

—¿Algo más? —Preguntó intrigado.

—No, es todo —salió de prisa.

Sebastián se acercó de nuevo al gran ventanal. Eso era lo mejor, ya no podía permanecer en un lugar que tenía tantos recuerdos que lo consumían, volvería a Italia. Ahí contaba con varias propiedades y podría despejarse un poco. Tenía que alejarse, tenía que sanar su alma, su corazón, su mente, así no podía luchar por ella, cada día era peor y al paso que iba, se iba a terminar convirtiéndose en la burla de sí mismo, de esa manera no podría hacer que regresara, que ella volviera a arriesgarse junto a él, por él.

Se daría un tiempo y luego... luego no habría modo de que ella se le escurriera de las manos. Isabella era su alma, su vida, su mujer, regresaría para reclamarla, para volver a tenerla a su lado así tuviera que vender su alma al mismísimo diablo.

Como él esperaba, todos los accionistas asistieron puntuales. Después de lo que sucedió le tenían incluso miedo y no se podían arriesgar a hacerlo enojar nuevamente, ya les había hecho perder parte de sus considerables fortunas.

Sebastián era noble, pero de ninguna manera un tonto que pudieran doblarlo fácilmente, se parecía demasiado a su padre, sólo que mucho más despiadado si tenía que atacar, lo acababan de aprender por propia experiencia.

—Los reuní en carácter de urgente porque he decidido pasar una temporada en Italia... —les informó serio sentado en la silla principal de la sala de juntas. Todos lo miraron con desconcierto.

Nadie tuvo las suficientes agallas para preguntarle sus razones, las intuían, peor aún; las sabían. La joven a la que le hicieron tanto daño y la que por su causa perdió un hijo, no lo aceptaba de nuevo. Él no tenía que decirlo, bastaba verlo para saber que no había retorno en esa situación y algunos incluso se sentían culpables de todo lo que provocaron. Ninguno pensó que las cosas llegarán a ese extremo y tuviera esas consecuencias tan

catastróficas. Inclusive en algunas reuniones comentaron que el muchacho fue benevolente después de toda esa tragedia que ellos propiciaron y orquestado junto con su ex asistente.

Todos avalaron su decisión. Nadie podría negarse, el muchacho era la sombra de lo que era, esa joven lo trastornó completamente. Se le notaba el sufrimiento y desesperación en el rostro. Lo conocían desde pequeño y nada de lo que hicieron era por intentar que sucediera ni la mitad de lo que pasó. Ellos solo lo quisieron proteger pensando que ella no le convenía ni a él, ni a la empresa. Pero viendo en retrospectiva estaban seguros que su antiguo amigo Marcel, el padre de Sebastián, jamás hubiera permitido ver sufrir así a su hijo. Y seguro estaba revolcándose en su tumba al saber que un nieto suyo murió por causa de intereses mezquinos.

Todos en esa oficina sabían lo que Sebastián hizo por esos muchachos; los sacó de un agujero sin ningún interés y luego se enamoró perdidamente de ella. La noticia los sorprendió, llegaron a apostar que nunca, después de lo que sucedió con aquella mujer, él volvería a involucrarse con alguien. Y de pronto volvió a recuperar la sonrisa y entusiasmo, regresó aquel hombre bueno y equilibrado que conocieron desde siempre. Pero sus intereses los cegaron y cometieron un error tremendo que ahora pagaban muy caro pues Sebastián los tenía completamente en sus manos y a algunos la culpa ya no los dejaría vivir tranquilos.

Caminando por el pasillo que comunicaba la sala de juntas con su oficina, sintió vibrar el móvil en su bolsillo; era Marco. Sonrió pensando en lo mucho que los quería, ya llevaba más de dos años conociéndolos y se convirtieron en su familia rápidamente, los iba a extrañar.

—Hola, Marco ¿Cómo estás?

—Bien, Sebastián y ¿Tú?

—Todo bien, gracias... Ella ¿Está bien? —Preguntó sin poder evitarlo.

—Sí, está mejor —contestó el adolescente con voz apagada.

—Me da gusto, Marco. Pero dime... —lo insinúa a hablar.

—Lo que pasa es que necesito tu ayuda... Tengo un examen muy difícil de administración para el lunes ¿Podrías ayudarme? No necesitas venir, yo voy a donde me digas —parecía preocupado.

—Marco tiene que ser hoy, saldré de viaje.

—Sí, claro, gracias. ¿Cuándo regresas? —Deseó saber con curiosidad.

—No lo sé aún... —ellos tenían que saber, después de todo no podía irse sin más—.

Me iré una temporada.

—¿A dónde? —Preguntó desconcertado y con clara decepción.

—A Italia —ya estaba en su oficina, se sentó en uno de sus mullidos sofás de piel recostando la cabeza con los ojos cerrados.

—Lo siento Sebastián.... Es por Isa ¿Verdad?

—No, bueno, en parte... Necesito recuperar mi vida y creo que es lo mejor. Allá tengo un poco de familia así que... un poco de distancia ayudará —aceptó poniendo sus dedos en el puente de la nariz, se sentía agotado.

—Lo comprendo ¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana

—¡¿Tan pronto?!

—Sí, es lo mejor. Pero dime ¿Dónde nos vemos? ¿Deseas venir aquí?

—Sí, gracias, llego a las cinco.

Isabella leía en su recámara o más bien hojeaba un libro. Ya habían pasado más de dos meses de aquella conversación. No se lo podía sacar de la cabeza, de sus sueños, de su corazón, ni de su alma. M il veces se quedó con el teléfono en la mano a punto de marcarle y decirle que lo amaba. Pero no podía, el miedo en el pecho y los recuerdos la golpeaban de pronto y desistía.

No sabía de dónde sacó fuerzas para negarse cada vez que hablaba, o para rechazarle los regalos. Incluso para salir corriendo el par de veces que fue a intentar hablar con ella. Al recordar su rostro de nuevo acudieron las lágrimas. Cada que se encontraba sola eso hacía: llorar y llorar. No quería preocupar a nadie, pero creía que jamás podría superar lo que pasó. Las pesadillas en las noches todavía eran frecuentes y no lograba retomar su vida. Carmen y Raúl insistieron en que buscaran una especie de ayuda psicológica, pero últimamente ya no le decían nada.

Intentaba que la vieran tranquila, contenta y relajada. No sabía si estaba logrando engañarlos, pero al parecer ellos estaban más tranquilos.

—¡Isa! —Escuchó que su hermano se aproximaba corriendo, se limpió las lágrimas y simuló estar leyendo. Al siguiente segundo él abría la puerta agitado—. Isa...

—¿Qué pasa? —Preguntó tranquila con los ojos pegados al libro. El chico se acercó y se lo arrebató dejándolo a un lado mientras se sentaba en el sillón a su lado—. ¡¿Qué te pasa?! —Espetó la joven frunciendo el ceño.

—No lo estabas leyendo, estabas llorando, te conozco —ella volteó hacia la ventana sin poder enfrentarlo—. No les he dicho nada, no te preocupes. Pero... no te entiendo —confesó esperando que lo viera.

—Marco, por favor. Mejor dime que sucede, te ves agitado —lo apremió encarándolo. Su hermano se mordió el labio sin saber cómo decirle—. ¿Marco?

—Isabella... él se va de aquí, se va a Italia a vivir —de principio no logró acomodar esas palabras, pero un segundo después abrió los ojos de par en par sintiendo que el corazón se le detenía.

—¿Qué? ¿Cómo sabes? —Preguntó con todas las emociones revueltas.

—Él... me lo acaba de decir, se va pasado mañana —se quedó completamente helada mirándolo fijamente sin moverse—. ¡¿No entiendes?! Sebastián se va, se va de aquí, no volverás a verlo —le insistió desesperado porque reaccionara.

—P—pero... —intento decir algo sin embargo, no salían las palabras. Él se iba, la dejaba, no volvería a verlo.

—Isa, no lo dejes ir, te ama y sé que tú también. Ustedes tiene que estar juntos, así debe de ser... —quería que lo detuviera, que se dieran una oportunidad. Pero ella estaba en shock, Sebastián se iba, se daba por vencido. Sabía que tarde o temprano eso pasaría, pero no se sentía tan preparada como pensó—. Isabella —la llamó sacudiéndola por los hombros.

—Ya te escuché —respondió volviendo en sí.

—¿Y? —Quiso saber ansioso.

—Y... nada, eso es lo mejor, Marco —su hermano gachó la mirada desilusionado. Bella soltó un suspiro colocando una mano sobre su cabello cariñosa—. Marco comprende... necesito recuperarme y él también. Lo que pasó es difícil de superar... yo no me siento lista para estar con él, tendría miedo todo el tiempo, nuestros mundos son diferentes y ya vimos que no se pueden juntar. No puedo a su lado... por favor entiéndeme —le rogó con voz queda.

—Pero... tú eres tú y él es él, así se que quieren, qué importan los demás.

Nadie permitiría que algo así sucediera de nuevo, Isa.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que no suceda. Yo no sería bien recibida en su círculo, en las fiestas, reuniones, eventos. Ellos no me verían igual que a él, eso acabaría por separarnos algún día —intentaba explicarle y hacerle comprender, pero su hermano tenía una idea rosa y adolescente del amor que le impedía ver lo que le decía—. Marco, él va a estar bien, y yo con el tiempo... también. Ya lo verás —lo animó, aunque sabía que jamás podría olvidarlo.

—Está bien, Isa. Es tu decisión, espero que algún día las cosas cambien para que puedan estar juntos de nuevo y... no te arrepientas de dejarlo ir porque sí, cometió un error enorme, pero es humano, está arrepentido... sé que nunca dejará que algo malo volviera a ocurrir... y tú debes de volver a confiar en la gente... ojalá lo logres —se levantó despacio y salió cabizbajo.

—yo también... —susurró ya que se había quedado sola. Se acercó a su cama sintiendo que se hundía aún más y dejó fluir de nuevo el llanto.

Dos días después Sebastián voló rumbo a Italia. Veía por la ventana el país que le brindó lo mejor y lo peor en los últimos años. Cuando vio a Carmen y Raúl para decirles sobre su partida ambos mostraron comprensión. Marco también fue con ellos, de Dana pasó a despedirse a la escuela y después de mucho llanto, lo dejó ir.

—Es una lástima que las cosas hayan terminado así —le dijo Raúl lamentando la situación. Los cuatro estaban en un restaurante al que él los invitó para despedirse.

—Así son las cosas... —les había dicho.

—Sebastián, ella aún no está bien y, después de todo creo que sí es lo mejor que pongan distancia un tiempo. Está hecha pedazos al igual que tú y ambos deben reconstruirse, hijo —Carmen sentía pena por él, pero veía muy difícil una pronta reconciliación. Isabella tenía sus razones y ella las comprendía, estaba demasiado vulnerable como para arriesgar absolutamente nada más, perder un hijo era un golpe demasiado duro y debía luchar para sobreponerse.

—Lo sé... todo esto ha sido una locura... —admitió cenando con ellos por última vez. Eran su familia, así los consideraba y tenía que dejarlos también, era la única forma.

—Sí Sebastián... esto jamás debió pasar... sin embargo, así fue y no podemos cambiarlo. Por nuestra parte te prometemos que vamos a ayudarla a salir adelante de todo esto. Y tú... cuídate, intenta olvidar, retoma tu vida... Tus padres estarían muy preocupados si te vieran así muchacho —Raúl era un hombre muy cabal, y tenía razón; sus papás estarían muy angustiados ante toda la situación. Él sonrió.

—No se preocupen, esto va a pasar... tiene que pasar y cuando eso suceda... volveré por ella, nunca me rendiré aunque ahora lo parezca. Debo respetarla, pero estando aquí no lo consigo y no deseo atormentarla más... además... me siento muy perdido, responsable... la distancia creo que es lo mejor para ambos —los tres sabían que hablaba con la verdad. Cuando salieron del restaurant lo abrazaron y él les prometió mantenerse en contacto mientras que Marco parecía consternado y preocupado.

—Júrame que regresaras por ella —le pidió lloroso. Sebastián puso una mano en su cabeza sonriendo con tristeza, era un chico apuesto y muy inteligente.... Cuánto había crecido.

—Te lo juro Marco, tu hermana es mi vida y yo no me estoy rindiendo, sólo me estoy replegando para tomar vuelo, no soy bueno para ella por ahora... —le guiñó un ojo animándolo. Marco asintió sonriendo.

—Entonces date prisa —lo insto dándole un abrazo.

—Lo haré y... dale esto... —le tendió un sobre cerrado. El chico asintió mirándolo fijamente.

—Sé que estarán juntos nuevamente.

—No tengas la menor duda... Cuídate y cuídala ¿Sí?

—Siempre...

La azafata del avión le ofreció un aperitivo mirándolo coqueta como siempre, pero él se reusó y continuó cavilando.

Parecía ayer que los encontró, que los llevó a su apartamento. Recordaba claramente el día que la halló desmayada en el piso de la cocina y el susto de muerte que eso le provocó. Su mirada en aquellos ojos colosales que él tanto amaba cuando le dijo que todo cambiaría y la llevó a vivir a la gran casa. El primer beso que compartieron y después de mucho miedo y enredos, el día que le confesó sus sentimientos.

Esos meses junto a ella fueron sin lugar a dudas los mejores de su vida,

con ella todo era tan fácil, tan relajado, tan sorprendente y tan maravilloso que sabía que aunque viviera mil años esos días jamás podría sacarlos de sus recuerdos. Jamás se sintió tan feliz, tan completo, porque con Bella a lado simplemente no le importaba nada más. Pero luego todo terminó... y las cosas se salieron de sus manos, él y su gente la lastimaron de forma certera y mortal, y ahora ambos estaban separados y tratando de curar las heridas que todo aquello generó.

No podía conseguir hacer a un lado la culpabilidad, sumergirse en ella y enredarse hasta desfallecer de dolor. Se encontraba todo el tiempo pensando una y otra vez que siempre supo que algo así podría pasar... que la podría lastimar... que estar junto a él podría provocar un daño innecesario. Pero no pudo resistirse, ella era todo lo que quería, fue egoísta y logró que lo amara tanto como él para después depositar en su cálido ser todas sus inseguridades y cobrarle errores de gente que en el pasado lo hirió. Ahora estaba volando hacia otro país teniendo que poner tierra de por medio porque simplemente no pudo protegerla de los demás y de él mismo, como se propuso y le juró hacer.

Cerró las manos en un puño con decisión, tenía que inventarse una vida diferente, una vida en la que enfrentara todo sus miedos, donde se lograra perdonar, donde no tuviera la tentación cada minutos de irle a rogar que lo aceptara a pesar de saber que eso la lastimaba, una vida donde su espíritu retomara la fuerza necesaria para reconstruirse y volver por ella sin rendirse, luchando a muerte si era preciso. Pero iba a ser tan difícil no ver sus ojos, su sonrisa, evocar sus besos, su rostro cuando estaba furiosa o indignada, su manera de entregarse cada que hacían el amor, su impulsividad, su intensidad y su manera de verlo como si quisiera perderse en él una y otra vez. No obstante, lo lograría, ella era suya, así sería aunque en ese momento parecía rendirse pues sentía que no tenía nada que ofrecerle e Isabella se merecía todo.

Capítulo 20

Al llegar a su destino un chofer ya lo esperaba. Subió al ostentoso y enorme auto, sin ocuparse si quiera de su equipaje. El vehículo rodó tranquilo, treinta minutos después se estacionó frente al enorme palacete que se alzaba sobre una pequeña colina en una de las villas más exclusivas y caras de Milán.

No solía llegar a esa casa cuando iba ahí, normalmente se alojaba en su apartamento en uno de los rascacielos del centro de la ciudad, de modo que todo lo tuviera cerca y pudiera atender sus asuntos de forma rápida y eficiente. Sin embargo, en esta ocasión era diferente, necesitaba paz, alejarse del bullicio de la ciudad y necesitaba un lugar como esa casa que perteneció a la familia de su madre desde hacía siglos y que fue renovada una y otra vez para que pudiera adaptarse a los cambios que iba sufriendo el mundo. Era muy bella y justo lo que su mente y cuerpo necesitaban. Ahí mandó a construir hacía tiempo Marcel, su padre, un pequeño lugar a uno de los costados de la casa, un despacho de buenas proporciones y que ahora gracias a Nicolás, estaba completamente equipado para poder trabajar, los empleados más importantes del conglomerado ya sabían que él dirigiría todo desde ahí, así que cuando llegó, se le informó que ya tenía todo el personal a su disposición y listo para cualquier asunto.

Al entrar el encargado de la parte doméstica de aquel impresionante lugar lo recibió con una sonrisa cargada de formalismos.

— *Benvenuti in Italia, signor Sebastián –escuchar ese idioma que tan bien conocía lo hizo sentir extrañamente reconfortado, esa era la lengua materna de sus padres y aunque él habla otros tantos, ese siempre significó sus raíces, su casa, en ese instante supo que ahí lograría sanar las heridas.*

—Grazie, Benito.

Isabella mantenía aquella hoja aferrada y arrugada de tantas veces ya que la había leído. Lo amaba, pero aún no lo perdonaba, no sabía si algún día lo lograría, lo cierto era que su ausencia ya la sentía. La volvió a abrir con los ojos llorosos.

“Isabella;

Sabes que me voy, es lo mejor. Te he hecho mucho daño, no tengo

justificación. Fui ruin y rompí mi promesa. Te fallé y al hacerlo lo hice conmigo. Sé que necesitas la distancia, que acercarme te daña... No deseo volver a causarte nunca más dolor, al contrario, ruego porque logres, de alguna manera, volver a sonreír como lo hacías, que intentes, de alguna forma reconstruirte, volver a ser esa mujer que sé, eres.

Te amo, lo sabes, jamás será de otra manera. Por lo mismo me alejo, respetaré tu decisión, yo también debo reinventarme, fortalecerme e intentar perdonarme por lo que te hice vivir y las consecuencias que eso tuvo en ti, en ambos, en... ella. No obstante, regresaré, eso te lo juro y sé que escribiré una historia diferente a tu lado.

Vive Isabella, te lo suplico. Yo ya no te obstaculizaré la sanación, pero si en algún momento decides que puedes hacerlo junto a mí, búscame, yo te estaré esperando la eternidad si es preciso.

*Siempre tuyo;
Sebastián”*

—Hija ¿Cómo estás? —Le preguntó Carmen al entrar después de tocar y no recibir respuesta. Ese día él ya se había ido y ella... lo sabía. El trozo de papel blanco continuaba en sus manos, como desde el día anterior que Marco se lo dio. Qué difícil estaba siendo todo, lo amaba demasiado eso lo sabía, él también, pero había cosas con las que aún no estaba lista para luchar.

Isabella se encogió de hombros perdida completamente en sus recuerdos y sintiendo como él físicamente se iba alejando, entendiendo que ese era un punto final en su historia e intentando convencerse una y otra vez que era lo mejor, que por mucho que deseara que las cosas fueran diferentes, lo cierto era que su alma estaba rota, su corazón muy herido y su mente colapsada por el miedo e inseguridad.

Carmen la abrazó dejando que recargara su cabeza en el hombro.

—Hija, él ya decidió, ya se fue... ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú, mi niña? También necesitas curarte —murmuró mientras acariciaba su cabello.

—No lo sé, Carmen. Me siento muy... perdida —musitó con el nudo en la garganta que últimamente la acompañaba a todos lados, como el recuerdo de su pequeña y el rostro de quien en ese momento volaba fuera del país.

—Lo sé, mi cielo... Comprendo mejor de lo que crees lo que te sucede... —Isabella no reparado en lo que Carmen sufrió cuando sus dos hijos, en un

arrebato adolescente, se subieron a aquella camioneta con uno de sus amigos completamente ebrio al volante, el chico se quedó dormido en la carretera, un tráiler no pudo frenar y en ese trágico accidente murieron seis personas incluyendo sus dos hijos que ni siquiera habían alcanzado la mayoría de edad.

—Lo...siento, Sebastián —pronunciar su nombre era incluso doloroso— me contó cómo sucedió... De verdad lo siento mucho, Carmen —de repente se sintió muy egoísta. Ella no era la única que había tenido desgracias en la vida, al parecer de cosas tristes nadie se salvaba, pensó buscando desesperadamente una manera de superar lo ocurrido.

—No te preocupes Isa, ellos siempre van a estar en mi corazón, me acompañan a diario. Pero ahora que están ustedes aquí, con nosotros, volvieron a traernos a Raúl y a mí a la vida. Les debemos mucho... —le confeso animándola.

—Gracias, nosotros también les debemos mucho, han sido muy buenos con nosotros, Carmen.

—¿Cómo no serlo? Es imposible que ustedes no saquen lo mejor de las personas, Isabella —sonrió sin creerlo del todo, ella lo sabía por propia experiencia—. Isa ¿Has pensado en lo de darte nuestro apellido? No hemos querido presionarte, pero Raúl y yo nos sentiríamos más tranquilos si los tres son nuestros hijos legalmente, eso los protegería ¿Comprendes?

—¿De verdad es lo que quieren, Carmen? —Preguntó levantando la cabeza de su hombro para verla.

—Sí hija, eso es lo que queremos —afirmó muy segura.

—Pero... —se mordió el labio—, y si los decepciono, si pasa algo que los haga arrepentirse... —la cuestionó angustiada. Carmen colocó una mano sobre su mejilla llenándose de ternura por esa criatura tan frágil que tenía en frente.

—Eso no va a suceder, Isabella. Nada de lo que hagas nos va a decepcionar y mucho menos hará que algún día nos arrepintamos de esta decisión. Confía mi niña, nadie más te hará daño y siendo nuestra hija mucho menos... —la joven no quería darles una tristeza más, ellos la querían y ella no tenía forma de regresarles un poco de lo le daban, así que lo único que le quedaba era aceptar.

—Sí, sí quiero ser su hija, Carmen —por fin cedió sonando mucho más

convencida de lo que ella misma pensó.

—Isa... —la abrazó al tiempo que la besaba en el cabello—. ¡Gracias, gracias mi niña! Esto de verdad es una enorme sorpresa, gracias...

—Gracias a ustedes, Carmen. No sé qué sería de mí sin ti o Raúl, ustedes son realmente como unos padres para mí, para mis hermanos... jamás tendré cómo pagarles —y al confesarlo se llenaron los ojos de lágrimas para su propia sorpresa.

Sí, esa era su familia, no perfecta, no de sangre, pero suya, al fin pertenecería a algún lugar.

—Para nosotros también, mi niña. No sabes lo orgullosos que estamos de ti Isabella, eres una joven muy especial, más de lo que tú crees —ambas se soltaron y se miraron una a la otra con amor reflejado en sus gestos. En ese momento supieron que habían tomado la mejor decisión, que pasara lo que pasara ya su lazo no se modificaría jamás.

La adopción fue un trámite muy sencillo para Isabella, sólo tuvo que firmar en un montón de papeles, al igual que Raúl y Carmen. El cambio de nombre en todos sus documentos oficiales los tramitaría una firma de abogados muy reconocida y quedaría lista en menos de un mes, ese era en realidad el tema engorroso, pero ella ni se daría cuenta.

Mientras eso pasaba, Isabella poco a poco fue sintiéndose mejor y aunque las pesadillas y el rostro de Sebastián no desaparecían de su mente, la ansiedad y angustia iban disminuyendo conforme pasaban las semanas. Raúl le contrató una maestra de inglés por las mañanas como una forma de distraerla, el tiempo se le iba aprendiendo, estudiaba todo el día e intentando sacar el mayor provecho a sus clases, se agarró a esa nueva meta como a un clavo ardiente y sin mucho esfuerzo, comenzó a dominarlo.

Dos meses pasaron desde que él se fue y aunque sabía que se mantenía en contacto con los que ahora eran sus padres legalmente, ella no les preguntaba nada.

Una tarde a principios de junio vagaba en el jardín, como solía hacer últimamente, con un libro de inglés en la mano. Chayo se acercó sonriente como siempre y le tendió un sobre que acababa de llegar. Lo tomó, y al ver el remitente, supo que era lo que estaba esperando.

Lo abrió nerviosa y sacó un papel membretado de ahí. Al leer lo que

decía no supo si brincar de alegría o llorar de miedo. La mejor universidad de Londres la aceptaba para que, becada, cursara el sexto semestre de la carrera. Entró a casa muy sorprendida, atontada en realidad. Carmen la vio pues iba rumbo a la cocina.

—¿Qué pasa Isa? ¿Qué traes en las manos? —Ella no sabía cómo decirle, así que le tendió el papel muda—. Esto es fabuloso ¿Cuándo te llegó esto? ¿Cuándo lo tramitaste?

—Hoy y lo tramité hace como dos meses al recibir una llamada de la Universidad corroborando lo que le dijeron a Raúl sobre mis estudios. Ellos hicieron todo... — expresó sin todavía reaccionar. Carmen la abrazó asombrada.

—Estoy muy orgullosa de ti, Isa. Espera que Raúl lo vea, se va a poner muy contento —al ver que ella no la abrazaba ni decía nada, se separó y la sacudió afectuosamente—. Isabella...no tienes nada de qué preocuparte, aquí todos te apoyamos ¿De acuerdo? Esta es una magnífica oportunidad y aunque te vamos a extrañar mucho, sé que es la mejor decisión para ti en estos momentos.

—Gracias Carmen, te quiero mucho — la abrazó sonriendo y llorando al mismo tiempo.

En agosto debía estar allá. Las semanas no pasaban tan rápido como le hubiese gustado. Sin embargo, estudió con mucho mas ahincó el inglés y para principios de julio prácticamente lo dominaba. Paco ya la había dado de alta por completo. Su peso era prácticamente normal, se sentía de nuevo con mucha energía. Su médico, le dio y explicó con minuciosidad todas las instrucciones para cuidar su alimentación y así su salud.

Se la pasaba junto con Raúl planeando todo para su partida. Él ya le había alquilado un piso importándole poco que ella se negara y Carmen insistió en vaciar las tiendas argumentando que el clima allá era muy frío y que ella debía cuidarse mucho.

En el día se sentía excitada, feliz, por fin cumplía su sueño, conocería Europa. Sus padres le prometieron que todos irían en diciembre y harían un viaje por diferentes lugares del continente.

Todo parecía ir mejor de lo que ella hubiese imaginado. Pero cuando llegaban las noches todo era diferente. Sola, en su recámara, no podía dejar

de pensar en él, moría de angustia de pensar que ya estuviera con otra mujer o que estuviera logrando lo que ella estaba segura nunca lograría, olvidarlo. En las revistas no se decía nada de él, parecía como si hubiera desaparecido del planeta, pero a veces se le salía a uno de sus hermanos mencionar que hablaba de vez en cuando, sin embargo, nadie decía más y ella pretendía que no le importaba. Lo cierto era que sí le importaba, y mucho más de lo que nadie se imaginaba. Extrañaba sus manos acariciándola, sus labios, su aguante ante sus impulsos, su manera de hacerle el amor a veces arrebatado y a veces con una paciencia que lograba hacerla sobre pasar los límites del placer, pero sobre todo la manera en la que buscaba en sus ojos algo que parecía siempre encontrar.

Comúnmente se quedaba dormida pensando en lo que estaba haciendo en esos momentos, soñando que él también pensaba en ella en ese mismo instante, esa ilusión la consolaba cada noche. Y aunque no cambiaba de idea respecto a su relación, cada vez le era más difícil poder convencerse por las noches que había hecho lo correcto.

Capítulo 21

Londres era un sueño, las calles, la gente, todo era mejor de lo que soñó. Llevaba casi cuatro meses ahí, diciembre no tardaba en llegar ella ya terminaría en una semana el semestre y en cuatro semanas más su familia estaría ahí.

Las clases le costaron trabajo al principio porque aunque manejaba el inglés de una forma muy decente, su acento era diferente. Sin embargo, ya había pasado esa difícil bienvenida y ahora lo hablaba con fluidez. La universidad le quedaba a unas cuadras de su piso, así que un auto no era necesario. Con los meses logró hacer algunas amigas, salía con ellas a cafés, a pubs o estudiar. Llovía todo el tiempo y aunque al principio eso le desesperó, con el paso de las semanas aprendió a vivir con un paraguas en el bolso y gabardinas abrigadoras.

Ya había recorrido todos los museos y los fines de semana que no tenía planes viajaba a las pequeñas ciudades de Inglaterra. Cada vez se sentía más ella, pero la sensación de que algo le faltaba jamás la dejaba ser feliz por completo. Su sonrisa, sus ojos, la seguían todo el tiempo, incluso había momentos que creía verlo caminar por la calle o saliendo feliz de la mano de una mujer de algún restaurante. Pero siempre era parte de lo mismo, era parte de sus fantasías.

Por la noches las pesadillas ya eran cada vez más esporádicas, sin embargo, todavía no se iban del todo y ya comenzaba a acostumbrarse a vivir con ellas, incluso llegaba a pensar que esa era la única manera que lograría mantener vivo el recuerdo de la bebé que perdió y de aquel tormentoso pasado que ahora parecía jamás haber ocurrido.

Cada cosa que conocía la tenía que ver por todos los ángulos, tomaba fotografías miles de veces de lo mismo y luego las imprimía. Ya tenía más imágenes de Londres que de toda su vida, bueno, eso no era tan complicado, no obstante, se sentía orgullosa al verlas cada que podía. En ellas siempre salía sonriendo o haciendo alguna locura, pero al observarlas no podía evitar pensar que cada cosa le hubiera encantado conocerla a su lado, que él le hubiera mostrado y explicado cada paisaje o construcción como lo hacía cuando le narraba por horas sobre los lugares que conocía y ella lo escuchaba

sin siquiera pestañear.

Cada día se sentía más fuerte en todos los sentidos, pero esa sensación de que algo le faltaba se intensificaba, al igual que la certeza de que había cometido un error crecía en su interior. Cada día lo extrañaba más y más... y ya no pasaba segundo que no pensara en él, en que lo ocurrido fue un error, algo por lo que no lo podía sacrificar toda la vida, una situación que... se salió de sus manos y que lo amaba así, imperfecto, maravilloso y de gran corazón.

La última semana pasó casi sin que se diera cuenta, logró un promedio envidiable, por lo que la Universidad le extendió la beca a un semestre más, si ella estaba de acuerdo. Cuando telefoneó a sus padres como cada tercer día, les contó y ellos la alentaron a aceptar. Se sentía un poco confundida, todo era perfecto, sus sueños estaban realizados, pero ya no podía negarse más el hecho de que lo amaba, nada valía la pena sin él, lo necesitaba, quería que él supiera todo de ella, quería compartir sus alegrías, su ilusión y también los momentos de ansiedad y de tristeza. Era él, siempre sería sólo él.

—Isabella, ¿escuchaste? —Le preguntó Ann, una de las chicas que conoció durante el curso. Sus cuatro amigas la veían atentas dándose cuenta de que no oyó nada sobre lo que hablaban. La conocían y sabían que era algo extraña de vez en cuando, pero en general era divertida y ocurrente, así que esa situación era lo de menos...

—Perdón... sí las escuché, quieren que celebremos este fin de semana el fin de cursos ¿No es cierto? —Repitió apenada. Había estado pensando en él y cuando lo hacía, nada era más importante.

—Sí, nos gustaría ir a Manchester, recuerda que ahí tengo amigos y dicen que es muy divertido... —continuó Rory, una inglesa que era de un pueblo casi pegado a Irlanda, con la cual había hecho la mayoría de las salidas fuera de Londres.

—Lo siento... esta vez no voy a poder... —todas la miraron desconcertadas.

—¿Por qué, Isabella? Tus padres no llegan hasta dentro de dos semanas... —Charlotte era de Francia y estaba, igual que ella ahí, gracias a una beca.

—Porque... tengo algo más que hacer... de verdad lo siento... —no quería decepcionarlas pero mientras las escuchaba una idea se fue formando

en su cabeza y ahora ya la había convertido en un hecho.

—M mm de verdad que a veces eres rara y ya sabemos que no tiene caso que insistamos en que nos lo digas... No dirás nada ¿Verdad? —Isabella sonrió negando, ellas la conocían bien, les narró una parte de su historia sin embargo, no toda y todas estaban de acuerdo en darle tiempo para que pudiera abrirse con ellas.

—Pero les aseguro que si todo sale bien, pronto lo sabrán ¿De acuerdo? — Les prometió.

—De acuerdo, de todas formas nos quedan aquí casi dos semanas así que... ya habrá tiempo ¿No es así? ¡Además el próximo semestre todas nos quedamos! — Anunció brindando Lilly, la más despreocupada de las cinco, de inmediato levantó su copa de vino para que todas la siguieran las chocaron sonriendo.

Al llegar a su piso metió algunas cosas en una mochila y le habló a Paco sintiendo como le sudaban las palmas. Por la mañana ya estaba el aeropuerto comprando un boleto para su destino. Llegaría por la tarde. Así que subió al avión, tomó su asiento e intentó leer un rato para hacer el viaje menos pesado, pero miles de hormigas caminaban dentro su cuerpo y cada hora que pasaba se sentía más ansiosa. Guardó el libro rendida y se perdió las nubes, un millón de recuerdos se agolpaban en su mente. La vida era una montaña rusa, ahora lo entendía y ya estaba segura de querer jugar en ella y esta vez; ganaría.

Cuando por fin llegó no pudo ni siquiera fijarse en la ciudad. Tomó un taxi y le dio la dirección que tenía anotada en un papel, el hombre casi no le entendía pues no parecía comprender el español, ni tampoco el inglés, pero al ver el papelito asintió seguro y comenzó a conducir.

Cuarenta minutos después el chofer se estacionaba frente a una casa realmente impactante, más parecida a un palacio de cuento que a un lugar donde alguien normal vive. Isabella lo observó con la boca abierta sin poder bajarse del auto.

Estaba situado en una especie de colina rodeada de jardines realmente impresionantes y de un gusto excelente y majestuoso. Había un pequeño camino de grava con árboles delimitándolo a los lados que guiaban directo a la puerta principal de aquel palacio.

La boca se le secó y su corazón se detuvo por unos segundos, él no podía vivir ahí. Debía haber una equivocación. Miró al taxista interrogante, pero este asintió regresándole el papel.

Él hombre estaba igual de impactado que ella, como pudo le pagó y descendió del auto. Una pequeña caseta de seguridad con un guardia adentro uniformado y armado cuidaba la entrada. Ella le tendió otra hoja nerviosa, no había imaginado por qué Paco le insistió que siguiera todas sus indicaciones, pero ahora que se hallaba ante esa imponente lugar entendía mucho mejor al hombre que amaba. Sus latidos podía escucharlos y su respiración iba a toda velocidad. El vigilante lo leyó con atención, le pidió una identificación, hizo una llamada y la dejó pasara sin decir más.

Anduvo hasta la puerta. Si de lejos era imponente, estando parada justo delante, la hacía sentir insignificante. De pronto unas ganas de salir corriendo de ahí la invadieron, pero respiró profundo y recordó a qué venía; iba a recuperar su vida y esta vez nada la detendría, mucho menos esa apabullante entrada.

La enorme puerta de madera se abrió sin que ella pudiera tocar. Un señor ya grande, con la finta de mayordomo de película, la saludó en un perfecto inglés, de inmediato le recordó a Ciro, sonrió.

—La estábamos esperando, señorita Isabella —al escucharlo ya no cupo de la impresión, de pronto la angustia de pensar que él sabía que estaba ahí la puso más nerviosa. El hombre cerró la puerta tras ella y tomó su equipaje con gesto elegante—. El señor está en el jardín... Esto... será una sorpresa muy grata para él —le anunció muy formal al tiempo que le guiñaba un ojo en símbolo de complicidad.

Ella le devolvió una gran sonrisa de alivio y lo siguió observándolo todo sin poder articular palabra. Ahí solo podía vivir alguien multimillonario.

Por dentro la casa era la combinación perfecta entre la elegancia de lo clásico con tintes contemporáneos que la hacían ver actual. Estaba muy iluminada y cada espacio parecía decorado por un especialista en interiores. De pronto el hombre se detuvo y le indicó una puerta corrediza de cristales que no permitían ver al exterior.

—Por aquí, cuando esté lista, abra —se alejó dándole tiempo para que juntara el coraje necesario. Inhalando y exhalando más veces de lo saludable,

escuchó su voz a lo lejos, hablaba con alguien. Sus sentidos se agudizaron y su piel se erizó.

Abrió la puerta juntando todo el valor que tenía y caminó despacio sin fijarse en nada más. Siguió el tono de su voz tan gruesa y varonil, tan increíblemente mejor de lo que la recordaba. El jardín era enorme y de pronto, doblando una esquina, lo vio. Estaba dándole la espalda hablando por su móvil con alguien al tiempo que aventaba piedras distraído a un pequeño estanque que tenía frente a él. Se detuvo en seco y lo observó deleitada. Estaba impresionante, parecía más relajado, más joven de la última vez que lo vio. Llevaba un suéter de cuello alto café oscuro que se le adhería al cuerpo de manera impactante junto con un *jean que lo hacían ver mucho más alto. Su cabello castaño caía en capas hasta sus cuello libre de todo fijador. Estaba sencillamente espectacular y ella se sintió por un instante insignificante. Ese era el hombre que amaba, por el que estaba ahí, por el que daría todo si fuera preciso, y no lograba comprender como era que él había sentido lo mismo por ella, pero rogaba que aún continuara sintiéndolo.*

De repente se detuvo ese cuerpo perfecto, dejó de aventar piedras, ella se quedó ahí clavada sin poder moverse. Él giró con el móvil pegado a su oreja sintiendo la presencia de alguien que lo observaba. Y la vio...

No se movió por varios segundos. Sus deseos de verla nuevamente ya habían llegado demasiado lejos. Era ella, en su jardín, de pie a unos metros y más hermosa que nunca, no podía ser cierto.

De pronto se dio cuenta de que alguien continuaba al otro lado de la línea y colgó sin más. Arrugó la frente pestañeando contrariado. Estaba loco, debía internarse en un psiquiátrico cuanto antes, no obstante, caminó lentamente todavía desconfiando de su cordura.

Era ella, sí lo era. No podía ser...

Cuando quedó a unos metros, se detuvo respirando con dificultad y sintiendo que las extremidades le fallarían de un momento a otro, ambos se vieron a los ojos fijamente, sin titubear.

—¿Isabella? —Murmuró con la boca seca. Ahora ella anduvo la distancia que los separaba.

—No... Soy Bella —él comprendió muy bien todo con tan solo esa corrección y percibió como todo, en cuestión de segundos, volvía a

acomodarse en su interior, a llenarse. La joven elevó lentamente las manos hasta su cabello midiendo su reacción, él parecía creer que ella desaparecería en cualquier momento, poco a poco fue enredando sus dedos en esa mata castaña clara; llevaba meses soñando con hacer eso.

—¿Sebastián, llegué a tiempo? —Preguntó a unos centímetros de sus labios.

Él emitió un rugido ahogado, no pudo más, la sujetó por la cintura y lentamente mirando su boca y sus ojos uno a la vez descendió hasta su boca. Isabella se pegó sin dudar. Se sentía en casa a su lado, era como si nada hubiera sucedido, como si todo estuviera desapareciendo sin dejar rastro. Sebastián la besaba delicadamente como saboreando algo que no sabía si volvería a tener. Pero ella lo incitó a más abriendo su boca e invitándolo a entrar, él enseguida aceptó y la besó como nunca antes lo había hecho. Sus respiraciones comenzaron a hacerse más rápidas, más ansiosas.

Se separó recordando dónde estaban, pero él se resistió a soltarla, sin embargo, al final desconcertado y agitado, la dejó. Isabella tomó su rostro entre las manos y lo acercó a su frente delicadamente, el miedo que vio en su mirada le dolió.

—Bella... —logro decir suspirando y con voz temblorosa. No podía creer que eso estuviera ocurriendo, que ella se encontrara ahí, frente a él, así.

—Sí, Bella y quiero saber si puedo ser de nuevo *tu Bella* —imitando la manera en la que lo pronunciaba—. *Para siempre, Sebastián ¿Todavía estoy a tiempo?* —Tenía cierto temor. Él la miró arrugando la frente.

—¿De verdad?... Dios... no sabes cuánto soñé con esto...

—No es un sueño... vine por ti, te amo... —los ojos de ambos se rasaron. De pronto él sonrió feliz comprendiendo que esa era su realidad, la más hermosa de todas y la cargó dando vueltas con ella aferrada a su cuello.

—¡Dios mío! Es increíble, Bella. Te amo, estás aquí —gritaba lleno de alegría. Al verlo así, cualquier duda que pudiera haber tenido quedó olvidada. La dejó sobre el césped y fue él ahora quien acunó su rostro y con todo el amor contenido después de meses de dolor y de sentir que el sentimiento por ella lo quemaba cada día, pronunció de nuevo esas palabras que a ella la enloquecían—. Bienvenida, *mi Bella* —ella sonrió de inmediato y lo besó arrebatadamente como solía hacer.

Así pasaron varios minutos. Sin que nada ni nadie les importara. Sólo necesitaba reconocerse, sentirse cerca e ir sanando con cada caricia, con cada beso, todas aquellas heridas que la vida les había provocado.

Más tarde ambos veían el crepúsculo tumbados, uno al lado del otro, en uno de los divanes que el jardín tenía por todos lados estratégicamente puestos.

—¿Cómo fue que llegaste hasta aquí? ¿Cómo fue que entraste sin que yo supiera? — Indagó intrigado mientras la tenía pegada a su pecho. Ella rio como solía hacerlo; despreocupada, como una castañuela llena de paz —Paco me ayudó y creo que tu... mayordomo también fue su cómplice —contestó divertida.

—Por supuesto, Paco tenía que ser... pero ¿Benito?, de él sí me extraña, es demasiado... formal —rio mientras lo decía. La besaba una y otra vez en la cabeza, absorbiendo su olor, sintiendo su respiración. Aún no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Sí, ya lo conocí y sí, es muy... serio. Quién sabe que le habrá dicho Paco... — meditó intrigada. De pronto recordó la casa donde estaba, se dio la vuelta y recargó su barbilla sobre sus manos en el pecho de Sebastián para poder verlo de frente. Él frunció el ceño al verla cambiar de posición y reconocer esa mirada algo turbia, no había cambiado nada, si acaso estaba más hermosa que antes, pero seguía siendo su Bella, su mujer—. Este lugar es... impresionante, Sebastián —señaló mirándolo desconcertada e impactada. La atrajo acercándola más a él para que quedara a un par de centímetros de su rostro.

—Era de mi madre, Bella. Esta casa ha sido de mi familia por siglos —le explicó entornando los ojos, esta vez no omitiría, le diría todo, quien era en realidad..

—Pero... es un palacio... Digo... es hermoso, pero... es demasiado... Yo no lo sabía — besó su nariz cerrando los ojos unos segundos.

—Bella... esto soy yo, este es mi pasado y esta es la vida que puedo ofrecerte, juro que nunca te he mentado, simplemente esto no es importante para mí —la observó atento evaluando su reacción. Ella bajó la mirada hasta sus manos.

—Lo sé... —pero enseguida una chispa volvió a brotar de esos enormes

ojos verdes—. Te amo y quiero que sepas que nunca me ha interesado otra cosa de ti más que tus sentimientos por mí, y por eso estoy aquí, yo voy a luchar por ti si tengo que hacerlo —declaró Isabella con firmeza. Ver su determinación no pudo más que lograr que la amase más, si eso fuera posible. Acarició su mejilla sonriendo con ternura, notando su inocencia en cada rasgo, en cada expresión a pesar de todo lo que había pasado.

—Tú, jovencita, no tienes nada por qué luchar, porque tú a mí siempre me has tenido *mi Bella, eso no ha cambiado ni un solo día desde que te vi por primera vez y créeme que si no supiera que es solo a mí quien quieres jamás te pediría que te casaras conmigo de nuevo* —la joven abrió los ojos asombrada y se sentó frente a él al instante.

—Sebastián... —logró decir sin poder creer lo que acababa de oír. El hombre también se acomodó para poder verla mejor, sujetó una de sus manos y la besó sensualmente sin dejar de verla. Dios, la adoraba.

—Sí Bella, quiero que te cases conmigo, no quiero tenerte lejos de mí más tiempo, esto fue... demasiado —las lágrimas de felicidad comenzaron a brotar de sus enorme ojos y sin darle tiempo de nada se abalanzó sobre él efusivamente provocando que cayeran nuevamente sobre el diván.

—¡Te amo! Yo tampoco quiero estar de nuevo lejos de ti Sebastián, yo también quiero casarme contigo —declaró llena de emoción y llorando de alegría.

Al tenerla de nuevo así, después de tantos meses de dolor, de angustia, sintió que todo había valido la pena, que ya no importaba nada más salvo la vida que tenían frente a ellos. Ella comenzó a buscar sus labios con ansiedad y él respondió de la misma manera. De pronto sin que se diera cuenta, la levantó logrando que rodeara su cintura con las piernas y caminó con ella a cuestas sin dejar de besarla con frenesí. Entraron a la casa, y sin importarle que lo vieran con la joven en brazos, subió unas escaleras inmensas sin esfuerzo.

Abrió una puerta con facilidad y con un pie la cerró tras él. Unos segundos después la depositó delicadamente en una colosal cama de madera tallada. Se separó observándola con deseo y comenzó a quitarse el suéter.

Isabella sintió la boca seca al verlo de nuevo después de tanto tiempo.

—Si me sigues viendo así te voy a saltar encima, Bella —su voz sonaba

ronca, excitada. La muchacha enarcó una ceja retadora, se hincó sobre la superficie y comenzó a quitarse también la ropa con desafío. Sebastián dejó de desvestirse ante la antelación de volver a verla. En cuanto quedó con tan solo su ropa interior, no pudo contenerse más y se le fue encima desesperado logrando que ella soltara una risita y le siguiera el paso encantada.

Ese cuerpo lo volvía loco, necesitaba estar dentro de ella con urgencia, era como volver a casa después de una larga ausencia. Por fin la tenía ahí, con él, podía amarla como soñó durante todos esos meses de infierno. Besó cada rincón de su cuerpo, saboreándolo, torturándola. Le arrancó gemidos y gritos de placer.

—Dios... Cómo te extrañaba... —dijo mientras la recorrió con los labios logrando que ella se arqueara y jalara su cabello ansiosa.

—Por favor, Sebastián —suplicó ya desesperada, ella también lo deseaba de una manera arrebatada, urgente. Bien sujeta de su pelo, lo acercó hasta su boca y sin cerrar ninguno de los dos los ojos, se acomodó entre sus piernas y sintió como entraba suavemente, la sensación fue incomparable, la llenaba, la colmaba.

—Te amo, mi Bella —ella sonrió al tiempo que otro gemido se le escapaba de sus labios sin poder evitarlo, se arqueó exigiendo más por lo que la levantó diestramente de manera que quedara sentado en medio de la cama con ella a cuestas para así dejarla llevar el encuentro. Los dos sentían que explotarían en cualquier momento, cada vez más rápido, cada vez más frenético, se besaban y tocaban ansiosos. Hasta que los dos no pudieron más y mil partículas detonaron en su interior... Ambos se miraron justo en ese momento y se besaron absorbiendo cada uno las expresiones de placer del otro.

Cuando todo terminó ella recargó la cabeza en su hombro tratando de que entrara de nuevo aire a sus pulmones. Sebastián la mantuvo ahí disfrutando del contacto de su piel, de su olor, de la sensación de aún en su interior aunque todo hubiera terminado.

—Te amo, Sebastián —susurró agotada recobrando poco a poco el aliento. Ya había anochecido, llevaban toda la tarde juntos. Él la levantó con cuidado y la depositó sobre la cama acomodándose a su lado.

—Y yo a ti... como un loco —declaró contemplando su rostro aún

sonrosado. Ella pasó las yemas de sus dedos por su mejilla, por sus labios.

—Esto fue... mágico —expresó lánguida, mirándolo extasiada. Sebastián la veía y solo podía contemplarla, era tan hermosa con los labios hinchados de placer, su cabello alborotado y un rubor en las mejillas que evidenciaba lo que acababan de compartir. La amaba, pero de pronto el recordar que no había ingerido nada desde que llegó lo alertó.

—Debes tener hambre, *mi Bella* —soltó apoyado en un codo quitándole con la mano libre un cabello rebelde que cruzaba su rostro.

—De ti... nada más —admitió acercándose a él provocadora. No pudo salvo soltar una carcajada de alegría. Sí que era ella.

—Me pasa igual y lo sabes, nunca ha sido de otra forma... —y la apesó entre sus brazos besándola despacio, con veneración cada centímetro, olvidando por fin la angustia y tristeza de tantos meses, dejando a un lado la culpa y la desesperación de pensar que ya jamás la volvería a tener, así, junto a él. Con ella a lado se volvía a sentir completo, capaz de todo, era como si su fuente de poder hubiera regresado y se volviera a sentir invencible. La haría feliz, dedicaría cada segundo de su vida para que así fuera y nunca se permitiría que arrepintiera de la decisión que acababa de tomar.

Le hizo el amor de forma pausada, lenta, agónica. Isabella estaba segura que moriría, que no podría volver a recuperar sus sentidos ya que en ese momento Sebastián los había secuestrado y los torturaba de miles de formas que no debían ser legales. Cuando se volvió a enterrar en su ser no pudo evitar gritar presa de un arrebatador deseo, ese era Sebastián, y esa era ella a su lado, pasara lo que pasara nunca podría ser diferente. Completamente agotados, asombrados y plenos, se quedaron dormidos sin darse cuenta.

Más tarde él despertó, llamó de inmediato para que les subieran algo de cenar y en lo que esperaba a que lo hicieran, se sentó en la cama mirándola dormir. Medio enrollada en las sabanas, boca abajo, con su cabello regado alrededor de su cuerpo y de las almohadas. Observó que ya no tenía rastro de ojeras, su cuerpo estaba más hermoso que nunca, se veía sana y llena de vida. Y ahora era suya de nuevo y esta vez sabría cómo mantenerla en su vida y en su cama para siempre.

Capítulo 22

La comida llegó en unos minutos. Dio órdenes de que acomodaran todo en el salón que tenía la pequeña suite en la entrada de la misma. Cuando todo estuvo listo, despidió al servicio. Entró de nuevo a la recámara y ella ya estaba despertando. Se acercó hasta la cama completamente enamorado.

—Hola, dormilona —Isabella volteó tallándose los ojos sonriendo.

—Me quedé profunda —admitió y aún soñolienta se fue incorporando. Verla era todo un espectáculo para sus sentidos; hermosa, vibrante, suya.

—No te preocupes *mi Bella, aproveché y la cena nos está esperando* —de pronto recordó que antes de dormir él le había preguntado algo referente a eso y sin poder evitarlo escuchó a su estómago exigir ser atendido. Enrollada en las sábanas por el frío, bajó de la cama y caminó hasta él.

—Vamos... —lo animó sonriendo perezosa. Sebastián tomó una de sus playeras y se la puso como si fuera su muñequita, después la sujetó de la mano y la guio hasta el salón continuo—. Dios, ¡cuánta comida! —Exclamó viendo todos los diferentes platillos que tenían en frente.

—No sé... me parece que Benito creyó que tendríamos mucha hambre —expresó mientras tomaba una silla y la movía hacia atrás para que ella se sentara.

—¡¿Qué?!... ¿Cómo crees? Dios, qué vergüenza... —articuló ruborizada. Bajó hasta sus labios y la besó sin poder evitarlo. Fantaseó muchas noches con volver a verla hacer eso y ahora la tenía enfrente de nuevo con sus mejillas teñidas de rojo, le resultaba simplemente irresistible.

Ambos comieron animadamente, todo estaba delicioso y ninguno de los dos se habían dado cuenta del hambre que tenían, hasta ese momento.

—Bella ¿Saben Carmen y Raúl que volaste hasta acá? —le preguntó mientras bebía de su copa.

—No, no lo saben —contestó tranquila y continuó comiendo. Él no entendió.

—Pero... se van a preocupar —señaló sin ápice de culpa en el tono. Ella comprendió que no sabía dónde vivía actualmente, seguro intentó, al igual que ella, que nadie le dijera nada sobre su vida.

—Sebastián, no te preocupes —lo tranquilizó posando una mano sobre la

suya—. Estoy viviendo en Londres, cursé ahí este semestre, de hecho lo acabo de terminar ayer —él la observó boquiabierto.

—No tenía ni idea, Bella.

—Es lo que me doy cuenta, pero bueno... Carmen y Raúl ciertamente no sospechan que estoy fuera de ahí —aceptó mordiéndose el labio con gesto travieso.

—¿Desde cuándo estas en Europa?— parecía pensativo.

—Desde agosto... —habló sin verlo y tomó otro pedazo de pan—. Al poco tiempo de que te fuiste recibí una carta de aceptación para una beca en una Universidad de Londres y bueno... la tomé ¿Qué pasa? —le preguntó confusa, no entendía por qué se había puesto extraño de repente—. ¿Estás enojado? —Intentó saber ansiosa y desconcertada. Sebastián cambió su semblante de inmediato negando con la mirada triste.

—¿Cómo podría enojarme alguna vez contigo, Bella? Es solo que me hubiera gustado que conocieras Europa de mi mano... pero...

—Espera... —lo interrumpió comprendiendo lo que le pasaba—, solo he estado en Londres y bueno... ahora aquí, no conozco nada más. De hecho Carmen, Raúl y mis hermanos van a venir en dos semanas y planean que conozcamos todo, así que... quiero que tú también vengas... No deseo conocer nada en donde no estés tú, esa fue una de las cosas por las que vine a buscarte —le confesó de nuevo ruborizada.

Él sonrió acariciándole la mejilla. ¿Qué había hecho de bueno en su vida para tener a una mujer como ella a su lado?

—Bella, estoy muy orgulloso de ti, me parece increíble que estés aquí, cumpliendo uno de tus sueños, eres la mujer más tenaz que he conocido —tomó su barbilla y la besó. Cuando se separaron ella bajó la vista de nuevo apenada.

—Yo... no quiero volver a separarme de ti —lo encaró nerviosa. No comprendió a qué venía eso, así que la hizo levantarse y la sentó sobre sus piernas sintiéndose más feliz que nunca.

—Eso jamás, jamás va a volver a suceder ¿Comprendes? —Pero ella parecía no estar muy de acuerdo.

—Sebastián... es que...

—¿Qué, mi Bella? —La incitó a continuar acomodando uno de sus rizos

rebeldes.

—Bueno... es que, me ofrecieron cursar otro semestre en Londres —y lo miró preocupada mordiéndose el labio.

—Guou ¡Felicidades! Sé que te lo mereces —la abrazó contento, admirado por lo que había logrado.

—No, espera...

—¿Qué pasa? ¿Qué te preocupa? —Intentó saber ya que su rostro le era indescifrable.

—Es que... yo creo que no la voy a aceptar, ya sé que es vivir sin ti y no quiero, tú vives ahora aquí y yo... podría venirme —se le derritió el corazón al escucharla pero jamás permitiría algo como eso.

—Isabella, nunca más vamos a vivir separados y si yo tengo que mudarme a Londres seis meses o un año para que tú finalices tu sueño, yo lo haré ¿De acuerdo? — Lo decía serio y completamente seguro. Su rostro se iluminó al escucharlo. Dios, era una pequeña aún en ciertos aspectos y eso no hacía más que enamorarlo cada segundo más.

—¿De verdad! ¿Te irías a vivir allá?

—Creo que tú todavía no comprendes lo mucho que te amo y lo que puedo llegar a ser capaz de hacer por ti, *mi Bella* —*ella sonrió feliz besándolo efusivamente. Poco a poco ambos fueron sintiendo que la temperatura subía, sus labios comenzaron a exigir más. Así que se quitó el pantaloncillo de pijama con maestría, la sentó a horcajadas sobre él y la hizo suya nuevamente sin más. Ella se aferró a sus hombros asombrada pero anhelante mientras él movía su cadera con las manos para ir la llevando deliciosamente a la cúspide del placer.*

—Si tú no vas a ese viaje, tampoco iré —susurró Isabella cansada aún sobre él.

—Jamás me perdería tus ojos al ver todos esos lugares, Bella. He soñado con esa mirada desde hace años... —y besó su hombro mientras la regresaba a la cama sin dificultad.

Ya eran más de las diez de la mañana cuando él abrió los ojos. Ella continuaba bien dormida. Recordó todo lo que había sucedido en tan pocas horas. Isabella estaba ahí, en su cama y volvían a pertenecerse.

Se dio un baño rápido y cuando salió ella ya estaba con la sabana

enrollada dando vueltas por el cuarto. La observó unos segundos, se veía preciosa y muy cómica también, buscando quién sabe qué cosa.

Isabella de pronto lo vio de pie, con una toalla enrollada en la cintura y con el cabello escurriéndole de forma muy sensual por su dorso desnudo y bien delineado, la miraba divertido desde la puerta del baño. En ese instante se le olvidó qué estaba buscando pues las mariposas y el deseo la sacudieron sin contemplaciones.

Sebastián apenas le iba a preguntar qué era lo que necesitaba, cuando vio lo que ahí ocurría, sin pensarlo mucho, caminó hasta ella, la tomó de la nuca y la besó con arrebató. La sábana y la toalla desaparecieron, la levantó mientras la joven enrollaba las piernas alrededor de su cintura igual de excitada que él, la llevó hasta una pared y ahí la recargo adentrándose de una sola vez fuerte y rápidamente, hacer el amor con ella era siempre diferente y al haber notado la mirada cargada de deseo con que lo observaba no pudo resistirse. Bella gritaba su nombre una y otra vez sintiéndolo moverse en su interior sin una pizca de delicadeza. Un sonido gutural salió de su garganta y mientras ella se contorsionaba emitiendo un último gemido cargado de placer.

—Dios... me enloqueces, Bella. De verdad lo siento... —Dios, parecía un animal cuando de esa mujer se trataba.

—Sh... —lo calló agitada—. Esto ha sido... hermoso, me encanta hacer el amor contigo —soltó mientras le mordía la oreja sensualmente. Él rio apretándola un poco.

—Eres terrible, Isabella... Pero me da gusto porque no permitiré que puedas compararlo, nunca —le advirtió posesivamente.

—Y yo te dejaré tan exhausto que nunca podrás pensar en nadie más —manifestó su mujer enarcando una ceja.

—De verdad crees que alguna vez, desde que te conocí, he podido pensar en alguien más. Isabella, eclipsas mis pensamientos desde el primer momento.

—¿Y tu cuerpo? —Preguntó picara.

—Ese creo que no tendrá energía para nadie más mi pequeña provocadora... Eres insaciable.

—Y tú siempre me darás lo que deseo... ¿Verdad? —Lo retó perdida en

sus miradas.

—Siempre —la bajó despacio, le hecho el cabello hacia atrás, intentó recobrar el aliento y recordó que la había visto buscar algo—. ¿Qué era lo que no encontrabas, mi amor? —ella lo observó confusa sin poder razonar claramente.

—¡Ah, sí!... Es que me pregunto dónde habrá puesto Benito, así se llama ¿verdad?

—Él asintió—, mi mochila con mis cosas —y estudió alrededor de la recámara con atención.

—Me parece haber visto una mochila en la sala, espera... —salió de prisa y en un minuto regresaba con sus cosas en la mano guiñándole un ojo divertido.

—Gracias —sonrió quitándosela de las manos y dirigiéndose al baño sin un ápice de vergüenza.

Durante el resto del día él le mostró la casa. Caminaron por lo jardines e incluso les prepararon la comida en una hermosa terraza que era digna de la realeza. El clima, a comparación de Londres, era más agradable, sin embargo, hacía un poco de frío, así que bien abrigados anduvieron recorriéndolo todo.

Ella le habló sobre su cambio de apellido, sobre sus amigas en Londres y cómo aprendió inglés. Ambos evitaron durante todo el día hablar de temas dolorosos, sin embargo, la conversación los llevaban una y otra vez a esa parte de su vida que deseaban esquivar. Paseaban después de comer por otro jardín que estaba bastante más alejado de la casa. Ya anochecía y parecía que llovería en cualquier momento.

—A veces todavía tengo pesadillas... —confesó por fin sin voltear a verlo mientras iban abrazados.

—Bella... —frenó su recorrido para poder verla de frente. Ella lo miró abatida y continuo.

—Creo que... es la manera que tiene mi cabeza para impedir que la pueda olvidar —lágrimas comenzaron a asomarse por sus grandes ojos.

—No, Bella... No creo que sea así, porque ni tú ni yo jamás podremos olvidarla... — la joven sonrió con tristeza.

—Creo que tienes razón. Las noches durante todos estos meses fueron los momentos más difíciles ¿Sabes? Me hacías mucha falta, tenía mucho miedo

Sebastián y estaba su recuerdo todo el tiempo en mi cabeza —ya no lo veía, parecía perdida en sus recuerdos. A él le hubiera gustado poder borrar ese episodio de sus vidas, pero era imposible y era el momento de enfrentarlo juntos.

-Lo sé, Bella, y quiero que sepas que no estás sola en esto, necesito que te apoyes en mí para que podamos algún día llegar a recordar lo que sucedió sin tanto dolor —elevó su barbilla e hizo que lo mirara—. No quiero que cambies, no tengo otro mundo más que tú, y creo que ambos ya sufrimos suficiente por lo que sucedió.

Aunque tengo que aceptar que la culpa sobre todo ese... infierno me ha perseguido desde el primer día —ella negó ansiosa y llorando—. Sí Bella, sé que no pude haberlo evitado, sé que no estuvo completamente en mis manos, pero no puedo evitar pensar que debí haber buscado más, debí haber desconfiado más, que te debí creer... que... de alguna forma yo fui el que te dejó sin nada de pronto. Y sé que ni toda una vida haciéndote feliz lograra que salde la deuda que tengo contigo... — admitió también con los ojos rasgados.

—No Sebastián, ya no quiero sentirme culpable, ya no quiero que tú te sientas responsable, no hay deudas pendientes. Quiero que enfrentemos juntos esto, quiero perder el miedo a tu mundo, quiero que me hagas fuerte para enfrentarlos cuando sea necesario. Y necesito que sepas que me da cuenta de que sin ti me siento vacía, era como si nada tuviera sentido y ahora que estoy aquí... contigo... me siento de nuevo completa... me siento yo. Tienes mi corazón, tienes todo mi amor. Nunca lo defraudes yo te juro que tampoco defraudaré el tuyo, quiero empezar de nuevo... — esa mujer era increíble, tomó su mano con delicadeza y se la llevó a los labios.

-Créeme que jamás se repetirá algo así, sé que tú nunca defraudarás mi corazón y te juro que prefiero morir antes de que yo volverá a hacer algo semejante —ambos se abrazaron intentando cerrar para siempre esas heridas, ese capítulo que tanto dolor produjo.

-Perdóname... —le rogó ella aun escondida en sus brazos—. Perdóname por cómo te traté antes de irte, cada que te alejaba una parte de mí moría. Pero no podía estar a tu lado, yo... era un desastre, necesitaba salir adelante, necesitaba volver a estar fuerte. Sufrí mucho cuando te viniste aquí a vivir,

pero no podía hacer tu vida más miserable, la mía ya lo era y... te amo demasiado... Perdóname —le rogó llorando.

—¡Ey! Yo no tengo nada que perdonarte *mi Bella*. Al contrario, *el que debe suplicar que lo disculpes soy yo*. Y debes saber que fuiste mucho más madura que yo como siempre, ambos éramos un desastre, yo sentía que me estaba volviendo loco, estaba muy desesperado, enojado, odiaba al mundo por lo que nos sucedió, a mí por lo que te hice y cuando me rechazaste me odié aún más por ser quien era. Las cosas no podían funcionar así. Por eso me vine, sabía que era lo mejor, tenía que reconstruirme de nuevo y tú también. Ambos teníamos que curar nuestras heridas... Pero debes saber que lo que te dije en aquella carta era real, no me había rendido, necesito que lo sepas, iba regresar a luchar por ti, de hecho estaba preparándolo todo para hacerlo... te amo, siempre ha sido así y ya era hora de pelear por tu corazón —ella lo miró con las mejillas húmedas aún abrazada a él.

—No fue necesario —señaló en voz baja.

—No, no lo fue y doy gracias a la vida por tenerte aquí, conmigo... De nuevo... ¿Tú tienes una idea de cuánto amo esos ojos, Bella? —Cambió de tema al darse cuenta de su mirada llorosa.

—En este tiempo que no estuve contigo me pregunté muchas veces qué es lo que buscas siempre en ellos... tengo la sensación de que algo indagas... —deseó saber qué era específicamente. Sebastián acomodó un mechón de su cabello tras su oreja y besó su nariz torciendo la boca.

—Cuando lastimé a Dana y bajé del auto desesperado pensando que la había... herido gravemente, levanté la mirada y en lo único que pude ya pensar era en lo que tus ojos traban de decirme. Me cautivaron desde el primer segundo, es como si pudiera perderme en ellos, como si tu estuvieras detrás de ellos todo el tiempo y quisiera encontrarte... Creo que son la guarida de tu alma, de *mi Bella* —sacudió la cabeza confundido—. Sé que ellos esconden todo lo que yo amo de ti —terminó de decir hipnotizado.

—Eso es lo más hermoso que me has dicho, Sebastián —él sonrío, todo lo que le decía era verdad, no había intentado adularla.

—Es lo que siento Bella, yo por tu mirada haría la peor de las locuras, siempre lo he sabido —le confesó serio. Ambos se besaron tierna y amorosamente. Unas gotas de repente cayeron sobre sus cabezas sacándolos

de su burbuja.

Miraron el cielo y de repente ya estaba la tormenta sobre ellos. Su primer impulso fue correr, pero de pronto se miraron y continuaron besándose sin importarles en lo absoluto el agua que empapaba sus ropas.

Capítulo 23

Pasaron unos días de ensueño, Sebastián la llevó al apartamento de Milán y ahí le mostró parte de la ciudad. Visitaron museos y lugares que pensó la enamorarían de tan sólo verlos.

La última noche en Italia cenaron en la terraza de un Café muy íntimo que tenía una hermosa vista, desde ahí se veían la ciudad iluminada.

—Bella... me gustaría que llegáramos a mi piso en Londres... no quiero que Raúl piense que abusamos de su confianza. Sin embargo, no pienso separarme de ti ni unsegundo más del necesario —le pidió mientras tomaba su mano.

—¿A tú piso?... ¿También tienes propiedades ahí?... —Preguntó desconcertada, desde que lo volvió a ver iba de sorpresa en sorpresa, se daba cuenta de que no tenía ni idea de lo que él en realidad poseía y mucho menos de su importancia en el mundo. Tenía propiedades prácticamente en Europa y América, aviones a su disposición, empleados que se dedicaban sólo a darle gusto y acatar cada una de sus órdenes. Era como si en realidad el tiempo que convivió con él no lo hubiera conocido del todo y aunque no lo justificaba, alcanzaba a comprender porque los accionistas de su empresa pensaron que ella no era suficiente, ella misma se sentía insignificante en ese momento.

—Bella... —habló preocupado al ver su rostro de incertidumbre y miedo—. Por favor no temas... Es sólo dinero. Y si para estar contigo tuviera que perderlo todo lo haría sin dudarlo... No hay nada más importante para mí que tú, nada ¿Comprendes? Sé que no sabías muy bien quién era, pero confiaba que con el tiempo te fueras dando cuenta y te fueras acostumbrando poco a poco, pero ya ves... nada salió como lo planeé —y en realidad así siempre lo pesó; no quería asustarla, sabía que el dinero podía ser muy abrumador en algunas ocasiones, y en especial para ella. Nunca le ocultó algo, pero tampoco le mostró todo lo que poseía ya que no hubo la necesidad, además sabía que para ella el que poseyera todo eso no significaba nada.

—Jamás te pediría algo así... Es sólo que es... apabullante... Yo no sabía —y su mirada ratificó su respuesta. Cualquiera mujer de las que él conoció en el pasado estarían brincando de la alegría, pero ella era diferente... Sentía la

necesidad de convencerla de que todo aquello no se interpondría entre ellos.

—Lo sé y te pido una disculpa, es sólo que no quería asustarte. Bella te amo, confía en mí, necesito de verdad que esto no cambie lo que piensas de nosotros. Para mí todo esto no es importante, siempre he vivido así, pero comprendo que después de lo que pasó dudes, déjame a mí ¿Sí? Tú solo déjate llevar... por favor... —le suplicó con un tono de voz firme.

—Yo no dudo de estar contigo, ni si quiera lo pienso Sebastián, te amo y por nada te dejaría, yo ya tomé una decisión. Dejar de estar a tu lado ya no es una opción para mí... Pero me va a llevar tiempo acostumbrarme a todo esto ¿Sabes? Es increíble que unos tengan tanto y otros tan poco —reflexionó mientras jugaba con sus grandes dedos. Al escucharla con un dedo alzó su barbilla y la acercó.

—Eres increíble y cuando pienso que no puedo amarte más, dices o haces algo que logra que rebase esa idea. Realmente eres única, *mi Bella* —le dio un beso tierno, después con una mueca de fastidio, continuó—. *Verás que no es tan mala mi vida, con el tiempo te acostumbrarás* —sonrió intentando descargar el ambiente.

—Y... ¿Si no encajo? —Quiso saber preocupada.

—Eso es imposible. Primero; porque tu personalidad va a atraer a las personas como abejas a la miel, cosa que me mantendrá muy ocupado —refunfuñó celoso—. Y segundo; porque quien quiera evitarse problemas conmigo —de pronto su rostro se volvió amenazante y peligroso—, tendrá que tratarte igual que a mí ¿Comprendes?

Bella nunca más me tentaré el corazón con la gente que intente si quiera hacerte daño y lo he dejado muy claro, créeme —la piel se le erizó al escucharlo, por su tono se daba cuenta de que no bromeaba. En seguida cambió su gesto y le sonrió dulcemente—. Entonces... ¿estás de acuerdo en vivir en mi piso, *mi Bella*?

—Sí, creo que es lo mejor. Yo tampoco quiero que ellos sientan eso... —aceptó.

—Perfecto, entonces mañana vamos por tus cosas y listo.

Isabella veía todo impresionada. Un chofer llegó puntual por ellos en un auto demasiado lujoso. Cuando entraron al hangar se quedó pasmada. Ya iba a abrir la puerta del vehículo, pero de inmediato regresó la mano a su regazo

recordando las formalidades de este nuevo mundo que a ella siempre le parecieron innecesarias.

Sebastián la observó y sonrió con ternura.

—Bella, quiero que seas tú ¿Comprendes? —Le rogó dulcemente. Ella asintió insegura. La situación lo divertía un poco, sabía que con el tiempo se iría acostumbrando a todo, pero en lo que eso sucedía le fascinaba ver su cara cada que algo la asombraba. Eso era inigualable.

Subieron al avión casi en seguida. Todo era de piel y terminados de lujo. Tenía su propia tripulación y contaba con todas las comodidades. Sebastián no la soltaba, la observaba muy atento, amaba sus ojos y la manera en la que viajaban de un lado a otro sin querer perderse nada. En cuanto se sentaron una azafata, con un cuerpo de modelo y cara espectacular, les ofreció algo de tomar.

—¿Algo más? —Preguntó educada una vez que les llevó lo que pidieron. Isabella la observó arqueando una ceja, no era tonta, se daba cuenta de que parecía un poco desilusionada por verla a lado de él. Cuando se fue, saboreó el jugo recién hecho en silencio sintiendo una pequeña oleada de celos.

—¿Qué pasa, *mi Bella*? —*La conocía muy bien, algo pasaba en esa cabecita que pensaba, la mayoría de las veces, de aquella forma tan indescifrable para él. Ella sonrió entornando los ojos con picardía.*

—Si no supiera lo que sientes por mí, me volvería una celosa posesiva —él frunció el ceño sin entender a que venía el comentario.

—¿Por? — Isabella lo taladró con sus enormes ojos.

—Porque estás rodeado siempre de pura belleza, Sebastián —le explicó señalando discretamente a la sobre cargo. No pudo más y soltó una carcajada incrédulo.

—Bella, en algo estoy completamente de acuerdo, tu eres la belleza que siempre quiero tener a mi alrededor... Imposible que me dé cuenta si alguien más existe, aunque te confieso que sería muy excitante verte montando una escena —y la besó sonriendo. La joven le dio un leve empujón haciendo un mohín perfecto. De inmediato tomó su rostro entre sus manos acercándola nuevamente a él— Fuiste, eres y serás quien ilumina mis días, lo más hermoso que tengo... Ninguna mujer jamás tendrá comparación contigo —su gesto se suavizó asintiendo.

—Contratar a alguien más grande me tranquilizaría aún más —musitó traviesa. El hombre besó nuevamente sus labios divertido.

—Me rodearé de pura mujer mayor ¿Contenta?

—Sí, mucho.

—Eres terrible.

El resto del viaje Sebastián tuvo que estar pegado al ordenador. Cada cierto tiempo la besaba o ponía una mano sobre su pierna mientras ella continuó leyendo el libro que se llevó y que infructuosamente intentó leer el día que iba a su encuentro.

Cuando llegaron a Londres, entre los dos empacaron todo y dio instrucciones para que llevaran a su apartamento ubicado en una zona muy lujosa no tan lejana de su, ahora, anterior piso, todas sus cosas.

Comieron en un lugar sencillo y fueron juntos a hacer las compras de los víveres para el lugar en el que vivirían los próximos meses.

Al estar paseando por los pasillos del súper mercado, lo veía tomar artículos de todos los estantes y preguntándole su opinión sobre cada cosa. De pronto comprendió que eso era justamente lo que no le dio en el pasado ninguna pista sobre la verdadera fortuna de Sebastián. Él era en general muy sencillo y poco ostentoso. Prefería hacer las cosas por sí mismo y aunque sí se podía adivinar dinero en su vida, nunca en los niveles que en realidad lo tenía.

Todo lo acomodaron juntos al llegar, para sorpresa de Isabella el piso era acogedor y no tan grande como lo imaginó. Y por supuesto, no le hacía falta nada, al contrario, parecía que alguien lo habitaba ya que contaba con todo lo necesario.

Tenía una vista espectacular que rodeaba todo el apartamento, una recámara amplia y una estancia pegada a la cocina muy bien decorada.

—¿Te gusta? —Le preguntó abarcando con sus brazos todo el lugar una vez que se instalaron. Isabella lo rodeó por la cintura sonriente.

—Sabes que sí, me encanta la idea de empezar aquí mi vida contigo —él besó su cabello aspirando su dulce aroma.

—A mí también, *mi Bella*.

Por fin todo había quedado atrás, pensó ella satisfecha después de haber revuelto las sábanas de su habitación juntos.

—Sebastián... —se hallaba recostada sobre su pecho jugando con uno de los dedos de la mano que la rodeaba.

—M mm... —contestó completamente lánguido después de haberle hecho el amor en su nuevo hogar. Esa mujer era incansable y lo más increíble era que cada vez que la tenía cerca quería tomar todo de ella.

—Yo también quiero que lo sepas todo de mí... —sintió como ese cuerpo masculino que era su delirio, se tensaba—. No quiero quedarme con nada... —un tanto alterado hizo que lo mirase preocupado.

—Bella, no tienes que hacerlo... —le explicó conflictuado.

—Sí, sí tengo, quiero que lo sepas todo. Es parte de mí y deseo que conozcas mi pasado, ya no me quiero quedar nada para mí, necesito compartirlo todo y esa también soy yo —avaló perdida en sus ojos.

—No quiero que sufras al recordarlo, mi amor... No me gusta verte triste —le rogó. Pero la joven sonrió acariciando su rostro.

—Lo sé, pero quiero hacerlo...no te ocultaré nada más... —rozo sus labios y se volvió a recargar sobre él para poder comenzar sin sentirse observada.

—Está bien... si es lo que tú quieres —aceptó después de unos segundos no muy convencido. Pero para sorpresa de Isabella la sentó a su lado tiernamente y la miró atento. No quería verla triste de nuevo, su dolor lo quemaba, pero si necesitaba hacerlo él la escucharía con interés, jamás podría negarle nada.

—Yo... bueno... —llenó de aire sus pulmones e intentó comenzar nerviosa enrollando los dedos en la sábana que la rodeaba descuidadamente—. Lo primero que debes saber es que mi padre nos dejó aun antes de que naciera Dana. Él era un hombre... extraño, nunca fue cariñoso, iba de vez en cuando. Ahora creo que tenía otra familia... En fin, no tengo muchos recuerdos de él y si lo viera en la calle, creo que no lo reconocería —aceptó encogiéndose de hombros con indiferencia. Sentía su mirada sobre ella, pero aun así continuó—. Mi... madre siempre tuvo un carácter fuerte e intolerante, estaba muy frustrada por el tipo de vida que llevaba, así que se iba por días y nos dejaba a Marco y a mí solos sin importarle si comíamos o no. Embarazada de Dana, todo empeoró... —prosiguió subiendo la vista hasta él—. No podía tomar y me parece que mi padre y ella habían terminado... Yo me hacía cargo de la casa y de cuidar a Marco. Iba a la escuela temprano y a

medio día preparaba la comida para los dos, pero a veces ella llegaba a esa hora y por su abstinencia... — se mordió el labio nerviosa—, me... golpeaba, lo hacía... hasta que sacaba todo su coraje. Muchas veces lo intentó hacer con mi hermano, pero no la dejé, así que volvía a ser blanco de su enojo. Cuando Dana nació no se hacía cargo de cuidarla, la dejaba llorar horas y no la cambiaba. Era... espantoso oír la llorar así... —ya tenía la mirada perdida recordando esos momentos que parecían nunca hubieran existido.

—Yo aprendí a cuidarla, las vecinas nos regalaban leche y yo improvisaba pañales, faltaba mucho a la escuela, no podía dejar a Dany sola, era muy pequeña. Mi madre estaba desesperada por conseguir dinero, bueno... eso era común, pero un día se le ocurrió que... —le costó trabajo continuar evocando esos momentos infernales que aún dolían. Él no quería ni respirar, mil cosas se mezclaban en su interior al escucharla, pero ella de pronto lo observó y tomó fuerzas para continuar—. Se le ocurrió que podía venderme... y lo intentó... —calló unos segundos—. No pudo, yo me puse como una loca; grité, pateé, y hui. Me escondí con una vecina y cuando regresé desquitó todo su frustración sobre mí, pero a no me importó —dijo orgullosa y con la barbilla elevada—. Jamás me separaría de mis hermanos y nunca haría nada para ayudarla. Ahora sé que Marco lo supo, pero era muy pequeño, tenía cinco años y Dana meses, no podía dejarlos solos con ella... era un monstruo, Sebastián —las lágrimas comenzaron a rasarle los ojos. Ya no pudo más y la abrazó lleno de impotencia, de dolor. Pero para su sorpresa ella continuó recargada sobre su pecho—. Intentó hacerlo un par de veces más, incluso una de ellas llevó al hombre a la casa, pero al ver lo que yo hacía, se arrepintió y se fue rompiendo el trato. Ese día me dejó inconsciente, no sé cuánto tiempo duré así, pero el llanto de Dana y la voz de Marco me hicieron reaccionar... Parecía que habían pasado días y estábamos solos. Ese fue la última vez que la vi —se alejó un poco para poder seguir—. ¿Sabes? Jamás voy a comprenderla... Me hizo mucho daño... Nunca se cansó de decirnos que nos perdió perdido su juventud y belleza por nuestra culpa...

—Sebastián recordó el día que la conoció y ciertamente en su momento debió poseer la belleza de su hija, sin embargo, no tenían ninguno de los tres nada de ella—.

Cuando pasaron los días, tuvimos que salir a buscar comida, una mujer de

ahí, que odiaba a mi madre, nos llevó con un señor para que nos pusiera a trabajar en la calle...

—Bella, no continúes si no quieres... —la incitó completamente desenchajado al escuchar por primera vez toda la historia completa de sus labios. Ella negó.

—No, Sebastián. Necesito hacerlo... —él la besó tiernamente en la boca.

—Como tú quieras...

—Como ya te había dicho el DIF* nos encontró y nos metió a un orfanato. Ahí vivíamos los tres en diferentes pabellones, en uno yo, en otro Marco y en el de los bebés, Dany. Retomé la escuela al igual que mi hermano. Y podía pasar parte de la tarde con ellos si cumplía con mis deberes y con los del hospicio. La gente de ahí no era muy... amable. Las mujeres eran muy duras, sin embargo, teníamos un techo, comida, aunque muy mala por cierto, y estábamos juntos. Conforme fui creciendo me empezaron a cargar más la mano en las labores del lugar y si no las cumplía me castigaban o no me daban de comer... —se quedó pensativa y luego como si algo hubiera descubierto lo miró con los ojos muy abiertos—. Creo que por eso tengo esta... enfermedad, aunque debo admitir que nunca fui buena para terminar lo que me debía ingerir, además de que... no siempre tenía que —él sujetó una de sus manos y la besó dulcemente. ¿Cómo era posible que esas cosas sucedieran, que la gente tuviera que vivir cosas similares o peores y no tuvieran la oportunidad que ellos tuvieron? ¿Cómo?

—Sí Bella, es justo por eso que tienes anemia y siempre tendremos que estar muy al pendiente de tu salud... —la joven asintió comprendiendo al fin todo.

—Era muy difícil Sebastián... ¿Sabes? Jamás cuestioné mi vida, era simplemente así; despertar cada mañana, estudiar, regresar, hacer las labores hasta reventar, escaparme para ver a mis hermanos cuando no me dejaban y de noche hacer tarea. No tenía tiempo de pensar en nada más. Ese lugar no era malo, le debo mucho... ha de ser muy difícil llevar un sitio así con tantos niños sin padres. Los años pasaron, yo busqué a mi madre al principio, eso ya te lo había dicho. Pero pues, nunca volví a saber de ella... hasta hace poco — y agachó la cabeza.

—Bella...

—No te preocupes —acarició su mejilla—, estoy bien, Sebastián. Es solo que han sido tantas cosas. Los años pasaron ahí, varias parejas intentaron adoptar a mis hermanos, pero entre los dos hacían hasta lo imposible para que no los quisieran, y terminaban regresando. Yo ya era grande y... les servía muy bien en ese lugar, así que... nunca alguien quiso llevarme. Un día poco antes de que te conociera, nos amenazaron a los tres. La directora del lugar nos dijo que estaba todo listo para las adopciones de ellos y que si hacían algo para evitarlo nos iba a separar definitivamente, hicieron que los candidatos fueran a conocerlos pero... ambas parejas eran muy extrañas y en la media hora de visita los trataron de una forma que a ninguno de los dos les gustó. Ellos me lo contaron asustados y fue cuando decidí que debíamos escapar de ahí de una u otra manera. Sé que nos buscaron, pero nos escondimos con comida para un par de semanas, era finales de noviembre y hacía frío. La comida se terminó mucho antes de lo tiempo previsto y tuvimos que salir de aquel agujero, caminamos sin rumbo varios días con el estómago vacío, todo lo que nos daban se lo dábamos a Dana. Un buen día un señor nos ofreció techo y trabajo, a mí no me dio buena pinta, pero los rostros de mis hermanos me obligaron a aceptar. Era un lugar donde vivían indigentes, era como una mafia y nos ponían a hacer labores de la casa, era imposible hacerlo sin volver el estómago. Pero por lo menos teníamos un techo que nos cubriera del frío y un poco de comida segura.

—¿Y qué pasó? —Todo lo que le contaba era inaudito, asombroso y espantoso, ella era mucho más fuerte de lo que siquiera se hubiera atrevido a pensar. Un respeto inmenso creció dentro de él en ese momento, nunca la subestimaría y dedicaría su dinero, su vida para que ella pudiera borrar toda esa historia que parecía salida de una novela de drama y suspenso y peor aún, de una realidad común en el mundo en el que vivían.

—Pues... un día este señor llegó borracho... —él tensó la mandíbula enseguida al ver por dónde iba—. Intentó propasarse conmigo, pero... forcejamos y en medio de la pelea me dijo que pensaba vendernos, que con nuestros rostros sería un estúpido si no lo hiciera. Yo me asusté mucho, encontré una botella de cerveza vacía y se la rompí en la cabeza, salí de aquel cuarto corriendo, y algunos indigentes que se encontraban ahí nos ayudaron a escapar a los tres. A los pocos días... te conocí y todo cambió... —le dijo

ruborizada y mirándolo con recelo mientras se mordía los labios nerviosa.

Sebastián no podía siquiera pestañear, su historia era realmente increíble, se sintió insignificante a su lado al entender la grandeza que tenía frente a él, la entereza con la que sorteó todo, la madurez con la que lo enfrentó. Por un momento sintió que no la merecía. La abrazó con lágrimas en los ojos y ahí la retuvo varios minutos completamente mudo.

—Te amo, Bella... Hoy, más que nunca, te amo —ella correspondió al gesto con más fuerza haciéndole sentir que sentía lo mismo. Envuelta en su cuerpo, después de haberle mostrado todo lo que en realidad era y abrirle su pasado, sentía que podía olvidarlo, que podría algún conseguir borrarlo, lo único que necesitaba era tenerlo a lado, así, como en ese momento.

—Por eso mi hermano supo que lo que inventaron no era cierto, Sebastián y a lo mejor si tú lo hubieras sabido todo hubiera sido diferente... —vaciló llorosa.

—Sh... tú no tuviste la culpa... yo no lo debí de haber creído de todas formas... aquí el único culpable, soy yo —se reprendió a sí mismo. La joven elevó la cabeza para verlo.

—No digas eso... ¿Sí? Ahora... solo deseo estar contigo... quiero olvidarlo todo, haz que olvide todo. Ya no me importa nada, si tuve que pasar por todo eso para conocerte, entonces... valió la pena... —y lo besó intentando borrar todo de su memoria. Él respondió enseguida y la hizo suya de nuevo de la manera más tierna que jamás sospechó podría lograr. La amó completa; su alma, sus recuerdos, su historia. Era su mujer y la admiraba más que a nadie en el mundo. Lograría que todo fuera pasado, haría desaparecer para siempre esa nube negra que fue su vida.

Y la llenaría de nuevo con recuerdos hermosos, perfectos.

Capítulo 24

Al día siguiente él se levantó antes, preparó café y el desayuno para ambos.

Todavía no terminaba cuando sintió como unas pequeñas manos lo rodeaban por la cintura.

—¿Cocinas? —Le preguntó divertida viendo como preparaba unos pancakes sin dificultad.

—Claro que cocino ¿Qué creías? —Contestó al tiempo que le hacía un hueco entre sus brazos para que se posicionara a un lado y darle un beso. Ella lo observaba atenta y aún adormilada.

—No sé... —se encogió de hombros—, creí que no sabías.

—Pues te equivocaste, no es que sea un chef, pero me defiendo.

—Sí, ya veo... —admitió gratamente asombrada.

—Anda, sírvete café que esto ya va a estar listo —la joven tomó una taza y se sirvió adorando el aroma que el líquido despedía. Rodeó la barra que separaba la cocina del pequeño comedor, Sebastián ya había puesto manteles y todo lo necesario.

Pero al ver lo que sucedía en el exterior se quedó ahí, clavada.

—Está nevando... —murmuró anonadada, dejó la taza sobre la mesa y se dirigió en seguida hasta los enormes ventanales y observó todo con los ojos muy abiertos.

Nunca había visto la nieve y no podía creer lo hermosa que se veía la ciudad cubierta por esa capa blanca. De pronto sintió como el rodeaba su cintura pegándola a su ancho pecho y la veía atento—. Es... hermoso... —consiguió decir sin mirarlo.

—Lo sé... —susurró al oído, pero refiriéndose a sus enormes ojos clavados en el exterior. Ella se ruborizó y lo miró cohibida.

—Me refiero a la nieve, Sebastián...

—Y yo a ti... —se besaron tiernamente. Pero ella en seguida volvió a distraerse mirando al exterior, así era Isabella, inquieta, como una niña curiosa cuando algo llamaba su atención—. ¿Qué te parece si desayunamos y salimos a que la veas, Bella? —la joven asintió como una pequeña que esperaba ver una sorpresa.

Al terminar, hizo algunas llamadas necesarias mientras checaba correos en su tableta. Cuando ella salió de la recámara ya no pudo concentrarse más. Llevaba el cabello suelto, un suéter de cuello alto y manga larga que bajaba por su cintura como una segunda piel, unos vaqueros y botas arriba del pantalón cuidadosamente combinadas.

—¿Qué pasa? —Le preguntó al ver que la observaba sin moverse, frunciendo el ceño. Él se acercó de inmediato y pegó a su cuerpo.

—Pasa que... no tienes ni idea de lo hermosa que te ves, *mi Bella...* —*ese rubor que sólo él provocaba la volvió a invadir*— *¿Sabes una cosa? Te veo y solo puedo pensar que es increíble cómo nuestras vidas se cruzaron... no me alcanzará la existencia para agradecerle que nos haya hecho coincidir.*

—Te amo, Sebastián —lo tomó de la playera y lo besó mientras enroscaba sus brazos alrededor de su cuello. Un segundo después él la separó recordando lo que le había prometido. Se duchó y vistió en unos minutos, y media hora después, ya salían juntos.

En cuanto sintió el primer copo de nieve sobre su rostro giró con los brazos abiertos dando vueltas riendo. Sebastián no pudo más que observarla completamente extasiado, verla así, junto a él, descubriendo las cosas como sólo ella podía hacerlo, lo dejó sin palabras. Caminaron hasta un pequeño parque mientras la joven se distraía con cualquier cosa, más tarde Sebastián compró chocolate caliente y juntos se recargaron en un barandal de un mirador espectacular, no muy lejos de donde habían estado caminando y se deleitaron con la vista.

Los días pasaron, sólo la dejaba sola cuando tenía que ir a las oficinas de Londres a arreglar alguna cuestión de vital importancia, intentaba pasar el mayor tiempo posible a su lado y dedicarle desde el apartamento algunas horas al conglomerado.

Ella aprovechaba esos momentos para ir a comprar los regalos navideños o ir con sus amigas a las cuales tuvo que contarles casi toda la historia ya que había cosas que nunca compartiría con nadie pues eran solo para ella y Sebastián. Y como era de esperarse estaban ansiosas por conocerlo y así fue. Cuando él se desocupaba la alcanzaba en algún lugar o la esperaba ansioso en su hogar.

En las noches se entregaban uno al otro una y otra vez. No se sentían

saciados nunca, al contrario, cada vez querían más, necesitaban más. Él notaba como, desde que le narró todo aquella noche, se veía más ligera, más tranquila, mas ella y aunque escuchar su historia fue doloroso y hubiera dado todo lo que tenía para que no pasara ni por la mitad de toda aquella monstruosidad, se daba cuenta de que eso la liberaba y la convirtió en esa mujer por la que daría la vida sin dudarlo.

Ambos fueron a recibir al aeropuerto a toda la familia el día de su llegada. Al verlos juntos, gritos de júbilo y sorpresa se escucharon.

—¡Es maravilloso verlos de nuevo juntos muchachos! —Festegó Carmen sentada en la camioneta que Sebastián usó para pasar por ellos.

—Lo sé... —avaló radiante Isabella, al tiempo que Sebastián le besaba la mano mientras manejaba.

Cuando llegaron al piso de la joven, todos se acomodaron rápidamente, descansaron y más tarde Sebastián los invitó a cenar.

Por supuesto quisieron saber los pormenores así que les contaron animados todo lo ocurrido. Su amor era contagioso. Y los padres de Isabella se sentían muy complacidos y tranquilos de verlos de nuevo juntos. Ambos chicos se lo merecían y sabrían valorar la felicidad que estaban logrando.

—Bueno, como ya les dijimos Bella y yo estamos de nuevo juntos y quiero que sepan que pensamos casarnos lo antes posible. Sin embargo, ustedes saben mejor que nadie todo lo que hemos pasado y... por lo mismo ya no puedo, ni quiero vivir lejos de ella. Así que... desde hace unos días vivimos juntos y pienso quedarme aquí, en Londres, hasta que termine sus estudios.

—Eso es grandioso Sebastián, creo que tienen razón en hacer así las cosas y por supuesto cuentan con todo nuestro apoyo —expresó Raúl muy satisfecho por lo que acababa de escuchar.

—Y...¿Cuándo será la boda? —Moría por saber Carmen.

—Aún no lo sabemos, pero... —Sebastián la interrumpió besándole la mano. —Muy pronto, no puedo esperar para hacerla mi esposa —Isabella se ruborizó perdiéndose en sus ojos. Unas risitas los sacaron de su mundo.

—¿Eso quiere decir que vamos a ir todos juntos al viaje? —Preguntó Marco muy emocionado por las buenas noticias.

—Por supuesto, tú crees que lograremos separar a este par... claro que no

—se carcajeó Raúl junto con el resto.

El viaje a Europa fue un sueño para todos. Conocieron España, Italia, Portugal, Francia, Bélgica y Suiza. Frente a la torre Eiffel, Sebastián se hincó, con toda la familia de testigo, tomándola por sorpresa al igual que a los demás.

—Bella —habló con seriedad—, no hay mujer que respete más, admire más y ame más que tú. Eres mi vida y quiero jurarte, aquí, frente a tu familia, y con tu sueño de testigo, que voy a hacer todo para que seas muy feliz. Jamás te faltaré y viviré solo para adorarte. *Mi Bella ¿Quieres casarte conmigo? — La joven lloró desbordada de felicidad. Lo abrazó enseguida y asintió sin poder articular una sola palabra escondida en su cuello.*

Seis meses después se casaron en la casa de Milán donde se volvieron a encontrar. La boda fue íntima y muy hermosa. Como era verano todos pudieron asistir, incluyendo Paco, ese gran amigo que nunca lo abandonó y que era, en gran parte, responsable de su felicidad.

Isabella concluyó su carrera un tiempo después. Y fue hasta entonces que regresaron a México llenos de expectativas y envueltos en esa bruma que brindaba el amor real.

Todo marchaba mejor de lo que jamás imaginaron. Hacían todo juntos y se sentía realizados.

Bella no sabía qué hacer ahora que había terminado su carrera por lo que él la instó a que pensara en lo que deseaba aplicar sus conocimientos, nunca la detendría y tenía que saber que lo que deseaba, eso se haría.

Llevaban poco menos de un mes de regreso, se estaban adaptando a la nueva dinámica sin mucho problema. Ella, con las semanas, decidió que quería seguir aprendiendo y buscar un grado más alto de estudios, así que entraría a una maestría y Sebastián la invitó a laborar en asuntos financieros de la empresa si lo deseaba. La joven aceptó sonriente, deseaba saber más, conocer más y quizá, más adelante, entrar a algún lugar dónde pudiera colaborar ya con bases sólidas y conocimientos reales.

Las cosas entre los dos no podían ir mejor. Los sentimientos se intensificaban con cada día, con cada segundo, se sentían completos, realizados y felices. Y aunque a veces no concordaban en cosas pues sus maneras de pensar no siempre eran las mismas, lograron encontrar el

equilibrio y así adecuarse sin problemas.

Sebastián era complaciente hasta lo inimaginable y ella buscaba controlar sus impulsos y orgullo cuando sentía que le ganaban, ya que aunque él parecía incluso disfrutar eso arrebatos, a Bella no le hacía sentir bien ser en ocasiones tan impulsiva, sin embargo, nada sucedía, él la trataba con adoración y ella no tenía ni tiempo ni ganas para nada más que para su esposo.

Una mañana Sebastián salió ansioso de casa. Bella llevaba un par de días un poco extraña y en esa ocasión, ni siquiera se levantó para acompañarlo a desayunar como solían hacer, pues ella aún no entraba a la maestría y había decidido darse ese tiempo de descanso en lo que retomaba todo nuevamente, cosa que él agradecía.

Su mujer era imparable, cosa que a veces generaba ciertas fricciones pues no le gustaba que se sobre exigiera y mucho menos se malpasara y aunque su esposa era consciente y cuidadosa de su salud, el entusiasmo le ganaba con frecuencia por lo que literalmente debía arrastrarla a la cama o sentarse a su lado hasta verla ingerir lo necesario.

Un tanto ansioso se sentía pues ni siquiera se había dado cuenta cuando él se acercó a para despedirse, parecía sencillamente demasiado exhausta, perdida de manera singular en la inocencia total. Eso era algo atípico en ella, ya llevaban viviendo juntos un año, la conocía muy bien y Bella no era de las que podía pasar mucho tiempo en la cama y tampoco de sueño pesado, al contrario. Lo cierto era que no le gustaba ser aprensivo respecto a ella, pero el tema de la anemia era algo que lo tenía en constante alerta.

Desde que vivían juntos, ella no había recaído, se cuidaba mucho y ambos recurrían periódicamente a que analizaran su sangre, las precauciones no eran extremas, pero sí constantes. Sin embargo, fácilmente se preocupaba si algo en su semblante o actitud cambiaba de pronto, ni hablar de ojeras o desgano, eso solo generaba que la apresara en la cama hasta que desaparecieran por completo logrando así quejas y berrinches que pronto se diluían pues Bella sabía, tenía razón y terminaba haciendo lo que debía. Y en esa ocasión sentía que algo sucedía, pero no como cuando solía preocuparse, si no de una forma real, algo no iba bien, podía sentirlo.

Un sudor frío le recorrió la columna mientras iba hacia el conglomerado,

hubiera querido quedarse en casa con ella, pero tenía una junta importante con los accionistas y no podía faltar, no obstante, ese mismo día le diría a Paco que fuera a verlos y le echara un vistazo. Necesitaba saber que todo estaba bien, que su Bella estaba bien.

Abrió los ojos presa de unas ganas enormes de devolver el estómago. Las náuseas eran fuertes así que corrió hasta el baño y sacó todo lo que necesitaba aferrada al inodoro. Cuando se sintió vacía, se lavó la boca con esfuerzo pues una asombrosa debilidad la embargaba y se hecho agua en rostro sin fijarse en la imagen del espejo, lo único que deseaba era volver a dormir. Se arrastró hasta la cama y se volvió a dejar caer sobre el colchón con los parpados muy pesados. “¿Qué me pasa?...”

Me siento muy cansada” logró pensar por un segundo, pues sin ver el reloj volvió a quedar profunda. Sebastián llamó varias veces en el transcurso de la mañana. Ciro estaba preocupado al igual que él. La señora Isabella poseía una energía poco común y jamás duraba tanto tiempo así, en cama. Algo no iba bien, eso seguro. No obstante, usó un tono neutro para informarle que aún no se levantaba.

Ya no lograba concentrarse, iría a casa decidió al colgar el teléfono de su oficina.

Eso no era normal, algo pasaba, ella no era así. Sintió pánico de tan sólo pensar que algo le pudiera suceder. Ya le había hablado a Paco, al explicarle la situación, él mismo se ofreció a ir a mediodía.

Isabella se hallaba vestida cuando lo escuchó llegar. Ducharse implicó incluso un esfuerzo, no logró ingerir nada pues no se le apetecía a pesar de que Ciro le dejó una bandeja sobre la mesa del desayunador en su habitación. Se sentía muy fatigada, con el estómago revuelto y un tanto mareada. Llevaba un par de días sin sentirse del todo bien, pero creyó que se debía al esfuerzo que implicó terminar un trabajo que debía entregar para ser admitida en la maestría y que provocó incluso un par de discusiones con Sebastián. Suspirando salió de su recámara, lo mejor era ir al médico, a ella también le asustaba que algo se estuviera alternado sin saberlo. Llegó hasta la puerta y abrió justo cuando él iba a hacerlo. Sonrió con debilidad saludándolo lo más efusiva que pudo pues no se despidió de él por la mañana y tampoco lo acompañó a desayunar como solía. Su marido al verla sintió un calambre

recorrer su cuerpo, Bella comenzaba a tener unas ojeras pronunciadas, no lo podía entender, hacía apenas dos días estaba bien, o eso suponían.

—¿Cómo te sientes, Bella? —Le preguntó preocupado mientras la besaba una y otra vez en la boca. Su mujer no alcanzó a contestar porque de pronto apareció Paco. Se separó de su marido rápidamente y lo saludó con alegría.

—¡Qué milagro, Paco! Te quedas a comer ¿Verdad? —Logró decir pues sin esperarlo comenzó a sentir que un sudor espeso se apoderaba de sus pies, sus piernas, para ir subiendo por su columna hasta llegar a su cuello y cabeza, lo que provocó que fuera perdiendo las fuerzas. Respiró intentando hacer a un lado la horrible sensación, recargó una mano en el pecho de Sebastián y de repente; vio negro.

-¿Bella? Mierda —bramó su marido al sujetarla sin dificultad. El miedo lo atenazó de inmediato. Paco la observó negando preocupado mientras veía como su amigo la llevaba hasta su habitación como alma que llevaba el demonio.

Al depositarla sobre la mullida superficie se sentó a su lado acariciando su rostro con ansiedad.

-Vela, está ojerosa... -Ciro apareció de pronto con alcohol, Sebastián lo tomó y angustiado se lo pasó por la nariz para que reaccionara. Estaba muy pálida.

-Ahora que despierte la examino. Todo está bien, cuando llegaron de Londres la revisamos. Cálmate —le pidió Paco entornando los ojos intentando pensar rápido.

-Le dije que no se desvelara, que no se exigiera... Pero es que es muy terca —murmuró acariciando su rostro e intentando que despertara.

-Isabella puede hacer una vida normal, Sebastián. Ya te lo dije. Por favor relájate, verás que no es nada malo. Está muy bien monitoreada —el hombre asintió presa del miedo mientras su amigo sacó de su maletín el medidor de presión. De pronto Bella comenzó a moverse. Reaccionaba.

Cuando abrió los ojos estaba en su recámara, Sebastián a su lado acariciándole el cabello y Paco tomaba la presión muy serio.

—Ya regresaste... —dijo el médico sonriendo.

—¿Qué pasó? —Y miró desconcertada a su esposo confundida, pero no le ayudó en nada su semblante, parecía demasiado preocupado, alterado

incluso.

—Isa ¿Cómo te has sentido últimamente? —Le preguntó Paco enarcando una ceja con suficiencia.

—No muy bien... —confesó sin querer ver a su marido al que le había ocultado su malestar, él y todos eran demasiado aprensivos con su salud. Se cuidaba, hacía todo lo que le pedían pero se daba cuenta que al mínimo cambio Sebastián la mantenía observada y verificaba que todo fuera bien. Eso a veces la agobiaba.

—¿Qué sientes?

—M ucho cansancio, no tengo muchas fuerzas y... hoy... —dudó unos segundos.

—¿Qué, Bella? ¿Hoy qué, mi amor? —deseó saber ya muy ansioso. La amaba hasta la locura y no soportaba verla mal, se le escurrió en el recibidor y apenas si pudo evitar que callera por completo al piso, estaba tan pálida, tan ojerosa que aún no se recuperaba del susto.

—Devolví el estómago, no he podido comer nada. No me siento bien, Paco —admitió sin remedio.

—Isabella ¿Cuándo fue tu último periodo? —Soltó de pronto el mejor amigo de su esposo. Ante la pregunta se puso lívida y se sentó en la cama rápidamente.

—¿Por? —No, eso no. —¿Crees que? —Miró de inmediato a Sebastián llena de temor, al ver el terrible miedo en sus ojos la acercó a él, rodeándole los hombros protectoramente. Paco esperaba una respuesta.

—Bella, ¿Cuándo fue? —Su marido tenía una máscara impenetrable. Negó ansiosa, muy nerviosa. Los recuerdos la agolparon y la ansiedad de aquellos días regresó sin poder detenerla.

—No lo recuerdo... No sé, pero no... no puede ser Sebastián, yo no... —buscó sus ojos asustada, recordando el malestar estomacal que los dos tuvieron hacía unas semanas por comer algo que les cayó de peso. Las pastillas... comprendió de inmediato Él la abrazó enseguida sin poder seguir viendo su angustia.

—Isa, me parece que puede ser un embarazo, pero por favor no te asustes, todo lo vamos a controlar —intentaba tranquilizarla, pero ella comenzó a temblar aferrada a los brazos de su marido.

—Paco... encima de esa mesa —señaló Sebastián sin querer soltarla el móvil de su mujer—. ¿Podrías pasármelo? —Lo agarró enseguida y se lo tendió. Sebastián lo desbloqueó y buscó con habilidad donde sabía anotaba sus periodos en una aplicación. De inmediato la observó culpable, con el miedo circulando como veneno por todo su torrente.

—Mi amor, llevas casi dos semanas de retraso... —y observó como las lágrimas comenzaron a humedecer su rostro pálido. Acunó su barbilla intentando sonar sereno, pero le costaba pues sentía un profundo temor—. Bella, no te pongas así, mi vida. Todo va a estar bien... —intentaba hacerla sentir segura de algo que ni él mismo creía.

—Isa, Sebastián, necesito que mañana vayan al hospital, es importante hacerte unos análisis ¿De acuerdo? —Ambos asistieron nerviosos—. Por favor no se preocupen, les prometo que todo va a estar bien, yo me voy a encargar de eso, tu enfermedad está muy bien controlada, no puede haber ningún riesgo. Relájense... no es malo... —unos segundos después salió dejándolos solos pues notó que necesitaba su espacio.

—Sebastián... tengo miedo —confesó con hilo de voz. Él la separó de sí para que lo viera a los ojos, el temor en esos estanques que tanto amaba se le clavó en el corazón.

—Bella, ya escuchaste a Paco, no va a pasar nada, todo va a estar bien, tú vas a estar bien y si estás embarazada el bebé también ¿Okay? Por favor, *mi Bella no te angusties, no voy a permitir que esta vez suceda nada malo te lo juro —ella asintió llorosa. Mierda, no soportaba verla así, no otra vez—. ¡Hey! Estamos juntos en esto, mientras así sea, todo va a salir bien. Mi vida, haremos todo para que así sea... —la acurrucó entre sus brazos con aplomo, se veía tan frágil, tan vulnerable—. Si estás embarazada es una gran noticia, Bella. Sé que te da miedo, mi amor. Pero un bebé tuyo y mío sería algo maravilloso. Esta vez todo va salir bien, ya verás —la joven de nuevo asintió contra su pecho. Confiaba ciegamente en él, pero los recuerdos dolían.*

Así, contra la seguridad que le brindaba el hombre que más amaba en el mundo logró desconectar su mente y sin sentirlo, quedó dormida entre sus brazos.

En cuanto supo que el sueño la venció, acarició su pálido rostro, la recostó con mucho cuidado y salió dejándola descansar sintiendo una

opresión en el pecho.

Llegó hasta la cocina aún sin poder creer lo que podría estar sucediendo. Ahí estaba Ciro hablando con una de las chicas del aseo. Al verlo le pidió que los dejara solos al igual que la cocinera.

—Sebastián ¿Cómo está? —Él asintió mientras se sentaba.

—Mañana debemos ir a que la examinen, puede ser que esté embarazada —se pasó las manos por el rostro intentando tranquilizarse. Ciro le acercó una taza y se la llenó de café. El hombre sorbió pensativo.

—Va estar bien, tu mujer es fuerte, las circunstancias son muy diferentes... además ahora no está sola —era evidente que Sebastián tenía temor.

—Si hubieras visto su cara. Mierda; temblaba... no quiero que sufra de nuevo, simplemente no soporto verla así, sabes bien que es mi vida.

—Debes ser fuerte para ella y si lo está, pronto serás papá... Sé valiente, lo lograrán esta vez —la idea lo emocionada más que nada, cómo no, añoraba un bebé hecho de lo que sentían, sin embargo, no quería verla así de temerosa por lo mismo no se había atrevido siquiera a pensarlo.

Cuando Sebastián terminó de comer permaneció ahí sentado hablando por móvil con Nicolás para solucionar pendientes y que le cancelara todos sus compromisos de la tarde.

—Sebastián... —al escucharla dejó el móvil y se acercó a ella. Su rostro continuaba pálido y eran visibles bajo sus bellos ojos las tenues ojeras, la aprensión se apodero de él de inmediato pero lo disimuló con una tierna sonrisa. Debía ser fuerte.

—¿Cómo te sientes, mi amor? —Dijo tomándole la mano para que se sentara frente a la mesa de la gran cocina.

—Tengo hambre... —musitó intentando sonreír.

Rápidamente la cocinera le sirvió. Él permaneció a su lado sin decir una palabra mientras ella intentaba pasar bocado. Cuando por fin acabó salieron al jardín tomados de la mano.

Él jugueteó unos minutos con Miel y Luna mientras ella los contemplaba en silencio desde una silla. Todos los recuerdos se agolpaban en su cabeza sin poder evitarlo y no podía evitar pensar que se sentía igual que aquella vez, al principio. La tarde estaba siendo muy difícil para ambos. Su marido al verla tan taciturna, se puso en cuclillas frente a ella y acarició su mejilla

tiernamente.

—Bella, mi amor, por favor. Sé que tienes miedo, sé que estás recordándolo todo de nuevo, pero también sé que ahora estás bien, un hijo es algo hermoso y sabíamos que esto podía llegar a pasar cuando enfermaste, lo dijimos bromeando aquella noche. Vamos a luchar juntos, si es que te encuentras embarazada, para que todo salga muy bien. Vamos a hacer todo lo necesario. Ya no te preocupes, nada es igual que aquella vez —le hizo animoso.

—Sebastián, yo muero por un hijo tuyo, te amo y no he parado de ser la más feliz desde que volvimos a estar juntos. Pero... sé que mi salud no es... muy buena, sé lo que un embarazo logra en mi cuerpo y tengo miedo de pasar por otra decepción y decepcionarte a ti también —lágrimas escurrían de sus ojos sin poder detenerlas.

—Escúchame muy bien Bella. Pase lo que pase tú jamás me vas a decepcionar. Por favor confía mi amor, te lo suplico. No resisto verte así de nuevo, no cuando sé que todo será diferente —ella intentó sonreír al ver que de verdad le estaba afectando verla tan decaída. Lo abrazó y besó con ansiedad.

—¿Sabes? He soñado muchas veces en tener un hijo, desde que ella... murió —bajó la mirada—, esa ha sido mi ilusión, sin embargo... me daba miedo, creo que sólo así, como sucedió todo, me hubiera atrevido a volver a pasar por esto —la abrazó sintiéndose más tranquilo al escucharla decir todo eso. Sabía que tenía razón, él tampoco hubiera pasado por algo similar si no fuera de esa forma.

—Debes saber que yo también muero por un hijo nuestro, no puedo siquiera imaginar tener aquí en la casa otro par de ojos tan hermosos como los tuyos —le confesó sonriendo. Isabella lo besó inmediato.

El resto del día la distrajo con juegos de mesa que tanto le gustaban y haciendo cualquier cantidad de malabares para que el tiempo se le pasara rápido. Cuando llegó la noche ella incluso reía de todas sus ocurrencias, pero de nuevo se sentía muy cansada.

Pidieron que les llevaran de cenar a la recámara. Cuando terminaron, Isabella ya parecía estar en tiempo extra. De pronto se levantó del pequeño comedor y corrió como pudo hasta el baño. Sebastián la siguió de prisa y la

alcanzó a sujetar para que devolviera todo lo que acababa de cenar. Cuando acabó, la puso de pie delicadamente, la ayudó a lavarse el rostro y la boca y la desnudó con cuidado pues Bella estaba a punto de caer desmayada en cualquier momento, unos minutos después la metió bajo las cobijas mientras ella se acurrucaba desfallecida. Él la acompañó unos minutos después pegándola a su cuerpo. A diferencia de ella que estaba completamente perdida, prácticamente no durmió.

Por la mañana tuvo que despertarla, parecía que estaba completamente inconsciente, en cuanto lo hizo sucedió lo mismo que después de cenar. La ayudó a llegar al baño y una vez que acabó la metió junto con él a la ducha.

—Bella, mi amor ¿Prefieres que vayamos después? —Le preguntaba mientras la observaba lavarse el cabello con mucho esfuerzo. Era desconcertante verla así, ella siempre llena de vitalidad y de energía, sumergida en ese estado de debilidad y letargo. Pero su mujer negó metiéndose bajo el chorro. Desde que volvieron jamás la pudo tener desnuda sin tocarla y ahora era lo último que pensaba viéndola tan débil y vulnerable. La opresión en el pecho lo agobiaba. Él sería todo lo que no pudo ser cuando quedó embarazada la primera vez; sería su sostén y no la dejaría caer en ningún momento así tuviera que permanecer en casa los nueve meses.

Sebastián, al igual que ella, no podía tampoco evitar los recuerdos, pensarla en un peor estado hacía ya más de dos años cuando estaba esperando a su hija le hacía hervir la sangre, pero ahora estaba ahí e iba a hacer todo para suavizar las cosas, absolutamente todo.

Cuando por fin pudieron salir de casa Isabella iba volviendo de su estado de estupor en el que permaneció la última hora. Pidió al chofer que los llevara y la mantuvo abrazada todo el camino. Al llegar Paco ya los esperaba, los análisis duraron unos segundos y cuanto salió se abrazó de su esposa ansiosa. Por supuesto este la recibió con dulzura.

—¿A qué hora tienes los resultados? —Deseó saber Sebastián mientras sostenía a su mujer rodeándola por la cintura.

—En media hora, así que podrían ir a desayunar y aquí los espero —pero Isabella

negó.

—Sí, Bella. Tienes que tener algo en el estómago —insistió Sebastián.

—Es que... no quiero hacer una escena... —explicó avergonzada. Él besó sus labios comprendiendo.

—Ha estado devolviendo todo desde ayer, solo lo que comió a media tarde es lo que le cayó bien —Paco los invitó a sentarse.

—Isa, si estamos en lo correcto vamos a hacer todo para que eso no suceda todo el tiempo como en el embarazo anterior —Sebastián se tensó al escucharlo—. Seguro existirán días malos pero no van a ser todos, vas a estar muy bien cuidada y revisada ¿De acuerdo? —Ella asintió—. Ahora vayan y distraiganse un poco ¿Sí? — Ambos decidieron caminar un rato en lo que esperaban. Hablaron de cosas que no tuvieran que ver con el tema y cuarenta minutos después regresaron.

—Ya los tengo ¿Me acompañan? —Lo siguieron de inmediato—. Era cierta nuestra sospecha, Isabella. Estás embarazada de cinco semanas —ella ya no la tomó tan desprevenida, sólo sintió como Sebastián apretaba su mano en símbolo de apoyo—. Tus niveles de glóbulos y demás vitaminas están comenzando a bajar vertiginosamente, así que es por eso que te sientes así — su marido apretó la quijada enseguida.

—Y ¿Qué hay que hacer? —Preguntó ansioso.

—Vamos a tener que tener un seguimiento muy puntual y a lo mejor un poco exagerado, cada tres semanas hay que realizarte las mismas pruebas. Voy a darte unas cargas extra de vitamina y combinado con la alimentación debe de lograr que te sientes un poco mejor...

—¿Un poco? —Lo interrumpió su amigo preocupado.

—Sí, un poco. Por la misma condición de Isabella su embarazo no es que sea de alto riesgo, pero sí de muchos cuidados y bastante molesto. Esto quiere decir que vas a estar más cansada que cualquiera en tu estado, tus nauseas serán días más fuertes pero confió en que éstas, conforme avance tu embarazo, vayan desapareciendo. Si no es así, no podemos permitir que pierdas pesos, así que vas tomar multi vitamínicos que te recetaré y así aseguraremos que tengas lo que necesitas. Obviamente debes estar tranquila, no viajes, conducir lo menos que puedas aunque no es prohibido pero no podemos arriesgarnos a un desmayo. Todo es en base a como tú te sientas.

¿De acuerdo?—

—Y... si hago todo eso, ¿va a nacer bien? —Se sentía abrumada, pero

esperanzada también.

—Lo prometo, si hacen todo lo que les diga no hay de qué preocuparse, solo de venir cada tres semanas conmigo y a tu reconocimiento mensual con tu ginecólogo —poco a poco los futuros padres se fueron relajando, cuando Paco los volvió a dejar solos, ambos se miraron, sonrieron y se abrazaron nerviosos.

—¿Lo voy a lograr? —Se preguntó temerosa y excitada. Sebastián la tomó por la cintura y la sentó sobre su regazo.

—Te lo juro, no habrá nada más importante estos meses que hacer que eso suceda ¿Está bien?

—Sebastián... quiero lograrlo —acarició su mejilla y la besó dejando su frente sobre la suya.

—Lo harás, mi amor. No imagino algo de lo que no seas capaz... pero ya escuchaste a Paco... tranquilidad Bella y tienes que saber que seré un tanto obseso de ahora en adelante, no voy a permitir que te suceda nada ¿Comprendes? —Lo dijo serio y con firmeza.

—Haré lo que me diga, lo prometo —declaró con inocencia. Él sonrió suavizando el gesto. Eso esperaba, aunque seguro vendrían momentos en los que tendría que sosegarla, no obstante, no le importaba, ahora él sería todo lo que no fue y ella no se tendría que preocupar de nada salvo estar bien.

—No puedo creer que voy a ser papá —declaró emocionado. El rostro de Isabella se iluminó y sus bellos ojos chispearon.

—Yo tampoco... —lo abrazó contenta.

—Pero quiero decirte algo antes de que comience esta nueva aventura —la interrumpió Sebastián buscando su mirada única. Ella frunció el ceño confusa ante su tono de voz—. Si por algo las cosas no salieran bien —el gesto de Isabella se ensombreció, pero él continuó, tenía que decírselo—, eso no cambiará en nada lo que siento, lo que quiero... Tú eres todo para mi Bella, todo... y antes que nada está tu vida... ¿Comprendes? —Claro que entendía. Bajo la vista hasta sus manos y asintió abatida. Sebastián acunó su barbilla con tristeza, no deseaba hablar de ello, pero era necesario—. Mi amor, si te lo digo esto es porque no quiero que creas que puedes decepcionarme, tu sola presencia me ilumina, me da vida... si lo logramos... seré muy feliz, pero si no también, simplemente porque te tengo a mi lado...

¿De acuerdo?

—Gracias por decirme esto —agradeció Isabella aturdida.

—Te amo.

—Te amo, Sebastián.

Epílogo

—Queremos darles una noticia —anunció Isabella riendo mientras levantaba su vaso con agua simulando un brindis. Los presentes sonrieron intrigados—. Sebastián y yo... ¡Vamos a ser papás! —Soltó dando pequeños brinquitos. Marco sintió como los ojos se le rasaban, al tiempo que los demás gritaban de felicidad. Esa sí que era una noticia, una preciosa sorpresa.

—Vamos a ser tíos, Dany —comprendió el hermano de la joven aún sin dar crédito.

—Vas a ser tío, Marco —avaló Isabella acercándose hasta él para abrazarlo mientras este rodeaba su cuerpo aturdido. Sentir, pensar, entender que la vida se entretejía de cierta manera solo para que grandes momentos como ese le hicieran comprender que todo tenía un motivo, una razón y que esa era ver a su hermana así, brillando con luz propia, enfrentando con entereza lo que viniera y recibiendo la felicidad de esa forma tan suya. Con sus casi veinte años sabía qué era luchar, sufrir, vivir y soñar, todo lo tuvo dentro del mismo envoltorio y gracias a esa mujer que era su madre, su hermana y la persona a la que siempre apoyaría y cuidaría, sabía lo que era la felicidad y una familia de verdad.

—Te amo, hermana —susurró contra su oído. La joven se separó y tomó su rostro con la ternura desbordada.

—Y yo a ti...

—¿A mí no? —Preguntó Dana a un lado sintiéndose excluida. Los dos mayores rieron y le hicieron un hueco entre sus brazos para que la chica, ahora de casi quince, se colgara de ambos.

—Claro que te amamos, Dany —sonrieron los tres.

El resto solo los pudo observar el cuadro y es que era increíble ver lo que ahora eran. Hacía unos años fueron tres chicos que no tenían la menor posibilidad, aun así lograron sortear gracias a las agallas y valentía de esa joven impresionante, las cosas más duras, más difíciles, más tristes. Todo por la idea fija que siempre tuvieron; estar juntos, no separados y pese a que todo indicaba que por mucho que hicieran su suerte no podría cambiar ese horrible destino, esas almas puras e inocentes pudieron conocer la verdadera felicidad

así; unidos.

En cuanto se separaron, Dana se acercó a su cuñado y se le colgó como solía hacer.

Era una chica divertida, extrovertida y asombrosamente inteligente al igual que el otro par.

Marco chocó con fuerza su mano y se dieron un abrazo lleno de fuerza.

—Cuento contigo para mantenerla quieta —murmuró en su oreja Sebastián. El chico negó sonriendo.

—Sabes que siempre contarás conmigo, cuñado —ambos rieron mientras Isabella entornaba los ojos curiosa y amenazante. Siempre, desde que volvieron a verse en el viaje por Europa, notó una complicidad entre ambos, algo no dicho pero que no había manera de ignorar.

—¿Qué cuchichean? —Preguntó acercándose después de abrazar a sus padrastrós. Sebastián la recibió de inmediato rodeando su cintura y oliendo su suave aroma.

—Nada, *mi Bella* —*su esposa se pegó más a él e hizo que bajara hasta ella enredando una mano tras su cuello.*

—Más le vale, señor. Eso si desea dormir en la habitación conmigo — todos se carcajearon abiertamente. Así solían ser. Isabella consentida y Sebastián, el más complaciente y dócil.

—Se hará lo que usted diga, como siempre, señora mía, pero dormir sin usted, jamás... —y la besó importándole poco la presencia de su familia. Con el ambiente más relajado, después de un brindis lleno de sonrisas y felicidad, Sebastián pidió su atención algo serio.

—Aunque este momento es el más feliz de nuestra vida —sujetó la mano de su mujer notando como su mirada cambiaba—. Hay algo que deben saber... —quiso agregar después de haber decidido junto con su esposa que enterarlos era lo mejor—.

Conocemos la enfermedad de Bella, por lo mismo las cosas van a ser un tanto... difíciles por así decirlo...

—No se alarmen —intervino Isabella con suavidad al ver los rostros descompuestos de todos—. Pero tendré que seguir al pie de la letra las instrucciones de Paco y es importante que lo sepan para que puedan comprender esta nueva situación, el embarazo no va a ser fácil y voy a

necesitar ciertos cuidados —concluyó sin asomo de tristeza, o temor. Sebastián la miró sintiéndose más orgulloso que nunca.

—Pero... no es nada malo, ¿verdad? —Preguntó Dana claramente asustada.

—No, nada. Solo será algo fastidioso, por así decirlo —respondió su hermana sonriendo.

—Cuentan con todo nuestro apoyo y ayuda muchachos. Es de nuestro nieto del quien estamos hablando... y de nuestra hija mayor —expresó Raúl observándola de esa forma que solo un padre puede hacer. Isabella le sonrió como solía, de una manera en la que le demostraba toda la confianza y amor que le tenía.

—Gracias... próximos abuelos —apuntó guiñándole un ojo.

Minutos después Isabella comenzó a palidecer y las náuseas retornaron. De inmediato su familia notó a qué se refería. Tuvo que despedirse con pesar, no obstante, se sentía exhausta. Sebastián la acompañó hasta la recámara, la joven se abrazó a él en cuanto se encontraron solos.

—¿Qué pasa, *mi Bella*? —*Deseo saber cobijándola con sus fuertes brazos.*

—Fuiste un bálsamo ¿Sabes? —El hombre pestañeó sin comprender—. Has curado todas mi heridas, has sanado mi alma y me has dado lo mejor de mi vida —aún no creía posible que eso fuera tal cual. Olvidar lo ocurrido hacía un par de años seguía siendo uno de sus retos. Sin embargo, sus palabras calaron hondo, más hondo que nunca.

—Y tú me has dado todo. En ti está lo único que deseo, lo único que anhelo y lo que más amo de esta vida, *mi Bella* —*la joven sonrió pegándose más a él para llenarse de ese olor que extrañamente la hacía sentir mejor. Las náuseas fueron cediendo lentamente.*

—Tu olor me ayuda —admitió separándose un poco para mirarlo. Su marido la besó de inmediato con dulzura. Se veía tan hermosa, tan ella y saberla embarazada lo llenaba de una sensación que no era equiparable con nada en el mundo. Posó un dedo bajo su barbilla sonriendo.

—Entonces cuenta con el... es tuyo —le guiñó un ojo relajado.

—Creo que estar embarazada me gustara más de lo que pensé... —murmuró perdida en su mirada.

—Haré que así sea, por ti hago lo que sea —posó sus labios sobre su frente

dejando ahí su estela de aliento cálido—. Lo vamos a lograr, *mi Bella. Esta vez todo será diferente.*

—Lo sé, sé que así será —sonrió laxa teniendo la certeza dentro de su ser que así sería, no tenía duda.

Los meses pasaron a veces lentos, a veces, demasiado rápidos. Isabella logró, no sin esfuerzo y muchos cuidados, mantenerse dentro de los límites recomendables.

Una enfermera durante el día contrató Sebastián pues aunque sabía mejor que nadie cómo estar a su lado y lograr que todo fuera bien, el trabajo no lo podía eludir todo el tiempo. Así que entre ambos decidieron que eso era lo mejor. Además con Ciro en la casa al pendiente de que todo fuera a la perfección, él podía dedicarle el tiempo que necesitaba su trabajo, eso sin contar con el apoyo de los chicos y sus padres.

Por las noches llegaba siempre temprano, despedían a la mujer que la atendía y se hacía cargo de su esposa. No era fácil verla así, sin embargo, siempre parecía sonriente y aceptar su nuevo estado sin remilgos. Isabella era feliz, cosa que lo alentaba a también estarlo, no obstante, cuando devolvía el estómago hasta casi desfallecer, o sin previo aviso palidecía y sus piernas le fallaban, o cuando dormía días enteros despertando minutos para después sumirse en la inconsciencia, sentía un dolor agudo que le oprimía cada arteria del cuerpo. Su vulnerabilidad lo aniquilaba y entonces deseaba permanecer a su lado como un león cuidando de su familia, porque ella eso era para él; su familia, su vida, su razón.

El embarazo llegó a término sin que ella tuviera mucho peso encima, pero sí con el suficiente, lo cual eran magnificas noticias en su caso. Estaba sana y lista para conocer al chiquitín que pateaba casi las veinticuatro horas en su vientre provocando a veces dolor y otras veces carcajadas que compartía alegre con su marido que no podía dejar de contemplarla embelesado y es que para él no existía nada más hermoso e impresionante que su mujer así, con el vientre abultado y preciosa, simplemente era perfecta.

—Sebastián... —su marido dormía a su lado, como siempre, rodeando su barriga para sostener un poco del peso sobre sus manos. El hombre de inmediato abrió los ojos, desde que esa nueva aventura comenzó se mantenía en alerta constante. Se incorporó de un brinco quedando frente a ella

despeinado y somnoliento. Isabella rio y sacudió su cabello con la mano divertida ante su reacción.

—¿Qué sucede, mi amor? —La joven bajó sus manos hasta el vientre con gesto entre pícaro y ansioso— ¿Te duele?

—No, pero... creo que ya pronto lo conoceremos —miró su abdomen y luego sus ojos una y otra vez.

—¿Qué?! —Ella volvió a reír al ver su rostro. Se hizo hacia atrás acomodándose sobre las almohadas. Últimamente se había sentido muy pesada, pero extrañamente mejor que en todo el embarazo.

—Recuerda conservar la calma, aún falta. Suelta el aire, Sebastián —le recordó con ternura. Este lo hizo dándose cuenta de su estado y se acomodó a su lado echándose hacia atrás el cabello en un gesto muy suyo. En los cursos que les impartieron en casa, ya que a veces era imposible que ella fuera, les enseñaron cómo manejar la situación y sí, la calma era vital. Ese era el momento de Isabella y Marcel, su hijo que ya no quedaba mucho tiempo para poder acunar en sus brazos.

—Le hablaré al ginecólogo y a Paco... —ella asintió haciendo una mueca de molestia. Sebastián sujetó su mano comprendiendo que era una leve contracción— ¿Duele mucho? —Isabella negó relajándose de inmediato.

—No, por ahora son cólicos nada más... —admitió al tiempo que su marido besaba sus labios con dulzura.

—Eres el ser más valiente que conozco, Isabella. Todo irá bien, eres capaz de esto y mucho más.

—Gracias... eso espero —murmuró pestañeando. No tenía miedo, sin embargo, se sentía nerviosa. Por mucho que se hubiera preparado para ese momento, lo cierto era que rezaba para sus adentros que todo saliera a la perfección y pudiera disfrutar de ser madre por segunda vez, pero ahora con todo a favor.

Nueve horas después ella reía sudorosa con el nuevo integrante sobre su regazo y Sebastián a su lado derramando lágrimas de felicidad. Todo salió a la perfección.

Isabella, con una templanza inigualable, llevó todo la labor a lado de su marido de forma ecuánime y serena. De esa manera el proceso fue más sencillo y Marcel, su hijo, nació de forma natural y muy sano. Simplemente

no lo podían creer. Ese era el milagro materializado y era de ambos, producto de su amor, de ese fiel sentimiento que surgió años atrás, de esa asombrosa atracción que se da cuando dos polos opuestos se encuentran. Lecciones muy duras tuvieron que sortear y comprender que ese era el por qué no tuvo comparación con nada. La felicidad tenía rostro y manitas, también boquita y unos ojos igual de asombrosos que la madre. Su futuro acababa de cambiar y al fin pudieron dejar atrás lo que un error causó y miles de heridas generó, sustituyéndolo con amor y devoción.

Pudieron tener dos hijos más sin complicaciones. Marco se graduó de Ingeniero en sistemas y logró formar su propia empresa. Dana se convirtió en abogada y tenía un puesto importante en un bufete reconocido. Carmen y Raúl vieron crecer a sus tres hijos y hacerse exitosos, pero sobre todo verlos felices. En cuanto a Isabella y Sebastián; ellos supieron llevar un matrimonio donde el respeto, el amor y la confianza reinaron, pues después de lo vivido, sabían que ya nada los lograría separar. Ella colaboró sin cobrar con varias instituciones para chicos de la calle logrando cosas asombrosas siempre con el apoyo e impulso de su marido que la respaldaba sin dudar. Sin importar qué fuera de su alrededor, ambos aprendieron a cuidar y fortalecer ese vínculo que surgió de un absurdo accidente, mucho tiempo atrás y que cambió la suerte de todos sin poderlo planear.

Editado por Valeria Esqueda 12 de Agosto de 2015